

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

OSAL Observatorio Social de América Latina

Año XII N° 30 / publicación semestral / Noviembre de 2011

Editores

Emir Sader, Secretario Ejecutivo de CLACSO
Pablo Gentili, Secretario Ejecutivo Adjunto de CLACSO

Director

Massimo Modonesi

Secretario de Redacción

Carlos Yamir Bauer Lobos

Colectivo Editorial

Guillermo Marcelo Almeyra Casares, Rolando Álvarez Vallejos, Armando Chaguaceda Noriega, Francisco Luciano Concheiro Borquez, Massimo Modonesi, Dunia Mokrani Chávez, Lucio Fernando Oliver Costilla, João Marcio Mendes Pereira, Franklyn Ramírez Gallegos, Julián Rebón, Agustín Santella, Carlos Abel Suárez

Consejo Consultivo Editor

Gerardo Caetano [Uruguay], Suzy Castor [Haití], Margarita López Maya [Venezuela], Carlos Walter Porto Gonçalves [Brasil], Pierre Salama [Francia], Boaventura de Sousa Santos [Portugal], Joan Subirats [España], Luis Tapia [Bolivia], Juan Valdés [Cuba]

Asistente de coordinación del OSAL

Juan Chaves

Comités de Seguimiento y Análisis del Conflicto Social y la Coyuntura Latinoamericana y Caribeña

Coordinador general

Lucio Oliver

Asistente de coordinación

Francesca Savoia

- Argentina y Uruguay, coordinado por María Celia Cotarelo [Programa de Investigación del Movimiento de la Sociedad Argentina, PIMSA]
- Bolivia, coordinado por Dunia Mokrani Chávez y Pilar Uriona Crespo [Posgrado en Ciencias del Desarrollo de la Universidad Mayor de San Andrés, CIDES-UMSA]
- Brasil, coordinado por Roberto Leher [Laboratorio de Políticas Públicas de la Universidad Estatal de Río de Janeiro, LPP-UERJ]
- Colombia, coordinado por Guillermo Correa Montoya [Escuela Nacional Sindical, ENS]
- Chile, coordinado por Juan Carlos Gómez Leyton [Departamento de Investigaciones de la Universidad de Artes y Ciencias Sociales, DI-UARCIS]
- Costa Rica, coordinado por Sindy Mora Solano [Instituto de Investigaciones Sociales de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Costa Rica, IIS-FCS-UCR]
- Ecuador, coordinado por Mario Unda [Centro de Investigaciones CIUDAD]
- Guatemala, coordinado por Simona Yagenova [Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales, sede académica de Guatemala, FLACSO-Guatemala]
- México, coordinado por Lucio Fernando Oliver Costilla y Massimo Modonesi [Facultad de Ciencias Políticas y Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México, FCPS-UNAM]
- El Salvador, Nicaragua, Honduras y Panamá, coordinado por Marco A. Gandásegui, h. [Centro de Estudios Latinoamericanos "Justo Arosemena", CELA]
- Paraguay, coordinado por Quintín Riquelme [Centro de Documentación y Estudios, CDE]
- Perú, coordinado por Ramón Pajuelo Teves [Instituto de Estudios Peruanos, IEP]
- República Dominicana y Puerto Rico, coordinado por Octavio Figueroa [Centro de Estudios Sociales "Padre Juan Montalvo"]
- Venezuela, coordinado por Marco Antonio Ponce [Programa Venezolano de Educación-Acción en Derechos Humanos, PROVEA]

Escriben en este número

Guillermo Marcelo Almeyra Casares, Armando Bartra, Horacio Crespo, Andrea D'Atri, Luz Estrello, Leandro Gamallo, Mónica Iglesias Vázquez, Massimo Modonesi, Jaime Rafael Nieto López, Marcela Alejandra Parra, Emir Sader, Pablo Stefanoni, Raúl Zibechi

Informes

Dirigirse a <www.clacso.org.ar/institucional/1h.php> | <www.clacso.org.ar> | <osal@clacso.edu.ar> | <osal.redaccion@yahoo.com.mx>



Año XII N° 30 - Noviembre de 2011

**Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales**

Divulgación Editorial Carlos Abel Suárez

Área de Producción Editorial y Contenidos Web de CLACSO

Responsable Editorial Lucas Sablich

Director de Arte Marcelo Giardino

Responsable de Contenidos Web Juan Acerbi

Webmaster Sebastián Higa

Logística Alejandro Cipolloni

Diseño de Tapa y Producción Fluxus Estudio

Impreso en Gráfica Laf – Monteagudo 74, Villa Lynch, San Martín – Pcia. de Buenos Aires.

Tirada 700 ejemplares

Propietario: Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – CLACSO

ISSN: 1515-3282 – Impreso en Argentina – noviembre de 2011

Copyright Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Domicilio de la Publicación

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales – Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Av. Callao 875 | piso 4º G | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina

Tel [54 11] 4811 6588 | Fax [54 11] 4812 8459 | e-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org.ar



Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

CLACSO cuenta con el apoyo de la
Agencia de Cooperación Internacional
de las Illes Balears



**Govern
de les Illes Balears**

Conselleria d'Afers Socials,
Promoció i Immigració
Direcció General de Cooperació

CLACSO cuenta con el apoyo de la
Agencia Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)



La Revista Observatorio Social de América Latina *OSAL* es indizada en Directory of Online Access Journals <www.doaj.org>, Directorio Latindex <www.latindex.unam.mx>, Red de Bibliotecas Virtuales de Ciencias Sociales de América Latina y el Caribe del Área de Información y Documentación del CLACSO <www.clacso.org.ar/area_info_doc/4.php> e Hispanic American Periodicals Index <<http://hapi.ucla.edu>>.

Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723

Dirección Nacional del Derecho de Autor: Expediente Nº 641.603

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO), Observatorio Social de América Latina (OSAL) y sus respectivos isotipos y logotipos son marcas registradas del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales. Se autoriza la reproducción de los artículos en cualquier medio a condición de la mención de la fuente y previa comunicación al director.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

Sumario

Editorial
Massimo Modonesi 9

Pensamiento crítico y movimientos sociales

Pensamento critico e hegemonia alternativa
Emir Sader 13

El pensamiento crítico en el laberinto del progresismo
Raúl Zibechi 19

Teoría en movimiento: más de una década de pensamiento crítico
Mónica Iglesias Vázquez 25

Características actuales de la movilización social en América Latina
Marcela Alejandra Parra 43

Entrevista

**El Brasil *lulista*: una hegemonía al revés. Entrevista a Francisco
"Chico" de Oliveira**
Massimo Modonesi 67

Experiencias latinoamericanas

Estado de la democracia en Venezuela, Bolivia y Ecuador
Pablo Stefanoni 79

**2000-2010: una década de luchas feministas. Logros y deudas
pendientes con las mujeres latinoamericanas en los albores del siglo XXI**
Andrea D'Atri 111

Resistencia social en Colombia: entre guerra y neoliberalismo Jaime Rafael Nieto López	125
Contra la guerra en México: la <i>caravana del consuelo</i> y el movimiento por la paz con justicia y dignidad Luz Estrello	143
La particularidad cubana. Algunas notas sobre los movimientos sociales en Cuba Guillermo Almeyra	163
Mito, aquelarre, carnaval. El grotesco americano Armando Bartra	177

Aportes del pensamiento crítico latinoamericano

Crítica, heterodoxia y esperanza en el marxismo de José Aricó Horacio Crespo	191
Elementos para la constitución de una teoría marxista de la reproducción. Dialécticas de las formas y ciencia de la política José Aricó	233

Reseña

Sísifo en Argentina. Orden, conflicto y sujetos políticos Leandro Gamallo	253
---	-----

Lista de publicaciones recientes	261
---	-----

Editorial

Historia reciente y pensamiento crítico

MASSIMO MODONESI

En números anteriores de *OSAL* incursionamos en el debate sobre el impacto de los movimientos y las luchas populares de la década, buscando claves de lectura de un necesario balance sobre diez años de cambios en Latinoamérica. En particular, en el número 29 buscamos retratar el año 2010, como punto de llegada cronológico y posible referente de observación retrospectiva de la primera década del siglo.

El debate está abierto. Por una parte, aparecen las posturas que resaltan los alcances del antineoliberalismo, el protagonismo popular esporádico pero decisivo, el saldo del gran número de gobiernos progresistas en la región y sus logros tanto en términos de políticas públicas como de debilitamiento de las derechas otrora poderosas. Por la otra, desde una pendiente crítica se lamenta que los gobiernos progresistas conllevaron una desmovilización –e inclusive cooptación y represión–, que el neoliberalismo se haya substituido, en el mejor de los casos, con un moderado neodesarrollismo que no abandona el patrón primario exportador y sacrifica el territorio y el ecosistema. En medio de un debate político que se polariza, florecen los matices y los tonos de gris que coloran el arcoíris de posturas, estudios, análisis e investigaciones en curso.

En este número 30 de *OSAL* queremos abrir otra entrada al debate sobre la década, otra ventana sobre los 11 años que marcaron una aceleración de la historia latinoamericana. La pregunta que nos hacemos y que hicimos a varios de los autores que colaboran en este número remite a la relación entre teoría y praxis, entre acción y reflexión, entre movimientos e intelectualidad. Nos interrogamos sobre el impacto de los cambios políticos ocurridos en la década sobre el pensamiento crítico latinoamericano para tratar de dar cuenta de su estado, de su capacidad de captar los procesos, de las transformaciones, de estar a la altura de los desafíos no sólo analíticos e interpretativos sino –respetando y refrescando una tradición de pensamiento militante– de cumplir su función social y política, de ser estímulo y parte integrante de los movimientos emancipatorios.

En esta dirección, el número 30 de *OSAL* ofrece un conjunto de materiales particularmente estimulantes.

El número arranca con dos artículos, respectivamente de Emir Sader y Raúl Zibechi, destacados intelectuales que, a lo largo de la década, se hicieron portavoces de interpretaciones y posturas distintas y, a veces, claramente enfrentadas que podemos nombrar *hegemonismo* y *autonomismo*, por el énfasis estratégico puesto en uno u otro concepto o consigna. Siguen, en el mismo bloque dedicado al pensamiento crítico latinoamericano, los artículos de dos jóvenes investigadoras, Mónica Iglesias y Marcela Parra, que intentan ordenar los temas y los debates surgidos del estudio de los movimientos sociales. De particular interés resulta el primer texto, en tanto resalta el lugar de la revista *OSAL* en el debate latinoamericano por medio de algunas líneas de debate que la atravesaron durante sus 11 años y 30 números.

En la sección siguiente, dedicada a diversas experiencias latinoamericanas, el análisis de Pablo Stefanoni sobre “El estado de la democracia” en los tres países (Venezuela, Ecuador y Bolivia) donde más lejos llegó el antineoliberalismo, resulta de gran utilidad en tanto permite problematizar y generar criterios de evaluación sobre los procesos de cambio ocurridos bajo la influencia de gobiernos de corte progresista. Por su parte, el balance que nos ofrece Jaime Rafael Nieto López sobre la resistencia en Colombia permite reconocer las grandes tendencias de una experiencia que, a contrapelo de la tendencia general latinoamericana, fue de violenta y dramática involución en una espiral que los actores “no armados” buscan lentamente revertir. En otro artículo, una destacada luchadora e intelectual feminista, Andrea D’Atri, nos ofrece una panorámica sintética que ilustra el papel ocupado por las luchas de las mujeres latinoamericanas en la década. Posteriormente, una joven socióloga mexicana –Luz Estrella– analiza, a partir de su participación directa en la llamada *Caravana del consuelo*, la experiencia del “Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad” en México. Por su parte, Guillermo Almeyra, con una mirada amplia y profunda, rastrea en la historia cubana algunas claves de lectura de la coyuntura que se abre con el actual proceso de reformas. Finalmente, el texto de Armando Bartra se conecta con una de las temáticas emergentes en la historia reciente latinoamericana en tanto plantea, en un sugerente ejercicio literario, rescatar y valorizar las formas de lo plebeyo de las irrupciones populares de cara a la indignación clasista de los sectores dominantes.

La entrevista que presentamos en este número fue realizada a una figura sobresaliente del mundo intelectual brasileño y latinoamericano, Chico de Oliveira, sobre el tema del *lulismo* o, mejor dicho, del “momento Lula”, un pasaje político de actualidad que ya es parte de la historia brasileña y que Chico disecciona con una filosa mirada crítica.

Last but not least, es un honor y un orgullo contar con un texto inédito de José María Aricó, uno de los más sobresalientes intelectuales marxistas latinoamericanos y, sin duda, el más grande difusor y divulgador del marxismo en la región. Este texto es acompañado por una fina y profunda lectura de su pensamiento y su trayectoria política e intelectual surgida de la pluma de Horacio Crespo, un gran conocedor de la obra de este autor por su relación personal con Pancho.

Buena lectura.

Pensamiento crítico y movimientos sociales

**Pensamiento crítico
e hegemonía alternativa**

Emir Sader

**El pensamiento crítico
en el laberinto del progresismo**

Raúl Zibechi

**Teoría en movimiento: más de una
década de pensamiento crítico**

Mónica Iglesias Vázquez

**Características actuales de la
movilización social en América Latina**

Marcela Alejandra Parra

Pensamiento crítico e hegemonía alternativa

EMIR SADER

Director del Laboratorio de Políticas Públicas de la Universidad del Estado de Río de Janeiro (LPP-UERJ), profesor de la Universidade de São Paulo, secretario ejecutivo de CLACSO.

Resumen

Emir Sader repasa la historia del pensamiento crítico latinoamericano reciente, del que considera que luego de haber sido tomado por sorpresa y predicho sin tino la caída catastrófica del neoliberalismo, tardó en dejar la ilusión abierta por la democratización posterior a las dictaduras para comprender el carácter regresivo de la ofensiva capitalista de salida a la crisis del petróleo, en lo que el énfasis en la resistencia y autonomía de los movimientos sociales no llegó a concretar, o rehusó, una política para con el Estado y los partidos que delineara una estrategia consecutora de un modelo alternativo acorde al "otro mundo posible" lanzado en el Foro Social Mundial e impulsado por los gobiernos reformistas. Emir Sader explica que a ello se deben las dificultades del zapatismo y de los piqueteros argentinos, aunque sin dar cuenta de la necesidad de una reparación a las represiones que sufrieran, para participar de un proyecto político de gobierno logrado, a diferencia de lo ocurrido con los movimientos sociales bolivianos y ecuatorianos, y al presente venezolano. De allí que rescate la noción de hegemonía, en contraposición a las concepciones "libertarias" antipolíticas, y que exponga que es preciso comprender el modelo hegemónico neoliberal en la fase actual del capitalismo, con la

Abstract

Emir Sader reviews the history of Latin American critical thinking in recent times and considers that after having been taken aback and predicted the catastrophic downfall of neoliberalism, it took long to leave the optimism opened to the democratization following the dictatorships in order to understand the regressive character of the capitalist offensive to resolve the oil crisis so the emphasis on the resistance and autonomy of social movements failed to consolidate, or rejected, a policy for the State and the political parties that developed a strategy towards an alternative model, one that was in accordance with the idea that "another world is possible" as proposed in the World Social Forum and fostered by reformist governments. Emir Sader explains that this is the reason behind the difficulties encountered by Zapatists and Argentine picketers, although he does not account for the need to make up for the repression they suffered, to participate in a concrete governmental political project, contrary to what happened with social movements in Bolivia and Ecuador, and currently in Venezuela. This is also the reason why he recovers the concept of hegemony as opposed to "libertarian" antipolitical conceptions and states that it is necessary to understand the neoliberal hegemonic model as it is now in this present phase of capitalism, with the

transformación de la estructura social, el Estado y la ideología que apareja, para articular ese análisis a la proposición de un modelo alternativo que pase de ser teoría a fuerza material.

transformation of the social structure, the State and the ideology it entails, so as to integrate this analysis into a proposal for an alternative model that moves on from theory into material force.

Palabras clave

Hegemonía, neoliberalismo, posneoliberalismo, Estado, partidos políticos, pensamiento crítico.

Keywords

Hegemony, neoliberalism, post-neoliberalism, the State, political parties, critical thinking.

Cómo citar este artículo

Sader, Emir 2011 "Pensamiento critico e hegemonia alternativa" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Como se pode avaliar as contribuições do pensamento critico latino-americano aos processos políticos que vive o nosso continente?

Essa avaliação se remete, centralmente, ao período neoliberal, que inclui a sua fase de implantação, seu auge, seu esgotamento e as tentativas de construção de modelos alternativos e superadores do neoliberalismo.

Na primeira fase, de surgimento –de alguma forma surpreendente– ou ressurgimento do liberalismo, o pensamento critico foi pego mais ou menos desprevenido. Subestimava-se a capacidade do liberalismo para se reciclar e voltar a forjar um modelo hegemônico. O período anterior havia consagrado algumas referências teóricas e políticas, em relação às quais parecia haver um ponto de não retorno, como o papel central do Estado, o tema do desenvolvimento, o da democracia política, entre outros.

O fim do ciclo longo expansivo do capitalismo, por sua vez, foi propício para previsões catastrofistas em relação não apenas à hegemonia norteamericana, mas à própria existência do capitalismo, o que deixava ainda menos preparado o pensamento crítico para a passagem a um período regressivo.

A redemocratização em países importantes do continente favorecia uma visão positiva de que o período mais conservador haveria sido superado e, com a democracia, haveria retomada de modelos de desenvolvimento econômico com a afirmação de direitos sociais.

O campo popular e, com ele, o pensamento critico, não estavam preparados para a nova ofensiva liberal, foram pegos de surpresa, o que facilitou a hegemonia desta. Uma certa tendência evolucionista que impregnava o movimento popular e o pensamento social, dificultavam integrar um movimento geral regressivo em escala histórica.

Esse despreparo fez com que os balanços das grandes viradas regressivas terminassem levando ao outro extremo, a balanços radicais, de abandono de supostos gerais da construção de alternativas –hegemonia, Estado, partidos, entre outros.

Tardaram um pouco os diagnósticos da virada. Grande parte deles terminou convergindo para a condenação –com o “estatismo” da esquerda predominante até então– do próprio Estado, da política, dos partidos, da estratégia e de todo o universo conexo com essas categorias, até então constitutivos das estratégias da esquerda. Abria-se espaço para a colaboração de forças populares –especialmente alguns movimentos sociais– com ONG e até mesmo com entidades empresariais, sob o envoltório do voluntariado ou de fundação privadas, ligadas a grandes empresas, até mesmo transnacionais.

Desde a esquerda, contribuía-se assim para o fortalecimento do liberalismo, em distintas vertentes. Se enfraqueciam as análises de classe em favor das análises dos processos democráticos, se perdia a perspectiva da luta por uma hegemonia alternativa. Praticamente se abandonam as análises sobre o Estado e os debates de estratégias de poder. Foram substituídas por análises sobre os movimentos sociais, transformados de eixo da resistência popular ao neoliberalismo em eixo das estratégias de construção do “outro mundo possível”, em detrimento dos partidos e da esfera política. O tema da “crise dos paradigmas” virou moda, acompanhada da desqualificação de elementos de análise e de intervenção estratégica, centrais no período anterior. As teses sobre a “autonomia dos movimentos sociais” –como veremos mais adiante–, ganharam espaço, em detrimento das concepções voltadas para a construção de hegemonias alternativas.

Aparelhado com esse equipamento teórico e político, o pensamento crítico teve papel importante na fase de resistência ao neoliberalismo, na denuncia do caráter das propostas neoliberais, das suas consequências e do fracasso das suas promessas e no dismantelamento das certezas que procurava passar o pensamento único e o Consenso de Washington; no entanto, centrado nessa ótica, se revelou incapaz de acompanhar o movimento popular, quando este passou da resistência à construção de projetos de hegemonia alternativa.

Salvo no caso boliviano, em que o processo pode contar com o grupo Comuna e, particularmente, dentro dele, com as elaborações teóricas e estratégicas de Alvaro García Linera –que retoma a tradição original do marxismo de teóricos e dirigentes políticos ao mesmo tempo–, os outros processos progressistas não tiveram teorizações estratégicas nem dentro dos governos, nos partidos ou por parte de pensadores críticos.

Essa debilidade é tanto mais grave porque enfrentamos a um período histórico profundamente contraditório e inédito para a reflexão crítica e para as forças populares. Enquanto o capitalismo mostra suas vísceras numa crise profunda e prolongada, em que se esgota o seu modelo neoliberal e ele tem dificuldade para propor outro, o socialismo também se debilitou profundamente, com o fim da URSS, o desprestígio do socialismo, da política, do Estado, da economia planificada, dos partidos, da construção de hegemonias alternativas, dos temas do poder, da estratégia.

Esses novos ventos ideológicos atingiram em cheio o campo popular. Ao cabo de anos de resistência ao neoliberalismo, protagonizada centralmente por movi-

mentos sociais –diante da adesão de partidos social-democratas a variantes do neoliberalismo, do isolamento dos partidos e da derrota de movimentos guerrilheiros–, cristalizou-se uma nova tendência dominante no Fórum Social Mundial. Este se propôs a articulação e o intercambio entre os movimentos sociais, incorporando ONG, mas não a forças políticas, para lutar por um “outro mundo possível”.

“...uma autonomia que casava perfeitamente com as ONG, nascidas em torno da oposição entre ‘sociedade civil e Estado’, afirmando a autonomia e a centralidade daquela contra o Estado”

As visões dominantes –corporificadas centralmente pelas ONG, mas também por alguns movimentos sociais– se ancoraram teoricamente na concepção da “autonomia dos movimentos sociais”. Uma autonomia não diante dos riscos de subordinação da classe trabalhadora a projetos de frações de classe burguesas –como havia sido entendida no período anterior–, mas desta vez diante da “política” e todos seus correlatos: Estado, partidos, poder, instituições, etc.

Houve distintas elaborações teóricas em torno daquele conceito: uma vertente baseada nas obras de Toni Negri, outra na de John Holloway (esta, a de “mudar o mundo sem tomar o poder”). Mas politicamente ambas davam sustentação à ideia da “autonomia”, uma autonomia que casava perfeitamente com as ONG, nascidas em torno da oposição entre “sociedade civil e Estado”, afirmando a autonomia e a centralidade daquela contra o Estado. Por sua própria definição, se propunham a resistência da sociedade civil, sua autonomia, dado que nunca se propuseram a transformação das estruturas da sociedade, diante das quais buscavam distancia.

Alguns movimentos sociais aderiram a essa concepção¹. Exemplos significativos foram as ricas experiências dos zapatistas no México e dos piqueteros na Argentina, mas que não puderam passar da fase de resistência à de construção de alternativas ao neoliberalismo –objetivo contido na luta pelo “outro mundo possível”. Terminaram ou na desmobilização e/ou na impotência de influência e de ocupação de espaços no campo político de disputa de hegemonia a nível nacional.

Caminho distinto assumiram os movimentos sociais em países como a Bolívia e o Equador, entre outros, que de forma mais significativa passaram da luta de resistência –em que lograram derrubar a vários governos em poucos anos, na primeira metade da década de 2000– à disputa hegemônica –questão central no nosso tempo. Se colocaram o objetivo da construção de instrumentos políticos de luta por uma hegemonia alternativa ao neoliberalismo, disputaram processos eleitorais, triunfaram e avançaram na direção da refundação dos Estados desses países, passando a uma etapa posneoliberal.

As formulações teóricas que se assentavam na “autonomia dos movimentos sociais”, foram responsáveis por grandes reveses, ao se manter no plano da resistência e não passar à disputa de hegemonia. No caso dos piqueteros que, diante da queda sucessiva de três presidentes argentinos, se negaram a participar das eleições, refugiando-se no lema “Que se vayan todos”, como resultado, foram se enfraquecendo, até praticamente desaparecerem como movimento. A pretensão de

construção de estruturas de poder local no caso dos zapatistas se enfrenta a enormes dificuldades, geradas na correlação de forças nacionais do México, sobre a qual não conseguem intervir, sendo vítimas dela.

Essas visões se perderam de tal maneira dos processos reais –os que opõem o neoliberalismo ao anti e posneoliberalismo– que passaram a avaliar os governos conforme o papel dos movimentos sociais, como se estes não fossem instrumentos para a transformação das sociedades, mas um fim em si mesmo. A relação do governo venezuelano, boliviano ou equatoriano com movimentos sociais aparece como o termômetro para avaliar os processos políticos em desenvolvimento nesses países, independentemente de cada caso concreto em que existam diferenças de posições dos governos e de alguns setores das forças populares.

Se fôssemos a sintetizar a linha divisória entre as contribuições teóricas que, por captar os eixos articuladores da realidade, conseguem fazer desembocar seus análises em propostas políticas concretas, e as que permaneceram numa visão apenas crítica, ¿é ela o conceito de hegemonia e a necessidade de construção de alternativas concretas ao neoliberalismo?

O resgate da dimensão política, da esfera do poder, é essencial si se quiser construir “o outro mundo possível” e não perseverar simplesmente no plano da resistência. Este resgate encontrou também dificuldades porque, como resultado dos processos de redefinição das temáticas, o Estado quase desapareceu como objeto de reflexão (CLACSO ficou muitos anos sem Grupo de Trabalho sobre o Estado, como exemplo significativo).

O conceito de hegemonia –e seus correlatos de crise hegemônica, bloco hegemônico, crise de representação política, etc.– são essenciais para a passagem da luta popular de resistência – onde se acumula força social e ideológica– a àquela de disputa por alternativas políticas. A crítica à “política” exercida por algumas visões e incorporada por algumas forças sociais deriva de concepções liberais – mesmo se às vezes se disfarçam detrás de concepções supostamente “libertarias”.

À ditadura da economia do neoliberalismo se contrapunha a autonomia da esfera social, compartilhando com o ideário neoliberal a desqualificação da política. O abandono e, mais do que isso, a desqualificação da política –com a diabolização do Estado–, fortaleciam o renascimento do liberalismo e, com ele, das economias de mercado. Condenados por vozes de direita e de esquerda, se amalgamavam Estado, política, partidos, congressos. Com eles, também estratégia, imperialismo, poder. Só restava a apologia do mercado de um lado, a da resistência “desde abaixo” de outro.

Por outro lado, os novos governos latino-americanos, diferenciados de seus antecessores pela prioridade das políticas sociais ao invés dos ajustes fiscais, pela prioridade dos projetos de integração regional no lugar dos Tratados de Livre Comércio com os Estados Unidos e por um papel ativo do Estado como indutor do crescimento econômico e garantia dos direitos sociais, ao invés do Estado mínimo e da centralidade do mercado, foram desenvolvendo novas práticas que, por sua vez, colocaram novos desafios ao pensamento crítico do continente.

O tema de maior relevância, que requer uma grande elaboração teórica, é o da nova hegemonia. Esgotado o modelo neoliberal e em crise a hegemonia neoliberal, coloca-se a questão do novo projeto hegemônico e dos seus elementos constitutivos fundamentais: que bloco social, que modelo econômico, que padrão ideológico, que tipo de Estado devem corresponder ao novo tipo de governo?

A Bolívia e o Equador –e, de certa forma, a Venezuela– responderam com a convocação de Assembleias Constituintes para a refundação dos seus Estados nacionais. A ALBA aponta para um novo tipo de comércio, não baseado nos preços de mercado e nos princípios da OMC, mas nas necessidades e possibilidades de cada país. UNASUL fundou o Conselho Sulamericano de Segurança e o Conselho de Economia e Finanças, que atuam junto ao Banco do Sul.

Qual deveria ser uma agenda para o pensamento crítico poder contribuir à construção de uma hegemonia alternativa ao neoliberalismo?

As contribuições do pensamento crítico à superação do neoliberalismo supõe, antes de tudo, análises sobre as transformações ocorridas nos processos de acumulação de capital, profundamente afetados pelas novas modalidades assumidas pelo capitalismo em escala internacional na sua atual fase histórica de hegemonia neoliberal. Supõe compreensão sobre o modelo hegemônico da fase atual do capitalismo, que articula as dimensões econômica, social, política e ideológica.

A própria estrutura social dos nossos países se viu profundamente alterada pelas transformações acumuladas intensamente, entre ditaduras militares, crises da dívida e governos neoliberais. Uma atualização dessas transformações é essencial, especialmente pelos processos de fragmentação social intensificados nestas últimas décadas, da mesma forma que a retomada das análises sobre o Estado –o neoliberal e o que vai sendo construído como alternativa de superação, qual o tipo de Estado que se requer para a superação do Estado neoliberal.

Um tema essencial é o da disputa ideológica, de valores, da construção de sociabilidades alternativas à dominante –o modo de vida norteamericano, o que requer análises capazes de compreender os fundamentos e o alcance da hegemonia ideológica dominante nas nossas sociedades.

Qualquer que seja a agenda teórica, para que o pensamento crítico volte a ter um papel à altura dos processos históricos que vive a América Latina hoje, precisa abandonar o denunciamento e articular suas análises com propostas concretas de transformação, que apontem para a superação do neoliberalismo e a construção de sociedades mais justas, humanas, solidárias; precisa tomar como um dos seus critérios centrais a capacidade da teoria se transformar em força material.

Notas

1 Sendo impossível desenvolver mais esse tema aqui, remeto a meu livro *El nuevo topo. Los caminos*

de la izquierda latinoamericana (Buenos Aires: Ediciones Siglo XXI; Barcelona: El Viejo Topo).

El pensamiento crítico en el laberinto del progresismo

RAÚL ZIBECCHI

Periodista, activista e investigador uruguayo. Premio José Martí 2003 por sus crónicas sobre la crisis Argentina. Su libro más reciente es *Política & Miseria. La relación entre el modelo extractivo, los planes sociales y los gobiernos progresistas*, Lavaca, Buenos Aires, 2011.

Resumen

La evidente contradicción entre la presencia de un poderoso capital transnacional y el fortalecimiento de los Estados auspiciado por los llamados gobiernos progresistas en la mayor parte de la región, obliga a estos gobiernos a moverse en el precario equilibrio entre mantener las condiciones para la permanencia y reproducción de dicho capital, a la vez que conservan el respaldo –activo o pasivo– de los movimientos que les dan legitimidad. El pensamiento crítico queda a su vez atrapado en la disyuntiva de dar su apoyo a los gobiernos por sus logros en materia social o señalar las contradicciones y límites de su proyecto, contradicciones manifiestas en la peculiar forma que adopta la dominación. Aunque buena parte del pensamiento crítico se ha orientado a apuntalar y acompañar la labor de los gobiernos, también ha sido notoria la aparición de nuevos temas que reflejan la diversidad de iniciativas y actores que hacen frente al modelo económico desde los márgenes de los canales institucionales; así como las transformaciones y adaptaciones que dicho modelo adopta ante circunstancias cambiantes. En esta puesta en agenda de

Abstract

The evident contradiction between the presence of a powerful transnational capital and the strengthening of governments sponsored by so-called progressive administrations in most of South America forces those governments to strike a precarious balance between preserving the necessary conditions to guarantee the permanence and growth of such capital, and maintaining the –active or passive– support by the social movements that accord such legitimacy. In turn, critical thinking is faced with the dilemma of whether it should support governments in view of their achievements in social issues or rather stress the contradictions and limitations of their governmental project as these manifest in the peculiar form adopted by domination. Although most critical thinkers have favoured support and adherence to current government policies, there are emerging issues revealing diverse initiatives and actors that oppose the economic plan from the boundaries of institutional channels and also reject the transformations and adaptations that such economic model adopts amid changing circumstances. Thinkers/activists or academics/militants

nuevas temáticas han tenido un papel destacado los pensadores/activistas o investigadores/militantes, quienes desarrollan su labor crítica desde fuera de los espacios ya reconocidos.

whose critical work is done outside typically recognised avenues have played a major role in putting these new issues on the agenda.

Palabras clave

Pensamiento crítico, gobiernos progresistas, extractivismo, movimientos sociales, dominación.

Keywords

Critical thinking, progressive governments, extractivism, social movements, domination.

Cómo citar este artículo

Zibechi, Raúl 2011 "El pensamiento crítico en el laberinto del progresismo" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

En su análisis sobre la influencia de la Comuna de París en los debates del movimiento obrero de la época, Georges Haupt destaca que, además de haberse convertido en ejemplo estimulante para la reflexión y en argumento político, significó un viraje en la temática teórica del socialismo (Haupt, 1986: 54). Apoyándose en Rosa Luxemburgo y en Franz Mehring, asegura que la caída de la Comuna marcó el fin de una época del movimiento revolucionario. En las décadas siguientes los debates giraron en torno a la necesidad de una organización centralizada para la conquista del poder político, o sea la construcción del partido, que se convirtió en nudo político e ideológico a desentrañar.

El papel del "Partido-guía" o la vanguardia revolucionaria comenzó a ocupar un lugar central con la Revolución de Octubre, cuyos dirigentes, en particular Lenin, lo absorbieron de la experiencia del Partido Socialdemócrata de Alemania en la II Internacional (Haupt, 1986). La construcción de una dirección estable integrada por revolucionarios profesionales, capaz de guiar a las masas proletarias y forjar alianzas con otras clases, se convierte en modelo a seguir pero también en el punto de referencia de los principales debates del período. Capacidades teóricas y de organización para los dirigentes y disciplina para los dirigidos fueron las cualidades en torno a las que se ordenó buena parte de la reflexión teórica.

Por otro lado, los dos sacudones mayores que vivió el movimiento obrero provocaron una oleada de divisiones en sus filas. La escisión entre la corriente inspirada en Bakunin y la que seguía a Marx en la I Internacional, fue seguida por la ruptura de la unidad socialista en 1914 que se convirtió, con la Revolución Bolchevique, en "un deliberado intento, de alcance mundial, de dividir a los movimientos socialistas y obreros" (Cole, 1962: 350). Ese proceso centrífugo iniciado con la Comuna se profundizó ante cada movimiento de envergadura, como las revoluciones china y cubana, de modo que la actual fragmentación de las izquier-

das y del pensamiento crítico se inscribe en un vasto y extenso proceso que ya se integró como una de las señas de identidad de los movimientos antisistémicos.

Aún es demasiado pronto para evaluar cómo ha influido el último ciclo de luchas en el pensamiento crítico latinoamericano. Los movimientos antisistémicos de la última década dejaron pocas cosas en su lugar. Por un lado, consiguieron deslegitimar el modelo neoliberal privatizador y desregulador, y abrieron espacios para la formación de nuevos gobiernos progresistas y de izquierda en la mayor parte de los países de la región sudamericana. Aun de forma indirecta, contribuyeron en la consolidación de nuevas formas de gobernar que suponen la aparición de equipos de gobierno integrados por personas que en la década del noventa estaban en la oposición y muy a menudo enfrentados al Consenso de Washington.

Sin embargo, la realidad regional registra también continuidades. El modelo productivo no ha cambiado, aunque ya no se realizan privatizaciones. Se sostiene en la extracción de bienes comunes (agua, biodiversidad, hidrocarburos, minerales), lo que llamamos extractivismo o acumulación por desposesión. Aunque se aplican políticas sociales más o menos consistentes y se registra un largo período de fuerte crecimiento del producto interno bruto, los niveles de desigualdad casi no se han movido y están aún lejos de los estándares anteriores a la década del noventa.

El cambio más importante registrado en la región es la convivencia entre un poderoso y autónomo capital transnacional y un relativo fortalecimiento de los Estados de la mano de gobiernos progresistas. Ambos hechos son, evidentemente, contradictorios, pero esbozan un campo de fuerzas de notable dinamismo en el cual la tendencia es a la confrontación entre movimientos y extractivismo, lo que coloca a los Estados en una situación paradójica: necesitan del modelo para lubricar los ingresos fiscales que den sustento a sus políticas, pero también necesitan el apoyo de los movimientos sin los cuales su legitimidad queda en cuestión.

En cuanto al pensamiento crítico latinoamericano, está en su mayor parte volcado en apoyar y justificar las políticas de los gobiernos y muestra grandes dificultades para dar cuenta del nuevo modelo hegemónico. El caso de Bolivia es excepcional. El masivo y macizo apoyo inicial de los pensadores al gobierno de Evo Morales y Álvaro García Linera se fue desgranando con el paso del tiempo hasta engrosar casi masivamente el campo de la oposición luego del "gasolinazo" de diciembre de 2010. Las primeras deserciones aisladas se dieron entre los intelectuales aymaras, pero en los últimos meses se produjo un vuelco que acompaña las críticas de amplios sectores de la población y de varios movimientos sociales que tomaron distancias del gobierno.

En Argentina el proceso fue inverso. Hasta el conflicto de 2008 entre el gobierno de Cristina Fernández y los sectores rurales, la mayor parte de la intelectualidad mantenía ciertas distancias y cierto tono crítico. Pero el conflicto dividió aguas y una parte mayoritaria de los pensadores críticos se inscribió en los sucesivos manifestos denominados "Carta Abierta", que ofrecen su apoyo al gobierno. Este viraje parece haberse consolidado, o quizá profundizado, desde la muerte de Néstor Kirchner en octubre de 2010.

En ambos países, una parte sustancial de los intelectuales acompaña de hecho los vaivenes de la sociedad, lo que podría llevarnos a reflexionar acerca de qué tan

crítico es el pensamiento crítico cuando se limita a nadar a favor de la corriente. Quiero decir que el pensamiento crítico se ha politizado, y a veces gubernamentalizado, a favor o en contra, pero en buena parte de los casos tomando a los gobiernos como referencia central.

La cuestión más importante, desde el punto de vista del pensamiento crítico en una mirada de larga duración, es la incorporación de nuevos temas. El último ciclo de protesta introdujo un conjunto de reflexiones sobre las dos dimensiones de las rebeliones: los hechos históricos producidos por los movimientos y la proyección *prefigurativa* de la nueva sociedad, o sea la multitud de emprendimientos productivos, educativos y de salud que han puesto en pie mientras resisten al modelo (Solana, 2011).

En la última década, en casi todos los países de la región han sido publicados infinidad de trabajos sobre fábricas recuperadas, agricultura sustentable y familiar, salud comunitaria, tradicional y alternativa, educación popular y universidades de los movimientos, incluyendo algunos trabajos sobre formas de poder no estatal en los territorios autogestionados por los movimientos. En períodos anteriores, el pensamiento crítico se había enfocado casi exclusivamente en comprender las coyunturas políticas, las relaciones de fuerza a escala local y global, en definir las fuerzas motrices y los objetivos de los combates antisistémicos, entre otros.

Una parte destacada del pensamiento crítico se ha focalizado en este período en poner la lupa sobre las características de estos “mundos nuevos” creados por las resistencias. Aparecen análisis sobre el Movimiento Sin Tierra de Brasil, destacando las iniciativas en educación, en el uso del espacio y en la producción y distribución, mostrando cómo la escuela es capaz de trabajar con base en pedagogías liberadoras; existen muchos estudios sobre la capacidad de los obreros de gestionar la producción y la administración de fábricas recuperadas sin patrones ni capataces; y una amplia producción académica y no académica sobre los pueblos indígenas como portadores de valores y cosmovisiones que pueden considerarse alternativos al capitalismo y a la cultura occidental en momentos en que atravesamos una crisis de civilización.

De ese modo, el pensamiento crítico ha venido acompañando las novedades que aporta la lucha social, algo que ha sido siempre una de sus características básicas, sin abandonar las demás tensiones ya señaladas dirigidas a comprender la realidad y, de modo muy particular, las nuevas formas que asumen la acumulación de capital, el imperialismo y las mutaciones en el mundo del trabajo, por señalar algunas de las más destacadas.

Debe señalarse que muy a menudo los nuevos temas no llegaron de la mano del pensamiento de los pensadores ya reconocidos e institucionalizados, sino que provienen de pensadores/activistas o investigadores/militantes, de jóvenes que desde diversos espacios están colocando temas nuevos en la agenda. No me refiero sólo a la capacidad de iluminar la vida cotidiana de los movimientos sino a la capacidad para abordar los temas de género y generacionales, en sus más diversas variantes, que han ganado una visibilidad mayor que en cualquier otro período histórico.

Más difícil resulta encontrar trabajos sobre los nuevos modos que asume la dominación, esa combinación extraordinaria entre extractivismo y políticas so-

ciales compensatorias, tan característica de los gobiernos progresistas. En parte, esta carencia puede estar relacionada con la “hegemonía de la pequeña política”, cuando la política “deja de ser pensada como arena de lucha por diferentes propuestas de sociedad” y se convierte apenas en “administración de lo existente” (Coutinho, 2010: 32). En rigor, no se trata de reformismo ni de socialdemocracia, sino de algo nuevo que necesita ser reflexionado, que excluye sistemáticamente el conflicto social como eje en torno al cual gira la posibilidad de cambios más o menos profundos. Digamos que el progresismo está erradicando el papel de la lucha de clases como la concibiera Marx: campo de fuerzas ordenador de la sociedad, de sus protagonistas y del pensamiento crítico.

“Debe señalarse que muy a menudo los nuevos temas no llegaron de la mano del pensamiento de los pensadores ya reconocidos e institucionalizados, sino que provienen de pensadores/activistas o investigadores/militantes...”

El trabajo de Francisco de Oliveira y un grupo de personas que se identifican con las reflexiones que produjo en los últimos años es una de las mejores noticias en un período de genuflexión teórica. *Hegemonía as avessas* y *O avesso do avesso* (de Oliveira, 2010), dos breves e incisivos textos, desnudan algunos aspectos centrales del nuevo modelo y señalan a la vez las limitaciones del pensamiento crítico para dar cuenta de ello.

Inspirado en Gramsci, de Oliveira sostiene que en países como Brasil y Sudáfrica las clases dominantes consienten ser conducidas políticamente por los dominados (hegemonía), a condición de no poner en cuestión la explotación capitalista (hegemonía al revés). Entiende que se trata de “una revolución epistemológica para la cual aún no disponemos de la herramienta teórica adecuada” (de Oliveira, 2010: 27). Concluye con dos afirmaciones polémicas: que la herencia marxista (y gramsciana) pueden servir como punto de partida teórico pero que no son suficientes para comprender lo nuevo, y que el lulismo –y por extensión el progresismo– representa una regresión en la medida en que convirtió la política en asunto de elites en vez de socializarla.

Si la primera parte, en la que enfatiza sobre los límites actuales del pensamiento crítico, nos resulta familiar, la segunda incomoda. Pensar que lo que estamos viviendo en la región sudamericana significa una regresión, suena a echar por tierra todo el ciclo de luchas que consiguió nada menos que deslegitimar el neoliberalismo, poner en fuga a las clases políticas conservadoras y abrir espacios para otros modos de gobernar. Sin embargo, si tomamos la exacta enunciación que formula de Oliveira, las cosas se mueven. En efecto, el progresismo y las izquierdas convertidas en gobiernos están tomando la palabra en el lugar de los movimientos, suplantando a la gente común, la que gritó hace diez años “que se vayan todos”, para monopolizar el discurso en nombre de los movimientos.

Ciertamente, se trata de discursos bien diferentes a los de la década anterior. Nadie habla de privatizar ni de desregular. Pero lo cierto es que ahora hablan las

elites y las gentes se limitan a aplaudir, con la excepción de Bolivia, donde la política plebeya está lejos de haber sido suplantada. En este sentido, reflexionar de lo que califica como regresión, material y simbólica, concreta y constatable, debería ser una de las tareas urgentes del pensamiento crítico latinoamericano

Bibliografía

- Cole, G. D. H. 1962 *Historia del pensamiento socialista* (México: Fondo de Cultura Económica) Tomo VI, "Comunismo y Socialdemocracia (1914-1931)".
- Coutinho, Nelson 2010 "A hegemonía da pequena política" en de Oliveira Francisco *et al.* (comps.) *Hegemonía as avessas* (São Paulo: Boitempo).
- de Oliveira, Francisco *et al.* 2010 *Hegemonía as avessas* (São Paulo: Boitempo).
- Haupt, Georges 1986 *El historiador y el movimiento obrero* (Madrid: Siglo XXI).
- Solana, Pablo 2011 "2001-2011: La rebelión al calor de la experiencia de los movimientos barriales y de trabajador@s desocupad@s" en *Herramienta* (Buenos Aires) N° 46, marzo.

Teoría en movimiento

Más de una década
de pensamiento crítico¹

MÓNICA IGLESIAS VÁZQUEZ

Licenciada en Sociología por la Universidad de Barcelona y maestra en Estudios Latinoamericanos por la Universidad Nacional Autónoma de México. Actualmente, estudiante del doctorado en Estudios Latinoamericanos de la UNAM.

Resumen

El artículo hace un balance de las aportaciones de la revista *OSAL* al debate teórico sobre la movilización social en América Latina durante la década 2000-2010. La autora destaca los encuentros y desencuentros de la discusión que han mantenido diversos autores en la búsqueda de definir el concepto "movimiento social". Ubica a la pérdida de centralidad del mundo obrero como punto de origen de la reflexión teórica sobre los "nuevos movimientos sociales"; señalando cómo el desplazamiento hacia nuevos espacios de organización multiplicó las formas de organización e identidad colectiva, transformando y enriqueciendo a su vez el repertorio de acción "clásico". La revista *OSAL* se celebra como un espacio de diálogo para el pensamiento crítico que intenta explicar los procesos de transformación contemporáneos.

Abstract

This article focuses on the journal published by OSAL and assesses its contribution to the theoretical debate on social mobilisation in Latin America during 2000-2010. The writer highlights agreement and disagreement among different thinkers in their search for a definition that best describes the concept of "social movement". She argues that the theoretical reflection on "new social movements" has its origin in the loss of centrality affecting the workers' world, and stresses that the shift to new spaces has multiplied the different forms of collective identity and organisation, thereby transforming and enriching the "classical" repertoire of action. OSAL's journal is much praised as an avenue for critical thinking dialogue which attempts to explain contemporary transformation processes.

Palabras clave

Teoría, movimiento social, conflicto social, Estado, poder, publicaciones periódicas.

Keywords

Theory, social movement, social conflict, the State, power, periodical publications.

Cómo citar este artículo

Iglesias Vázquez, Mónica 2011 "Teoría en movimiento: más de una década de pensamiento crítico" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

*"[...] que lo invisible es una fuerza explosiva,
que lo impensable se tiene que pensar,
que no hay nada más inseguro que la seguridad".*

John Holloway (2001: 176).

En junio de 2000 se publicó el primer número de la revista del Observatorio Social de América Latina (*OSAL*); ésta nacía con el propósito de aportar elementos para la caracterización y comprensión, desde una perspectiva crítica, de las realidades del capitalismo contemporáneo y, especialmente, de los procesos de antagonismo social y de confrontación política en América Latina y el Caribe. Su aparición no fue casual, respondió a la necesidad de acompañar en la reflexión a los actores sociales y políticos que, desde los años noventa, venían pugnando por una transformación de las realidades profundamente injustas, desiguales e hirientes impuestas por el neoliberalismo. En estos once años de vida, *OSAL* se ha convertido en una "ventana" privilegiada para el estudio de los conflictos sociales y de las luchas políticas, favoreciendo el encuentro de intelectuales de diversas latitudes –pero principalmente latinoamericanos– y militantes o activistas de diversas organizaciones sociales, abonando a la revitalización del pensamiento crítico. Realizar un balance de sus contribuciones resultaría arduo, y probablemente incompleto, por la gran diversidad de temas abordados o insinuados en sus páginas; en todo caso, no es la pretensión de este artículo.

Nuestra mirada está guiada por una inquietud *teórica*: la necesidad de una reflexión colectiva y de un debate explícito sobre las categorías y conceptos empleados para desentrañar los conflictos sociales y caracterizar a los actores involucrados en ellos, especialmente, a los movimientos sociales². Esta preocupación no es baladí ni constituye una mera digresión terminológica; por el contrario, la reflexión teórica sobre los significados otorgados a los fenómenos empíricos –significados que deben emerger de la propia *praxis*– nos parece un asunto de la mayor importancia y lo consideramos un *momento* de la práctica política. Sólo mediante una clarificación de los conceptos empleados es posible contribuir, desde la teoría, a desbrozar los caminos posibles, advertir las potencialidades y limitaciones de las coyunturas y construir las posibilidades de acción. Por otra parte, desde una perspectiva que busca no sólo comprender el mundo, sino también transformarlo, la "batalla de ideas" adquiere una significación mayor. En ese sentido es que pretendemos rescatar algunos de los aportes más significativos de la revista *OSAL*.

El lugar de la teoría: el concepto de “movimiento social”

“La lucha teórica es una lucha política y en ella la batalla por la palabra es fundamental”.

Marcos Roitman Rosenmann (2006: 335).

En abril de 2007, en una conferencia que dictó en Bolivia, Boaventura de Sousa Santos constataba la “turbulencia de conceptos” existente en el debate latinoamericano y la necesidad de una “clarificación”. Según el intelectual portugués esta situación se debía a la “distancia tan grande entre teoría política y práctica política” (de Sousa Santos, 2007: 26). En el mismo sentido, con anterioridad, Raúl Zibechi había llamado la atención sobre la necesidad de construir nuevos conceptos que permitieran dar cuenta cabalmente de algunos de los fenómenos más recientes como, por ejemplo, la relación entre los movimientos sociales y los respectivos gobiernos en aquellos casos en que éstos habían surgido de los primeros o de coyunturas creadas por ellos y que asumían, por lo tanto, un signo popular; para este autor, “conceptos como ‘cooptación’, ‘traición’, incluso el llamado ‘continuismo’ respecto del modelo neoliberal, deben ser complejizados ya que resultan inadecuados” (Zibechi, 2006: 226)³. Algunos años antes, Ana Esther Ceceña apuntaba entre los desafíos del movimiento contra el neoliberalismo “poder asumir la historicidad del capitalismo para descolonizar/emancipar el pensamiento (la *praxis*) en contenidos y formas, construyendo, colectivamente, la utopía de otro mundo sobre bases epistemológicas nuevas, aunque enraizadas en la(s) historia(s) y en la(s) cultura(s)” (Ceceña, 2002: 15).

Estos señalamientos explícitos claman por una actualización y renovación de la teoría a la luz de las transformaciones empíricas producidas, pues los conceptos con los que se trató de dar cuenta de la transformación social y política, en el pasado, parecieran ser insuficientes –no siempre estériles– para permitir una comprensión profunda de las distintas experiencias de movilización y protesta social de los últimos años. En el marco de lo que fue teorizado como la *colonialidad del saber*, esto es, la constatación de que los saberes que se han empleado para comprender las realidades latinoamericanas han sido forjados en otros contextos socioculturales y que adolecen, por lo tanto, de un carácter eurocéntrico (y anglocéntrico) monocultural, y de pretensiones de universalidad (de Sousa Santos, 2007)⁴, ha habido un extraordinario florecimiento del lenguaje, que denota, por una parte, la búsqueda por tomar distancia de los “viejos” conceptos, por considerarlos *inadecuados*; y, por otra, la preocupación por resignificar y recuperar “viejos” conceptos y dotarlos de mayor capacidad explicativa para expresar una realidad emergente y que presenta una mayor complejidad⁵.

En esa labor de reconceptualización han tenido un papel protagónico los propios movimientos sociales, lo cual contribuye, sin duda, a acortar la distancia entre teoría y práctica –a la que aludía de Sousa Santos–, entre intelectuales y/o académicos y actores sociales y/o políticos⁶. En los últimos años hemos apreciado un intento por acercarse en los dos sentidos: desde intelectuales profundamente comprometidos con los procesos de transformación social, y desde militantes o

activistas crecientemente preocupados por “nombrar”, comprender y explicar su experiencia y sus prácticas. Y en ese esfuerzo OSAL ha venido fungiendo como un espacio de encuentro entre ambas dimensiones pues su objetivo, tal y como lo explicita número a número, es contribuir “a los esfuerzos por conocer, pensar y construir esa Otra América que, día a día, está naciendo en los más diversos rincones de nuestro continente” (OSAL, 2006: 12).

“Esa polémica o laxitud a la hora de calificar a las distintas experiencias de movilización social y política amerita la revisión del concepto de movimiento social para desentrañar su potencialidad explicativa...”

El concepto de “movimiento social” es, precisamente, uno de los más socorridos para nombrar a los actores sociales protagonistas de las luchas políticas de la actualidad. Si bien el cuestionamiento o la preocupación por la idoneidad de este concepto apenas se explicitan, en muchos artículos de OSAL han comenzado a utilizarse otras expresiones, lo que –junto con la ambigüedad que caracteriza el uso de dicha locución– haría pensar que existe una necesidad de matizar los conceptos o encontrar otros más apropiados para significar a los actores sociales actuales. Una breve enumeración de algunas de las expresiones empleadas, con notable desconcierto, incluye: movimiento social, fuerzas sociales, movimiento popular, movimiento comunitario, movimiento sociopolítico, movimiento de clase, fuerzas populares, rebeliones, revueltas, revueltas plebeyas, movilizaciones, insurrecciones, insurgencias, multitud y muchedumbre. En muchas ocasiones estos conceptos se utilizan como sinónimos o no se repara en la necesidad de establecer diferencias explícitas (lo cual parece necesario al no existir un consenso sobre su significado). Pero si la variedad con respecto a la denominación general es considerable, se incrementa al examinar la manera como trata de adjetivarse a esas “acciones colectivas”, es decir, en un nivel menor de abstracción los autores se refieren a movimientos indígenas, étnicos, campesinos, urbanos, de masas, de los sin techo, de los sin tierra, de estudiantes, antiglobalización o altermundista, de lucha antineoliberal, cívicos o ciudadanos, de desocupados o piqueteros (que son también los “sin trabajo”), guerrilleros, populares, en defensa del medio ambiente o ecologistas, sindicales⁷, de mujeres, feministas, socioespaciales, socioterritoriales, socioambientales, de derechos humanos, así como movimiento cocalero, bolivariano, socialista e, incluso, de la migración.

Llama la atención, en primer lugar, la disparidad de criterios y de “escalas” para caracterizar a los movimientos sociales: en algunos casos su identidad está dada fundamentalmente por el actor colectivo que lo encarna o el sector social al que pertenece dicho actor –campesinos, indígenas, cocaleros, urbanos, de clase, de mujeres, de desocupados, de estudiantes, de ciudadanos, de masas–; o por lo que define a ese actor en función de lo que carece –los “sin”–; en otros, por la forma de organización/lucha adoptada –piqueteros, guerrilleros, sindicales–; en otros, más por la reivindicación principal que enarbola o por aquello a lo que se opone –an-

tiglobalización o altermundista, antineoliberal, medioambientales o ecologistas, feministas, cívicos, de derechos humanos–; y finalmente, algunas denominaciones explicitan el proyecto al que adhieren, como es el caso del movimiento bolivariano o del movimiento socialista⁸.

Y, en el fondo, esas denominaciones son indicadoras de una identidad sólo parcial; muchos de esos movimientos podrían ser incluidos bajo el rótulo de “antiglobalización”, “altermundialización”, “antineoliberal” o “popular”. Lo expresa bien Stédile cuando dice: “El Movimiento Sin Tierra es un movimiento social que lucha por una reforma agraria de nuevo tipo; pero lucha también por una nueva sociedad y para eso tiene que enfrentarse con muchos enemigos de la clase dominante” (Stédile, 2004: 38). Por lo tanto, esa proliferación de adjetivos que sustantiva a los movimientos dificulta, en ocasiones, la comprensión del carácter de su identidad, de su lucha, y también la confluencia entre los distintos movimientos por la superposición de identidades diferentes. Estamos lejos de proponer no especificar de alguna manera el tipo de movimiento social (pues ante la diversidad de subjetividades y luchas, una categoría demasiado amplia no detenta capacidad analítica) al que nos referimos, sino que identificamos un primer problema en esa tarea que es, precisamente, mezclar los planos y los niveles de análisis. Esta confusión se muestra en expresiones como las siguientes: “*para os movimentos sociais e para o movimento sindical*”; “movimientos sociales y populares” (Druck, 2006: 329-330; Algranati, Seoane y Taddei, 2004: 87); “entre la clase obrera y los movimientos sociales” (Dávalos, 2006: 315)⁹. También se observa una confusión al identificar movimientos y organizaciones sociales, por ejemplo, cuando se dice “el PT y otros movimientos sociales” (Stédile, 2004: 32) o cuando se habla de “*movimentos sociais camponeses e indígenas, além da Confederação Operária Boliviana (COB)*” (Sader, 2004: 60) o “el sindicato y otros movimientos” (Stédile, 2004: 38). ¿Es lo mismo una organización –sindicato, partido, cooperativa, etc.– que un movimiento social?

Esa polémica o laxitud a la hora de calificar a las distintas experiencias de movilización social y política amerita –como lo demandan René Mouriaux y Sophie Beroud (2000) a propósito de las huelgas de los años noventa en Francia– la revisión del concepto de movimiento social para desentrañar su potencialidad explicativa y la reflexión sobre las categorías empleadas para designar esas expresiones sociales y políticas. La necesidad de esa revisión está fundada, en última instancia, en la exigencia de “comprender la lógica que es propia al objeto en lo que este objeto es propio”, tal y como formulara Karl Marx (citado en Mouriaux y Beroud, 2000: 119) y porque, como bien señalan estos autores, la definición supone la teoría y por lo tanto, los conceptos empleados implican un determinado abordaje de la problemática de las luchas sociales. Este último punto es trascendental para las experiencias de transformación en curso.

Sin embargo, sin menospreciar el valor de la reflexión teórica, otra postura contribuye al debate señalando la dificultad de arribar a un concepto o una teoría sociológica únicos capaces de expresar y significar toda la multidimensionalidad de las expresiones de movilización colectiva, de repertorios de acción, de reivindicaciones y de formas de organización y lucha, pues serían “irreducibles a un denominador común” (Vakaloulis, 2000: 159). Por ello, de Sousa Santos concuer-

da con la opinión, expresada por Fernando Calderón y Elizabeth Jelin, de que en América Latina “no hay movimientos sociales puros o claramente definidos, dada la multidimensionalidad, no solamente de las relaciones sociales sino también de los propios sentidos de la acción” (de Sousa Santos, 2001: 180-181). Sería necesario profundizar en esta caracterización de los movimientos sociales pero, en principio, no deja de ser preocupante la alusión a la “impureza” de los movimientos sociales latinoamericanos, lo cual invalida en el fondo la aplicación de dicho concepto. Sin embargo, el propio de Sousa Santos considera que es posible el acercamiento entre las disímiles experiencias y propone una interesante labor de traducción (de los saberes y de las prácticas); se trataría de encontrar las *analogías* entre las distintas acciones, reivindicaciones, organizaciones, horizontes. Para este autor “la tarea de la teoría crítica posmoderna consiste en apuntar de nuevo hacia los caminos de síntesis” (de Sousa Santos, 2001: 183), porque efectivamente “*não há um programa político e econômico comum, mas sim uma forte identificação na rejeição ao mundo desenhado pelo neoliberalismo*” (Freire, 2002: 22). La labor de traducción busca tender puentes de comunicación (Ceceña, 2002: 15) entre las distintas subjetividades. La *articulación* es, pues, uno de los desafíos que se les plantean a los movimientos sociales y a la sociología crítica latinoamericana, sea ella rotulada como postmoderna o no¹⁰.

La pérdida de centralidad del movimiento obrero

“Ahora los eventuales ‘sepultureros’ del capitalismo, prosiguiendo con una imagen clásica, dispuestos a poner en cuestión los fundamentos del viejo régimen, son muchos”.

Atilio Boron (2006: 294).

Uno de los consensos más generalizados en la revista *OSAL* es la siguiente constatación: la pérdida de la *centralidad política* que le cupo a la clase obrera en la lucha social, en el pasado. Sin duda, esa pérdida de centralidad del movimiento obrero se traduce en una importancia menor del mismo en el pensamiento crítico de la región. Existe una coincidencia en señalar que el mundo del trabajo se ha fragmentado y diversificado y que los conflictos se han extendido más allá de la esfera laboral; constatación que resume Aníbal Quijano en la siguiente aseveración: “es difícil, en cambio, identificar un sector de trabajadores como el hegemónico en el heterogéneo, disperso, fragmentado y cambiante universo del trabajo” (Quijano, 2004: 24). Sin embargo, las consecuencias que los autores extraen de esa constatación empírica compartida no siempre coinciden: para Michel Vakaloulis “el conflicto laboral ‘tradicional’, centrado en el torno al trabajo asalariado [...] está lejos de haber desaparecido” y sigue constituyendo “un polo de conflictividad fuerte”¹¹. Para este autor, además, el trabajo adquiriría en esta etapa una nueva “centralidad” –paradojal– en la medida en que la lógica de valorización del capital se extiende a todos los ámbitos de la sociedad y, al mismo tiempo, en el mundo del trabajo asalariado irrumpe la lógica societal (Vakaloulis, 2000: 162). La misma

idea de “ampliación de los procesos de trabajo hacia las otras dimensiones de la vida social” y de “transgresión de la fábrica como ámbito de circunscripción de la explotación” la subraya Ceceña, por lo que la relación trabajo asalariado/capital se muestra como insuficiente para desentrañar la dinámica de la dominación y la “dialéctica y significación(es) de las relaciones sociales” (Ceceña, 2002: 11).

La derivación más importante de esa pérdida de centralidad política y sociológica del movimiento obrero es la *certeza* de que no hay un *único* ni un *privilegiado* actor social, vanguardia de la revolución o sujeto estratégico para la emancipación. Ningún actor puede arrogarse la centralidad de la lucha contra el neoliberalismo; por el contrario, han emergido movimientos con una gran fortaleza en torno a conflictos ubicados en los límites entre la producción y la reproducción de la vida. Ello conduce a la conclusión, en algunos casos, de que las identidades no están estructuralmente preconstituídas (de Sousa Santos, 2001: 178), sino que se construyen en la lucha; los actores sociales se forjan en los conflictos sociales y, por lo tanto, pueden variar en cada coyuntura. Por eso, Atilio Boron, parafraseando al poeta, sentencia: “militantes, no hay sujeto, se hace el sujeto al andar” (Boron, 2006: 294). Al margen de que considero que es más adecuado hablar de “actores” y no de “sujetos”¹², efectivamente deberíamos considerar al actor colectivo, al movimiento social, esencialmente como un *proceso*, como un *proceso de lucha*; el movimiento social se construye y configura permanentemente en el *conflicto* con otros actores sociales y políticos, en la disputa por un modelo de sociedad (más o menos explícito, más o menos parcial) contrapuesto a aquél en el que desarrolla su acción. Los artículos de *OSAL* contribuyen a que los movimientos sociales dejen de ser vistos como actores uniformes (que fue una de las notas que primó en la teoría sobre los movimientos sociales, y especialmente sobre el movimiento obrero), admitiendo conflictos internos, ambigüedades, limitaciones, etc. La heterogeneidad no es por sí misma descalificadora, ni impide la constitución de movimientos sociales, pero sí complejiza mayormente la comprensión de esos procesos así como las mismas potencialidades de los movimientos sociales. Por lo tanto, más allá del carácter evocador de éstos (que hace que muchas organizaciones hayan adoptado el nombre de “movimiento”) como “rótulo” llamativo para la lucha social, es necesario avanzar hacia un concepto más analítico. Recuperar la historicidad de los movimientos sociales, su *sociogénesis*, es fundamental para dilucidar los procesos de constitución de subjetividad(es) política(s).

¿Nuevas identidades y actores sociales?

“Ese mundo nuevo existe, ya no es un proyecto ni un programa sino múltiples realidades, incipientes y frágiles”.

Raúl Zibechi (2003: 188).

La pérdida de la centralidad política del movimiento obrero implicó como contrapartida la *emergencia* de “nuevos” actores sociales frente al *vacío* dejado por él. La discusión acerca de la supuesta novedad de los movimientos sociales se prolonga

desde la década del ochenta¹³. Efectivamente, la búsqueda por lo “inédito” de los movimientos sociales transmite la idea de ruptura, de discontinuidad, como la que se señala entre los “nuevos” movimientos sociales y el movimiento obrero, cuya frontera “es vista tan necesaria como insuperable” por algunos autores, como revelan Mouriaux y Beroud (2000: 121). Freire da cuenta de esa distancia al referirse al movimiento “antiglobalización”: “*têm como marca o surgimento de novos setores sociais (em geral, com grande presença de juventude), com formas organizacionais e com orientações políticas singulares quando comparados às tradições que têm hegemonizado o movimento operário*” (Freire, 2002: 23). Y de Sousa Santos lo expresa con mayor claridad aun: “la denuncia de nuevas formas de opresión implica la denuncia de las teorías y de los movimientos que las omitieron, que las descuidaron cuando no fue que pactaron con ellas. Implica pues, la crítica al marxismo y al movimiento obrero tradicional, así como la crítica al llamado ‘socialismo real’” (de Sousa Santos, 2001: 178). Por eso existe una lectura según la cual “no existe una solución de continuidad entre las luchas de la clase obrera, con su horizonte de transformación histórica cristalizada en su proyecto socialista, y los movimientos sociales” (Dávalos, 2006: 308).

El énfasis en la novedad (Svampa, 2008; Quijano, 2004; Boron, 2004; Ceceña, 2002) se refiere sobre todo a las formas de acción (como el piquete –corte de ruta–, los *performances*, el predominio de la acción directa frente a las intermediaciones institucionales, privilegiadas en otras épocas), a las formas de organización (como la comunidad, la asamblea, las coordinadoras, los foros), a las formas de participación política y ejercicio de la autoridad (inspiradas en la máxima de “mandar obedeciendo”, en la crítica de las vanguardias y de los liderazgos, en el cuestionamiento de la representación y en la valoración de la democracia participativa o comunitaria, en la defensa de la horizontalidad). Todo ello confluye en “la generalización de una forma que apunta primordialmente a la defensa y desarrollo de la participación, producida y alimentada desde abajo” (Svampa, 2008: 46).

Si bien trata de argumentarse la novedad de los “nuevos” movimientos sociales en sus formas de lucha y de organización o en sus reivindicaciones –y es cierto que existen rasgos que adquieren una fuerza inédita en esta etapa (Vakaloulis, 2000: 162)–¹⁴ no es menos cierto que puede defenderse también la idea de la continuidad de estos movimientos con formas de movilización pasadas; por eso de Sousa Santos insiste en que esa “novedad” no debe “ser defendida en términos absolutos” (de Sousa, 2001: 180). La misma idea sugiere Álvaro García Linera cuando afirma, a propósito de la ‘forma multitud’, que se trata de una “forma de movilización profundamente tradicional y radicalmente moderna” (García Linera, 2001: 186)¹⁵. Por ello, el énfasis en la novedad, que inevitablemente conlleva una comparación con las etapas precedentes de las luchas sociales, debiera explicitar no sólo las rupturas, sino también las herencias de las formas actuales de movilización. En ese sentido, veríamos que la “novedad” de los movimientos sociales hace referencia fundamentalmente a la *centralidad* adquirida en este momento por formas de organización y de lucha, que en algunos casos tienen siglos de vigencia y que en general fueron descartadas o se mantuvieron en una posición minoritaria anteriormente, pero cuyas raíces es posible rastrear en experiencias de organiza-

ción y movilización social pasadas (muchas de las prácticas actuales tienen un indiscutible aroma a los principios libertarios).

“Efectivamente, la búsqueda por lo ‘inédito’ de los movimientos sociales transmite la idea de ruptura, de discontinuidad, como la que se señala entre los ‘nuevos’ movimientos sociales y el movimiento obrero, cuya frontera ‘es vista tan necesaria como insuperable’...”

El protagonismo alcanzado por los movimientos sociales en esta década les confiere un carácter de *normalidad* y de necesidad, es decir, ya no son vistos exclusivamente como elementos disruptivos y destructivos del orden social vigente sino también como portadores (*germen*) de un nuevo mundo¹⁶. En correspondencia con esa “normalización” se ha incentivado la reflexión en torno a la capacidad que éstos tienen (o pueden tener) para lograr una transformación de nuestras sociedades (una “democratización de la democracia” en términos de de Sousa Santos) hacia “otro mundo posible”, ampliando precisamente el horizonte de lo posible, en la reconfiguración del Estado, del gobierno, de la ciudadanía, de la política y del poder. En contraposición, también se ha discutido sobre las limitantes y debilidades que presentan los movimientos sociales y acerca de las vías para superarlas. Si bien se les reconoce a los movimientos sociales una gran potencialidad *destituyente*, algunos autores señalan su dificultad para articularse en la práctica y su debilidad a la hora de construir alternativas viables dada la “dispersión en la ubicación de un horizonte emancipatorio” (Dávalos, 2006: 314). Pero si concebimos al neoliberalismo como un proyecto que pretende ser hegemónico, desbordándose desde lo económico hacia los otros campos de la vida social y política, habrá que concluir que la lucha contra el neoliberalismo debe ser también “total”, cuestionando el neoliberalismo en todas sus raíces y consecuencias, y pugnando por un modelo contrahegemónico.

¿Cuáles son las características de la movilización social en el contexto actual? Los autores referidos dan cuenta de la proliferación y diversidad de actores sociales y políticos, como ya hemos visto; de la variación coyuntural de las reivindicaciones; de la extensión en las formas de acción y de la diversificación en los niveles de acción. Para algunos (Meiksins, Vakaloulis, Boron) esa característica asume una connotación negativa, debido a su carácter disperso y fragmentario, y a la dificultad de articularse entre sí y dar forma a un horizonte de liberación compartido. Otros (García Linera, Hardt y Negri, de Sousa Santos, Holloway), en cambio, destacan el carácter positivo de la diversidad de actores, de la multiplicidad de reivindicaciones y de la ausencia de “proyectos hegemónicos” –más allá de “otro mundo posible”¹⁷. La ausencia de certezas, en este caso, es vista como una ventaja y no como un *handicap*. Desde esta perspectiva, la certeza y la inevitabilidad del camino que hegemonizó la lucha del movimiento obrero, no condujo en general a sociedades más justas e igualitarias¹⁸. Por eso estos autores reivindican el valor de la *experimentación* y la inspiración zapatista expresada en la fórmula “caminando preguntamos”.

La táctica y la estrategia: aquí y ahora

“Cuando se dice que se puede cambiar el mundo sin tomar el poder, ¿acaso no se está denunciando una teoría instrumental del poder que construyó una izquierda sectaria, miope y ‘unidimensional’?”

Dávalos (2006: 319).

El cuestionamiento del movimiento obrero como actor estratégico de la lucha contra el capitalismo implicó también una crítica de la política empleada tradicionalmente por él, es decir de la teoría sobre la revolución: centrada en el Estado y en el poder de clase. “La historia nos grita que esto no funciona” nos alerta John Holloway (2001: 188), aludiendo a la experiencia de los siempre mal llamados socialismos reales. Por lo tanto, la emergencia de actores e identidades diversas, más allá de la identificación de clase, plantea también la disputa sobre las formas adecuadas o legítimas de acción. En este sentido florece un interesante debate que atraviesa las páginas de *OSAL* acerca de la pertinencia de la lucha electoral y de la “toma del poder” a través del Estado. El Estado es objeto de un, por momentos acalorado, debate acerca de su utilidad en la lucha de “los de abajo” para transformar su realidad social de dominación, explotación, opresión y exclusión. Según John Holloway (2001; 2001a), esa perspectiva está atrapada en la “ilusión estatal”; este autor cuestiona el carácter estadocéntrico de esta estrategia de liberación que, en la experiencia histórica, demostró postergar las transformaciones sociales profundas y acabar explotando y oprimiendo a los trabajadores (o al pueblo) al cual decía pretender liberar, de la misma o similar forma a como lo hicieron/hacen los Estados capitalistas. En esta lectura, el Estado se concibe única y exclusivamente como una “herramienta” de las clases dominantes para someter a las clases subalternas; y, por lo tanto, se cuestiona que deba emplearse, para la liberación, el mismo instrumento que usan las clases dominantes para la opresión, pues ello supondría “pretender la derrota del sistema de poder mimetizándose con él” (Ceceña, 2002: 15). Por el contrario, se considera que la revolución debe empezar por la transformación de las relaciones sociales de dominación en la vida cotidiana, desechando de esa manera la teoría de la “revolución en dos etapas” que implicaba, primero, la “toma del poder” (de las instituciones del Estado)¹⁹ y, posteriormente, la democratización de los medios de producción y de las prácticas de gobierno que, en definitiva, siempre se posponía para “más allá”. Por eso en algunas experiencias se ha tratado de trascender la “lógica estatal” y se ha vuelto la mirada hacia los *otros*, produciendo, en cierta forma, un desplazamiento de los interlocutores: la interpelación en estos casos no se produce hacia el Estado (o no en primer lugar). La táctica se identifica con la estrategia: “No esperar a tener más poder para redefinir el nuevo estilo de ejercerlo” (González Casanova, 2003: 17)²⁰.

En el polo opuesto, Ellen Meiksins Wood considera que la política del movimiento obrero –dirigida fundamentalmente hacia el Estado– resulta en el contexto actual²¹ “más, y no menos, posible e importante” (Meiksins, 2000: 114). En el mismo sentido, Boron destaca la importancia del Estado en tanto constituye uno de los más importantes, si no es que el principal, “dispositivo estratégico” para los

fines del capitalismo contemporáneo y, por ende, en la lucha contra él. Este autor, además, llama la atención sobre el hecho de que la “conquista del poder” nunca se concibió como un paso suficiente para “el lanzamiento del proceso revolucionario” (Boron, 2001: 181), aunque sí era indispensable. Eso es lo que ciertos intelectuales, y movimientos sociales, cuestionan en este momento.

La supuesta pérdida de importancia de la “conquista del Estado” estaría sustentada, también, en la creencia de que el Estado, en las circunstancias actuales, habría perdido la centralidad que le cupo en otros momentos, y sobre todo, su “rol en materia de autoridad soberana” (Hardt y Negri, 2002: 159), frente a las empresas multinacionales. Por ello, la estrategia nacional pierde sentido y la lucha se decide entre lo local y lo regional o internacional. De hecho, el auge de las reuniones en torno a las cumbres de los organismos financieros internacionales y las celebraciones del Foro Social Mundial impulsaron la idea de la constitución de un verdadero movimiento en el plano internacional (Aguiton, 2002; Chesnais, Serfat y Udry, 2001) o de la “sociedad civil global” (Gómez, 2001). Sin embargo, esa hipótesis ha sido ampliamente cuestionada y calificada de “mito neoliberal” y por el contrario se ha recordado que “los estados-nación todavía siguen siendo actores cruciales en la economía mundial, las economías nacionales siguen existiendo y las empresas transnacionales continúan operando desde una base nacional” (Boron, 2002: 168). Desde este punto de vista, prescindir del debate en torno al Estado y la lucha electoral resultaría no solamente inadecuado sino verdaderamente peligroso. En cierta forma la estrategia seguida por algunos movimientos sociales y políticos en aras de lograr modificar la correlación de fuerzas políticas en el gobierno, dando lugar a gobiernos de corte popular o progresista, estaría apoyando esta perspectiva de la transformación social, es decir, la confianza en que es necesario y posible avanzar hacia una transformación profunda de la sociedad y del Estado desde la institucionalidad vigente. Para ello se han abierto procesos constituyentes que pretenden refundar el pacto social y el papel del Estado en el mismo y, en algunos países, se han acuñado términos que recuperan la figura del Estado para el proyecto del movimiento popular, como el de “Estado plurinacional” (Tapia, 2007).

La discusión acerca del papel del Estado remite necesariamente a la concepción del poder. Para Boron, los movimientos sociales e intelectuales que subscriben la tesis de la “ilusión estatal” cometen un error “en pretender que la cuestión del poder no existe”. Sin embargo, parece necesario tender puentes de entendimiento entre ambas posturas que, a menudo tienden a presentarse como irreconciliables²². Una revisión profunda de las proposiciones en contra de la “conquista del Estado” deja entrever una concepción muy distinta –de la tradicional– del poder y de la política: se trata de construir un antipoder²³ –aunque se hable de “disolver las relaciones de poder” (Holloway, 2001: 174)– en el sentido de un “poder-hacer”, que se refiere a la capacidad creativa humana, a su potencialidad, y que se distingue del “poder-sobre”, que alude a la dominación y subyugación de la capacidad humana. Sin lugar a dudas, para una parte significativa de actores sociales y pensadores críticos, algunas palabras han caído en desgracia y una de ellas es el vocablo “poder”. Para ellos es necesario construir “una nueva cultura política [que] substituya las relaciones de poder por relaciones de respeto y dignidad” (Ceceña, 2002: 14). Sin embargo, en la medida en que, como digo, no se

pueden abolir el poder ni la política, parece necesario profundizar en la forma como se está teorizando sobre esas nuevas relaciones que se pretende instaurar.

Por otra parte, la relación entre lo social y lo político se ha visto alterada. El capitalismo “mutila, acota y deslegitima la política” (Ceceña, 2002: 15) porque está preparado para la guerra pero no para la democracia; y, en los últimos años, el pensamiento neoliberal generalizó una “criminalización de la política” (González Casanova, 2006: 296). En cierta forma –y como lo apunta Boron (2001)–, algunas corrientes del pensamiento crítico recaen en una posición similar a la neoliberal, aunque con propósitos muy distintos, al enfatizar la crítica de la política, sobrevalorando lo social, y legitimando de esa manera la separación artificial entre lo político y lo social, que llevó a la corrupción y fetichización del gobierno (Sader, 2004: 59-60). La política es concebida como “politiquería”, como actividad escindida de los problemas reales de los sectores subalternos. Entonces, se confunde la izquierda con la derecha, pues los políticos de todos los partidos (incluso aquellos autodenominados de izquierda) actúan igual, acatando los dictados del capital, una vez que asumen el poder. Los “profesionales de la política” se convierten en una “clase política”, con sus intereses propios y específicos, separada de la base social y suplantando y expropiando las decisiones sociales (García Linera, 2003: 295). En consecuencia la política no cumple el papel de resolver los conflictos sociales. La mejor expresión de esta concepción es la consigna “que se vayan todos” que enarbolaron los argentinos en la crisis de 2001-2002. Sin embargo, la crítica de la perversión del acto de gobernar no debiera confundirse con un cuestionamiento generalizado a la política. Efectivamente, desde las prácticas sociales hay una resignificación de lo político, que se recupera y acerca a la vida social, rompiendo con el fetichismo del poder. Los movimientos sociales proponen “nuevas formas de ser políticos, de hacer política”, una “antipolítica” en términos de Holloway (2001: 173), que sitúa en su eje la dignidad humana.

La preocupación por romper con la lógica estatal, por la separación entre Estado y sociedad civil, y entre lo social y lo político está vinculada con el intento de eliminar la diferencia entre táctica y estrategia. Y es que en las expresiones contemporáneas de los movimientos sociales, según esta perspectiva, no existe una “lógica de acumulación que permita distinguir entre táctica y estrategia” (de Sousa Santos, 2001: 179): los medios son los fines, la revolución comienza hoy y comienza aquí, radicalmente. Esta hipótesis fuerte parece ser otra de las que requieren un mayor nivel de elaboración. No se acaba con la problemática de las mediaciones para la consecución de un determinado fin decretando teóricamente el fin de la distinción entre táctica y estrategia. La necesidad de “poner los medios” –individuales y colectivos, intelectuales y prácticos– para la procura de nuestros objetivos, seguirá estando presente en los intentos por transformar las estructuras y superestructuras opresivas y dominantes. Podremos imaginar otros medios, pero no omitir su existencia y relevancia.

Consideraciones finales

La revista *OSAL* se inscribe en el ciclo de movilizaciones y conflictos sociales y políticos que han atravesado la región desde inicios de la primera década del

siglo XXI. En cierto modo, fue un proyecto visionario, pues asumió la tarea de acompañar en el terreno de la reflexión teórica los procesos de cambio que recién comenzaban a insinuarse, y contribuyó con su pensamiento a potenciar esa labor de transformación de los movimientos de lucha contra el neoliberalismo. Su carácter latinoamericano ha proporcionado materiales de ineludible relevancia para marcar las inflexiones o las tendencias a escala regional. No es exagerado decir que en ella se han plasmado los grandes debates que han recorrido los centros de estudio y los grupos intelectuales y militantes de la región e incluso del mundo y que son expresión de las tensiones que atraviesan las ciencias sociales a inicios del siglo XXI²⁴. En ese sentido, no podemos menos que reconocer su enorme contribución al enriquecimiento y estímulo del pensamiento crítico latinoamericano, apostando por la construcción de un pensamiento emanado de la propia realidad latinoamericana. Efectivamente, se aprecia un esfuerzo por destacarse como campo prolífico para pensar la transformación social (en consonancia con las prácticas reales), frente a la “colonialidad del saber”.

Las páginas de *OSAL* –aun tratándose de una revista con una periodicidad cuatrimestral, en un primer momento, y semestral, a partir del N° 22 (2007)– han tratado de ofrecer elementos para la comprensión y problematización de los procesos en curso. En ese sentido y teniendo en cuenta la agitación de la década, la reflexión se ha caracterizado por cierta urgencia al abordar algunas problemáticas emergentes. Las contribuciones de diversos autores, muchos de ellos con posturas muy disímiles, constituyen una de las mayores riquezas de esta revista, que está pensada como un espacio de pluralidad en el que tienen cabida las distintas reflexiones, cuya preocupación sea la consecución de “otros mundos posibles”. En el balance realizado resulta obvio que existe una “disputa epistemológica” que de ningún modo está saldada. La trabazón entre “viejos” y “nuevos” conceptos, entre paradigmas “tradicionales” y “emergentes” resulta conflictiva y discurre todavía por un camino incierto. Y es que también en el terreno teórico la década es convulsa.

Sin dejar de reconocer la virtud de ese pensamiento pronto y diverso, tampoco deberíamos dejar de ver lo importante por lo urgente. Como ya señalaba Rafael Freire: “*Os acontecimentos sucedem-se aceleradamente e a elaboração de uma visão mais estruturada da atual conjuntura internacional enfrenta grandes problemas metodológicos*” (Freire, 2002: 21). En cierta forma, *OSAL* adolece de esa acuciosidad. Por eso consideramos necesario seguir profundizando en los temas de mayor relevancia para pensar las posibilidades de transformación real y profunda de la realidad existente. Por otra parte, la revista es reflejo de los altibajos, de las idas y vueltas, de los avances y retrocesos de las experiencias de transformación en América Latina, en definitiva de la dialéctica de la historia. Porque ningún proceso es lineal y seguro, *OSAL* atestigua esos vaivenes. Sin embargo el énfasis en lo sincrónico no debe omitir la dinámica del proceso. En ese sentido, una buena combinación entre los análisis coyunturales y las perspectivas estructurales debería potenciar la labor realizada hasta ahora.

Nuestra hipótesis es que las páginas de la revista *OSAL* reflejan esa búsqueda –muy pocas veces declarada– por adecuar la teoría a la realidad. La utilidad del concepto “movimiento social” parece ponerse en cuestión, de manera implícita,

en la medida en que proliferan términos disímiles. Sin embargo, hace falta un esfuerzo más consistente por tratar de argumentar teóricamente la pertinencia de tal o cual concepto, algo de lo que la mayoría de estudios adolecen.

Los estudiantes e investigadores interpelados por la realidad latinoamericana debemos saludar este proyecto que, sin duda alguna, contribuye a la construcción colectiva de mejores presentes y futuros.

Bibliografía

- Aguiton, Christophe 2002 "2001, nuevas preguntas, nuevos problemas" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 6, enero.
- Algranati, Clara; Seoane, José y Taddei, Emilio 2004 "Cronología enero-abril 2004. Disputas sociales y procesos políticos en América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 13, enero-abril.
- Almeyra, Guillermo 2008 "Los vaivenes de los movimientos sociales en México" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IX, N° 24, octubre.
- Almeyra, Guillermo 2008a "Editorial" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IX, N° 24, octubre.
- Bellamy Foster, John 2002 "Imperialismo e 'Imperio'" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 8, septiembre.
- Boron, Atilio A. 2001 "La selva y la polis. Reflexiones en torno a la teoría política del zapatismo" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 4, enero.
- Boron, Atilio A. 2002 "Imperio: dos tesis equivocadas" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 7, junio.
- Boron, Atilio A. 2004 "La izquierda latinoamericana a comienzos del siglo XXI: nuevas realidades y urgentes desafíos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 13, enero-abril.
- Boron, Atilio A. 2006 "Crisis de las democracias y movimientos sociales en América Latina: notas para una discusión" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 20, mayo-agosto.
- Ceceña, Ana Esther 2002 "Rebeldías sociales y movimientos ciudadanos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 6, enero.
- Ceceña, Ana Esther 2004 "Militarización y resistencia" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 15, septiembre-diciembre.
- Chesnais, François; Serfati, Claude y Udry, Charles-André 2001 "El futuro del movimiento 'antimundialización'. Primeras reflexiones para una consolidación de sus fundamentos teóricos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 3, enero.
- Dávalos, Pablo 2006 "Movimientos sociales y razón liberal: los límites de la historia" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 20, mayo-agosto.
- de Sousa Santos, Boaventura 2001 "Los nuevos movimientos sociales" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 5, septiembre.
- de Sousa Santos, Boaventura 2007 "La reinención del Estado y el Estado plurinacional" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VIII, N° 22, septiembre.
- Druck, Graça 2006 "Os Sindicatos, os Movimentos Sociais e o Governo Lula: Cooptação e Resistência" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 19, enero-abril.

- Dussel, Enrique 1999 "Sobre el sujeto y la intersubjetividad: el agente histórico como actor en los movimientos sociales" en *Pasos* (San José: Departamento Ecueménico de Investigaciones, DEI) N° 84, segunda época, julio-agosto.
- Freire, Rafael 2002 "O sindicalismo e os movimentos de luta contra a globalização neoliberal" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 6, enero.
- García Linera, Álvaro 2001 "La estructura de los movimientos sociales en Bolivia" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 5, septiembre.
- García Linera, Álvaro 2003 "El zapatismo: indios insurgentes, alianzas y poder" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IV, N° 12, septiembre-diciembre.
- García Linera, Álvaro 2006 "El evismo: lo nacional-popular en acción" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 19, enero-abril.
- Gómez, José María 2001 "¿Desafiando a la gobernancia neoliberal? Sociedad civil global, activismo transnacional y agencias económicas multilaterales" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 3, enero.
- González Casanova, Pablo 2002 "Democracia, liberación y socialismo: tres alternativas en una" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 8, septiembre.
- González Casanova, Pablo 2003 "Los 'Caracoles' zapatistas: redes de resistencia y autonomía" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IV, N° 11, mayo-agosto.
- González Casanova, Pablo 2006 "Las razones del zapatismo y 'La Otra Campaña'" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 19, enero-abril.
- Hardt, Michael y Negri, Antonio 2002 "La multitud contra el Imperio" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año III, N° 7, junio.
- Holloway, John 2001 "El zapatismo y las ciencias sociales en América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 4, enero.
- Holloway, John 2001a "La asimetría de la lucha de clases. Una respuesta a Atilio Boron" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año II, N° 4, enero.
- Meiksins Wood, Ellen 2000 "Trabajo, clase y estado en el capitalismo global" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año I, N° 1, junio.
- Mouriaux, René y Beroud, Sophie 2000 "Para una definición del concepto de 'movimiento social'" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año I, N° 1, junio.
- Murillo, Susana 2004 "El Nuevo Pacto Social, la criminalización de los movimientos sociales" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 14, mayo-agosto.
- OSAL 2006 "Editorial" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VI, N° 18, enero.
- Quijano, Aníbal 2004 "El laberinto de América Latina: ¿hay otras salidas?" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 13, enero-abril.
- Roitman Rosenmann, Marcos 2000 "Conflicto y crisis en el pensamiento social latinoamericano" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año I, N° 2, septiembre.
- Roitman Rosenmann, Marcos 2006 "Democracia y ciudadanía civil" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 20.
- Sader, Emir 2004 "Reflexões sobre a luta antineoliberal" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 15, septiembre-diciembre.
- Stédile, João Pedro 2004 "El MST y las disputas por las alternativas en Brasil" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año V, N° 13, enero-abril.
- Svampa, Maristella 2008 "Argentina: una cartografía de las resistencias (2003-2008). Entre las luchas por la inclusión y las discusiones sobre el modelo de desarrollo" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IX, N° 24, octubre.

- Tapia, Luis 2007 "Una reflexión sobre la idea de Estado plurinacional" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VIII, N° 22, septiembre.
- Vakaloulis, Michel 2000 "Antagonismo social y acción colectiva" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año I, N° 2, septiembre.
- Zibechi, Raúl 2003 "Los movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IV, N° 9, enero.
- Zibechi, Raúl 2006 "Movimientos sociales: nuevos escenarios y desafíos inéditos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 21, septiembre-diciembre.

Notas

1 Agradezco infinitamente a Juan Cristóbal Cárdenas Castro por la discusión estimulante y por sus agudas sugerencias sobre los temas abordados en este artículo.

2 El propio concepto de "movimiento social" ha sido puesto en cuestión, y lo sigue siendo, como veremos más adelante, en el debate sociológico actual.

3 Efectivamente, el estudio de los movimientos sociales debe considerar como una variable relevante el *contexto* en el que éstos actúan. Las características de muchos de los gobiernos emanados en estos últimos años, que han sido definidos como "progresistas" o como "*gobiernos en disputa*" (Svampa, 2008: 42), exigen una distinción y problematización de categorías como "conservador", "revolucionario", "antitético" o "subversivo" (Almeyra, 2008: 88-89). Y es que efectivamente el concepto de "movimiento social" no tiene, en principio, "signo político", aunque haya sido usado generalmente para expresar las protestas y movilizaciones de cuño progresista, es decir, de los "*de abajo y a la izquierda*", en afortunado enunciado de los zapatistas (González Casanova, 2006: 302). Por eso muchos autores prefieren acompañar la expresión "movimiento social" del término "popular" o de la fórmula "de raíz popular", para introducir en su caracterización una dimensión "ideológica", y hablar de movimientos sociales populares o directamente de movimientos populares. La afirmación de Zibechi nos plantea, además, otro problema: el de confundir la cooptación con la desmovilización "natural" de los movimientos sociales, en el sentido en que lo planteaba el "Editorial" del N° 24 de *OSAL*: "Hay quienes piensan que los movimientos sociales están en pleno reflujó y han sido cooptados por los gobiernos, o derrotados, porque en el fondo creen que esos movimientos [...] si no están en una permanente línea de ascenso, desaparecen" (Almeyra, 2008a: 14). En ese sentido parece que el término "desmovilización" no es el más adecuado, pues remite automáticamente a la acción de dejar de estar movilizado o en movimiento; por lo tanto, cabría preguntarse si un movimiento que se desmoviliza, sigue siendo movimiento. Sin embargo, lo que sí es cierto es que el período de "moviliza-

ción" tiende a identificarse con la fase "más visible", más "pública", del movimiento, es decir, con aquellos momentos en que el movimiento logra "saltar a la palestra", irrumpir, hacerse un lugar en el escenario social y político. Esa visibilidad del movimiento está combinada (y se retroalimenta) con fases de menor actividad pública, de "recogimiento", de "latencia" (en términos de Melucci), lo cual no implica, en principio, que ya no exista el movimiento social, o que haya "menos" movimiento.

4 Lo cual se traduce en la *invisibilización* y marginación de muchas otras experiencias que no encajan en dicho marco teórico.

5 No obstante, habría que ser muy cuidadoso en no hacer apología de la novedad o en pretender resolver los viejos y contemporáneos problemas por la vía de inventar nuevas palabras. Si acuñar nuevos términos contribuye a una mejor explicación de los fenómenos en cuestión, bienvenidos sean, pero no debiéramos pretender zanjar el debate cambiando los términos del mismo.

6 Separación que había caracterizado sobre todo a la etapa precedente, de hegemonía neoliberal, en donde, en aras del cientificismo, se demonizó a la ciencia social comprometida y se combatió la legitimidad de los propios actores para "incursionar" en el pensamiento "científico" acerca de sus propias experiencias.

7 El "movimiento sindical" parece un eufemismo del movimiento obrero o tiene la intención de "suaavizar" el concepto de "sindicato", fuertemente descalificado en el momento actual por algunos actores sociales y corrientes intelectuales. Pero en realidad resulta difícil aplicar el concepto de "movimiento" a un sindicato, que es siempre en su forma tradicional una organización. El concepto de movimiento social, en la literatura especializada alude siempre a algo más que una organización, y a movilizar a más sujetos de los previamente movilizados.

8 El movimiento de la migración, al que Guillermo Almeyra califica como el "movimiento social más masivo en México" y que se trata, según el autor, de un movimiento "conservador y antinacional" (Almeyra, 2008: 89), parece definitivamente un abuso del uso del concepto "movimiento social".

9 Si por movimiento sindical nos referimos a un sindicato o conjunto de sindicatos, no sería adecuado utilizar ese concepto; en cambio si nos referimos al movimiento obrero, ¿resulta entonces que el movimiento obrero no es un movimiento social? Efectivamente esta lectura hacen muchos intelectuales que beben de la distinción, acuñada en la década de los setenta y ochenta, entre movimiento obrero (como un movimiento social clásico) y los “nuevos movimientos sociales”. Sobre ello volveremos más adelante. Por otra parte, ¿hay movimientos sociales y movimientos populares? ¿los movimientos populares no son sociales?

10 La preocupación por articularse es uno de los méritos que Rafael Freire destaca del Foro Social Mundial en la medida en que buscó y busca constituirse “como un *dos instrumentos de catalisação desse amplo movimento* [el movimiento contra la globalización neoliberal], *embora não o único*” (Freire, 2002: 23).

11 Algo que confirman los registros de conflictividad social de OSAL, lo cual no significa que no se hayan producido modificaciones en las orientaciones y formas de lucha de los trabajadores organizados.

12 El sujeto alude a una entidad abstracta; el sujeto se convierte en actor cuando desempeña una acción en el marco de relaciones intersubjetivas (Dussel, 1999).

13 En donde el debate sociológico latinoamericano estuvo fuertemente influenciado por el enfoque de los “nuevos” movimientos sociales (defendido por Alain Touraine).

14 Por ejemplo, la *territorialidad*, que ha adquirido preeminencia en la configuración de muchos movimientos sociales (lo cual los hace entroncarse con formas de asociación preexistentes como la “comunidad”) dada la importancia conferida a algunos territorios, antes no valorizados, por el capitalismo contemporáneo en América Latina, al generalizar el modelo extractivo-exportador de recursos naturales no renovables, lo que ha ido afianzando un modelo de “acumulación por desposesión” (David Harvey, citado en Svampa, 2008: 32) y despojo. Así, el territorio se ha convertido en el principal *locus* de los conflictos sociales actuales y de construcción del poder (Svampa, 2008: 31-33), lo que ha inspirado nuevos conceptos para tratar de definir las acciones colectivas que tratan de oponerse a los efectos perversos de las políticas neoliberales en ese ámbito, como es el caso de los “movimientos socioambientales”.

15 Aunque los términos empleados quizás no sean los más adecuados, pues la dicotomía tradicional/moderno remite a la discusión acerca de modernización social, esto es, del paso de comunidades tradicionales a sociedades modernas, que no se entronca necesariamente con los debates acerca de la “novedad” de los movimientos sociales.

16 Ello no significa que no persista, como una tendencia siempre latente y en algunos casos como una realidad muy cruda, una criminalización constante

de la protesta y de las acciones colectivas; situación que también fue recogida en OSAL, especialmente en el N° 14, que estuvo dedicado a desentrañar los procesos de criminalización de la protesta social y de los movimientos sociales, y de restricción de las libertades democráticas (Murillo, 2004).

17 La categoría acuñada por Hardt y Negri para designar al actor colectivo en la actual etapa del capitalismo –definida por los autores como “imperio”, es decir, la “multitud”, destaca precisamente las virtudes y la potencia revolucionaria de esa forma múltiple, dispersa, descentrada y escurridiza: “A diferencia del concepto de pueblo, el de multitud es una multiplicidad singular, un universal concreto. El pueblo constituía un cuerpo social, la multitud no: es la *chair* [elemento, en el sentido de cosa general] misma de la vida. Si por un lado oponemos la multitud al pueblo, por el otro debemos diferenciarla de las masas y de la muchedumbre. Las masas y la muchedumbre son a menudo utilizadas para designar una fuerza social irracional y pasiva, peligrosa y violenta, fácil de manipular. La multitud es por el contrario un agente social activo, una multiplicidad actuante. No constituye una unidad, como el pueblo, pero a diferencia de las masas está organizada. Es un agente activo y auto-organizado” (Hardt y Negri, 2002: 162). En este elogio de la dispersión y de la ausencia de centros hegemónicos falta explicar cómo se organiza esta multiplicidad diversa y multiforme.

18 Aquí es necesario no desconocer la brutalidad del proyecto contrarrevolucionario, en aquellos países en donde el movimiento obrero intentó caminos propios; pero tampoco omitir las traiciones y aberraciones de los “socialismos reales”.

19 Mientras que en estas perspectivas, autonomistas, “el proyecto de poder, por lo demás, no se construye bajo la lógica del ‘poder del Estado’” (González Casanova, 2003: 17).

20 Esta misma idea suscribía en 2003 el ahora vicepresidente de Bolivia, Álvaro García Linera, al preguntarse: “¿Cómo escapar a lo que parecería ser un fatalismo de las luchas revolucionarias contemporáneas de enfrentarse a las estructuras de dominación política para, una vez desplazadas las antiguas elites del poder, reconstruir nuevas relaciones de dominación a la cabeza de las antiguas vanguardias insurgentes?”. Y más adelante: “¿Cómo desmontar una estructura de dominación política por medio de esa misma estructura?” (García Linera, 2003: 298).

21 Que ha recibido el nombre de “globalización” o “neoliberalismo”, y que Pablo González Casanova bautizó como “neoliberalismo de guerra” (2002: 178-179), debido a la militarización que requiere para expandir e imponer su dominación (Ceceña, 2004).

22 De hecho, las prácticas concretas –como los “Caracoles” zapatistas– nos muestran la falsedad de ciertos debates y la necesidad de superar disyuntivas que empantanar los proyectos más que contribuir a su avance. González Casanova señala como una de las

características del “nuevo” método revolucionario la de “usar las combinaciones más que las disyuntivas”. También estas experiencias buscan “superar aquello que manifestó debilidad en el pasado y [...] mantener al mismo tiempo lo que en el pasado dio fortaleza a la resistencia y a la construcción de una alternativa”, y además muestran clara conciencia de que “las utopías [...] se expresan y se realizan entre contradicciones” (González Casanova, 2003: 19-21). Estas pequeñas notas que el intelectual mexicano extrae a propósito de los “Caracoles” zapatistas y que están presentes en otras experiencias latinoamericanas, dan cuenta de la riqueza y profundidad de las prácticas y del conocimiento que emergen de los actores sociales; y al mismo tiempo reflejan y claman por un pensamiento crítico que esté a la altura de las circunstancias, que supere las dicotomías simplificadoras, que dé cuenta de la complejidad y claroscuros de los procesos. Constituye una constatación de los desafíos que se le

presentan a las ciencias sociales en la actualidad y al mismo tiempo es un esfuerzo por afrontarlos con vigor.

23 Hardt y Negri hablan de un “contrapoder”, noción que integra la resistencia, la insurrección y el poder constituyente como partes de un mismo proceso. El contrapoder es definido como “una fuerza excesiva, arrasadora e incommensurable” que se opone al “Imperio” (Hardt y Negri, 2002: 163-165). Estos autores desarrollan el concepto de “imperio”, en lugar del viejo de imperialismo. Aquél designa “la nueva forma de soberanía que sucedió a la soberanía estatal: una nueva forma de soberanía ilimitada, que ya no conoce fronteras o más bien que sólo conoce fronteras flexibles y móviles” (Hardt y Negri, 2002: 159). Otros autores (Boron, 2002; Bellamy Foster, 2002) cuestionan esta concepción y el supuesto fin del imperialismo.

24 Descontando el registro notable de la multiplicidad y diversidad de las luchas contra el neoliberalismo.

Características actuales de la movilización social en América Latina

MARCELA ALEJANDRA PARRA

Magister en Ciencias Sociales (FLACSO-México).
Candidata a doctora en Psicología Social por la Universidad Autónoma de Barcelona (UAB), España. Docente e investigadora en la Universidad Nacional del Comahue (UNCo), Argentina.

Resumen

La primera década del siglo XXI (2000-2010) registra una nueva configuración de los procesos de movilización social que se vienen desarrollando en los diversos países de América Latina. Esta nueva configuración da cuenta de algunas características distintas a las que presentaban los movimientos populares y sectoriales de la región en las décadas de los ochenta y noventa. Se trata de cualidades que no siempre abarcan a todas las experiencias de lucha social, pero presentan tendencias nuevas que desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy. En ese sentido, y sin pretender alcanzar una mirada totalizadora, se propone reflexionar acerca de algunas de las características principales de los procesos actuales de movilización social desde el diálogo con algunos autores referentes en esta temática, la articulación establecida con algunas experiencias de lucha desarrolladas en Argentina a partir de la crisis del 2001 y el diálogo con la sociedad civil movilizada en torno al conflicto en Chiapas y al movimiento zapatista.

Abstract

The first decade of the century (2000-2010) shows a new configuration of social mobilization processes being developed in various countries in Latin America. This new configuration gives an account of some characteristics different from that presented the popular movements in the region and sector in the 80's and 90's. These are qualities not always cover all the experiences of social struggle but present new trends that defy understanding and conceptualization of the social sciences today. In that sense, and without trying to reach a totalizing view, is intend to reflect on some of the main features of the current processes of social mobilization, through dialogue with some authors referring in this area, established the joint struggle with some experiences developed in Argentina after the 2001 crisis, and dialogue with civil society mobilized over the conflict in Chiapas and the Zapatista movement.

Palabras clave

Características, movilización social, continuidades/discontinuidades

Keywords

Features, social mobilization, continuity/discontinuity

Cómo citar este artículo

Parra, Marcela Alejandra 2011 "Características actuales de la movilización social en América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Introducción

Nuestro punto de partida es la utopía...

Luchamos por construir un mundo más justo, más solidario y más humano, por un mundo donde las relaciones sociales no estén regidas por una lógica instrumental sino por una lógica de la afectación y de la búsqueda del bien común. Luchamos contra el capitalismo deshumanizante y su lógica mercantilista de explotación de unos hombres por otros. Luchamos por construir, desde nuestro lugar, y como dicen los zapatistas, *un mundo donde quepan muchos mundos*. Ese es el horizonte que nos guía, hacia el cual nos dirigimos y a partir del cual hacemos la presente reflexión acerca de las características actuales de la movilización social en América Latina.

Siguiendo a Oliver Costilla (2007) podemos decir que, en la primera década del siglo XXI, ha surgido un nuevo tipo de protestas, luchas ciudadanas y movimientos sociales en diversos países de América Latina. Dichos movimientos registran algunas características distintas a las que presentaban los movimientos populares y sectoriales de la región en las décadas de los ochenta y noventa. Se trata de cualidades que no siempre abarcan a todos los procesos de movilización pero presentan tendencias nuevas que desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy.

En ese sentido, y sin pretender alcanzar una mirada totalizadora del proceso de movilización social en nuestros países, nos proponemos reflexionar acerca de algunas de las características principales de dicho proceso desde el diálogo con algunos autores referentes en esta temática y desde la *articulación* (Haraway, 1991) que hemos establecido con algunas experiencias de lucha desarrolladas en Argentina a partir de la crisis del 2001 en el marco de nuestra tesis doctoral. Asimismo, incluiremos algunas reflexiones surgidas de la experiencia de nuestro trabajo de maestría realizado en torno al conflicto en Chiapas y al movimiento zapatista.

El aumento de la conflictividad social durante la década del noventa como contrapartida de la implementación de las políticas neoliberales

Según Seoane y Taddei (2003), nuestra región estuvo caracterizada, durante la segunda mitad de la década del noventa, por un sostenido incremento de la protesta

social orientada al cuestionamiento del modelo neoliberal y por la afirmación de movimientos sociales de significación nacional.

En ese sentido, el balance acerca de la década 2000-2010, que en este texto vamos a caracterizar, tiene sus raíces en este proceso de ampliación de los procesos de movilización social producidos en el marco de la crítica a la configuración actual del sistema capitalista.

Para los autores antes mencionados, esta profundización de la conflictividad social expresa la doble crisis que cuestiona al régimen neoliberal: la crisis económica de carácter recesivo que parece extenderse a nivel regional e internacional y la crisis de la legitimidad que dicho régimen neoliberal pareció conquistar –aun de manera inestable– en la primera mitad de la década.

Al mismo tiempo, este incremento de la protesta social no sólo se manifiesta de un modo cuantitativo –que fue sistemáticamente registrado por el Observatorio Social de América Latina (OSAL) en 19 países de la región latinoamericana–, sino que puede ser entendido desde un punto de vista cualitativo y conceptualizado como un *ciclo de protesta* (Tarrow, 1997) que debe analizarse desde su inscripción en las transformaciones producidas a partir de la implantación del neoliberalismo (Seoane y Taddei, 2003).

Como hitos iniciales de este ciclo puede mencionarse el levantamiento zapatista de inicios de 1994; la “Guerra del agua” cochabambina y las luchas del movimiento cocalero en el Chapare boliviano; los levantamientos indígenas de 1996 y 2000 impulsados por la CONAIE en Ecuador que culminaron con la caída de los respectivos gobiernos; la emergencia y extensión del Movimiento de Trabajadores Desocupados en Argentina; las iniciativas de ocupaciones de tierras masivas de carácter nacional protagonizadas por el Movimiento de Trabajadores Sin Tierra (MST) en Brasil; las movilizaciones campesinas en Paraguay y su rol en la caída del presidente Cubas Grau; las intensas protestas sociales y la experiencia de los Frentes Cívicos regionales en Perú que signarán el fin del régimen de Fujimori; etcétera (Seoane y Taddei, 2003).

El desarrollo de este ciclo de protestas sociales no ha sido homogéneo ni lineal aunque sí lo suficientemente extendido como para hablar de su magnitud regional y para producir interrogantes acerca de la configuración específica de estas protestas, sobre la naturaleza de las fuerzas que en el enfrentamiento se constituyen y sobre los sujetos colectivos que las encarnan (Seoane y Taddei, 2003).

La emergencia, consolidación y extensión de estos movimientos sociales presenta particularidades tanto por sus características organizativas como por sus formas de lucha, sus inscripciones identitarias, sus conceptualizaciones de la acción colectiva y sus entendimientos en relación al poder, la política y el Estado (Seoane y Taddei, 2003); que marcan continuidades y rupturas con los producidos en décadas anteriores y que marcan la singularidad de los procesos que se vienen dando en esta última década.

Este incremento de la protesta social en América Latina se ha desarrollado de manera casi simultánea al crecimiento de las luchas en otras regiones del planeta (particularmente en Europa y, en menor medida, en América del Norte y Asia), conformando lo que se ha denominado movimiento antiglobalización, globalifóbico, movimiento antimundialización neoliberal (Seoane y Taddei, 2003) o incluso llegándose a hablar de un nuevo internacionalismo (Svampa, 2007).

“Si bien la fragmentación de las formas de protesta no constituye un dato ontológico inmodificable, sí señala la dificultad de imaginar un ‘todos juntos’ a la vez que indica que la construcción de nuevas perspectivas de emancipación social es aún muy tenue.”

Momentos cruciales de este proceso han sido las movilizaciones de Seattle en noviembre de 1999, de Praga en el año 2000 y de Génova en el 2001; que posteriormente se han desarrollado como dinámicas del Foro Social Mundial y de rechazo a la formalización del ALCA (Oliver Costilla, 2007).

En ese sentido, según Oliver Costilla (2007), pueden señalarse dos contextos de la movilización social: uno interno, donde se da un incremento de la resistencia social y de la sociedad civil en relación a los efectos de las políticas económicas neoliberales, a la reforma conservadora del Estado, al Estado mínimo y al ajuste estructural; y uno internacional, el cual está marcado por la movilización y la resistencia social a la hegemonía estadounidense y al neoliberalismo.

Sin embargo, vale aclarar que los movimientos producidos en América Latina han tenido características diferenciales respecto a aquéllos producidos en los países centrales. En ese sentido, ya desde la década anterior, Gutiérrez (1989) señalaba que el proceso de lucha de un país dependiente era irreductible a los procesos de lucha que se registran en los países centrales, aún cuando los mismos fueran protagonizados por los pobres, los oprimidos o las juventudes contestatarias.

De este modo, específicamente en América Latina, estos nuevos espacios de coordinación han estado signados particularmente por la evolución de los llamados acuerdos sobre liberalización comercial y se han conformado en resistencia a la iniciativa norteamericana de subsumir a los países de la región bajo un Área de Libre Comercio de las Américas (ALCA) (Svampa, 2007).

Al mismo tiempo, mientras que en los países latinoamericanos los movimientos sociales en general han sido protagonizados por sectores populares provenientes sobre todo de la clase trabajadora, la clase media baja y de los campesinos desplazados arrinconados en una sociedad alterna expulsada del marco institucional; en los países centrales dichos movimientos se han conformado a partir de la sumatoria de un gran número de individualidades provenientes en su mayor parte de la clase media que, en el marco de una sociedad de consumo, se articularon como movimientos básicamente de contracultura que se constituyen como alternos pero dentro de la institucionalidad (Gutiérrez, 1989).

Sintetizando lo hasta aquí expuesto, podemos decir que el período 2000-2010 que vamos a analizar en este artículo tiene sus raíces en un incremento de la conflictividad social que se inicia en la década anterior, que se da en el marco de la crítica al neoliberalismo actual y que, si bien se desarrolla en distintos puntos del planeta, adquiere características específicas en América Latina.

Tendencias actuales de los procesos de movilización en América Latina

Como dijimos anteriormente, en la primera década del siglo XXI ha surgido un nuevo tipo de protestas, luchas ciudadanas y movimientos sociales en diversos países de América Latina. Estos movimientos registran algunas características distintas a las que presentaban los movimientos populares y sectoriales de la región en las décadas de los ochenta y noventa (Oliver Costilla, 2007).

Dichos movimientos sociales se ubican en oposición radical al neoliberalismo y al estado mínimo siendo que esta oposición es mayor y más clara que en épocas anteriores (Oliver Costilla, 2007).

Distintos autores (entre ellos Gutiérrez, 1989; Zibechi, 2003; Svampa, 2007; Vakaloulis, 1999; Ciuffolini, 2007; Colectivo Situaciones, 2002; Oliver Costilla, 2007; Dávalos, 2006; etc.) han reflexionado sobre las particularidades que los actuales procesos de movilización social adquieren en nuestro continente.

Dichas características, aunque no siempre abarcan a todos los procesos de movilización social (Oliver Costilla, 2007), atravesarían a los nuevos movimientos sociales por encima de sus diferencias nacionales y sectoriales, abarcando movimientos indígenas como el zapatismo; movimientos territoriales urbanos como las organizaciones piqueteras en Argentina, la Fejuve en Bolivia, los Sin Techo en Brasil; movimientos rurales como el MST en Brasil; movimientos socio-ambientales como los movimientos *antirepresa* en Brasil, los movimientos de resistencia campesino indígena en Perú y Ecuador, las nuevas asambleas ciudadanas contra la minería a cielo abierto en Argentina y Chile; entre otros (Svampa, 2007).

Estas nuevas tendencias desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy (Oliver Costilla, 2007). En ese sentido, sin pretender construir una mirada totalizadora del proceso de movilización social en nuestros países, nos proponemos reflexionar acerca de las características principales de dicho proceso desde el diálogo con autores que han reflexionado acerca de este tema y desde la *articulación* (Haraway, 1991) que hemos establecido con algunas experiencias de lucha desarrolladas en Argentina (asambleas barriales, fábricas recuperadas, movimientos de desocupados, nodos de trueque) a partir de la crisis del 2001 en el marco de nuestra tesis doctoral.

Fragmentación de las formas de protesta y articulaciones incipientes

Según Vakaloulis (1999), si bien la fragmentación de las formas de protesta no constituye un dato ontológico inmodificable, sí señala la dificultad de imaginar un “todos juntos” a la vez que indica que la construcción de nuevas perspectivas de emancipación social es aún muy tenue.

El aspecto positivo de esta fragmentación sería el fin de un cierto vanguardismo de clase que caracterizó históricamente al movimiento obrero. El aspecto negativo referiría a los obstáculos que impiden discernir los lineamientos de un movimiento conjunto en el seno de la conflictividad contemporánea (Vakaloulis, 1999) y al hecho de que dicha fragmentación estaría enmarcada en un proceso de reestructuración capitalista que mina las bases de la organización y presencia política de la clase trabajadora, estando esto relacionado con la relativa pérdida del proyecto estratégico emancipador propio de los movimientos obreros y campesinos clásicos (Dávalos, 2006).

Respecto a esto último, siguiendo a Dávalos (2006) podríamos decir que nos encontramos frente un debilitamiento de la capacidad de construir una estructura de dirección organizada con alta capacidad política y con un proyecto de largo alcance, atributos necesarios pero que exigen una calidad diferente a la de los viejos partidos burocráticos y jerárquicos de la izquierda y de los activistas sociales tradicionales (Dávalos, 2006).

En suma, actualmente habría una especie de contradicción entre las fuertes aspiraciones de cambio social y un horizonte histórico limitado (caída del “socialismo real”; fuerza del mercado; etc.), desfase que limitaría el impacto político de los movimientos sociales e inscribiría su empirismo reivindicativo en una temporalidad más bien corta (Vakaloulis, 1999).

No obstante, Oliver Costilla (2007) observa que, si bien después de los grandes e incluyentes movimientos antidictatoriales y por la democratización político electoral (Argentina, 1983; Brasil, 1983-1984; México, 1988; entre otros), la mayor parte de las luchas sociales de los años ochenta y noventa estuvieron ligadas a reivindicaciones y procesos vinculados a intereses sociales sectoriales (vivienda, salud, educación, servicios, regularización de la propiedad, obtención de créditos, etc.) que en general eran enarboladas básicamente por activistas minoritarios; desde finales de los años noventa, y especialmente a partir del año 2000, las protestas, las luchas ciudadanas y los movimientos sociales que se han presentado en América Latina expresan la participación amplia de la sociedad civil y conforman sus demandas y sus políticas a partir de un proceso de debate y unidad ideológico y político.

En este sentido, si bien podemos seguir hablando de cierta fragmentación de los procesos de movilización social, también tendríamos que empezar a pensar en términos de las articulaciones incipientes que entre las distintas luchas sociales se van produciendo, las cuales responderían a lógicas diferentes de aquellas que caracterizaron a los movimientos más clásicos.

Territorialización de las formas de lucha y resignificación de antiguos espacios

En la actualidad, tanto para los movimientos urbanos como para los rurales, el territorio se ha transformado en un espacio de resistencia, resignificación y creación de nuevas relaciones sociales (Svampa, 2007) a la vez que se ha constituido en un nuevo *locus* de poder y de confrontación en tanto el centro de la conflictividad se ha trasladado de lo nacional a lo local (Dávalos, 2006).

En ese sentido, el territorio en tanto dimensión material y de autoorganización comunitaria aparece como uno de los rasgos constitutivos de los movimientos sociales en América Latina, sean estos movimientos campesinos, de corte étnico, socioambientales o incluso urbanos (Svampa, 2007).

En nuestro caso, dicha territorialidad emerge reflejada fundamentalmente en las experiencias de las asambleas barriales, los nodos de trueque y los movimientos de desocupados, instancias organizativas todas ellas fundamentalmente ancladas en el espacio territorial de los barrios.

En este marco, desde una de las organizaciones piqueteras con las que nos articulamos en Neuquén, nos comentaban: “la ciudad está dividida en cuatro zonas,

la tenemos nosotros dividida en cuatro zonas. La zona norte donde hay dos o tres barrios que están organizados que es para Centenario, la zona sur de la ruta para abajo, la zona oeste que ahí tuvimos que dividir en tres partes porque es muy grande y la zona este que es cerca del centro" (conversación con una de las dirigentas de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005)¹.

Asimismo, desde una de las experiencias de trueque desarrollada en Córdoba, nos decían: "Córdoba se dividió en cuatro regiones, cuatro zonas: la zona Capital, Sierras Chicas, lo que es Alta Gracia y hay una zona que no me acuerdo cuál es, la zona de... Punilla" (conversación con integrantes del nodo Parque Villa Allende. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Esta territorialización no resta importancia a los movimientos nacionales sino que señala que son los movimientos locales los que exacerbaban la confrontación y la resistencia (Dávalos, 2006). De este modo, por encima de sus diferencias, los movimientos sociales latinoamericanos se constituyen como movimientos territoriales, a partir de una clara defensa y promoción de la vida y la diversidad, reuniendo en un solo haz comunidad, territorio y cultura al tiempo que estos movimientos locales asocian su lucha a la satisfacción de las necesidades más elementales (Svampa, 2007).

Como nos decían desde una de las experiencias de desocupados de Córdoba:

Todo el 2003, por ejemplo, tomamos ejes de laburo en el barrio que por ahí son más lerdos [...] Acá la luz se cortaba, apenas empezó el invierno, se cortaba la luz porque el barrio que está acá arriba es un asentamiento, no tiene tendido eléctrico, entonces toma la luz de acá del mismo barrio [...] Otro de los ejes que tomamos durante el 2003 fue la del centro de salud de acá al lado, que está muy hecho bosta, no entregaban la leche desde hacía mucho, no había insumos, faltaba una pediatra, no había dinero (conversación con integrantes del Movimiento Teresa Rodríguez. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

La tierra no se considera sólo como un medio de producción sino que es el espacio en el que se construye colectivamente una nueva organización social, donde los nuevos sujetos se instituyen instituyendo su espacio, apropiándose material y simbólicamente (Zibechi, 2003). En ese sentido, territorio no es igual a tierra ya que no remite sólo a un espacio físico sino a una manera de ocuparlo, a una cultura (Zibechi, s/f).

Dichos espacios serían lugares donde cada cual puede reconocerse a sí mismo al tiempo que se identifica con los demás y donde, sin preocuparse por el control del futuro, se prepara el presente. De algún modo, allí se elabora un tipo de libertad intersticial en contacto directo con lo próximo y lo concreto (Zibechi, 2003).

Con esta revalorización del territorio en su sentido más simbólico es posible, también, la recuperación del espacio como factor de sociabilidad y solidaridad. La vida del barrio se puebla de interacciones minúsculas de las que emerge un conjunto de redes sociales que aseguran a través de su dinámica una gestión de la sobrevivencia (Zibechi, 2003). Así, desde una de las experiencias del movimiento de desocupados de Neuquén, nos decían: "empezamos a gestar pequeños emprendimientos productivos: criaderos de pollos, huertas comunitarias, talleres de reciclado de ropa, fábricas de pastas" (conversación con una de las dirigentas de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

En ese sentido, Ciuffolini (2007) señala que las redes sociales son, de algún modo, la resultante inversa y positiva de la disolución del tejido social. Hechas de la vida del barrio, vuelven al territorio el espacio natural de la acción y organización –comedores, cooperativas, iglesias, etc. Ellas reinventan la geografía cotidiana al poblarla de palabras y bienes que se intercambian.

De esta forma, el espacio se caracteriza por la fluidez de los lazos establecidos y por el carácter más o menos palpable, sólido y permanente de las estrategias solidarias en el que se tejen, convirtiéndose en un campo propicio para la politización de lo cotidiano (Zibechi, 2003). En ese sentido, el barrio ha vuelto a ser terreno de subjetivación. Sobre el territorio vecinal se ha operado un proceso de producción de lazo social, operación subjetiva que ha pasado de formas pasivas de ocuparlos a modalidades activas de habitarlos (Colectivo Situaciones, 2002).

En este proceso las condiciones de vida se politizan y el territorio, en tanto expresión de lo compartido, es dotado y dotador de identidad (Zibechi, 2003). En el tráfico de las pequeñas observaciones, informaciones, posiciones, decisiones y maneras de hacer que se da a través de las redes sociales del barrio, se rearticulan lo político y lo económico conforme a estrategias propias que remiten al pasado y refieren al porvenir de ese espacio (Ciuffolini, 2007).

Zibechi (2003) ha señalado que esta territorialización está relacionada con la disolución del mundo fabril que se ha operado a partir de las políticas neoliberales implementadas durante la década del noventa. Los nuevos movimientos sociales se han arraigado en espacios físicos recuperados o conquistados constituyendo ésta una respuesta estratégica de los pobres a la crisis de la vieja territorialidad de la fábrica.

En ese sentido, el significado que adquiere el territorio en la actualidad sólo puede comprenderse en el marco de la transformación del mundo del trabajo (Ciuffolini (2007). El barrio se ha perfilado como el elemento principal de la inscripción social de una masa creciente de individuos y familias que no pueden definir su estatus social ni organizar la reproducción de su vida cotidiana exclusivamente a partir de los frutos de su trabajo (Merklen, 2005).

De este modo, el barrio aparece como la base principal de la estabilización de la experiencia a través del sistema social local que estructura el mundo inmediato de las pertenencias de las personas que en él viven (familia, vecindario, etc.) y el ámbito de la acción colectiva donde se encuadran las organizaciones sociales y políticas a partir de las que se diseñan las formas de movilización (Merklen, 2005).

No obstante, Rebón (2003) advierte que, si bien se ha instalado esta lectura acerca del barrio y numerosas organizaciones de izquierda sostienen que éste es el mejor territorio para el desarrollo de una militancia, los procesos de recuperación de fábrica hacen replantearse esta mirada ya que, “si bien el barrio puede ser la fábrica, la fábrica también puede ser la fábrica”.

Al mismo tiempo, es necesario considerar que esta relevancia del territorio como lugar privilegiado de disputa emerge también a partir de la implementación de las nuevas políticas sociales diseñadas desde el poder con vistas al control y la contención de la pobreza y a partir de las nuevas modalidades que adopta la ló-

gica del capital en los espacios considerados estratégicos en términos de recursos naturales (Svampa, 2007).

“...las redes sociales son, de algún modo, la resultante inversa y positiva de la disolución del tejido social. Hechas de la vida del barrio, vuelven al territorio el espacio natural de la acción y organización –comedores, cooperativas, iglesias, etc.”

Así, si bien la superposición de actividades en el espacio barrial lo politiza, también puede transformarlo en una experiencia de confinamiento y exclusión (Ciuffolini, 2007). De esta manera, si bien por un lado las fronteras del barrio contienen la heterogeneidad del “nosotros” compuesto de una diversidad de actores sociales; por otro, ellas señalan el límite que los diferencia e, incluso, los hace ser vistos como una amenaza para el resto de la sociedad (Zibechi, 2003).

Nueva relación entre los movimientos sociales, las instituciones y los partidos desde la búsqueda de autonomía

Según Zibechi (2003), otra de las características actuales de los movimientos sociales es la búsqueda de autonomía tanto de los Estados como de los partidos políticos. Búsqueda de autonomía que, en las experiencias con las cuales nos articulamos, aparecía asociada al rechazo de ciertas maneras de “hacer política” y que aparecía en los siguientes términos: “entonces en el 2001 vos decías partido, decías hablar con un funcionario, tocabas la puerta del político y te convertías en un ser sin autonomía, incapaz de dilucidar nada, muy fuerte” (conversación con integrantes de la Asamblea Los Naranjos. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

En ese sentido, a diferencia de lo que ocurría hace algunas décadas, actualmente los comuneros, los cocaleros, los campesinos sin tierra, los piqueteros argentinos, los desocupados urbanos, etc., están trabajando de forma consciente para construir su autonomía material y simbólica (Zibechi, 2003).

Dicha autonomía aparecería no sólo como un eje organizativo sino también como un planteo estratégico que remite tanto a la autodeterminación –entendida en términos de dotarse de la propia ley– como a la construcción de un horizonte más utópico, de un mundo alternativo (Svampa, 2007).

No obstante, algunas de las personas con las que conversamos también nos advertían que esta autonomía que se ha señalado como una característica de los nuevos movimientos sociales es a veces más una exigencia –desde “otros” hacia los movimientos– que una realidad o una aspiración de las propias experiencias: “en general nosotros vemos que la gente que se ha acercado a trabajar con los piqueteros les exigen una conducta de autonomía que ningún otro sector de la sociedad lo tiene” (conversación con integrantes de la Asamblea Los Naranjos. Córdoba, septiembre 2004).

Simultáneamente, Rebón (2003), refiriéndose al caso concreto de los procesos de recuperación de fábricas, advierte que la autonomía buscada desde estas experiencias es resultado de haber sido ésta la única forma social eficaz que encontraron los trabajadores para enfrentar el desempleo y no un ideal buscado por los trabajadores. Por el contrario, muchos de los obreros que protagonizan las experiencias de recuperación de fábrica no tendrían mayores inconvenientes en retornar a trabajar bajo el mando de un patrón si éste cumpliera el contrato salarial.

En ese sentido, más que de una búsqueda activa de autonomía en relación al Estado y a los partidos políticos como la que enuncia Zibechi (2003), para Rebón (2003) habría un paternalismo dirigido hacia el Estado en la búsqueda de apoyo al mismo tiempo que, si bien en algunos cuadros de los movimientos habría una clara determinación de mantener la autonomía con relación al Estado, dicha determinación no estaría necesariamente dada ni para todos los trabajadores de base ni para todos los dirigentes.

Al mismo tiempo, si bien desde algunas de las experiencias con las que conversamos la autonomía aparecía como un significante simbólico privilegiado (Laclau, 1996) —“estaba tan instalada la discusión ésta de la horizontalidad, de la autonomía, o sea, la discusión metodológica estaba muy, muy fuerte instalada” (conversación con integrantes de Córdobaanexo. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004) —; dicha búsqueda no aparece en todas las experiencias y, en las que aparece, no es considerada como un valor absoluto sino que más bien es pensada en combinación con distintas estrategias de diálogo y negociación en relación a distintos actores sociales.

Respecto a esto último, algunos integrantes de las asambleas barriales de Córdoba nos decían: “para nosotros hay un derecho ciudadano que hay que defender porque existe el Estado y seguimos pagando impuestos y seguimos perteneciendo a esta sociedad; es un derecho; y por otro lado, tratar de construir prácticas que tengan que ver con la autonomía, con la autogestión” (conversación con integrantes de la Asamblea Los Naranjos. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

En ese sentido, siguiendo a Vakaloulis (1999), podríamos decir que ser autónomo en relación al sistema partidario y a los gobiernos no significa necesariamente transformarse en una especie de recambio antiinstitucional del descontento social sino, sobre todo, significa cuestionar una concepción antidemocrática de la gobernabilidad que transforma todo en una cuestión técnica, prácticamente fuera de control, y que resulta siempre en perjuicio de los principales interesados.

De esta manera, lo que existiría sería más bien una tendencia a aceptar cierto tipo de relación con los partidos políticos —relación en general externa y de coincidencia más que de articulación permanente o subordinación— y a establecer una nueva relación entre los movimientos sociales, las instituciones y los partidos. Esto implicaría tanto que los movimientos sociales se resistan a aceptar los condicionamientos de la *realpolitik*² como que las instituciones busquen acentuar las posibilidades de independencia y autonomía de la sociedad civil en la elaboración de sus propias necesidades y demandas (Oliver Costilla, 2007).

A la vez, Oliver Costilla (2007) señala que los movimientos tendrían actualmente una mirada crítica acerca de las posibilidades y los límites de las transformaciones en los parlamentos y en la sociedad política. Esta posición sería contrapuesta

a la sostenida en momentos anteriores, donde los objetivos estaban orientados a actuar en la esfera política institucional.

En ese sentido, los movimientos sociales que hoy existen expresan un cierto fortalecimiento de la capacidad de intervención política por parte de la sociedad civil a la vez que demuestran tener una visión más clara de la importancia de desarrollar un trabajo político-ideológico para transformar a la propia sociedad civil. Ellos han conquistado un espacio de reconocimiento social que los ha conducido a lograr una mayor aceptación por parte de las fuerzas políticas y las instituciones, así como también ha implicado que dichos movimientos asumieran roles políticos constructivos (Oliver Costilla, 2007).

Revalorización de la cultura y afirmación de la identidad

Según Zibechi (2003), la afirmación de las diferencias étnicas y de género tiene un papel relevante en los movimientos indígenas y de mujeres a la vez que comienza a ser valorada desde otros procesos de movilización. El hecho de que grandes grupos sociales queden fuera de los derechos ciudadanos parece contribuir a que se busque construir otro mundo posible sin perder las particularidades propias.

Como nos decían desde una de las organizaciones piqueteras con las que nos articulamos, las mujeres “en el barrio son parte activa y debaten mucho y aparte son compañeras que todo el tiempo están planteando su superación a través de la formación, de talleres de historia” (conversación con una de las dirigentes de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

En conexión con esto, Gutiérrez (1989) señala que los nuevos movimientos sociales tocan dos aspectos fundamentales: la revalorización de la persona (calidad de vida, autosuficiencia y valorización cultural de tradiciones populares) y el ataque directo al corazón del capitalismo (lucha contra el consumo, movilización contra el industrialismo salvaje y el complejo económico-militar, etcétera).

Relacionado con esto último, integrantes de uno de los nodos de trueque de Córdoba nos decían: “el trueque es un sistema de valores, que atiende a la generación del trabajo y no al lucro, al intercambio justo y equitativo y no a la especulación. Básicamente era esto como lo más digno, lo más genuino del trabajo que apuntaba a la equidad de poder intercambiar tu esfuerzo de trabajo con el del otro, a eso apuntaba al principio” (conversación en Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

La generación de espacios de educación y la capacidad de formar intelectuales propios

Para Zibechi (2003), los movimientos están tomando en sus manos la educación y la formación de sus dirigentes, con criterios pedagógicos propios a menudo inspirados en la educación popular, quedando atrás el tiempo en el que intelectuales ajenos al movimiento hablaban en su nombre. Así, agrega este autor, movimientos como el piquetero se plantean la necesidad de tomar la educación en sus manos asumiendo que los Estados nacionales han tendido a desentenderse de la formación.

En ese sentido, una de las dirigentes de Barrios de Pie de Neuquén nos relataba la experiencia de su organización en torno a la alfabetización y la educación popular:

Nosotros iniciamos la experiencia a través de este programa “Yo sí puedo”, y el año pasado, a fines del año pasado, el gobierno nacional, el gobierno de Kirchner, instrumenta el programa Encuentro, que es de alfabetización de jóvenes y adultos, donde nosotros nos sumamos a esa campaña y hoy, en Neuquén, tenemos 25 centros de alfabetización de adultos abiertos. Pero por un lado está lo de alfabetización de adultos... ahora, todo lo que es la educación popular atraviesa todo lo que es el funcionamiento de nuestra organización porque nos plantea nuevas formas de construir estas instancias organizativas a través de la organización popular, técnica que nos permite, fundamentalmente, a compañeros que nunca tuvieron lugares de discusión y lugares de decisión, romper con esta cuestión de que ellos no pueden decidir, ellos no pueden opinar, bueno... A partir de algunas técnicas concretas de educación popular nosotros hemos podido estructurar todos los ámbitos organizativos de Barrios de Pie (conversación mantenida en Neuquén, Argentina, junio de 2005).

Experiencias clave en este sentido son las protagonizadas por los indígenas ecuatorianos que han puesto en pie la Universidad Intercultural de los Pueblos y Nacionalidades Indígenas –que recoge la experiencia de la educación intercultural bilingüe en las casi tres mil escuelas dirigidas por indios–, y la de los trabajadores rurales sin tierrade Brasil, que dirigen en sus asentamientos 1.500 escuelas y múltiples espacios de formación de docentes, profesionales y militantes (Caldart, 2000 citado en Zibechi, 2003). Asimismo, cabe mencionar la experiencia de los indígenas zapatistas en Chiapas, México, quienes después del levantamiento de 1994 pusieron en marcha un sistema de educación autónomo (Parra, 2002).

“Las formas de acción instrumentales de antaño –cuyo mejor ejemplo es la huelga– tienden actualmente a ser sustituidas por formas autoafirmativas a través de las cuales los nuevos actores se hacen visibles y reafirman sus rasgos y señas de identidad”

La construcción de un nuevo papel de las mujeres

Zibechi (2003) destaca también el fenómeno de que, en la actualidad, mujeres indígenas, campesinas, piqueteras, etc. se desempeñan como diputadas, comandantes y dirigentes sociales y políticas ocupando lugares destacados en sus organizaciones. Este hecho, según el mencionado autor, es la parte visible de un fenómeno mucho más profundo: el establecimiento de nuevas relaciones entre los géneros dentro de las organizaciones sociales y territoriales que emergieron de la reestructuración de las últimas décadas.

No obstante, este hecho no es algo dado sino un proceso en plena construcción que tiene avances y también retrocesos. En ese sentido, desde la experiencia de Barrios de Pie nos decían que, si bien la mayoría de quienes integran el movimiento son mujeres, dicha mayoría no se ve reflejada en los cargos de conducción:

Nuestra organización está mayoritariamente compuesta por mujeres, el 80% de Barrios de Pie acá en Neuquén y creo que es un fenómeno general de las piqueteras [...] mujeres que hacen de todo, o sea, que coordinan los grupos de laburo, que coordinan emprendimientos productivos, que participan en el área de salud, de educación, o sea [...]. [Sin embargo] el primer problema

que detectamos es ese, la poca confianza que se tiene en las compañeras para conducir ciertos espacios [...] al momento de coordinar y de conducir el grupo siempre aparece un hombre [...] es uno de los grandes déficits que creo tiene que ver con una cuestión cultural ancestral ¿no? (conversación con una de las dirigentes de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

Reestructuración de la organización del trabajo y la relación con la naturaleza

En los movimientos actuales, según Zibechi (2003), se tiende a visualizar la tierra, las fábricas y los asentamientos como espacios en los que se puede producir sin patrones ni capataces y donde se pueden promover relaciones igualitarias y horizontales con escasa división del trabajo.

No obstante, en el caso de las fábricas recuperadas con las que nos hemos articulado, parece haber cierta coexistencia entre las formas de organización más jerárquicas que vienen de antes y las formas más igualitarias y horizontales que se busca generar:

Hay una estructura piramidal en cada uno de los niveles, no obstante lo cual, para las cuestiones empresarias y las cuestiones de la empresa en sí y las cuestiones societarias, se deciden, cada socio tiene un voto, se deciden en asamblea... la asamblea tiene que tener un número mínimo de socios y la asamblea decide, la asamblea decide por mayoría de votos (conversación con integrantes de la Cooperativa La Prensa. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Estos espacios se asentarían en nuevas relaciones técnicas de producción que buscan cuidar el medioambiente y no generar alienación (Zibechi, 2003).

En relación a este último punto, desde una de las cooperativas nos hablaban de un trabajo más humanizado en el que se establece un vínculo diferente con el producto que se elabora, un trabajo que en alguna medida se contrapone al impuesto desde la lógica capitalista:

La organización cooperativa exige al trabajador algo más que no es más trabajo, que es una visión diferente sobre su trabajo. El trabajador de cooperativa es, además de trabajador, dueño de la empresa. Entonces tiene que aplicar una visión diferente y tiene una ligazón diferente con el producto, con lo que produce. Esto hace que el trabajo en sí sea más humanizado. Y hace que haya un mayor involucramiento y un mayor interés de la persona en el producto que trabaja y hace que haya una mayor coresponsabilidad entre todos y, como te digo, si alguien hace algo que perjudica al diario, te está perjudicando a vos directamente porque vos sos directo beneficiario o directo perjudicado del beneficio o perjuicio de la empresa. No como el sistema capitalista que una empresa te dice "che tiremos todos para adelante que si la empresa anda bien nos va a ir bien a todos", no es así, es un verso o es algo muy indirecto. En cambio acá es así, está reglamentado por ley que es así (conversación con integrantes de la Cooperativa La Prensa. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Continuidades y discontinuidades en los formatos y los sentidos de la acción colectiva

Para Zibechi (2003), las formas de acción instrumentales de antaño –cuyo mejor ejemplo es la huelga– tienden actualmente a ser sustituidas por formas autoafirmativas a través de las cuales los nuevos actores se hacen visibles y reafirman sus rasgos y señas de identidad.

Como ejemplo de ello, el mencionado autor coloca a los piqueteros, quienes –dice– sienten que en el único lugar donde la policía los respeta es en el corte de ruta. Al mismo tiempo, menciona a las Madres de Plaza de Mayo, quienes –sostiene– han tomado su nombre del espacio público del cual se apropiaron hace 25 años.

En el mismo sentido, Svampa (2007) sostiene que los movimientos sociales actualmente están desarrollando una respuesta que no es meramente defensiva sino que contiene una dimensión más proactiva que abre la posibilidad de pensar nuevas alternativas emancipatorias a partir de la defensa y promoción de la vida y la diversidad.

Dichos movimientos adoptan una forma de acción directa no convencional y disruptiva con una poderosa capacidad destituyente, como herramienta de lucha generalizada. Esta primacía de la acción no institucional pone de manifiesto la crisis y el agotamiento de las mediaciones institucionales (partidos, sindicatos, etc.) y aparece como la única herramienta eficaz de aquellos que no tienen poder frente a los que tienen poder, en el actual contexto de gran asimetría. Dicha acción directa no desemboca necesariamente en una acción instituyente (Svampa, 2007).

Respecto a esto último, desde algunas de las Asambleas Barriales que se desarrollaron en Córdoba nos decían que una de las características de esta experiencia había sido el tener claro a qué se oponían –“tenemos muy claro lo que no queremos, está muy claro y ahí también se vio, no queríamos tal cosa. Por eso el ‘que se vayan todos’, reflejaba muy bien esa situación” (conversación con integrantes de la Asamblea del Barrio Poeta Lugones. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004)–, pero sin tener el mismo grado de claridad respecto a qué querían construir.

No obstante lo anterior, según observa Cotarelo (2007), si bien hay una cierta tendencia a la desinstitucionalización, debe advertirse que, por ejemplo, aunque suela asociarse al movimiento de desocupados la utilización casi exclusiva del corte de ruta o de calle –de ahí el origen del nombre “movimiento piquetero”–, no todos los que utilizan este instrumento son desocupados y éstos a la vez utilizan también otros instrumentos de lucha.

Desde nuestra perspectiva, y en relación con los formatos de las acciones colectivas que se desarrollan actualmente, entendemos que éstas están atravesadas por la tensión que se da entre la dimensión *confrontativa* de dichas acciones y su carácter alternativo-autónomo –“nosotros decíamos, no es tomar la fábrica sino poner a producir la fábrica” (conversación con integrantes de FaSinPat Barcelona, España, abril de 2005)– prevaleciendo, según el caso y el momento, una u otra de estas dimensiones.

Entendemos por acciones de carácter *confrontativo* aquellas que se mueven desafiando las formas y los espacios de poder establecidos: lo que De Certeau (2000) denomina el espacio de la táctica, lo que Lanzara designa como acciones de exploración o lo que otros autores denominan protesta o conflictividad social (Iñigo Carrera y Cotarelo, 2001; Seoane y Taddei, 2000).

Entendemos por acciones de carácter alternativo-autónomo a aquellas que se dirigen sobre todo a la construcción de espacios alternativos y autónomos: lo que De Certeau (2000) llama estrategia, lo que Lanzara denomina acciones de exploración o lo que otros autores designan como lo alterno (Gutiérrez, 1989), el contra-

poder (Negri, 2003), el antipoder o antipolítica (Holloway, 2002) o la infrapolítica (Scott, 2003).

Por su parte, Dávalos (2006) sostiene que el problema es que los movimientos sociales actuales no han podido deconstruir aún el concepto de democracia liberal e integrar esa deconstrucción dentro de sus prácticas políticas emancipatorias. Es decir, cuestionan a la democracia liberal, pero al mismo tiempo se adscriben a ella como único horizonte posible en la disputa del poder. A la noción de lucha de clases oponen aquellas de representación política y democracia representativa y procedimental; a la noción de revolución oponen aquella de libertad individual.

Para el mencionado autor, las luchas de los nuevos movimientos sociales se proponen la defensa de una institucionalidad liberal. De esta forma, el mercado se constituye como centro articulador de racionalidades desapareciendo no sólo la planificación como posibilidad humana de controlar la producción y distribución de la propia riqueza, sino desvaneciéndose en el campo analítico la noción de lucha de clases y sometiéndolo los conflictos por el excedente al arbitrio de leyes naturales de la economía. La hipótesis mistificadora de la "mano invisible" sirve para encubrir de un manto de metafísica las relaciones de poder que son inherentes a la lucha de clases.

En ese sentido, los movimientos sociales entrarían en discusión y disputa con ciertos contenidos del proyecto del Estado mínimo, pero no disputarían la globalidad de la agenda neoliberal, disputarían la política pero no el poder (Dávalos, 2006).

Sin embargo, Oliver Costilla (2007) discrepa un poco con esta postura y señala que los nuevos movimientos sociales están recuperando la concepción de ciudadanía con derechos, la noción de participación y la construcción de espacios públicos no burocráticos con un horizonte que va más allá de la democracia liberal. Dichos movimientos no estarían caminando en el sentido del reforzamiento de lo que O'Donnell denomina la democracia delegativa sino que, por el contrario, ellos se orientarían al empoderamiento de la sociedad civil disputando la agenda neoliberal tanto en la economía como en la política.

El desarrollo de formas assemblearias de organización

Según Svampa (2007), en la medida en que la política institucional devino cada vez más autorreferencial, más ligada a una democracia de tipo delegativa y decisionista, la acción colectiva no institucional se ha encaminado al desarrollo de formas de democracia directa.

Desde nuestro trabajo, parte de esas formas de ejercicio de democracia directa la encontramos en la propuesta de estatización bajo control obrero que han hecho los obreros de FaSinPat:

[...] nosotros lo que proponemos es una estatización bajo control obrero. O sea, ellos pueden poner todo el personal que quieran hoy para que administren la fábrica, está todo bien, pero nosotros vamos a dejar un grupo de compañeros que va a ser elegido en asamblea y va a ser renovado en asamblea, que su deber será controlar que si se ganan 100 mil pesos, dónde se invirtieron, y si dicen no, lo llevamos a tal hospital, vamos a tal hospital y lo veamos. ¿Se hizo o no eso? (conversación con obreros de FaSinPat. Barcelona, España, abril de 2005).

La democracia directa y la emergencia de nuevas estructuras de participación que tienen un fuerte carácter asambleario se refleja en la tendencia a crear estructuras flexibles, no jerárquicas, proclives al horizontalismo y a la profundización de la democracia (Svampa, 2007).

Esta forma asamblearia no sólo implica más derechos sino también más responsabilidades para todos los que participan en una experiencia de lucha social:

Porque el tema de la asamblea quiere decir justamente esto, no es que el sindicato es el responsable de todo, el sindicato es responsable en la medida que los trabajadores lo hagan responsable. Ese es el tema de la asamblea, si yo voto para que mi representante sindical mañana vaya y haga tal cosa, en primer lugar tengo que asegurarme que haga eso y en segundo lugar tengo que respaldarlo porque no lo voy a dejar solo. Entonces también implica que hay un compromiso de las dos partes. En esto era fácil cuando hay si se quiere un burócrata que dice yo me hago cargo de todo, pero ojo, se hace lo que yo digo, pero justamente, como la responsabilidad es de él solamente, podía o no consultarte; cuando vos decís, vamos a trabajar en asamblea, es justamente para trabajar en las dos cosas. No es que yo voy a representarte a vos pero mañana tengo una persecución o algo y vos me vas a dejar a pata, también implica una responsabilidad del trabajador o del compañero (conversación con integrantes de FaSinPat. Barcelona, España, abril de 2005).

En este marco, cobra centralidad la forma asamblearia de organización –“las resoluciones importantes se toman por asamblea, se decide por asamblea” (conversación con integrantes de la Cooperativa ADOS. Neuquén, Argentina, junio de 2005)– en sus diferentes niveles y expresiones, que recrea y potencia antiguas y nuevas formas de sociabilidad y resistencia al tiempo que va diseñando un nuevo paradigma de la política concebido desde abajo (Svampa, 2007).

Esta forma asamblearia implica nuevas formas de relacionarse, de tomar decisiones, de construir un espacio colectivo: “la nueva forma de relacionarse, la nueva forma de ver que las decisiones tienen que ser colectivas, no individuales, los mandatos revocables, las decisiones asamblearias, la participación de comisiones y dándole forma a una nueva identidad de los compañeros y compañeras de los barrios” (conversación con integrantes del Movimiento Teresa Rodríguez. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Compromisos militantes intermitentes

Siguiendo a Vakaloulis (1999) podemos decir que, si bien en la actualidad los individuos participan en movilizaciones y protestas en función de objetivos comunes que comparten con otros, no es menos cierto que las personas manifiestan preocupaciones personales de autonomía y participación directa. Dichas preocupaciones hacen que los individuos no sean muy proclives a ponerse al servicio de algo que trascienda sus posibilidades de control y que sus compromisos sean más bien intermitentes o discontinuos.

Así, desde una de las asambleas barriales de Córdoba nos señalaban la diferencia en las formas de participación que encontraban entre los “viejos militantes” y la gente que nunca antes había tenido una experiencia de participación política:

Yo lo que veía era que los que habían sido militantes tenían más constancia, o sea, son los que duraron hasta el fin. Hasta el fin, o sea, hasta hoy si nos llamamos por teléfono todos nos juntamos, pero

por esa educación de militantes de hacer un trabajo. En cambio los vecinos, o la gente que nunca había militado, iba con el entusiasmo de re-encontrar algo nuevo y como que mágicamente pensaban, como que ellos ya se habían liberado, que todo iba a cambiar [...] Surgió algo muy idealista, muy bueno, pero se fue desgastando al ver que se necesitaba mucho trabajo (Conversación con una de las integrantes de la asamblea barrial de Alto Alberdi. Córdoba, Argentina, septiembre de 2004).

Si bien esta forma de militancia intermitente puede entenderse en términos de una falta de compromiso, probablemente sea más prometedor pensarla como la modalidad posible en la actualidad de ejercer ciertas militancias.

“Existe entonces una dispersión en la ubicación de un horizonte emancipatorio, nuevas visiones sobre el poder y la participación popular, nuevas propuestas de organización, nuevas plataformas de acción y convergencia”

Una visión más amplia de las relaciones de poder

Con la aparición de los nuevos movimientos sociales, algunas de las certezas que estaban relativamente claras en la lucha política de los movimientos revolucionarios, y también en la clase obrera –como la noción del poder en tanto requisito para el cambio revolucionario del sistema, o la noción del partido como organización especializada y hecha para el tránsito revolucionario y para captar el poder–, se comienzan a transformar radicalmente. Dichos movimientos no reclaman el poder ni tampoco adscriben a la conformación de partidos centralizados, jerárquicos y “profesionales” sino que, por el contrario, se sitúan al margen de lo que tradicionalmente la izquierda denomina poder (Oliver Costilla, 2007).

Según Oliver Costilla (2007), estos nuevos movimientos sociales tienen una mirada más amplia respecto a las relaciones de poder. Dicha visión hace que la acción de dichos movimientos se oriente tanto a propiciar cambios en las instituciones o en las leyes como a incidir en la determinación del interés público. Asimismo, esta mirada los lleva a constituirse en elementos de transformación de las formas mercantiles de sociabilidad de la sociedad civil a partir de la lucha por derechos.

Al tener una visión descentrada del poder, una visión más laxa de la organización, un discurso más abierto y una militancia diversa y dispersa, los movimientos sociales se enfrentan al desafío de cambiar al sistema y de proponer una visión alternativa del poder (Oliver Costilla, 2007).

Así, más que ofrecer respuestas acabadas, las distintas experiencias de movilización social buscan instalar interrogantes sustanciales sobre el poder, la política, la organización, etc., interrogantes que se tendrían que ir respondiendo en el camino de la lucha por un sistema alternativo y desde una visión de poder alternativa (Oliver Costilla, 2007).

En ese sentido, los nuevos movimientos sociales apuntan a la generación de nuevas concepciones y prácticas y al hacerlo expresan la crítica de la experiencia de los movimientos obreros y los proyectos socialistas del siglo XX. Existe entonces una dispersión en la ubicación de un horizonte emancipatorio, nuevas visiones so-

bre el poder y la participación popular, nuevas propuestas de organización, nuevas plataformas de acción y convergencia, etcétera (Oliver Costilla, 2007).

No obstante, al menos desde algunas de las experiencias con las que nos hemos articulado, esta manera novedosa de entender el poder aparece mucho más matizada y combinada con las ideas que podríamos denominar “más clásicas” respecto al poder y a las maneras de entender la organización colectiva.

En ese sentido, por ejemplo, nos decían:

La conformación de una herramienta colectiva y solidaria es parte de la idea nuestra de construcción de poder popular. La democracia participativa, el protagonismo popular es parte de la concepción que Patria Libre tiene de cómo construir espacios de poder popular. Lo tiramos al interior del movimiento y eso se va incorporando paulatinamente, pero los compañeros ni son afiliados del partido, ni son militantes del partido (conversación con una de las dirigentes de Barrios de Pie. Neuquén, Argentina, junio de 2005).

Asimismo, como alguna vez le comenté, tímidamente, a Holloway en una charla que dio en Barcelona respecto al título de su libro *Cambiar el mundo sin tomar el poder* y la experiencia zapatista: sí, puede ser que por una parte los zapatistas intenten cambiar el mundo sin tomar el poder; sin embargo, esta idea da cuenta solamente de una parte de la lucha zapatista, ya que ellos tampoco abandonan en su búsqueda la conquista de los que podríamos denominar espacios “clásicos” de ejercicio de poder.

Así, quizás, más que enfatizar las nuevas miradas respecto al poder y descartar las más clásicas, podríamos hablar de la ampliación de las maneras de entender el ejercicio del poder en los nuevos movimientos sociales.

Articulaciones que se configuran a modo de redes sociales

Si bien existen diferencias importantes entre los movimientos sociales más estructurados políticamente y aquellos que congregan el encuentro de distintas oposiciones y crean espacios abiertos de articulación a nivel nacional e internacional, en general, dichos movimientos adoptan forma de redes, agregados laxos y semiorganizados que amplían el campo de agregación de fuerzas e incluso ultrapasan los límites nacionales estableciendo alianzas informales con movimientos de otros países (Oliver Costilla, 2007).

Estas redes en formación permiten a los movimientos sociales de nuestros países dependientes contar con la solidaridad económica y flujo de información alternativa que ayudan a consolidar acciones. En una etapa caracterizada por las violaciones salvajes de los derechos humanos, las redes articuladas entre los movimientos liberadores de los países industrializados y los dependientes operan como foro internacional y, en ocasiones, de resguardo (Gutiérrez, 1989).

Las luchas de estos movimientos no son necesariamente excluyentes, sino que son expresión de la pluralidad y la diversidad de las oposiciones a los procesos de expropiación que llevan a cabo las fuerzas transnacionales, al aumento de la desigualdad y la fragmentación social que está alterando negativamente la estructura social, a los patrones económicos y las instituciones políticas dominantes en situación de crisis larvada o abierta (Oliver Costilla, 2007).

Desde las experiencias con las que nos hemos articulado, aunque no en todos los casos, sí hemos relevado articulaciones internacionales establecidas desde las distintas experiencias locales. En ese sentido, los obreros de FaSinPat obtuvieron, por ejemplo, una importante adhesión en la firma de un petitorio vía internet; hicieron una presentación ante la embajada argentina en Roma de una carta que, en su momento, fue elevada al gobierno argentino para que el presidente Néstor Kirchner y el gobernador Sobisch se expresaran sobre la gestión de la cerámica “Zanón, bajo control obrero”; realizaron la campaña internacional “Solidaridad con los obreros de Zanón” lanzada a cuatro años del inicio de la gestión obrera; y convocaron a realizar acciones de lucha y difusión en apoyo a la gestión durante los acontecimientos del campeonato mundial de fútbol profesional en Alemania, en 2006.

Dicha solidaridad es, de algún modo, resultado de las múltiples actividades que los obreros han ido realizando al recorrer distintos países del mundo: entrevistas en radios de Barcelona y Estocolmo, charlas en organizaciones y universidades de distintos lugares (Roma, Barcelona, Madrid, Estocolmo, etcétera).

La emergencia de coordinaciones, en el plano regional o internacional, entre distintos movimientos y organizaciones nacionales

Svampa (2007) habla de la conformación de un nuevo internacionalismo haciendo referencia a la multiplicación de los espacios de coordinación y foros sociales que se ha dado a partir de 1999 y que apunta a la potenciación y convergencia de diferentes luchas contra la globalización neoliberal. Más allá de las diferencias ideológicas y sociales –dirá esta autora–, desde Seattle, Génova, Porto Alegre y Nairobi hasta las jornadas globales contra la guerra en Irak, ha venido conformándose un discurso antisistémico, crítico respecto de la globalización neoliberal, que reconoce por lo menos tres elementos comunes: un cuestionamiento a las nuevas estructuras de dominación surgidas de la transnacionalización de los capitales, el rechazo de la mercantilización creciente de las relaciones sociales, producto de la globalización, y la revalorización y defensa de la diversidad cultural.

Estas nuevas experiencias tiñen de manera profunda y singular la práctica de los movimientos sociales (Petras, 2003) e implican una situación de continuidad pero a la vez de ruptura con las pasadas tradiciones de solidaridad y articulación sociopolítica a nivel mundial que habían cristalizado, entre otras formas, en las bautizadas y sucesivas Internacionales desde fines del siglo XIX.

Este internacionalismo se revela nuevo justamente por el carácter eminentemente social de los actores involucrados, que aparecían referidos mayoritariamente bajo la nominación de “movimientos sociales”, aunque este carácter estaba lejos de suponer –por si hiciera falta la aclaración– la ausencia de inscripciones ideológico-políticas. Otras características que fueran referidas respecto de su novedad fueron la heterogeneidad y amplitud de los sujetos sociales abarcados en estas convergencias de movimientos (desde organizaciones sindicales, campesinas, indígenas, de mujeres, ambientalistas, estudiantiles, etc.), la extensión geográfica que las mismas alcanzaban y las formas organizativas que asumieron estas

articulaciones que priorizaban la coordinación de acciones globales y campañas comunes (Seoane y Taddei, 2000).

Desde las experiencias con las que nos hemos articulado, si bien no han sido muchas las organizaciones que nos hayan relatado la participación en estos espacios, sí podemos mencionar la participación de los obreros de FaSinPat y también la experiencia zapatista de haber organizado en su propio territorio uno de estos encuentros internacionales.

Reflexiones finales

Como dijimos inicialmente, la década que va de 2000 a 2010 registra una nueva configuración de los procesos de movilización social en América Latina que tiene sus inicios en el aumento de la conflictividad social producido durante la década del los noventa como contrapartida de la implementación de las políticas neoliberales.

Esta nueva configuración, no obstante, no abarca todas las experiencias de lucha social aunque sí presenta tendencias nuevas que desafían la comprensión y conceptualización de las ciencias sociales de hoy y que hemos sintetizado a través de los siguientes ítems: la fragmentación de las formas de protesta y articulaciones incipientes; la territorialización de las formas de lucha y resignificación de antiguos espacios; la nueva relación entre los movimientos sociales, las instituciones y los partidos desde la búsqueda de autonomía; la revalorización de la cultura y afirmación de la identidad, la generación de espacios de educación y la capacidad de formar los propios intelectuales; la construcción de un nuevo papel de las mujeres, reestructuración de la organización del trabajo y la relación con la naturaleza, las continuidades y discontinuidades en los formatos y los sentidos de la acción colectiva, el desarrollo de formas asamblearias de organización, compromisos militantes intermitentes, articulaciones que se configuran a modo de redes sociales y la emergencia de coordinaciones en el plano regional o internacional entre distintos movimientos y organizaciones nacionales.

En función de producir un conocimiento *situado* (Haraway, 1991), a través de este artículo hemos intentado poner en diálogo cada una de estas características enunciadas por diferentes estudiosos del tema con las experiencias de movilización social con las que nos hemos venido articulando. Dichas experiencias han re-actualizado, confirmado o puesto en tensión estas conceptualizaciones siempre provisionales generando, quizás, más que afirmaciones, algunas preguntas, dudas e interrogantes acerca de cuáles son las maneras en que las acciones colectivas se van configurando actualmente en nuestros países.

Este trabajo es parte de un camino siempre abierto que ya otros venían transitando y que invitamos a que pueda ser también continuado por otros compañeros de ruta.

Bibliografía

Ciuffollini, María Alejandra (comp.) 2007 *En el llano todo quema: movimientos y luchas urbanas y campesinas en la Córdoba de hoy* (Córdoba: Universidad Católica de Córdoba).

- Colectivo Situaciones 2002 *19 y 20: apuntes para el nuevo protagonismo social* (Buenos Aires: Ediciones de Mano en Mano).
- Cotarelo, María Celia 2007 "Movimientos sociales, partidos y los nuevos formatos organizativos. Tercera parte", clase del curso virtual *Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa* del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia (PLED).
- Dávalos, Pablo 2006 "Movimientos sociales y razón liberal: los límites de la historia" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año VII, N° 20, noviembre.
- de Certeau, Michel 2000 *La invención de lo cotidiano 1. Artes de hacer* (México: Universidad Iberoamericana/Instituto Tecnológico y de Estudios Superiores de Occidente).
- Gutiérrez, Guillermo 1989 "Argentina. Los nuevos movimientos populares. Respuesta a una situación estructural" en *Revista Alternativa Latinoamericana* (Mendoza: Alfa) N° 6.
- Haraway, Donna 1991 *Ciencia, Cyborg y Mujeres. La reinención de la naturaleza* (Madrid: Cátedra).
- Holloway, John 2002 *Cambiar el mundo sin tomar el poder* (Madrid: El viejo topo).
- Iñigo Carrera, Nicolás y Cotarelo, María Celia 2001 "La insurrección espontánea", trabajo inédito del Programa de Investigación sobre el Movimiento de la Sociedad Argentina (Buenos Aires: PIMSA).
- Merklen, Denis 2005 *Pobres ciudadanos. Las clases populares en la era democrática (Argentina, 1983-2003)* (Buenos Aires: Gorla).
- Negri, Antonio 2003 *Diálogo sobre la globalización, la multitud y la experiencia argentina* (Barcelona: Paidós).
- Laclau, Ernesto 1996 *Emancipación y Diferencia* (Buenos Aires: Ariel).
- Laclau, Ernesto y Mouffe, Chantal 1985 *Hegemonía y Estrategia Socialista* (Madrid: Siglo XXI).
- Oliver Costilla, Lucio 2007 "Cuatro puntos sobre movimientos sociales, partidos y los nuevos formatos organizativos en América Latina. Segunda Parte", clase del curso virtual *Resistencias, luchas emancipatorias y la cuestión de la alternativa* del Programa Latinoamericano de Educación a Distancia (PLED).
- Parra, Marcela Alejandra 2002 "Sociedad Civil, Movimiento Zapatista y Conflicto en Chiapas", tesis para optar al grado de maestra en Ciencias Sociales, FLACSO-México, inédita.
- Petras, James 2003 "Argentina: valoración general tras 18 meses de lucha", en <www.rebellion.org/hemeroteca/petras/030611petras.htm> acceso 20 de julio de 2011.
- Rebón, Julián 2003 "Algunas reflexiones preliminares acerca de los denominados procesos de recuperación en la Ciudad de Buenos Aires", trabajo realizado para el curso *Neoliberalismo y configuración de la Protesta Social en América Latina* del campus virtual del CLACSO, inédito.
- Scott, James 2003 (1990) *Los dominados y el arte de la resistencia* (España: Txalaparta).
- Seoane, José y Taddei, Emilio 2000 "La conflictividad social en América Latina" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año I, N° 2, septiembre.

- Seoane, José y Taddei, Emilio 2003 "Neoliberalismo y conflicto social en América Latina", clase N° 1 del curso *Configuración de la protesta social en América Latina* del campus virtual del CLACSO.
- Svampa, Maristella 2007 "Movimientos sociales y escenario político: las nuevas inflexiones del paradigma neoliberal en América Latina", trabajo presentado en la *VI Cumbre del Parlamento Latinoamericano*, Caracas, 31 de julio al 4 de agosto de 2007, en <<http://www.maristellasvampa.net/archivos/ensayo38.pdf>> acceso 24 de diciembre de 2007.
- Tarrow, Sydney 1997 *El poder en movimiento. Los movimientos sociales, la acción colectiva y la política* (Madrid: Alianza).
- Vakaloulis, Michel 1999 "Antagonismo y Acción Colectiva" en *Travail Salarié et Conflit Social, Actuel Marx Confrontation* (París: PUF).
- Zibechi, Raúl - Artículos varios en *América Latina en Movimiento (ALAI)*, en <<http://alainet.org/>>.
- Zibechi, Raúl 2003 "Movimientos sociales latinoamericanos: tendencias y desafíos" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año IV, N° 9, enero.

Notas

1 Usamos el término "conversaciones" y no "entrevistas semiestructuradas" en función de resaltar la construcción conjunta de conocimiento que se realiza entre investigadores e investigados y para poner en cuestión la división tajante entre sujeto/objeto de conocimiento. El uso que hacemos del término "conversación" está inspirado en el concepto de "articulación" propuesto por Donna Haraway (1991) con el cual la autora alude a "conexiones parciales llamadas solidaridad en la política y

conversaciones compartidas en la epistemología" que se establecen entre los sujetos que forman parte de una investigación.

2 *Realpolitik* (política de la realidad, en alemán) es la política exterior basada en intereses prácticos más que en la teoría o la ética. La *realpolitik* aboga por el avance en los intereses nacionales de un país, en lugar de seguir principios éticos o teóricos. Consultado en <<http://es.wikipedia.org/wiki/Realpolitik>> acceso 23 de diciembre de 2009.

Entrevista

**El Brasil *lulista*: una hegemonía
al revés. Entrevista a Francisco
“Chico” de Oliveira**

Massimo Modonesi

El Brasil *lulista*: una hegemonía al revés

Entrevista a Francisco
“Chico” de Oliveira

MASSIMO MODONESI

Resumen

En esta entrevista, el sociólogo y político brasileño Francisco “Chico” de Oliveira, estudioso y protagonista de la historia brasileña reciente, conversa sobre la dificultad de caracterizar y conceptualizar los cambios y permanencias que han signado a los gobiernos del Partido dos Trabalhadores (de 2003 al presente), con particular énfasis en el fenómeno del *lulismo* en torno al ex presidente Luiz Inácio “Lula” da Silva. Dando cuenta de un panorama poco halagüeño para los movimientos e iniciativas de transformación, de Oliveira repasa los rasgos de Lula que imprimieron un personalísimo sello a sus gestiones, el viraje ideológico del PT antes de y durante su presencia en el gobierno, el impacto del neoliberalismo y de las políticas del PT en la formación de “conciencia de clase”, el papel de intelectuales, estudiantes y juventud en el PT y los horizontes de las agrupaciones políticas que desde la izquierda cuestionan el desempeño del Partido dos Trabalhadores. Proponiendo una alternativa a caracterizaciones como las de “revolución pasiva” o “contrarreforma”, que no acaban de abarcar cabalmente el fenómeno del *lulismo*, con el polémico concepto de la “*hegemonia às avessas*”, de Oliveira nos presenta su mirada personal pero profundamente informada de la situación brasileña hoy.

Abstract

Brazilian sociologist and politician Francisco “Chico” de Oliveira is both a scholar and a protagonist of Brazil’s recent history. In this interview, he discusses the difficulty of characterising and conceptualising change and permanence in Brazil’s administration by the Workers’ Party (*Partido dos Trabalhadores* or PT in Portuguese) –in office since 2003–, and specially focuses on “Lulism”, ie the phenomenon around former president Luiz Inácio “Lula” da Silva. Recognising a hardly promising outlook for transformation-oriented initiatives and movements, de Oliveira reviews Lula’s distinctive features as a hallmark of his two administrations; the ideological turn taken by the PT before and during Lula’s administration; how neoliberalism and the PT’s policies impacted on the formation of “class consciousness”; the role of intellectuals, students and the youth in the PT, and the horizons of left-of-centre political groupings that question the PT’s performance. As an alternative to characterisations such as “passive revolution” or “counter-reform”, which fail to describe “Lulism” accurately, de Oliveira presents the controversial idea of *hegemonia às avessas* (or reverse hegemony) from a perspective that is very personal, though very well-informed on Brazil’s current situation.

Palabras clave

Partido dos Trabalhadores, revolución pasiva, contrarreforma, regresión política, clase social.

Keywords

Partido dos Trabalhadores, passive revolution, counter-reform, political regression, social class

Cómo citar este artículo

de Oliveira, Francisco 2011 "El Brasil *lulista*: una hegemonía al revés" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Francisco de Oliveira es un ícono de la sociología crítica brasileña. Chico, como suele ser llamado, nació en Recife en 1933. En 1969, el año del endurecimiento de la dictadura militar, fundó, junto con Fernando Henrique Cardoso, el histórico Centro Brasileño de Análisis y Planeación (Cebrap). En 1972 escribió un texto que se convirtió en un clásico de la sociología brasileña y latinoamericana: *Crítica de la razón dualista*. Estuvo entre los fundadores del Partido de los Trabajadores (PT) en 1980, del cual se separó a fines del 2003 para dar vida al Partido Socialismo y Libertad (PSOL). Después de oponerse desde una perspectiva de izquierda a los gobiernos de su colega y *alter ego* Fernando Henrique Cardoso, se convirtió en uno de los más filosos críticos de los gobiernos encabezados por Luiz Inácio "Lula" da Silva. Sus artículos y sus ensayos, llenos de agudas y creativas provocaciones analíticas, han circulado ampliamente y se han convertido en objeto de estudio, abriendo importantes perspectivas de investigación. Durante los últimos años, dos ideas de Chico han animado el debate político intelectual sobre la caracterización del llamado *lulismo*. Por un lado, la del "ornitorrinco", como metáfora del Brasil actual y de la emergencia de una nueva clase anfibia surgida a la sombra de los gobiernos del PT; y su contraparte, la de la "hegemonía al revés", polémico título de un artículo que suscitó la organización de un importante seminario cuyos contenidos fueron vertidos en un libro compilado por Francisco de Oliveira, Ruy Braga y Cibele Rizek y que, justamente con el nombre de *Hegemonia às avessas*, fue publicado por la editorial Boitempo en 2010. CLACSO publicó en español en 2009 *El neotraso brasileño. Los procesos de modernización conservadora de Vargas a Lula*¹. Entrevistamos a Chico en ocasión de un Coloquio Internacional sobre el Brasil contemporáneo que se realizó en la Universidad Nacional Autónoma de México en el mes de agosto de 2011. Armado de la ironía, el sentido del humor y la franqueza que lo caracterizan, Chico expresó algunas de las principales ideas que configuran su postura crítica respecto de los gobiernos de Lula y del PT.

Empecemos por un tema que te coloca en el centro del debate y la polémica, el lulismo. Sin querer forzosamente encasillar los procesos en los conceptos, hay que reconocer que el arsenal conceptual gramsciano –bastante difundido en la intelectualidad crítica brasileña– ofrece cierta flexibilidad y apertura. Estuve conversando

días atrás –en un congreso sobre el pensamiento de Gramsci en Brasil– con Carlos Nelson Coutinho, quien sostiene que la experiencia de los gobiernos de Lula y del PT no debe leerse como una revolución pasiva sino como una contrarreforma. Le comentaba que me parecía que el concepto de contrarreforma no daba cuenta de una dimensión importante que es la dimensión de transformismo, cooptación y desmovilización que caracteriza esta experiencia. Creo que tu reflexión apunta en esta dirección.

Siempre tuve mucho dialogo con Carlos Nelson, me agrada mucho como persona. Él sostuvo la tesis de la revolución pasiva y después cambió por la de la contrarreforma. Yo creo que no es ni una contrarreforma ni una revolución pasiva. No encontré en el arsenal de conceptos disponibles alguno que me satisficiera, o por lo menos, que diera cuenta de la complejidad de la situación. Entonces inventé “*hegemonia às avessas*”, que es un recurso retórico al estilo de una tradición del nordeste, que debe existir en México también, del “repentista”, una suerte de trovador que, improvisando, acompaña con música la poesía popular. Yo no soy exactamente un sujeto del interior del Nordeste, soy un animal urbano. Inventé “*hegemonia às avessas*” el día que llegué a la universidad y me vestí al revés, hice una conferencia y nadie lo notó. Porque, en primer lugar, existe una historia anterior muy fuerte, uno de los raros momentos en el Brasil en el que surgieron procesos de abajo hacia arriba, y de eso el concepto de revolución pasiva no da cuenta. La segunda cosa es que el tema de la política social, de la desigualdad –no de la pobreza– desapareció del primer plano de la política brasileña como nunca había ocurrido. Generalmente, se compara a Lula con Vargas. Esa comparación es impropia porque Lula no es un institucionalizador, mientras que Vargas lo fue. Todas las modernas instituciones del Estado brasileño son de origen varguista, pero Vargas colocó la política social en el centro del debate político, hacía las reformas al estilo de una revolución pasiva. Actualmente, ya no el tema de la desigualdad o de una política social estructural sino el tema de la política contra la pobreza ocupa el centro de la agenda política brasileña, es por ahí que se construye el *lulismo*. El mandato de Lula y del PT era un mandato para revocar lo que Fernando Henrique había hecho. El cúmulo de historia y lucha sociales fue volteado, pero no porque Lula y compañía fueron cooptados por la burguesía, sino porque se transformaron profundamente. Este proceso requiere ser investigado cuidadosamente y el capítulo sobre Lula será inevitablemente un capítulo muy problemático.

El de Lula como persona, aunque hay que preguntarnos cuál fue el proceso del PT. Una hipótesis es que el PT siempre tuvo una línea tendencialmente socialdemócrata y que, en el fondo, es esa línea no radical, no izquierdista, la que siempre estuvo dominando y que en algún momento se desborda hacia el centro y logra el triunfo legitimando su liderazgo. Otra lectura sería enfatizar el impacto del ejercicio de gobierno como el momento de viraje.

Esta transformación estaba siendo elaborada internamente, pero ella no tenía la fuerza que le dio el viraje político-gubernamental. El personaje central allí es José Dirceu. Me contaron una anécdota muy ilustrativa. En una cena previa a las elecciones del 2002, José Dirceu, en determinado momento de la conversación, golpeó la mesa con la mano y dijo: “vamos a ganar estas elecciones cueste lo que

cueste". Hace tiempo que se estaba preparando el terreno para la transformación ideológica del PT, pero no habría ocurrido plenamente sin la elección de Lula, que fue el acontecimiento que le dio materialidad. Pero son dos las caras de la moneda: la transformación del PT permite la victoria electoral y la victoria electoral permite la culminación de la transformación del PT.

Y ahí opera esa construcción social que es sociopolítica, que tú señalaste con una provocación muy fuerte en el debate brasileño sobre el tema del "ornitorrinco", una poderosa formación sociopolítica emergente, que es parte de ese giro del PT, una nueva clase...

Una nueva clase en términos sociales y una nueva clase en términos políticos. Porque una clase necesita de un lugar en la producción o por lo menos un lugar dentro de la división del trabajo. Una nueva clase necesita también una experiencia común, ellos tienen una experiencia común; además, una buena parte de los dirigentes se formó en la Fundación Getúlio Vargas, algunos integralmente, otros tomando algún curso. Otro elemento fundamental fueron los fondos de pensión. Alguien pensó que los fondos de pensión eran una poderosa arma económica y ese alguien se llama Luiz Gushiken, quien fue ministro de Lula y es el cerebro que transformó los fondos de pensión en el mayor inversor institucional de Brasil. Todos ellos tienen una experiencia en común, un proyecto común y, para mí, son una nueva clase. Son el alma de la transformación profunda que está ocurriendo en el PT, pero esto no quiere decir que la base lo acepte. Se da un proceso de disyunción que se volvió característico de todos los partidos de izquierda, la separación entre cúpula y base.

“Hace tiempo que se estaba preparando el terreno para la transformación ideológica del PT, pero no habría ocurrido plenamente sin la elección de Lula, que fue el acontecimiento que le dio materialidad”

En términos identitarios, pero creo que hay un factor decisivo de desmovilización en el proceso. Las bases pueden mantener y cultivar la identidad. Otra cosa es que estén movilizadas, organizadas en torno a las ideas que la conforman, porque si es nostalgia identitaria de un PT que ya no existe entonces podrán votar internamente por la izquierda socialista a la hora del Congreso, pero no están incidiendo en la coyuntura política porque están desmovilizadas. ¿Qué pasa con los movimientos sociales y con la misma movilización al interior del PT? La movilización era una característica que en el pasado sostenía al partido, su desaparición podría ser uno de los saldos negativos del lulismo y de configuración de sus grupos dirigentes como clase política. ¿O la dinámica de movilización en torno y al interior del PT había terminado antes?

No, no había terminado y ese pasaje marca un cambio de carácter estructural. Las bases cantan una canción cuyos temas ya no existen en el PT, una canción que no tiene ningún realismo político, es completamente idealista, porque reproduce

las viejas consignas de antes. En ese sentido la caracterización de André Singer es muy buena, porque retrata bien a la izquierda: el pueblo nunca vota por la izquierda porque el pueblo tiene miedo al conflicto. Lula ofrece una fórmula en la que no hay conflicto, no hay riesgo. Considero que es una hipótesis bastante consistente. Pero ese transformismo en la cúpula no corresponde a los sentimientos de la base del PT, hay una tensión interna muy fuerte.

Ahora que dices eso, justo era lo que yo le decía a Carlos Nelson, hay miedo al conflicto, al proceso de ruptura, y hay desmovilización; yo intuía que la idea de revolución pasiva apunta a eso, a una fórmula que neutraliza el componente subjetivo de un proceso de transformación, a la Getúlio Vargas: “hay que hacer la revolución para que no la hagan los de abajo”. Hay construcción política de la pasividad. ¿Y los otros movimientos sociales? ¿El Movimento dos Trabalhadores Rurais Sem Terra (MST)? ¿Los sectores sindicalistas independientes? Sé que no eres muy optimista pero ¿cómo ves el universo de la izquierda más allá del PT?

Mira, hay una frase que es atribuida a Kennedy, probablemente sea de alguien que le escribía los discursos: “la victoria tiene muchos padres, sólo la derrota tiene uno”. En este sentido, creo que el MST fue derrotado por un éxito: el éxito por la transformación de la agricultura brasileña en un negocio, eso le retiró mucha base al MST. Brasil es el primer productor mundial de carnes –y es un país de hambrientos–, tiene la mayor empresa mundial de comercio de carnes. No lo apunto porque me sienta orgulloso de esas cosas, pero Friboi, así se llama, es una empresa nueva que está en todo el mundo. Brasil es el segundo país productor de granos del mundo, sólo superado por los Estados Unidos. Esto arrastró a muchos pequeños propietarios. Entonces el MST está como decimos en Brasil: “perdido como perro en procesión”, ve muchas piernas y no sabe para dónde ir. Por eso hay un intento de cambio, el MST trata de conectarse con lo que André Singer llama el “infoproletariado”.

También Ricardo Antunes usa el concepto de “infoproletariado”.

También Ricardo usó ese concepto para analizar el mundo del trabajo pero André le atribuye relevancia política al señalar que es la base social del *lulismo*. Yo estaba en una reunión de preparación de la candidatura de Plinio de Arruda Sampaio. Plinio es un personaje formidable, es un leninista tardío: cristiano de los pies a la cabeza y leninista, cuarenta años atrás él sería perfecto. Pero esto es anecdótico. Yo estaba en una reunión de apoyo a su candidatura, entonces allí se expusieron algunos datos de una investigación cualitativa orientada para ver dónde iba el sentir del electorado. Preguntaron: ¿quién es el candidato que prefieren? Lula. ¿Por qué? Porque no quiere conflicto. La encuesta no estaba especialmente centrada en la llamada clase pobre; incluía, de una forma no estadísticamente rigurosa, personas de todas las clases. En suma, ¿por qué Lula? Porque no quiere pelea. Y a otras preguntas como ¿qué hacer con los grandes millonarios brasileños? ¿vamos a tomar dinero de ellos?, la respuesta popular era “no, lo juntaron con su trabajo”. Estas respuestas corresponden a un cuadro teórico, como con el que André trabaja, el cual resulta muy plausible. Así piensan las bases sociales del gobierno de Lula. Contra eso, se estrellan los movimientos sociales.

Sí, además, es una legitimización plebeya fuerte. En ese contexto ¿cómo ves a las izquierdas socialistas radicales, al Partido Socialismo e Liberdade (PSOL) y al Partido Socialista dos Trabalhadores Unificado (PSTU) por ejemplo, en términos de su capacidad de lectura del proceso y su capacidad de sostener una oposición de izquierda? ¿Es suficiente tener capacidad de análisis para abrir una brecha y abrir una perspectiva distinta?

No tienen perspectivas. Yo salí del PT y pasé al PSOL, estoy entre los fundadores del PSOL. La visión del PSOL y del PSTU, de forma más radical, es rehacer el PT. Entonces no tienen futuro en esa coyuntura, que es una coyuntura larga.

No tienen una perspectiva en la medida en que no pueden proponerse como alternativa, pero ¿tienen un papel que cumplir, un lugar que ocupar o tú incluso pensarías que no hay ningún lugar para una izquierda radical en Brasil actualmente? ¿Y como interlocutores de ciertas luchas, a nivel testimonial? ¿No se acumula algo de resentimiento, de reacción, o sea, no hay espacios que de cualquier manera haya que cultivar para resistir en espera de –o empezando a construir– nuevas coyunturas?

En ese sentido sí, pero no hay mucha perspectiva. No hay que hacerse ilusiones. En esa larga coyuntura, acostumbro bromear en las conferencias para no hacerlas tan áridas, tan aburridas, diciendo que la evolución del proceso de formación de la clase social de los siglos XIX y XX es un proceso que inicia con San Francisco y llega a San Marx: dejan de ser pobres para ser clase. Ahora es al revés, están dejando a San Marx para volver a San Francisco. Porque sólo se habla de pobres, todas las políticas públicas son pensadas para los pobres, los partidos de izquierda también entran en eso. No hay un lugar para propuestas radicales de transformación estructural.

Tampoco hay lugar para procesos de subjetivación política. Estamos regresando, a lo mejor, a una lucha de clases sin clases, como decía Thompson al estudiar el principio de la formación de la clase obrera. ¿Hay lucha de clases en el Brasil actual? ¿O la eficacia del lulismo está llegando, digamos, a un punto de perfección sistémica institucional que está desarmando la lucha de clases? ¿O hay una lucha de clases sólo porque están la derecha y los intereses de las clases dominantes?

Nosotros vemos la lucha de clases como un enfrentamiento entre las posiciones de la derecha, la oligarquía, el pueblo y las clases proletarias. Pero el PT y el *lulismo* no tienen esa cultura política, aprendieron del PRI mexicano esa capacidad de conjunción entre los pocos de arriba y los muchos de abajo. En Brasil actualmente no hay reacción popular, no hay ese enfrentamiento directo; la lucha de clases está dándose de una forma muy molecular, en una forma difusa y difícilmente toma formas políticas, es una lucha “privada”. Es expresión de lucha de clases, pero no es una lucha política. Hay enfrentamientos ocultos, un conflicto diario, cotidiano, pero –y sobre todo entre los pobres–, no hay enfrentamiento con los de arriba. Entonces, estos conflictos ocultos no toman forma política. En lo cotidiano se tiene una lucha absurda por la sobrevivencia, que es una sobrevivencia en la miseria. Se tiene el vicio de pensar que la miseria promueve automáticamente la lucha de clases cuando, a veces, el detonante es, por el contrario, el

desarrollo. Ese ciclo brasileño está desarrollándose en medio de la desesperación y la exasperación de la competencia individual y la convivencia entre pobres se hace infernal, pues parece que es el último empleo el que está disponible y quien llega primero lo obtiene.

“La evolución del proceso de formación de la clase social de los siglos XIX y XX es un proceso que inicia con San Francisco y llega a San Marx, dejan de ser pobres para ser clase. Ahora es al revés, están dejando a San Marx para volver a San Francisco”

Ya que has bosquejado grandes pinceladas del cuadro brasileño, quisiera hacerte la última pregunta sobre el mundo intelectual de izquierda. ¿Cuál es el panorama brasileño en ese sentido? Brasil es uno de los países con una gran tradición del pensamiento crítico, de marxismos difusos, de editoriales y revistas radicales. ¿Cuál es el escenario de las dislocaciones que se produjeron en el pensamiento crítico que de alguna manera acompañó al PT desde su surgimiento? ¿Cuál es la capacidad de lectura de lo que está pasando? ¿Cuál es el efecto del lulismo y la respuesta al lulismo? Puedes omitir nombres para evitarte problemas...

Eso es un proceso que no comenzó con Lula, sino que comenzó con Fernando Henrique Cardoso. Fernando Henrique colocó una especie de línea divisoria en medio de la intelectualidad. Una buena parte de la intelectualidad, en gran medida académica, es fernandista. Esa fue la división en el período previo a la llegada de Lula. Cuando llega Lula, no tiene retroalimentación intelectual, el debate intelectual sobre la agenda política está muerto. Frente a un público universitario siempre es posible criticar al poderoso, pero eso no tiene grandes consecuencias dado que los intelectuales más importantes o se callaron o se inclinaron por el fernandismo, pero ninguno propiamente defendió al PT. Es difícil hoy en día pensar que alguno de ellos defienda al PT y al *lulismo*.

¿Sobre todo después del destape de la cuestión moral, el escándalo de corrupción que estalló con el mensalão? ¿O desde antes?

No, desde antes.

Esa crisis también hizo que muchos se alejaran.

Muchos. Es difícil encontrar hoy a algún intelectual que sea un verdadero militante del PT. Hay algunos que circulan por allí –como André Singer, que es una *rara avis*–, que tienen una postura muy crítica en relación con su propio partido y el *lulismo*, pero siguen siendo del PT. No hay muchos que estén en esa posición, una postura abierta en relación al partido. Y, la verdad sea dicha, el PT nunca alimentó la presencia de intelectuales; hay una corriente muy fuerte en el PT que es antiintelectual porque fue formada, fundamentalmente, por sindicalistas que no tenían tradición ni cultura políticas. Con la llegada del PT y de Lula al poder eso empeoró, porque muchos se alejaron. Además, el PT no tiene

una interpretación del Brasil; el viejo Partido Comunista –por ejemplo– tenía una, el PT no tiene ninguna.

¿Es la “hegemonía de la pequeña política”², no tienen una visión política de conjunto?

No tienen. Y ese era un rasgo muy marcado en los sindicalistas, que se hicieron antiintelectuales en contra de la tradición del movimiento sindical mundial. Y después, cuando el PT se profesionalizó, esa actitud fue sancionada a nivel general. Eso es previo a la llegada del PT al gobierno, pero es muy próximo, los intelectuales fueron prácticamente excomulgados del partido. En síntesis, no hay discusión intelectual, no hay interpretación del Brasil y, desde la llegada al gobierno, las voces de los escasos intelectuales están completamente sofocadas.

Decías al final del libro Hegemonia às avessas que “el lulismo es una regresión política, el atraso de la vanguardia y la vanguardia del atraso”. ¿Es también una regresión intelectual? Un fenómeno de esa naturaleza bien podría despertar en intelectuales y estudiantes una mirada crítica, sobre todo porque no les pertenece. Hablando del PRI, era un fenómeno que, como decías, unía a los de arriba con los de abajo pero en medio, en sectores intelectuales y universitarios, se generaba una mirada crítica... ¿No florece esa crítica en Brasil? ¿Hay una regresión también en ese rubro?

La hay. Estudiantes y jóvenes, por lo menos en la Universidad de São Paulo (USP), son críticos; pero eso no se traduce en una difusión a un nivel más amplio. Hay poca participación política. No hay un movimiento estudiantil que se pueda identificar con el PT. Aquí también tenemos una regresión. Los jóvenes no tienen lugar en un Brasil medianamente próspero. No tienen lugar en los partidos, en el PT, tampoco en el PSOL o el PSTU donde, sin embargo, hay pequeñas fracciones juveniles y universitarias. Pero no se logra entender el capitalismo actual, hay un movimiento espectacular de consumo que la izquierda no logra entender. Mientras yo le hacía a mi empleada doméstica un típico discurso de intelectual de la USP sobre las ventajas del transporte público sobre el coche, ella me preguntó: “¿por qué si usted tiene coche yo no puedo?”. En el imaginario popular surgen sueños que se realizan en forma rebajada, en un horizonte de consumo al cual por primera vez tiene acceso. Si yo hablara críticamente de Lula en Recife, mi ciudad natal, me agarrarían a golpes, realmente y literalmente, me corren. Porque Lula jugó con su pasado pernambucano, nordestino, pero es falso porque llegó a São Paulo con 4 años, es decir que es paulista, pero la historia de su origen le sirvió para construir una imagen.

Los grandes personajes son síntesis históricas. Lula se montó sobre fenómenos sociales y culturales, aprovechando circunstancias que lo construían como personaje histórico. Los historiadores y sociólogos tenemos que evaluar el papel del gran hombre en la historia respecto a las relaciones de fuerzas, las situaciones. La prensa de derecha y la izquierda, de repente, se pone a evidenciar aspectos de la personalidad cuando se trata de un personaje político que es una construcción colectiva. Existe un momento Lula, muy diferente obviamente del “momento Lenin”, como lo señalas en un interesante artículo que lleva este título.

En efecto,, el carisma de Lula es una amalgama de elementos. Es el encuentro de varias coyunturas. Se alimentó y fue alimentado por el gran movimiento de democratización de los años ochenta, que constituyó un terreno extremadamente fecundo para la politización. El Movimento Democrático Brasileiro, sin ser un partido de izquierda, se transformó en un foco de resistencia real; las grandes huelgas del ABC; la lucha para las "diretas já"; momentos de gran participación y movilización. Los intelectuales tuvieron en esa coyuntura una fuerte presencia. Una fracción llegó al PT y le inyectó, temporalmente, ideas de izquierda.

Para terminar te propongo un ejercicio a contrapelo de tu pesimismo. ¿Hay algo, o no encuentras nada que pudiera ir a contracorriente?

Me gusta pensar que las revoluciones son irrupciones en la historia que no se pueden prever.

¿Deseas que ocurra una en Brasil en contra de tus propias previsiones?

En efecto. Mis previsiones no incluyen esa posibilidad, pero deseo que ocurra.

Notas

1 Que reúne el texto clásico de "Crítica de la razón dualista" y el ensayo sobre el ornitorrinco.

2 Título del artículo de Carlos Nelson Coutinho en el libro compilado por Chico de Oliveira *Hegemonia às avessas*.

Experiencias latinoamericanas

**Estado de la democracia
en Venezuela, Bolivia y Ecuador**

Pablo Stefanoni

**2000-2010: una década de luchas feministas.
Logros y deudas pendientes con las mujeres
latinoamericanas en los albores del siglo XXI**

Andrea D'Atri

**Resistencia social en Colombia:
entre guerra y neoliberalismo**

Jaime Rafael Nieto López

**Contra la guerra en México:
la *caravana del consuelo* y el movimiento
por la paz con justicia y dignidad**

Luz Estrello

**La particularidad cubana. Algunas notas
sobre los movimientos sociales en Cuba**

Guillermo Almeyra

**Mito, aquelarre, carnaval.
El grotesco americano**

Armando Bartra

Estado de la democracia en Venezuela, Bolivia y Ecuador

PABLO STEFANONI

Periodista y economista. Jefe de redacción de *Nueva Sociedad*, ex director de *Le Monde Diplomatique* Bolivia, coautor de *Debatir Bolivia, perspectivas de un proceso de descolonización*, Taurus, Buenos Aires, 2010, y autor de *Qué hacer con los indios (y otras preguntas traumáticas en la historia boliviana)*, Plural, La Paz, 2010. Cursa el doctorado en Historia en la Universidad de Buenos Aires.

Resumen

A partir del análisis de las tensiones en relación a la democracia de la matriz nacional-popular hegemónica –con diferentes matices y grados– y el problema del *rentismo* y sus consecuencias en términos de condicionamientos institucionales y sus consecuencias sobre la inclusión social, Pablo Stefanoni estudia los escenarios de la democracia en tres países de América del Sur, que suelen ser considerados aquellos donde se han presentado con mayor fuerza y profundidad los procesos de cambio enmarcados en el viraje antineoliberal materializado en los llamados “gobiernos progresistas” surgidos a lo largo de la década: Bolivia, Ecuador y Venezuela. Con puntos en común –y alianzas estratégicas–, la *Revolución Democrática y Cultural*, la *Revolución Ciudadana* y la *Revolución Bolivariana* no dejan de mostrar fuertes contrastes, que son producto tanto de las marcadas diferencias sociohistóricas entre estos países como de los matices y peculiaridades de sus liderazgos; pues el autor sostendrá

Abstract

Based on the analysis of tension in connection with democracy of the hegemonic national and popular matrix –varying in levels and intensity– and in relation to the problem of *rentismo* (the economic dependency on royalties and taxes from natural resource extraction) and its associated consequences in terms of institutional conditioning and its impact on social inclusion, Pablo Stefanoni studies democracy scenarios in Bolivia, Ecuador and Venezuela, the three South American countries where the process of change has been regarded as the most vigorous and intense as their administrations moved away from neoliberal policies to materialise throughout 2000-2010 into what is known as “progressive governments”. Despite sharing certain conceptions –and strategic alliances–, the Democratic and Cultural Revolution (Bolivia’s *Revolución Democrática y Cultural*), the Citizens Revolution (Ecuador’s *Revolución Ciudadana*) and the Bolivarian Revolution (Venezuela’s *Revolución Bolivariana*) show very sharp contrasts, which originate in

como uno de los rasgos comunes a estos procesos el fuerte personalismo que caracteriza a sus modos de articulación. Así, Evo Morales, Rafael Correa y Hugo Chávez serán las figuras en que se cifren las posibilidades –pero también, y de un modo muy significativo, los límites– del proceso de transformación que ha conmovido el hasta hace poco imperturbable consenso neoliberal.

the strong social and historical differences among the three countries as well as in the diverging features and peculiarities of their leaders. However, the writer argues that one of the features that is common to all three processes is the strong personalism characterising how they will be implemented. Thus, Evo Morales, Rafael Correa and Hugo Chávez are the figures determining all the potential –but also, and in a very significant manner, the limits– of the transformation process that has shaken the until recently strong neoliberal “consensus”.

Palabras clave

Posneoliberalismo, extractivismo, Estado, socialismo del siglo XXI, revolución ciudadana.

Keywords

Post-neoliberalism, extractivism, State, Socialism in the 21st century, citizens’ revolution

Cómo citar este artículo

Stefanoni, Pablo 2011 “Estado de la democracia en Venezuela, Bolivia y Ecuador” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Este artículo tiene por objetivo analizar, comparativamente, los escenarios de la democracia en Venezuela, Bolivia y Ecuador, para lo cual se han utilizado como insumos los informes por país¹ así como una bibliografía complementaria. Para facilitar la comparación nos enfocaremos en dos ejes de análisis: las tensiones en relación a la democracia de la matriz nacional-popular hegemónica –con diferentes matices y grados– en los tres procesos en cuestión y el problema del *rentismo* y sus consecuencias, en términos de condicionamientos institucionales y sus efectos sobre la inclusión social. Pensamos que este abordaje nos permitirá indagar la actual coyuntura política *trinacional*, a partir de una mirada capaz de echar luz tanto sobre la calidad de la democracia en términos institucionales como en relación a la democracia como canal para la generación de igualdad ciudadana en países que arrastran exclusiones añejas derivadas del colonialismo interno. No casualmente, los nuevos gobiernos progresistas suelen enarbolar variantes de la consigna “*ahora hay Patria para todos*”, lo que presupone que antes no la había: sin una parte de la sociedad que se sienta excluida de la representación no suele haber fenómenos populistas (Laclau, 2005). Es por ello que los discursos “populistas” enfatizan la existencia de dos países: uno visible e integrado pero formal, y otro invisible, sumergido y al mismo tiempo muy real, el “país verdadero” (un elemento político-analítico que suele dejarse de lado por ciertos análisis “antipopulistas”). Todos estos procesos constituyeron su identidad a partir de la denuncia de la “democracia corrupta y excluyente”.

Y, como puede observarse en los procesos venezolano, boliviano y ecuatoriano, ambas visiones de la democracia no siempre van de la mano. La ma-

triz nacional-popular, de la que los gobiernos de Hugo Chávez, Evo Morales y Rafael Correa son tributarios –y que lleva consigo un recambio de las élites en el poder–, implicó, históricamente, una tensión entre democracia institucional y democracia plebiscitaria de masas; o dicho en otras palabras, una ambivalencia “entre un proyecto nacionalista revolucionario conducido por el pueblo junto a su líder, y el proyecto de la participación controlada, bajo la dirección del líder y el tutelaje estatal” (Svampa, 2009). Es posible observar un proceso de democratización en su sentido amplio: siguiendo a Tilly, el desarrollo de la confianza política, la disminución de la autonomía de los centros de poder independiente (los poderes fácticos) en relación a la producción de las políticas públicas y el aumento de la igualdad política (Tilly, 2010). Pero ello no debe opacar los déficits democrático-institucionales que acompañan a estos procesos y que por momentos permiten hablar de democratización paradójica (Do Alto y Stefanoni, 2010). Son esas tensiones las que, bajo la forma de incremento de la participación “desde abajo”, a menudo con un fuerte dinamismo emocional y de una pluralidad de figuras de la democracia participativa y directa en las nuevas constituciones, se van a expresar en los tres procesos de cambio, acompañados, al menos en algunas de sus etapas, de fuertes polarizaciones sociales, amplio *decisionismo* presidencial y visiones binarias de la política (pueblo/oligarquía, patria/antipatria). No es casual que en las nuevas constituciones refundacionales persista la tradición presidencialista latinoamericana. Por otro lado, el hecho de que, como señala Franklin Ramírez para Ecuador –pero el análisis vale también para Bolivia y Venezuela–, los proyectos de democracias participativas se articulen con una fuerte desconfianza hacia la política, los partidos y las instituciones dibujará, asimismo, ciertas características (y ambivalencias) de los procesos de redefinición de las comunidades políticas (Ramírez, 2009).

En segundo lugar, un elemento común a la *Revolución bolivariana*, la *Revolución Democrática y Cultural* y la *Revolución Ciudadana* –nótese que todos estos procesos de cambio se autodefinen como revoluciones– es el carácter extractivista de sus economías, con las dinámicas rentistas que ello genera y la dificultad para comenzar a pensar transiciones posextractivistas de mediano o largo plazo. Como ya se ha demostrado, estas “paradojas de la abundancia” suelen ir acompañadas de débiles niveles de institucionalidad, distorsiones en la asignación de recursos (conocidos como enfermedad holandesa, o “enfermedad neocolonial” en términos de Fernando Coronil, 2009) y una visión simplista del desarrollo (Estado mágico o cultura del milagro: una idea de que todo se puede “porque somos ricos”) y, finalmente, alto nivel de estatismo, centralización y verticalismo que frenan los procesos de construcción de ciudadanía y alientan a las democracias plebiscitarias (Acosta, 2010). Una de las derivaciones ideológicas es lo que Fernando Molina ha llamado “nacionalismo geológico” (Molina, 2009), que al tiempo que se propone un “Estado fuerte”, como el vicepresidente Álvaro García Linera ha definido el proyecto vigente en Bolivia, choca con una serie de consecuencias de las lógicas extractivistas que minan sus objetivos y que, siguiendo a Alberto Acosta (ex presidente de la Asamblea Constituyente ecuatoriana), podemos sintetizar en:

- Instituciones del Estado demasiado débiles para hacer respetar las normas y ser capaces de fiscalizar las acciones gubernamentales;
- Ausencia, de reglas y de transparencia, que alientan la discrecionalidad en el manejo de los recursos públicos y los bienes comunes;
- Políticas cortoplacistas y poco planificadas de los gobiernos;
- Ilusión de riqueza fácil derivada de la explotación y exportación masiva de recursos naturales, incorporada como un ADN en amplios segmentos de la sociedad y los gobiernos.

En efecto, el análisis de los escenarios y desafíos de la democracia en Venezuela, Bolivia y Ecuador no puede prescindir de su contexto, que, como veremos, comparte una serie de características comunes pero también diferencias que ameritan una comparación por fuera de los clichés de las “dos izquierdas” (Saint-Upéry, 2008) y otras esquematizaciones, que a menudo ocultan más de lo que dejan ver sobre procesos fuertemente teñidos por senderos institucionales y culturas políticas arraigadas en cada uno de los países considerados.

Trayectorias institucionales, crisis políticas y emergencias plebeyas

Venezuela, Ecuador y Bolivia han sido los países del “giro a la izquierda” donde más fuertemente ha impactado la crisis del sistema de partidos y donde la dinámica de la movilización social ha generado procesos de renovación política y cambio de élites que han llevado a analistas políticos, activistas y dirigentes de movimientos sociales de la región y del exterior a considerar que estos tres procesos constituyen el ala radical de los procesos de cambio sudamericanos. Aunque ello puede ser discutible, especialmente a partir del análisis de las políticas públicas efectivamente aplicadas y la amplitud de las utopías en juego, no es menos cierto que fue en este bloque donde los discursos de refundación tuvieron mayor calado. De estas demandas emergió la convocatoria de Asambleas Constituyentes que se propusieron no solamente reformar las cartas magnas vigentes sino rediseñar el esqueleto institucional a partir de una serie de propuestas concebidas como la superación del viejo “Estado liberal” junto a la democracia formal por un nuevo Estado posneoliberal junto con una democracia –de la mano de un “nuevo constitucionalismo”– que ya no sería simplemente instrumental sino sustantiva.

“Venezuela, Ecuador y Bolivia han sido los países del ‘giro a la izquierda’ donde más fuertemente ha impactado la crisis del sistema de partidos y donde la dinámica de la movilización social ha generado procesos de renovación política y cambio de élites...”

Todo ello ha dado lugar a polémicas teórico-políticas relacionadas con la redefinición del vínculo sociedad civil-Estado que discutiremos más adelante. Hugo Chávez, Rafael Correa y Evo Morales son el resultado de esta combinación de

implosión del viejo sistema político y de la emergencia de alternativas electorales *sui géneris*; no obstante, estas crisis –vinculadas a un creciente cuestionamiento al consenso de Washington– se procesaron de diferente manera en cada uno de los países, por lo cual vale la pena detenerse en cada uno de los procesos concretos de crisis y renovación de la política.

En el caso venezolano, el Caracazo constituirá un baño de realidad sobre la inestabilidad –y estrechez– del consenso democrático instaurado a partir del Pacto del Punto Fijo de 1958, en tanto que en Bolivia y Ecuador se producirá una serie de derrocamientos presidenciales que marcarán el agotamiento de un tipo de “gramática política” que marcó los ciclos democráticos iniciados en 1982 y 1979 respectivamente; pero en ambos casos se observa un elemento en común: van a ser exitosos los discursos que interpelan a una parte de la sociedad que por motivos étnicos y socioeconómicos se siente excluida del sistema político. Ello se traducirá luego en consignas que enfatizarán que –procesos de cambio mediante– la Patria (y los recursos naturales estratégicos) serán, como ya mencionamos, al fin de todos. En otras palabras, transformar al Estado en garante de un “acceso efectivo de los menos privilegiados a los derechos y a los beneficios materiales y espirituales (en término de estatus y de poder simbólico, por ejemplo), de la pertenencia a la colectividad nacional” (Saint-Upéry, 2008a).

En gran medida, hoy se vuelve a la idea de la existencia de un “partido de la nación” frente a la *antinación*, lo que conlleva una “politización” de los conflictos de intereses (es común que se acuse a tal o cual lucha reivindicativa económica, incluso llevada adelante por aliados, de hacer el juego al imperio o directamente de recibir financiamiento de USAID) y a una idea *sui géneris* del pluralismo: como señala Fernando Mayorga en su informe para Bolivia, “el MAS considera que el pluralismo se manifiesta de una manera poco convencional, esto es, se manifiesta en el seno del partido de gobierno como debate interno entre las posiciones del gobierno y de las diversas organizaciones sociales que forman parte del oficialismo pero no están cooptadas por el MAS debido a las peculiaridades que presenta esta organización política”². Adicionalmente, la idea de “Estado integral” del vicepresidente Álvaro García Linera borraba en gran medida la distinción Estado/sociedad civil, como pudo verse en sus polémicas declaraciones señalando que, en ciertos contextos, el Defensor del Pueblo también debería defender al Estado, cuando éste se ve amenazado por intentos de desestabilización (*Los Tiempos*, 2010).

Venezuela: el fin de la “armonía de las desigualdades”

En 1989, el Caracazo representó un duro golpe a un sistema político bipartidista que había sobrevivido desde el pacto del Punto Fijo de 1958, logrando neutralizar a potenciales terceras fuerzas y garantizando la continuidad de la democracia mientras la mayoría del continente se encontraba inmersa en cruentas dictaduras militares. Los disturbios callejeros contra las políticas de ajuste de Carlos Andrés Pérez –quien en su primer mandato en los años setenta implementó varias medidas de bienestar– acabaron con un saldo de entre 400 y miles de muertos, según las fuentes aún controversiales respecto a la cifra final.

La “armonía” venezolana –sustentada en una suerte de cooptación sobornada de los pobres– mostraba su cara oscura³. El modelo atípico para la región de una estable “democracia de partidos” con una “oposición leal” y “realineamientos electorales fuertemente desideologizantes en los dos principales partidos (abandono creciente de ideologías, programas y principios)” estalló por los aires (Ramos, 1999). Es en el marco de un creciente antipartidismo que se produce la asonada militar de 1992, que pese a su fracaso lanzará a Hugo Chávez a la política nacional, y el “*por ahora*” (no pudimos) profetizaría la crisis terminal del “duopolio” y la proyección posterior del propio Chávez con las banderas del poder popular, el antipartidismo y la refundación nacional. Para ello apeló a una profusión de citas de la Biblia y del ideario bolivariano: jurará en 1999 sobre la “Constitución moribunda”.

Como señala Ramos Jiménez, la contienda de 1998 en la que Chávez (a quien la burguesía venezolana veía como un personaje bastante folclórico) se hará finalmente con el poder, puede analizarse como el clivaje democracia partidista/ democracia antipartidista. Este último bloque articulará, además de al Movimiento Quinta República (MVR) de Chávez, a partidos minoritarios como el Movimiento al Socialismo (MAS), Patria para Todos (PPT) y el Partido Comunista venezolano y dará lugar a “un renacimiento no institucional de la política”. La victoria de Chávez con el 56% de los votos fue un triunfo contra la Cuarta República, cuyo rechazo aparecerá, a partir de entonces, como una suerte de “exterior constitutivo” del nuevo proyecto de renovación política.

Comenzará así un largo camino en el que el bolivarianismo se irá redefiniendo (y radicalizando en algunas de sus facetas) en un tránsito que para la historiadora y ex candidata del PPT Margarita López Maya tendrá una evolución no virtuosa desde las propuestas de “democracia participativa y protagónica” plasmadas en la Constitución de 1999 hacia una deriva autoritaria de la mano del denominado “socialismo del siglo XXI”, que se intentó plasmar en la derrotada reforma constitucional de fines de 2007 y finalmente fue impulsado parcialmente vía decretos y leyes.

Ecuador: que se vayan todos

El 20 de abril de 2005, después de diez días de movilizaciones, el coronel Lucio Gutiérrez se vio obligado a abandonar anticipadamente el poder, que quedó en manos del vicepresidente Alfredo Palacio. Y este derrocamiento no era un rayo en cielo sereno: en sólo ocho años, tres presidentes fueron expulsados del poder⁴ por una combinación de movilizaciones callejeras (con una fuerte participación de las organizaciones indígenas articuladas en la Confederación de Nacionalidades Indígenas del Ecuador, CONAIE), maniobras conspirativas del Poder Legislativo, sostenimiento o pérdida de apoyo al interior de las Fuerzas Armadas y posición de la embajada de Estados Unidos, combinación que para Ramírez se materializó en una “tecnología del derrocamiento” (Ramírez, 2005).

Gutiérrez participó él mismo en una conspiración entre militares y dirigentes del partido indígena Pachakutik –brazo político de la CONAIE– con un fuerte carácter *putchista*. Y, pese al fracaso parcial del golpe (expulsaron a Mahuad

pero asumió su vicepresidente Gustavo Noboa), ahí concretó los vínculos que luego contribuirían a poner en pie una alianza política con los indígenas y con los maoístas del Movimiento Popular Democrático, que le permitió ganar las elecciones en 2003 y construir la base política social de la primera y breve etapa “nacional-popular” de su gobierno (cuando era comparado con Hugo Chávez por su ideología y trayectoria). Luego vendrían la expulsión del Pachakutik⁵ y el giro autoritario, proestadounidense y neoliberal⁶, que lo conduciría por el despeñadero político poco más de dos años después de asumir. El gobierno de Gutiérrez estuvo marcado por una combinación de nepotismo y endogamia castrense, con unos dispositivos de inteligencia militar que se desplegaron más como una “segurización” del poder presidencial que como la matriz pensante de un proyecto político expansivo, como lo fue el fujimorato en Perú.

Pero si los derrocamientos anteriores fueron marcados por el “factor indígena” como núcleo articulador de una serie de demandas y cuestionamientos al sistema, en 2005 se produjo un *desborde ciudadano* tanto de la tutela partidista como de cualquier estructura organizativa, en medio de un fuerte reclamo de “que se vayan todos”, al igual que las protestas en Argentina durante la crisis de 2001 (Ramírez, 2010). Los indígenas se encontraban debilitados tanto por el desgaste originado en su participación fallida en los primeros meses del gutierrezato como por el ciclo descendente en la movilización social organizada. Los “forajidos” fueron una de las expresiones de este movimiento con características espontáneas y fuertemente antipartidistas, lo que explicará, a la postre, la emergencia de Rafael Correa. Como señala Ramírez,

No sólo estuvieron [en las calles] sectores ligados a una defensa de la institucionalidad liberal democrática, ni tampoco aquellos concernidos por propósitos autogestionarios que claman por una democratización radical del orden político por vía de una intervención directa y asamblearia en la vida pública, también fueron partícipes de la movilización algunos sectores permeados por ideologías convencionales y reaccionarias ancladas en los imaginarios del orden colonial del poder e informadas por un sentido racializado de la jerarquía, así como otras expresiones sociales que serán francamente autoritarias y antidemocráticas (Ramírez, 2010).

Por eso, intervinieron en la indignación moral de la multitud movilizada contra el copamiento de la Justicia, las arbitrariedades recurrentes y el uso instrumental de la ley, tanto la denuncia de la traición del presidente a su programa de cambio como diatribas contra el “cholo” Gutiérrez. Con todo, no se trataría sólo de una reacción episódica ante un mal gobierno sino “de una contestación generalizada a la política, tal y como ésta ha operado hasta ahora, que contiene, a su vez, una difusa demanda para su refundación” (Ramírez, 2010).

Es esta “marca ciudadana”, en el contexto de una regresión de la capacidad de movilización –pero más aún de interpelación– del movimiento indígena⁷ que habilita la posibilidad de emergencia de un liderazgo como el de Rafael Correa, un economista de la Costa, con un discurso radical contra la partidocracia y una propuesta posneoliberal, de izquierda cristiana, en línea con el nuevo clima ideológico de gran parte de Sudamérica luego del agotamiento de las promesas neoliberales de “derrame” del crecimiento durante los años noventa.

Lejos de propiciar una coalición con los movimientos sociales e indígenas, Correa apostó a construir una fuerza política propia –constituida en gran medida por jóvenes “tecnócratas” progresistas– y a la traducción en votos de su propio carisma. Y, como señala Ramírez, el voto a Correa –sin pasado político más allá de una breve gestión como ministro de Economía de Palacio– se debió al rechazo de una parte de la ciudadanía a la candidatura de Álvaro Noboa, empresario bananero y representante de la más rancia oligarquía ecuatoriana, quien obtuvo ventaja sobre Correa en la primera vuelta.

Este clima antipartidos explicará más tarde por qué Correa –quien sorprendentemente no presentó candidatos al Congreso para reforzar su rechazo al “sistema”– logró convocar a referéndum para una Asamblea Constituyente y destituir a los congresistas que intentaron obstaculizar la convocatoria electoral, inaugurando así la Revolución Ciudadana. Un nombre que no será casual: la concepción del cambio del correísmo se basa en una visión anticorporativa de la política (un espejo de la democracia corporativa boliviana) que buscará una proyección hacia los ciudadanos no organizados y generará una serie de conflictos y tensiones posteriores con la “sociedad organizada”, desde los indígenas hasta la Policía.

Ramírez observa, como resultado de estas posiciones “anticorporativas”, la existencia de una “redistribución sin reconocimiento” que ha ido provocando desde 2009 protestas de sectores sociales que, en teoría, deberían ser parte de la base de la Revolución Ciudadana. Y aunque reconocen los avances posneoliberales, “resienten, sin embargo, un enorme malestar por la falta de espacios de debate político con la fuerza gobernante”. Correa sólo parece ver en los actores organizados “una constelación de demandas particularistas poco dispuesta a inmiscuirse en la construcción del bien común” (Ramírez, 2010a).

Bolivia: de la protesta a la propuesta

Es común colocar a la “guerra del agua” de 2000 como un momento de inflexión en el que el “consenso neoliberal” que garantizó quince años de inédita estabilidad política comenzó a ser erosionado por la acción colectiva callejera y renovados discursos nacionalistas vinculados a la “recuperación de los hidrocarburos”. Pero será en octubre de 2003 cuando el sistema político reciba un golpe definitivo: la megacoalición construida por Gonzalo Sánchez de Lozada luego del “febrero negro”⁸ provocó que la insurrección urbana y rural conocida como la “guerra del gas” se enfrentara no sólo al gubernamental Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR), sino al conjunto de los partidos sistémicos, lo que aceleró la implosión del ya fragmentado sistema partidario construido desde la restauración democrática de 1982. La demanda de nacionalizar el gas y convocar a una Asamblea Constituyente fue habilitando un renovado clima ideológico que cuestionaba, al mismo tiempo, el neoliberalismo implementado desde 1985 y el “Estado colonial” que bajo el nuevo sentido común alentado por el Movimiento al Socialismo y el Movimiento Indígena Pachakuti⁹, además de una pluralidad de organizaciones sociales, era percibido como una continuidad del período colonial con escasos o frustrados cambios, como los producidos en los años cincuenta.

En efecto, la característica más novedosa del proceso boliviano fue el correlato entre las protestas callejeras –y las insubordinaciones sociales– y la emergencia y crecimiento de alternativas políticas “antisistémicas”, especialmente el MAS. Si en 2000 se produce la guerra del agua, Evo Morales se ubicará en un cercano segundo puesto en los comicios presidenciales de 2002. Y si en 2003 la “guerra del gas” reconfigura el campo político boliviano, en 2005, Morales ganará las presidenciales con un inédito 54% de los votos.

“Lejos de propiciar una coalición con los movimientos sociales e indígenas, Correa apostó a construir una fuerza política propia –constituida en gran medida por jóvenes “tecnócratas” progresistas– y a la traducción en votos de su propio carisma”

Pero los éxitos electorales del MAS-IPSP (Movimiento al Socialismo-Instrumento Político por la Soberanía de los Pueblos) tuvieron un efecto adicional: alinear al nuevo movimiento en la lucha democrático-electoral, debilitar las opciones por la lucha armada (con alguna influencia en la región cocalera del Chapare) y dejar atrás el discurso anticapitalista de la *vieja izquierda* en favor de un programa básicamente antineoliberal centrado en el rechazo a los efectos de las políticas de privatización (y/o capitalización) aplicadas desde 1985 y de denuncia del sometimiento nacional a las transnacionales y al “Imperio”. Como ha señalado el periodista y escritor Rafael Archondo, debilitada política –y teóricamente– la izquierda boliviana tomó (casi acríticamente) el etnonacionalismo como tabla de salvación (Archondo, 2009), lo que le permitirá a varios de sus ex dirigentes volver a la palestra, primero en el Parlamento y luego en el Gabinete nacional.

Vale la pena retener aquí que el proceso de renovación de la política operó desde el campo hacia las ciudades, basado en un fuerte proceso de autorrepresentación social por medio del cual las estructuras gremiales, comunales y territoriales se desbordan al ámbito político (una particularidad recurrente del campo político boliviano al menos desde los años cuarenta). Y fue el MAS el que llevó más lejos esta lógica de democracia corporativa/plebeya –donde corporaciones empresariales o la Iglesia católica quedaron fuera del poder y, en este último caso, de sus funciones tradicionales de mediación (Do Alto y Stefanoni, 2010). Bajo estas lógicas, la voluntad colectiva es generalmente concebida como la construcción de equilibrios corporativos, gremiales y territoriales, lo que, por ejemplo, al momento de elegir candidatos se manifiesta en la expresión de Evo Morales: “cada organización tiene su candidato” frente a los descontentos¹⁰. A diferencia de Hugo Chávez o Rafael Correa, Evo Morales es percibido, por los sectores populares, como “uno de los nuestros” surgido de las entrañas del movimiento sindical campesino, por lo que su liderazgo puede entenderse como un caso de “carisma situacional” (Mayorga, 2009).

Tipos de liderazgo y nuevos partidos

Hugo Chávez es, en muchos aspectos, el clásico líder populista en el sentido de Ernesto Laclau (Laclau, 2005): el líder que debe “construir” al pueblo como sujeto político; en tanto que Evo Morales hizo el recorrido inverso: dirigente sindical, es producto de un proceso de descorporativización de una serie de sindicatos agrarios y organizaciones de vecinos y trabajadores que se desbordaron al ámbito político. De allí que en el caso de Chávez predomine la dimensión carismática/afectiva en su liderazgo, frente a la autorrepresentación en el caso de Evo Morales (“*ahora somos presidentes*”, “*voy a mandar obedeciendo*”, etc.), liderazgo acompañado de una fuerte “confianza étnica”. Rafael Correa, por su parte, apareció como un *outsider* de la política en un contexto de crisis del sistema político y niveles decrecientes de movilización social.

En relación a los nuevos partidos, pueden observarse tres situaciones diferentes: en Bolivia llegó al gobierno un partido (aunque no se defina a sí mismo como tal) creado en 1995 como “instrumento político” de los sindicatos y organizaciones sociales; en Ecuador se construyó algo a las apuradas Alianza País (AP) en torno a Correa y a un grupo de intelectuales progresistas, mientras que en Venezuela el Partido Socialista Unido (luego del Movimiento Bolivariano Revolucionario 200, MBR 200; y del MVR) fue construido desde el Estado a partir de 2007. Para el sociólogo Edgardo Lander “el PSUV es un campo de tensión: ni representa el ejercicio pleno de la democracia desde la base, ni es un espacio que pueda controlarse completamente desde arriba”. No obstante, la profundización de la tendencia al liderazgo personal ha ido erosionando el primer término de la ecuación (una de las consignas del PSUV luego de las elecciones de 2010 fue “somos millones, una sola voz”). Esta tendencia fue expresada por el propio Chávez sin apelar a eufemismos en la concentración realizada el 13 de enero de 2010 con motivo de la celebración de los 53 años de la caída de la dictadura de Marcos Pérez Jiménez. Allí enfatizó:

Exijo lealtad absoluta a mi liderazgo... no soy un individuo, soy un pueblo. Estoy obligado a hacer respetar al pueblo. Los que quieran patria, vengan con Chávez [...] Aquí en las filas populares, revolucionarias, exijo máxima lealtad y unidad. Unidad, discusión libre y abierta, pero lealtad [...] cualquier otra cosa es traición.

En este clima ideológico, Lander sostiene que:

La confrontación radical con la oposición, la definición de todo opositor como escuálido, como agente del imperialismo, como burgués, como enemigo del pueblo, sirvió en los primeros años para constituir una identidad popular chavista y para consolidarla en el tiempo. Sin embargo, esta lógica de permanente confrontación dicotómica de amigo/enemigo con el tiempo ha terminado por ser contraproducente. Al exigir incondicionalidad al líder y calificar como traición a todo desacuerdo, se va produciendo una ‘depuración’ sostenida del proceso que se traduce en una reducción de la base de apoyo. Esta ‘depuración’, por otra parte, no necesariamente garantiza la preservación, al interior del proceso, de los cuadros y militantes más honestos y más comprometidos con las causas populares. Con seguridad, el oportunismo y el usufructo ilegítimo de los bienes públicos para el enriquecimiento privado tienen que auto-protegerse bajo el manto del lenguaje más radical y de la mayor incondicionalidad al liderazgo del Presidente Chávez (Lander, 2010).

De allí que se pregunte sin responderlo: “¿Cómo procesar las tensiones permanentes que existen entre el impulso del tejido social de base que se ha fortalecido en estos años, la organización y participación democrática desde abajo, y un modelo de liderazgo y toma de decisiones jerárquico y vertical?” (Lander, 2010).

En el caso boliviano, como hemos señalado, la densidad organizativa de los sectores populares pone límites –encuadra– al liderazgo carismático de Evo Morales. Pero ello hasta cierto punto. Moira Zuazo se pregunta en un artículo publicado en *Nueva Sociedad*, parafraseando al vicepresidente García Linera (Zuazo, 2010), ¿qué pasa cuando los soviets se repliegan? Claramente, hoy el MAS es incapaz de construir espacios de debate interno y de posicionar temas en la agenda pública. A menudo, debe “competir” con otras instancias como la Coordinadora Nacional para el Cambio (Conalcam) o el Pacto de Unidad, que agrupa a varias organizaciones adherentes y no adherentes al MAS, pero con una lógica de articulación corporativa similar. Y, adicionalmente, se observa una cierta “estatización” del partido, por ejemplo a través del rol de los ministros como responsables de campaña electoral en diferentes regiones del país.

Como señala Zuazo, lo que nos muestra el proceso de los últimos cinco años es que el líder y un pequeño entorno han optado por la centralización del poder para el logro de la cohesión y el partido está debilitado y jugando un rol poco significativo (la dependencia del MAS del líder y de las organizaciones sociales deja poco espacio para la construcción de un aparato partidario más orgánico). En efecto, la figura del “gobierno de los movimientos sociales” o el “mandar obedeciendo” a las organizaciones no es sencillo en la práctica, cuando los repliegues corporativos debilitan las miradas más universalistas. Allí el Estado aparece como el portador de lo universal frente a los movimientos como agentes de intereses particularistas. ¿Qué pasaría si “las organizaciones” se distancian del gobierno? Por ejemplo, cuando la federación campesina Túpac Katari de La Paz pidió cambios de ministros, Evo Morales se molestó y señaló: “yo no nombro dirigentes sindicales, ustedes no van a nombrar a los ministros”. O cuando el vicepresidente acusó a las organizaciones indígenas que se oponen a la exploración petrolera en la Amazonía de hacer valer sus intereses particulares por encima de los del país.

El vicepresidente, al ser consultado sobre la forma de compatibilizar democracia presidencialista y democracia participativa y directa, decía:

Un gobierno de movimientos sociales, como es éste, va a vivir una tensión entre concentración y socialización de decisiones. ¿Cómo se valida lo de gobierno de movimientos sociales? Primero, por el tipo de decisiones estratégicas tomadas. Segundo, por la forma de selección de los funcionarios públicos, que pasan por el filtro de las organizaciones sociales. Tercero, por la presencia de cuadros de los movimientos sociales en el aparato estatal, que responden a estos movimientos (Ramírez, Stefanoni *et al.*, 2009).

Asistimos, así, a una compleja combinación entre liderazgo carismático y autorrepresentación social, que en el caso boliviano aparece como complementaria más que contradictoria, como *a priori* podría esperarse. El punto débil de estas lógicas organizativas es la formación de cuadros e inestables procesos de aprendizaje y, pese a esfuerzos por armar una escuela de cuadros, estos no han logrado revertir los déficits de formación política y técnica de los militantes masistas.

En el caso ecuatoriano, Rafael Correa –quien, como mencionamos, pasó fugazmente por el Ministerio de Economía durante el gobierno de Alfredo Palacio– se presentó exitosamente “por fuera” de la política, con una fuerte dosis de extroversión (es originario de Guayaquil). Una mezcla de carisma juvenil, de aura de competencia tecnocrática y de cierta prepotencia mesiánica. En cierto sentido, su forma de “autoritarismo” es muy “ejecutiva”, mezclada con una especie de narcisismo característico de los intelectuales públicos. Así, en los debates se caracterizó por su gran eficacia para desarmar los argumentos de sus adversarios. Y luego desarrollaría aún más estos rasgos desde su programa de radio y televisión de los sábados, donde suele jugar el papel del “gran profesor de la nación”¹¹. Como señala Ramírez:

La candidatura de Correa fue, en efecto, más lejos que ninguna otra, nunca antes, en su intento de sacar provecho del arraigado anti-partidismo ciudadano. Por un lado, y a contracorriente de los *outsiders* del pasado, Correa desconectó su candidatura de todo anclaje partidista y fundó un *movimiento ciudadano* –Alianza País– coordinado desde una estructura colegiada y compuesto por viejas y nuevas formaciones políticas y organizaciones sociales con un claro matiz izquierdista y otras de escasa raigambre ideológica. Con la figura de “movimiento ciudadano” se buscaba remarcar el origen societal de la nueva formación electoral. A la vez, AP tomó la riesgosa e inédita decisión de no acompañar la postulación presidencial con la presentación de candidaturas parlamentarias. Ello delineó la identidad originaria del movimiento (anti-partidista), le otorgó un carácter antisistémico, y prefiguró la estrategia del cambio político radical que Correa conduciría desde entonces (Ramírez, 2009).

De esta forma el candidato progresista logró colocar “el antagonismo entre partidos y ciudadanos por delante de toda otra contradicción política”. El virtuoso universo ciudadano (“ciudadanos de manos limpias”) contra la vieja política, la partidocracia corrupta y mafiosa. Una frontera política del proceso que se construiría, además, en contra de los gremios empresariales, los bancos y los grandes medios de comunicación.

Anuncios como armar “comités de defensa de la revolución” estilo cubano generaron, como era dable esperar, más revuelo entre los opositores que concreción efectiva, aunque sí se organizaron algunos “comités familiares”, especialmente en Guayaquil y mayormente con fines de movilización electoral. En noviembre de 2010, Correa llamó a “organizar a las bases de AP”: “Es un error de AP no tener aún esa cultura política organizada, estructurada, movilizadora para defender esta Revolución Ciudadana” pese a haber alcanzado el Poder Ejecutivo hace cuatro años, y ese “es el gran desafío”, afirmó el presidente ecuatoriano.

“Debe ser una organización que ayude y sirva para construir alternativas para la sociedad, que transforme, que incida en la cultura, un movimiento político que ayude al desarrollo espiritual, una ciudadanía participativa y responsable”. La ministra de Política, Doris Soliz, a cargo de la organización de la convención, definió a Alianza País como “un sólido movimiento de izquierda moderna, reflexiva, libre de dogmatismos que dé soporte al gobierno y pueda retroalimentar desde la ciudadanía al poder político” (*Notimex*, 2010). Y una propuesta de convertirse en “partido” en lugar de “movimiento” no tuvo el respaldo de los convencionistas, que consideraron una contradicción convertir a la agrupación oficialista en partido político, cuando uno de sus postulados ha

sido cuestionar permanentemente a los agrupaciones proselitistas de tradición “partidocrática”.

Para Ramírez, hay un exceso de mercadotecnia en la construcción política correísta,

[...] el implacable realismo de poder del gobierno, se complementa así con un sutil realismo sociológico: no tiene sentido procurar la movilización de una sociedad harta y distante de la política. Se trata, más bien, de interpelarla como opinión pública y de hacerle ver –televisión mediante– los logros del gobierno. Nada más efectivo para llegar a una masa de ciudadanos aletargados y desorganizados que el despliegue mediático [...] La suplantación de la construcción organizativa y la deliberación democrática por el *marketing* y la procura de amplias audiencias no bastan, sin embargo, para generar vínculos políticos ni espacios reales de participación e interlocución con actores realmente existentes (Ramírez, 2010a).

Innovaciones en la participación democrática: ¿una redistribución del poder?

En los tres países analizados, los nuevos gobiernos hicieron suyo el discurso de la democracia participativa y protagónica frente a la democracia formal liberal, al tiempo que se rechazaba la institucionalidad heredada como una suerte de “democracia de vitrina”. Los nuevos textos constitucionales recogen varias fórmulas “participativas” como el referéndum revocatorio de presidente y otras autoridades, o la posibilidad de proponer leyes por iniciativa ciudadana. Adicionalmente –sorteando las disputas con la oposición y las fuertes polarizaciones, incluso intentos de golpe (Venezuela) o proyectos desestabilizadores (Bolivia) –, la consolidación de los nuevos gobiernos se procesó por una larga sucesión de convocatorias a elecciones y de referendos (constitucionales y revocatorios) que fueron sedimentando una correlación de fuerzas favorable a los llamados bloques o tendencias del cambio y debilitaron a los sectores conservadores.

Paradójicamente, no es difícil observar un debilitamiento de los Parlamentos como instancias de deliberación y articulación de intereses, en un marco de fuerte *decisionismo* presidencial en los tres casos analizados (incluyendo reelecciones indefinidas o potencialmente indefinidas)¹². En Venezuela, contribuyó a ello el retiro de la oposición en las elecciones de 2005, a partir de una errada estrategia que buscaba propiciar el colapso del gobierno pero provocó un efecto contrario: la consolidación del chavismo y un Parlamento que fue una caja de resonancia del Poder Ejecutivo, al que incluso delegó poderes extraordinarios por un lapso de 18 meses. En el caso boliviano, como veremos más adelante, pese a que la nueva Constitución le da más facultades al Poder Legislativo, la mayoría de dos tercios en manos del MAS facilitó que el Ejecutivo –junto a la llegada de diputados con escasa experiencia– terminara reduciendo en la práctica las capacidades deliberativas de este órgano de poder. Finalmente, es posible observar la misma tendencia en Ecuador. En 2010, el veto presidencial a modificaciones de los propios congresistas de Alianza País a la nueva ley de la función pública contribuyó al desencadenamiento del motín policial que puso en vilo la vida del presidente Correa y que el gobierno consideró un golpe de Estado (Long, 2010; Ramírez, 2010b). Poco antes del alzamiento, Correa amenazó con la muerte cruzada: la posibilidad

constitucional de cerrar el Parlamento y convocar a elecciones anticipadas, lo cual no hubiera contribuido, precisamente, al fortalecimiento institucional, y habilitaba una fuerte tonalidad plebiscitaria.

“Es en Venezuela donde han surgido más figuras legales de la democracia participativa, atendiendo a los diferentes momentos político-ideológicos por los que pasó el gobierno de Hugo Chávez en sus once años de mandato...”

Otro punto de tensión es el de la división de poderes, vista a menudo como divisionismo en disfavor de la consolidación del Estado. Vanessa Cartaya y Flavio Carucci citan en su informe unas declaraciones de la presidenta del Tribunal Supremo de Justicia de Venezuela, Luisa Estela Morales, que en diciembre de 2009 señaló que:

El nuevo constitucionalismo en Venezuela echa por tierra la clásica división rígida de poderes y, ahora, se erige y se fortalece el Estado para desarrollar los intereses colectivos por encima de los privilegios individualistas [...] no podemos seguir pensando en una división de poderes porque ese es un principio que debilita al Estado [...] se debe profundizar la norma constitucional vigente que obliga a las distintas ramas del Poder Público a colaborar y cooperar entre ellas. Una cosa es la separación de poderes y otra es la división (Patria Grande, 2009).

Es en Venezuela donde han surgido más figuras legales de la democracia participativa, atendiendo a los diferentes momentos político-ideológicos por los que pasó el gobierno de Hugo Chávez en sus once años de mandato, pero, al mismo tiempo, una fuerte aversión a los movimientos autónomos (por ejemplo, sindicatos) como una amenaza al modelo socialista que se estaría implementando. En este marco, conviven expresiones genuinas de participación desde abajo¹³ con una fuerte presencia de militares en cargos políticos, con la carga de una cultura vertical de obediencia, no democrática ni deliberativa (Gaudichaud, 2009). En efecto, el proceso bolivariano es concebido como una alianza cívico-militar, rasgo que se ha mantenido desde el comienzo. Así, un número importante de militares activos y retirados ocupan cargos altos y medios en el gobierno, históricamente ocupados por civiles. En las elecciones de 2004, provinieron del mundo militar 8 de los 24 gobernadores electos. Según la Asociación Civil Control Ciudadano, más de 200 funcionarios de la Fuerza Armada Nacional ocupan altos cargos en el gobierno y 2 mil oficiales se desempeñan en puestos medios y subalternos de la administración pública¹⁴.

Ello marca una diferencia con Bolivia y Ecuador. Por ejemplo, aunque la relación de Evo Morales con las FF. AA. es muy cercana –y ha hecho varias concesiones políticas, económicas y simbólicas¹⁵–, son pocos los militares que ocupan cargos importantes, entre ellos el ex gobernador de Pando y contraalmirante Rafael Bandejas, o los ex jefes del Ejército César López y Freddy Berzatti, ex jefe de la Aduana y ex senador respectivamente.

Un primer experimento de dispositivos participativos fueron los Círculos Bolivarianos –pequeños grupos asentados en *microterritorios* y fuertemente politizados

por el presidente—, constituidos en 2001 con el objetivo de poner en marcha una base política del chavismo frente a los partidos tradicionales bajo la forma de una gran red (Commet). En otras palabras, se trataba de núcleos compuestos por pocas personas y diseminados por toda la geografía estatal con un fuerte contenido electoral (Uzcátegui, 2010). Los círculos fueron juramentados por el propio Jefe de Estado en un acto en diciembre de 2001, y durante el frustrado golpe de 2002 estas instancias jugaron un importante rol en la movilización de las bases de Chávez, que finalmente lo repusieron en el poder. Al mismo tiempo, su trabajo consistió en colaborar con la implementación de las misiones sociales (ver más adelante) en los barrios populares. El hecho de que su primer Coordinador Nacional fuera el general Miguel Rodríguez Torres —hasta ese momento funcionario jerárquico de la División de Inteligencia y Seguridad Policial (DISIP)— alentó críticas sobre las motivaciones de control político de los círculos¹⁶.

En segundo lugar, en 2003 fueron creadas las misiones sociales, a las que nos referiremos en el apartado final, en la discusión sobre asistencialismo e igualdad. Más tarde nacieron los “Comités de Tierras Urbanas” y las “Mesas Técnicas de Agua”, que terminarán siendo subsumidos en 2006 en la última y más ambiciosa variante de la democracia participativa bolivariana: los consejos comunales (CC) surgidos bajo el mandato de la Constitución de 1999. En 2008, según datos de Mathieu Commet, había unos 15 mil con más o menos actividad¹⁷.

Esta forma de participación se enmarca en la tendencia del gobierno de Chávez a generar formas de intervención estatal y participación desde abajo como instancia *ad hoc* de la institucionalidad vigente, la que suele ser desacreditada como ineficiente, corrupta y portadora de los vicios de la IV República. Herederos en parte de formas de asociatividad incluso anteriores al chavismo en las zonas populares, los CC se inscriben en el descrédito de los poderes públicos como “marca de identidad”. El líder comunitario puede presentarse como un “misionero local” de Chávez para construir su legitimidad en zonas con fuerte apoyo al presidente, pero deberá también tener la capacidad para “hablar con la verdad en tanto revelación de la intimidad, la emoción o la propia experiencia (en *el barrio*)” (Commet). Así, los CC se enmarcan en el discurso antiinstitucional del chavismo:

Las alcaldías no sirven hoy como deberían. Los ministros no sirven como deberían. La Asamblea Nacional no sirve como debería. Debemos revisar todos estos organismos para luchar contra la burocracia, la corrupción y la ineficiencia¹⁸.

En este sentido, los consejos son un reflejo de la propia tensión entre la democracia asamblearia y la democracia representativa a la hora de gerenciar recursos y poder político. En este marco, la autonomía de la que disponen los habitantes fue contrabalanceda con una recentralización administrativa de los organismos que apoyan (financieramente) su acción (Commet). Se trata, en efecto, de una conexión directa de los CC al Poder Ejecutivo, despreciando —y combatiendo— las intermediaciones políticas: los mismos deben registrarse (según el Artículo 2 de la Ley) en la Comisión Local Presidencial del Poder Popular. Sus capacidades efectivas suelen circunscribirse en pequeñas mejoras y cambios en los entornos que ocupan y, según la investigadora María Pilar García Guadilla,

La mayoría de los CC analizados no son espacios donde se construyan nuevas subjetividades ni donde se promuevan ciudadanías y proyectos de sociedad divergentes; es decir, no son un movimiento social. No parecen tener la capacidad de movilizarse a favor de nuevas formas de ciudadanía o de derechos basados en la democracia participativa que fuera sancionada en la Constitución de 1999; tal como se ha señalado, las movilizaciones que realizan tienen un carácter reivindicativo y tienden a responder a las presiones del gobierno, lo que lleva a cuestionar su pretendida autonomía [...]. Hasta el día de hoy, la mayoría de los CC carecen de la capacidad para ir más allá de hacer pequeños cambios y mejoras en el entorno que ocupan. Carecen, también, de la capacidad para enriquecer las identidades sociales y culturales y, de este modo, contribuir al pluralismo de los modos de vida urbanos, ya que no han generado un proyecto de sociedad autónomo, alternativo y divergente del Estado que permita la construcción de hegemonía para la transformación social (García Guadilla, 2007).

Adicionalmente, “el hecho de que la composición socio-económica de los miembros de cada CC tienda a ser [generalmente] homogénea en términos de clase social y que por lo general se trate de CC de los sectores pobres o de CC de clase media o media alta, lleva a que la participación se dé dentro de una alta polarización social y espacial que la nutre de contenidos diferentes” (García Guadilla, 2007).

Es decir, se trata de experiencias de participación popular más bien acotadas a problemas concretos como servicios básicos, vivienda, calles, seguridad, infraestructuras varias, etc.; según las carencias de las diferentes zonas, más que una “explosión de poder popular”, base del relativamente novedoso pero igualmente etéreo socialismo del siglo XXI. Incluso sectores de clase media acomodada y antichavista han constituido consejos comunales con demandas que van desde la seguridad y problemas urbanísticos (parques y jardines) hasta la oposición a la construcción de una urbanización en una base aérea en Caracas¹⁹.

A partir de un trabajo etnográfico en tres CC, Commet ha constatado que en los últimos años (más o menos desde 2006-2007) existe una cierta despolitización de los consejos y un acuerdo más o menos implícito de ocuparse de los problemas locales más que de la política nacional, que “divide a la comunidad”. Incluso, muchos líderes locales se quejan de la “apatía” comunitaria. Intervenciones como “acá todos somos vecinos, para mí tú no eres chavista ni escuálido, tú eres un vecino con los mismos problemas que yo” constatan este giro en zonas populares que apoyan al presidente. Es decir, el empoderamiento popular se ubica en una situación intermedia entre la autonomía y la subordinación que depende de cada una de las experiencias concretas. Con todo, el hecho de que los CC dependan de los recursos estatales representa sin duda una fuerte vulnerabilidad en su autonomía²⁰. Como señala García Guadilla, “en su interior conviven tanto las oportunidades para hacer real la democracia participativa como las limitaciones para cercenarla”.

A diferencia de las figuras descritas, en Bolivia el proceso de democracia participativa se centra en mayor medida en una suerte de actualización del “cogobierno” Estado-sindicatos nacido con la revolución de 1952, cuando la Central Obrera Boliviana (COB) “cogobernó” con el Movimiento Nacionalista Revolucionario (MNR). A diferencia de Venezuela y Ecuador, la boliviana es una sociedad densamente organizada, por lo que bastaría –según la concepción oficial– con incorporar a las organizaciones sociales al Estado; de allí que se utilice la figura del “gobierno de los movimientos sociales” para definir su identidad y que la nueva

Constitución aprobada en 2009 incorpore el “control social” como la fiscalización de las organizaciones sociales sobre la gestión estatal²¹. De esta forma, se consolida una suerte de democracia corporativa en la que diversas organizaciones sindicales y territoriales (a las cuales el partido de gobierno está relativamente subordinado) se transforman en el canal de selección para ocupar cargos en el gobierno, especialmente a partir de las segundas líneas del Estado. La ventaja respecto a la participación “comunitaria” es que la incidencia social llega a las políticas nacionales; la desventaja: el riesgo de desacople entre las élites sindicales y las bases.

Como señala Mayorga²², es posible observar el desplazamiento de empresarios, tecnócratas y políticos profesionales a favor de campesinos e indígenas, dirigentes sindicales y mujeres, que hoy ocupan espacios de poder de los que estaban tradicionalmente excluidos, en un proceso que se fue profundizando al calor de las movilizaciones sociales y de los avances electorales de las fuerzas “antisistémicas”, especialmente el MAS, aunque también el Movimiento Indígena Pachakuti de Felipe Quispe.

La definición oficial del proceso como “gobierno de los movimientos sociales” se vincula con la mencionada idea de autorrepresentación –consustancial al MAS– al tiempo que plantea, en sí misma, una tensión: la erosión del Estado por las organizaciones sociales, y –al mismo tiempo– ciertos procesos de “estatización” de estas organizaciones²³. No obstante, la apuesta original de nombrar a los funcionarios bajo consulta con las organizaciones sociales se desvirtuó al conocerse que algunos dirigentes vendieron “avales” en varias oportunidades, a lo que se suma el bajo desempeño de varios ministros puestos en sus cargos por “las bases”, que mostraron escasa capacidad de gestión y/o un exagerado apego corporativo²⁴. En ese marco, se observa una vuelta silenciosa a cierta lógica “legal-racional” weberiana –con los límites que tal lógica de gestión estatal encuentra históricamente en Bolivia– en detrimento del movimientismo social; y el “cogobierno” con las organizaciones está relegado a algunos viceministerios, como Coca –en permanente conflicto–, Defensa Social (control del narcotráfico) o Microempresa. Contrariamente, el área económica del gabinete fue prudentemente “blindada” y su acceso fue vedado a las organizaciones sociales.

La nueva Constitución establece una serie de figuras de democratización, entre ellas la posibilidad de revocatoria de mandato del presidente y los gobernadores, el referéndum por iniciativa ciudadana, la segunda vuelta (en reemplazo de la elección presidencial parlamentaria cuando ningún candidato logra la mitad más uno de los votos) e incrementa la potestad del Congreso: los ministros censurados deben renunciar y basta la mayoría absoluta (y ya no la mayoría calificada de dos tercios) para revertir vetos presidenciales. No obstante, el hecho de que el MAS tenga dos tercios –junto a la dinámica de elaboración de los proyectos de ley por un grupo *ad hoc* dirigido por la Vicepresidencia y la Presidencia de Diputados y los escasos debates e iniciativa propia de los parlamentarios– ha provocado el mencionado debilitamiento de la deliberación parlamentaria.

Asimismo, la nueva Carta Magna incorpora el pluralismo jurídico –cuya aplicación no exenta de dificultades dependerá de una ley de deslinde jurisdiccional– y las autonomías departamentales, regionales e indígenas, cuya profundización choca con las mencionadas tendencias a la centralización del poder²⁵. La elección

por voto popular de jueces de la Corte Suprema y el Tribunal Constitucional (entre una terna previamente aprobada por la Asamblea Legislativa) implica, en teoría, una democratización del Poder Judicial, pero es necesario ver cómo funciona en la práctica el complicado equilibrio entre las fidelidades políticas y las competencias técnico jurídicas para hacer una evaluación de estas innovaciones tan ambiciosas como escasamente discutidas por los constituyentes. Por el momento, las debilidades de la justicia y la reforma policial pendiente revelan más continuidades que rupturas en un área donde las carencias en términos de desigualdades se revelan bastante dramáticas.

La posibilidad legal –de acuerdo a una nueva norma aprobada– de destituir a alcaldes y gobernadores con sola acusación fiscal pone en tela de juicio el uso político de la justicia (la judicialización de la política), una antigua tradición latinoamericana que, al parecer, sigue vigente. A esto se suma la aprobación de una ley anticorrupción con carácter retroactivo, con la cual podría juzgarse incluso a los ex presidentes.

Finalmente, la decisión de que el control social esté en manos de la Coordinadora Nacional para el Cambio (Conalcam), que incluye a una variedad de organizaciones sociales progobierno (incluyendo el MAS), ha reducido aún más las potencialidades de una “institución” que comenzó a discutirse en la Constituyente con la ambiciosa formulación del cuarto “Poder social”; no obstante, refuerza la concepción de la participación ciudadana como “cogobierno” que mencionamos con anterioridad.

En el caso ecuatoriano, se observa un fuerte peso otorgado por la nueva Constitución a la función ejecutiva junto a una escasa apertura y vocación gubernamentales para la interlocución política con diversos movimientos sociales (Ramírez, 2009), todo ello en un contexto de cierto agotamiento de las dinámicas de movilización propulsadas por los movimientos sociales a lo largo de los años noventa y la primera parte de los 2000. El eje de las figuras de la democracia participativa se materializó en la nueva Carta Magna aprobada en 2008 en referéndum con el 63% de los votos. Así, en Ecuador y Bolivia parece haber menos instituciones *ad hoc* de la “democracia popular” que en Venezuela. Así resume los cambios Alberto Acosta:

La participación ciudadana es un eje transversal de la nueva Constitución: no ha existido en la historia republicana del Ecuador una Constitución que otorgue semejante prioridad al papel de los ciudadanos en la vida democrática y en la gestión y control de los asuntos públicos. Es una de las constituciones más participativas de América Latina.

Se amplía la comunidad de ciudadanos que pueden participar directamente en la vida democrática del país. Podrán votar jóvenes de 16 a 18 años, migrantes, extranjeros, militares y policías, y reos sin sentencia. Se reconocen todas las formas de participación individual y colectiva y las diversas formas democráticas del país: por primera vez se reconoce a la democracia comunitaria además de a las democracias directa y representativa.

La soberanía popular se ejerce a través de los órganos del poder público y de las formas de democracia directa. Faculta a los ciudadanos a presentar proyectos de ley, ordenanzas o resoluciones y a exigir que se traten, a presentar propuestas de reforma constitucional y de consultas populares, incluso revocar el mandato de cualquier autoridad, incluido el presidente. La ciudadanía puede participar a lo largo de todo el ciclo de elaboración de las políticas públicas tanto a nivel nacional

como local: en la planificación, presupuestación, gestión, control y evaluación de las políticas. La planificación participativa se eleva a principio constitucional a nivel local y nacional. La ciudadanía formará parte del Consejo Nacional de Planificación. Se crean los consejos ciudadanos como instancias de deliberación de los grandes lineamientos del desarrollo nacional. Se fijan los consejos en todos los niveles de gobierno con participación ciudadana. Se crea la silla vacía como forma de participación en las sesiones de los gobiernos autónomos descentralizados. Los ciudadanos participan desde allí en la toma de decisiones de los gobiernos locales. El pueblo puede revocar el mandato de todas las dignidades que ha elegido, incluido el presidente. Esto no constaba en la Constitución de 1998. Con 15% de firmas se puede solicitar la convocatoria a consulta para la destitución presidencial (Stefanoni, 2010a).

En Ecuador existe una fuerte sensibilidad republicana en las nuevas élites gobernantes, expresada en la propia denominación de Revolución Ciudadana para el proceso de cambio en marcha, situación que contrasta con Bolivia, donde el término “República” es asociado al “colonialismo interno” (los gobiernos liberales con posterioridad a la independencia fueron más agresivos frente a las comunidades indígenas que las administraciones coloniales²⁶). A diferencia del gobierno de Evo Morales –donde escasean los cuadros técnico-administrativos, provenientes a menudo de las ONGs–, en la administración de Correa abundan los jóvenes profesionales con estudios de posgrado en el exterior y una fuerte cultura cosmopolita en consonancia con la propia historia de vida del presidente, formado como economista en Estados Unidos. Se trata, según Ramírez, de “un amplio abanico de clases medias, algunas muy radicalizadas, activas y cercanas [a los sectores indígenas-populares] en las movilizaciones contra el neoliberalismo” cuyo ingreso a altos cargos estatales quebró el dominio de las elites y los partidos tradicionales (Ramírez, 2010a).

En este marco, una de las figuras clave de la participación, establecida por la nueva Carta Magna, es el Consejo de Participación Ciudadana y Control Social (CPCCS), compuesto por ciudadanos voluntarios propuestos por ciudadanos y organizaciones sociales –pero no por los partidos políticos– y no hay participación del Poder Legislativo en su elección (Ramírez, 2009)²⁷. Como ya señalamos, se trata de una nueva institucionalidad democrática (aún embrionaria) “moldeada a la luz de la desconfianza política”.

El CPCCS, además de coadyuvar a los procesos de veeduría ciudadana y control social, tiene específicas y complejas tareas como “investigar denuncias sobre actos u omisiones que generen corrupción”, “emitir informes que determinen la existencia de indicios de responsabilidad e impulsar las acciones legales que correspondan” e, incluso, “actuar como parte procesal en las causas que se instauran como consecuencia de sus acciones”. Todo ello supone una ampliación y un reforzamiento de los poderes y las competencias que se había otorgado, doce años antes, a la Comisión de Control Cívico de la Corrupción (CCCC). Como entonces, el Consejo diseñado en Montecristi (sede de la Constituyente) se funda en la existencia de múltiples interfaces entre la institución pública de control y las iniciativas sociales de denuncia y exigencia de transparencia, rendición de cuentas y garantía de la vigencia de la ley. Incluso, este consejo tendrá a su cargo la designación de autoridades a partir de las Comisiones Ciudadanas de Selección (CCS). De la negociación interpartidaria para la designación de gran parte de las autoridades se pasa,

así, a la puesta en marcha de concursos públicos, sujetos a veeduría ciudadana y gestionados por una innovadora instancia mixta Estado-sociedad (Ramírez, 2009). Las CCS estarán compuestas por un representante de cada una de las cinco funciones del Estado y por igual número de ciudadanos elegidos al azar entre una lista de voluntarios que deberán cumplir con algunos requisitos específicos –un “ciudadano” presidirá la comisión y otro tendrá un voto dirimente. Una institucionalidad que va en la mencionada dirección de despartidarizar la selección de una serie de las máximas autoridades estatales, una diferencia que al menos en el terreno de las intenciones se verifica con Venezuela y Bolivia.

No obstante, como señala Acosta, “los espacios de participación están legal y constitucionalmente establecidos. [Pero] en la práctica, por un manejo político muy centrado en el presidente, no tienen mayor trascendencia dichos espacios”²⁸. En efecto, la Constitución funcionaría como una suerte de luz verde a la participación cuya concreción dependerá de una serie de factores, incluyendo la propia propensión ciudadana a la participación. Una síntesis de las visiones enfrentadas se puede observar en el referéndum de mayo de 2011, el cual dejó en evidencia las tensiones entre el discurso oficial acerca de la separación de la justicia de la política (una demanda democrática muy pertinente) y quienes leen las reformas como una colonización del Poder Judicial por el Poder Ejecutivo (lo que no es ajeno a cierta voluntad “jacobina” de los actuales procesos nacional-populares)²⁹.

Muchos de los discursos políticos sobre la democracia participativa dan por supuesto que los ciudadanos quieren participar en los asuntos públicos, dejando a menudo de lado la compleja sociología de la participación –y de la no participación– y de los incentivos necesarios para ello; un tema tan relevante como poco discutido. Adicionalmente, ¿es posible que las asociaciones de ciudadanos den un piso de participación estable capaz de reemplazar a los partidos? ¿Hasta qué punto esta visión “ciudadanista” va de la mano de una cierta posición *posideológica* de la política –que choca incluso con las posiciones del Ejecutivo ecuatoriano? ¿En qué instancias de la sociedad civil quedaría la función de agregación de intereses que, al menos en teoría, cumplen los partidos? ¿Bastan para ello ciudadanos y “organizaciones sociales”?

Los esfuerzos por reorganizar y fortalecer a Alianza País se vinculan con la necesidad de dar más consistencia a la base política de la Revolución Ciudadana y posiblemente con las conclusiones acerca de la crisis del 30-S, cuando, pese a ser bastante enérgica, la movilización popular no fue tan masiva como lo daría a entender el apoyo difuso –pero efectivo– a Correa en las encuestas de opinión.

Asistencialismo o igualdad: ¿qué inclusión social?

La voluntad de salir del *rentismo* se expresó en Venezuela en la fórmula de Arturo Úslar Pietri “*sembrar petróleo*”, que apuntaba a reinvertir los recursos de la renta petrolera en sectores productivos de la economía, especialmente en la agricultura (y esa agenda sigue siendo el pilar del nacionalismo también en Ecuador y Bolivia, donde bastaría con reemplazar petróleo por gas). Pero –como demuestra la historia– no es fácil salir del extractivismo, y no alcanza para ello la voluntad

presidencial; muchas fuerzas se estructuran alrededor de los intereses que sedimenta. Hoy Venezuela es uno de los mayores importadores de alimentos de toda América Latina, por un monto de más de 5 mil millones de dólares³⁰. Pero lo mismo pasa en Bolivia y en gran medida en Ecuador, cuya economía, además, sigue dolarizada.

“El modelo actual realmente existente en los tres países podría definirse como una combinación de extractivismo y democratización en el reparto de la renta hidrocarburífera mediante políticas sociales más o menos institucionalizadas y más o menos universalistas”

El modelo actual realmente existente en los tres países podría definirse como una combinación de extractivismo –con una mayor presencia estatal, vía procesos de nacionalización³¹– y democratización en el reparto de la renta hidrocarburífera mediante políticas sociales más o menos institucionalizadas y más o menos universalistas. En general, se apuesta por políticas de transferencia directa de renta (bonos) e infraestructura social (salud, educación, alimentos a bajo costo, etc.). Pero a pesar de los discursos –que transmiten mucho de ilusión desarrollista/industrialista– hay pocos avances en la elaboración de una agenda posextractivista de mediano o inclusive de largo plazo. Ahí es necesario marcar una diferencia en Ecuador, donde el impacto de las críticas ecologistas (y la propuesta de alternativas) es muy superior a Bolivia o Venezuela.

El nuevo “sistema económico comunal” venezolano presenta varias dudas, vinculadas en gran medida al fracaso de la anterior apuesta por las cooperativas, cuando los ingentes subsidios estatales no alcanzaron para hacer funcionar al nuevo sistema (Saint-Upéry, 2008). Las empresas comunales no pagarán impuestos –al menos “por un tiempo”– y, según el diputado Alfredo Murga, presidente de la Comisión de Participación Ciudadana de la Asamblea Nacional, “en una sana administración tributaria no hace falta ese pago, para eso está la renta petrolera”. Agregó que “durante mucho tiempo, estará la transición en la que coexistirán los modos de producción no capitalistas con los capitalistas, y eso será hasta que la madurez de la sociedad vaya extinguiendo esas formas capitalistas. El esquema de producción capitalista no se eliminará de un plumazo”. Y otro diputado de la misma comisión señaló que en las empresas comunales “no habrá privilegios, no habrá posiciones jerárquicas y todos percibirán lo mismo por igual” (Armas, 2010). ¿Este proyecto constituirá, entonces, otro experimento “poscapitalista” sustentado en la renta petrolera?

De allí que la pregunta se vincule a la sostenibilidad de las políticas implementadas, sus niveles de institucionalización y su impacto sobre las condiciones de vida de los sectores más pobres.

Es en Venezuela donde se han ensayado más políticas, aunque también es el país –de los tres– en el cual estos emprendimientos han estado más desarticulados

con la institucionalidad vigente. En Bolivia y Ecuador, las medidas han sido menos creativas, en parte más modestas, aunque se han articulado como nuevos derechos en las leyes y/o constituciones.

En Venezuela se han ensayado varios mecanismos –en la primera etapa, “operativos cívico-militares”– para llevar adelante “procesos de inclusión masivos y acelerados” a través de “una distribución más justa de la renta petrolera”. Los críticos del *rentismo* hablan de la “cultura de campamento” en la que predominan los operativos extraordinarios sin continuidad en el tiempo (Uzcátegui, 2010). Pero fue el propio Chávez quien, admitiendo implícitamente el fracaso de una agenda de desarrollo poshidrocarbúrica, definió al proyecto en marcha como “socialismo petrolero”. Durante el “Aló Presidente 288”, el mandatario venezolano explicó que “estamos empeñados en construir un modelo socialista muy diferente al que imaginó Marx en el siglo XIX. Ese es nuestro modelo, contar con esta riqueza petrolera”. Afirmó, además, que “el socialismo petrolero no se puede concebir sin la actividad petrolera” y que este recurso “le da una configuración peculiar a nuestro modelo económico” (Prensa de PDVSA, 2007).

El objetivo socialista –aunque se use una fórmula del utilitarismo del siglo XIX– es maximizar la felicidad social (*la felicidad más grande para el mayor número de personas*). Y en ese marco la receta más exitosa para este fin fueron las misiones sociales, con mucha repercusión dentro y fuera de Venezuela y cuyo comienzo está fechado en 2003. Las razones de su implementación estuvieron vinculadas a la coyuntura política y el propio Chávez relacionó la implementación de las misiones con las encuestas que le daban perdedor para el revocatorio convocado para 2004 a iniciativa de la oposición:

Ustedes deben recordar que, producto del golpe y todo el desgaste aquel, la ingobernabilidad que llegó a un grado alto, la crisis económica, nuestros propios errores, hubo un momento en el cual nosotros estuvimos parejitos [con respecto las fuerzas de oposición], o cuidado si por debajo. Hay una encuestadora internacional recomendada por unos amigos que vinieron a mitad del 2003, pasaron como dos meses aquí y fueron a Palacio y me dieron la noticia bomba: ‘presidente, si el referéndum fuera ahorita usted lo perdería’. Yo recuerdo que aquella noche para mí fue una bomba aquello... Entonces fue cuando empezamos a trabajar con las misiones, diseñamos aquí la primera y empecé a pedirle apoyo a Fidel. Le dije: ‘mira tengo esta idea, atacar por debajo con toda la fuerza’ y me dijo: ‘si algo sé yo es de eso, cuenta con todo mi apoyo.’ Y empezaron a llegar los médicos [cubanos] por centenares, un puente aéreo, aviones van, aviones vienen y a buscar recursos... Y empezamos a inventar las misiones... y entonces empezamos a remontar en las encuestas, y las encuestas no fallan³².

Y no fallaron. Chávez fue ampliamente ratificado en 2004, lo que fue un bumerán para la oposición, al tiempo que las misiones se volvían el eje de la política social bolivariana. Incluso algunos críticos de Chávez admiten que tuvieron un efecto positivo, al menos en sus inicios. Amplia cobertura, autoorganización y empoderamiento social, grandes montos invertidos... La Misión Barrio Adentro buscó resolver las carencias en la esfera de la salud (sobre todo con médicos cubanos, que Fidel Castro “exportó” en abundancia); las misiones Robinson, Ribas y Sucre se encargaron de la alfabetización y la continuidad educativa, la Misión Mercal de proveer alimentos a bajo precio en un contexto de creciente inflación, la Misión Hábitat del hábitat urbano, y la Misión Vuelvan Caras de la capacitación laboral.

Todas ellas con un fuerte impacto en las barriadas populares: una cobertura del 50% de la población en la Misión Mercal y un 30% la Misión Barrio adentro entre 2004 y 2006 según los investigadores D' Elía y Quizoz. Para 2007, según datos de la Encuesta de Presupuesto y Gastos Familiares –citada por los mismos autores– el 48% de la población se benefició de al menos una de las misiones³³.

La primera crítica es –como mencionamos– su carácter *ad hoc* de la institucionalidad vigente (en general, son financiadas por PDVSA), lo que se justificó desde el oficialismo en la necesidad de evitar las trabas burocráticas y dotarlas de celeridad (el viejo Estado aparece a menudo como una traba para la revolución que se resuelve creando institucionalidades paralelas, y no poco inestables, en términos de continuidad), pero, desde 2006, se suma el hecho de un debilitamiento del propio sistema de cobertura de las misiones, entre otras razones por la disminución de los médicos cubanos y del financiamiento (hoy Venezuela es uno de los pocos países latinoamericanos que no crece y mantiene una elevadísima inflación, cercana al 30% anual, con desabastecimiento de productos³⁴). El propio Chávez reconoció, en 2009, que “la Misión Barrio Adentro ha venido bajando el nivel de eficiencia que tuvo siempre. Estamos estudiando el tema, las razones, las causas”. Algo similar ocurrió con el Mercal debido también a la disminución de su financiamiento (puntos de venta, provisión de productos, etcétera).

En síntesis, más allá de la descripción puntual de cada caso, se trata de una dificultad más estructural: la desinstitucionalización de las políticas sociales, los financiamientos a través de mecanismos extrapresupuestarios dispersos (sumado a la baja ejecución, poca transparencia y altos costos operativos) y la dificultad para incluirlas en un nuevo tipo de Estado con previsibilidad en el mediano plazo más allá de los vaivenes políticos coyunturales.

Así, se observan mejoras en los niveles de pobreza hasta 2007, cuando los guarismos tienden a estabilizarse, pero el período de auge de las misiones coincidió parcialmente con un crecimiento de la producción y el consumo que impulsó el crecimiento del empleo y el salario real: entre 2004 y 2007 el efecto bonanza de la renta petrolera fue superior al ciclo expansivo de los precios de la década del setenta. Pese a ello, la inserción laboral siguió siendo precaria. Al mismo tiempo, el sistema de salud formal ha enfrentado su peor crisis entre 2008 y 2009 y las propias autoridades reconocieron el colapso funcional del sistema sanitario (incluyendo casos de cierre por migración del personal médico, el mal estado de la infraestructura y la insalubridad y la inseguridad)³⁵; a lo que se suman niveles muy elevados de inseguridad ciudadana que afectan sobre todo a los sectores populares.

Esta dificultad para separar el impacto de las políticas sociales del propio *boom* económico derivado del precio de las materias primas es clara en el caso de Bolivia, cuya economía sufre el viento de cola a favor derivado de los altos precios de los hidrocarburos y los minerales; como dice la publicidad oficial, Bolivia volvió a ser una potencia minera. Es decir, estamos en la parte alta del ciclo rentista de una economía en la que casi el 80% de sus exportaciones son explicadas por el gas, la minería y la soya.

Como anticipamos, el eje de las políticas sociales de Evo Morales son los bonos de transferencia de renta, financiados con recursos hidrocarburiíferos, con un criterio relativamente universalista e institucionalizado. Uno de sus principales sopor-

tes es el programa de bonos destinados a la niñez, a los ancianos y a las mujeres embarazadas. En un país con una amplia mayoría de la población en la economía informal urbana o en la actividad rural, uno de los sectores más vulnerables es, sin duda, el de los ancianos, sin acceso a la jubilación. En este contexto, el actual gobierno amplió la cobertura del Bonosol –creado por el presidente Gonzalo Sánchez de Lozada en los años noventa– a las personas mayores de sesenta años, lo rebautizó como Renta Dignidad y lo paga mensual en lugar de anualmente. El monto asciende a 200 bolivianos, equivalentes a unos 30 dólares estadounidenses, por mes. En el caso de las políticas previsionales, la nueva redujo la edad jubilatoria a 58 años e incorporó una renta solidaria incluyente en el marco del sistema de capitalización individual, en el marco del reemplazo de las AFP (Administradoras de Fondos de Pensiones) privadas por una suerte de gran AFP estatal; y la constitución de un fondo solidario mediante aportes laborales y patronales para sostener una renta mínima. Todo ello en el contexto de una política macroeconómica “prudente”, inflación bajo control y aumentos salariales moderados.

“...a menudo el propio Evo Morales confunde el carácter necesario y urgente de estas medidas de transferencia (moderada) de renta con el horizonte al que debería llegarse, con una discusión más amplia de la integración y la justicia social”

En el caso de la niñez, se ha implementado el bono Juancito Pinto, inscripto en la Política de Protección Social y Desarrollo Integral Comunitario del Plan Nacional de Desarrollo, que consiste en un pago equivalente a treinta dólares estadounidenses anuales a los alumnos de escuelas primarias públicas a cambio de mantenerse en el sistema educativo. Dado que se trata de un monto bajo su impacto es mayor en las áreas rurales, donde los niveles de pobreza y deserción escolar son más elevados y los de circulación monetaria más escasos.

Recientemente, se ha creado el bono Madre, Niño y Niña Juana Azurduy para mujeres embarazadas, que reciben 50 bolivianos (unos 7 dólares estadounidenses) por cada control prenatal, con un máximo de cuatro. Además de 120 bolivianos (17 dólares estadounidenses) por controles posparto y 125 bolivianos por controles médicos de los niños y niñas menores de dos años, para reducir los índices de mortalidad materno infantil³⁶. Estas políticas alentaron a otros sectores a reclamar políticas estatales de apoyo, como los discapacitados, que ahora se benefician de la Misión Solidaria Moto Méndez. Esta misión, con apoyo cubano y venezolano en el marco de la Alianza Bolivariana para los Pueblos de Nuestra América (Alba) y –como las anteriores políticas sociales– de las FF. AA. bolivianas; entrega “ayuda técnica”, como sillas de ruedas, muletas, colchones especiales, etc., luego de una revisión médica. Igualmente, en el marco del Alba, hay en Bolivia varios centenares de médicos cubanos, y se impulsa el programa Misión Milagro, destinado a operar gratuitamente de cataratas y otras enfermedades de la vista, con un fuerte impacto en la población más postergada. Adicionalmente, el Programa Desnutrición Cero, destinado a los menores de cinco años, busca incidir en uno de los problemas serios de Bolivia: la

elevada pobreza extrema, inicialmente en los municipios más postergados del país.

Empero, todo ello no es suficiente para mejorar consistentemente los niveles de vida. Aunque durante la gestión de Evo el ingreso *per capita* subió a 1.363 dólares estadounidenses anuales frente a 942 en 2001 (Bolivia pasó a ser un país de ingresos medios), la pobreza sigue siendo elevada, pese al efecto benéfico de los bonos. Entre 2005 y 2009, la pobreza nacional bajó levemente de 60,6 a 58,3%; la rural de 77,6% a 73,8%. La pobreza extrema bajó de 38,2 a 31,9%³⁷ (62,9 a 52,7% en el campo)³⁸, todo lo cual deja en evidencia las limitaciones del modelo primario exportador, aunque se democratice parcialmente el reparto de la renta y se plantee la necesidad de avanzar en un nuevo modelo productivo.

Según el Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (Cedla), “en 2009, el 31% de los trabajadores ganaba menos del salario mínimo [100 dólares estadounidenses] y el 60% menos de dos salarios mínimos, ni siquiera el equivalente al costo de una canasta normativa alimentaria”. Aunque el gobierno ha revertido algunas políticas de flexibilidad laboral, esto sólo afecta al sector formal de la economía pero, según datos del citado informe, la tasa de empleos informales asciende al 62% y apenas el 23% de los trabajadores asalariados pertenece a un sindicato (51 de cada cien en el sector público y 14 en el sector privado)³⁹. Las remesas de migrantes ayudan parcialmente: representan alrededor del 5% del Producto Interno Bruto (PIB).

En el ámbito rural, el gobierno se comprometió a implementar un seguro agrícola contra desastres naturales, al tiempo que en 2006 fue aprobada la Tarifa Dignidad, que reduce un 25% la facturación de energía eléctrica a los usuarios cuyo consumo no supera los 70 kWh al mes en el área urbana, y 30 kWh al mes en el campo.

También se ha impulsado la campaña de alfabetización con el método cubano “yo sí puedo”, que al concluir declaró a Bolivia libre de analfabetismo. No obstante, pese al éxito logrado por esta iniciativa, a la que se sumaron municipios oficialistas y opositores, su continuación, “yo sí puedo seguir”, se muestra más débil, escasa de la mística inicial, lo que pone en riesgo los éxitos alcanzados dado que, en gran medida, el analfabetismo en Bolivia es funcional.

Tampoco se observan grandes transformaciones importantes en salud, más allá de la labor positiva de los médicos cubanos presentes en zonas populares bolivianas, y sigue pendiente la aprobación por el Parlamento de un seguro universal de salud (actualmente en discusión en el Congreso), lo que debiera ocurrir ahora que el MAS tiene la mayoría absoluta, y cumplir así con el texto constitucional, que reza: “El Estado, en todos sus niveles, protegerá el derecho a la salud, promoviendo políticas públicas orientadas a mejorar la calidad de vida, el bienestar colectivo y el acceso gratuito de la población a los servicios de salud. El Estado garantiza el acceso al seguro universal de salud”.

Así, las políticas sociales logran algo de distribución de renta y bastante de compensación simbólica (Evo Morales, ministros y militares salen en masa a pagar el Juancito Pinto, billete en mano) entre los sectores tradicionalmente excluidos. Pero estas políticas –aunque ya se transformaron en derechos subjetiva y legalmente– están lejos de dibujar un proyecto de sociedad más integrado, y a menudo el propio Evo Morales confunde el carácter necesario y urgente de estas medidas de transferencia (moderada) de renta con el horizonte al que debería llegarse, con una discusión más amplia de la integración y la justicia social. Como ha señalado

la socióloga y economista Fernanda Wanderley, “preocupa la forma fragmentaria de enfrentar los problemas” y el hecho de que, en muchos casos, el acceso a la distribución dependa de la capacidad de presión sectorial. Así, las trabajadoras domésticas –el grupo emblemático de los legados del colonialismo y de la discriminación de género, étnica y de clase– siguen esperando la reglamentación de su ley específica desde 2003, mientras que sectores como las cooperativas mineras o los militares han logrado tratamientos específicos (Wanderley, 2010a).

Todo ello introduce el problema de la creación de empleo productivo y mayores esfuerzos en materia educativa (más allá del exitoso programa de alfabetización). Una discusión que hoy se encuentra ubicada entre la ilusión desarrollista –grandes industrias, incluyendo “represas monstruosas” en la Amazonía (G. Linera) e “inmensas centrales nucleares” en el salar de Uyuni (diario estatal *Cambio*– y las ilusiones comunitaristas de construir una nueva civilización no occidental y poscapitalista desde Bolivia –el *vivir bien* (Wanderley, 2010).

En la misma línea, en Ecuador se ha optado por las políticas de transferencia de renta, aunque también se ha logrado aprobar una reforma impositiva progresiva (algo que no se discutió en Venezuela y Bolivia, donde predomina más fuertemente la economía rentista y se trata de distribuir más que redistribuir; es decir, importa esencialmente cuánto pagan las empresas petroleras, lo que determinará la masa de la renta disponible).

El eje de la redistribución ha sido el aumento del Bono de Desarrollo Humano –un programa que tiene como beneficiarios a los hogares pobres y extremadamente pobres que existía desde hace una década– de 15 a 35 dólares estadounidenses mensuales entre 2007 y 2010, al tiempo que se promueve hacer de los receptores del bono sujetos de crédito ante el sistema financiero⁴⁰ (los créditos blandos aparecen como un mecanismo de integración social en los tres países).

En la misma línea, se duplicó el Bono de la Vivienda de 1.800 a 3.600 dólares (en el sector rural llegó a 3.960) y se creó otro para quienes se ocupan del cuidado de personas discapacitadas. Por otro lado, se ha continuado con un subsidio universal del gas doméstico y de la gasolina, y se han promulgado tarifas diferenciadas en los servicios públicos (Ramírez, 2010a). La “Tarifa de la dignidad” (electricidad) disminuye a la mitad el valor de cada kWh para los sectores de bajo consumo, y eleva dicha tarifa a los sectores medios y medios altos. Finalmente, en el marco de la lucha contra la inflación y los efectos de la crisis alimentaria y económica de 2008 y 2009, el gobierno fijó subsidios directos a ciertos productos e insumos (harina de trigo, agroquímicos, urea), intervino sobre el precio de productos de fuerte incidencia en la canasta popular (arroz, maíz, leche y pan) y acordó con el sector privado ciertos descuentos en precios al consumidor.

En el campo de la salud, se eliminaron los costos de las consultas médicas, se amplió el acceso a medicamentos esenciales gratuitos y se normalizó la jornada de atención diaria a ocho horas. Pero lo más importante es el incremento de la inversión social como porcentaje del presupuesto general del Estado. Ésta pasó del 18% en el ciclo 2001-2006 al 24% en el 2009 (de 4,8% en relación al PIB en el año 2006 a 8,1% en el año 2009; según Ponce y Acosta, 2010). En paralelo, se ha invertido la relación inversión social/servicios de deuda (la inversión social au-

mentó 2,63% con respecto a los servicios de la deuda) y, al mismo tiempo, puede verse una mejora del salario real.

Estas políticas han permitido reducir la pobreza (de 37% en 2006 a 33% a mediados de 2010) y la pobreza extrema (de 16 a 14%); es decir, la reducción se ha vuelto más lenta que en ciclos anteriores (e incluso se ha estancado después de una fuerte disminución entre 2000 y 2006), aunque se ha reducido la desigualdad medida según el índice de Gini. Y el aumento de la pobreza entre los indígenas entre 2006 y 2009 muestra los límites de las políticas públicas de inclusión⁴¹.

En general no es difícil observar un hiato, no pequeño, entre las políticas sociales efectivamente aplicadas (progresivas pero limitadas en términos de un nuevo pacto social y fiscal) y los discursos “radicales” de los nuevos gobiernos “socialistas del siglo XXI”. En efecto, las políticas sociales siguen atadas al ciclo expansivo de los precios internacionales de las materias primas, una variable exógena a estas administraciones.

Al igual que en los casos boliviano y venezolano, la discusión deriva al problema microeconómico, de cómo generar empleo productivo y de calidad. Aunque no desdeñan los avances en la aplicación de políticas públicas diferenciadas de las concepciones neoliberales de los años noventa, Ponce y Acosta enfatizan para el caso ecuatoriano que:

Si bien es positiva la política macroeconómica contracíclica adoptada por el gobierno en medio de la crisis, no se ve una propuesta productiva que aliente al sector de las micro, pequeñas y medianas empresas, a las cooperativas, a los emprendimientos comunitarios y asociativos. No asoman estos sectores en la primera línea de preocupación del gobierno, siendo como son los mayores generadores de empleo y a la vez eficaces mecanismos para la redistribución del ingreso. No se ve que hayan sido integrados en un esfuerzo estratégico que sume esfuerzos y no los subyugue a lógicas clientelares, que conducen, muchas veces, a beneficiar a los grupos económicos más grandes (Ponce y Acosta, 2010).

Finalmente, los países que transitan caminos posneoliberales se enfrentan al mencionado problema del *rentismo*: ¿cómo ir reduciendo transicionalmente la centralidad del sector extractivo y agroexportador, e incentivar la innovación científica y tecnológica⁴²? ¿Cómo combinar las necesidades “de caja” de corto plazo –que alientan el extractivismo⁴³– con visiones de mayor alcance en términos de proyectos de país? ¿Cómo articular el nuevo desarrollismo en marcha con el debate sobre la necesidad de un nuevo modelo de desarrollo?

El caso del ITT-Yasuní en Ecuador es, no obstante, un ejemplo de la mencionada fuerza de las críticas ambientalistas, aunque se trata de una iniciativa puntual: mediante un fideicomiso se han recogido aportes (que buscan llegar al 50% de lo que se conseguiría explorando esas riquezas petroleras) para dejar el petróleo bajo tierra. También Ecuador parece la excepción (al menos “en el papel”) en la reflexión acerca de una economía posextractiva del conocimiento, en la búsqueda de articulaciones entre las diferentes dependencias estatales (la SENPLADES, la Secretaría Nacional de Educación Superior, Ciencia, Tecnología e Innovación, el SENESCYT y el Instituto Nacional de Preinversión) y la transformación en la educación superior para avanzar hacia estos objetivos. Un ejemplo es el proyecto de Ciudad del Conocimiento a partir de un acuerdo con Corea del Sur⁴⁴.

En Venezuela y Bolivia (donde el plan es el desarrollo de las industrias de base) se observa una debilidad de las fuerzas y articulaciones para complejizar el debate del desarrollo, lo cual agrega interrogantes sobre el futuro de la transición posneoliberal. Dudas, todas ellas, que no cancelan las potencialidades de los cambios en marcha pero matizan las posiciones más entusiastas sobre la superación del neoliberalismo, y más aún la apertura de senderos poscapitalistas.

Bibliografía

- Acosta, Alberto 2010 "Maldiciones que amenazan la democracia" en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 229, septiembre-octubre.
- Archondo, Rafael 2009 "Las ambivalencias del etnonacionalismo" en *Le Monde Diplomatique*, edición boliviana (La Paz) agosto.
- Armas H., Mayela 2010 "En las empresas comunales se eliminará división del trabajo" en *El Universal* (Caracas) 30 de junio.
- Barrera, Augusto; Pacari, Nina et al. 2004 *Entre la utopía y el desencanto. Pachakutik en el gobierno de Gutiérrez* (Quito: Planeta).
- Commet, Mathieu "Les conseils communaux au Venezuela. Vision et pratique de la démocratie participative sous la Révolution bolivarienne", tesis de maestría del Institut d'Etudes Politiques, París.
- Coronil, Fernando 2009 "¡Es el petróleo, estúpido! Petróleo y revolución: una visión general" en Ayala, Mario y Quintero, Pablo *Diez años de revolución bolivariana. Historia, balance y perspectivas (1999-2009)* (Buenos Aires: Maipue).
- Chiriboga, Manuel 2010 "Discusiones sobre pobreza" en *El Universo* (Guayaquil) 28 de noviembre.
- do Alto, Hervé y Stefanoni, Pablo 2010 "El MAS: las ambivalencias de la democracia corporativa" en García, Fernando Luis y García, Luis Alberto (coords.) *Mutaciones del campo político en Bolivia* (La Paz: PNUD Bolivia/IDEA Internacional).
- El Nacional* 2006 (Caracas) 15 de octubre.
- García Guadilla, María del Pilar 2007 "El poder popular y la democracia participativa en Venezuela", en <www.nodo50.org/ellibertario/PDF/consejoscomunales.pdf> acceso 1 de agosto de 2011.
- García Linera, Álvaro 2010 "Conferencia" en la Facultad de Derecho de la Universidad de Buenos Aires, 9 de abril.
- Gaudichaud, Franck 2009 "Conversación con el politólogo Edgardo Lander, después de diez años de 'Revolución Bolivariana'. El proceso bolivariano y las tensiones de un proyecto alternativo", en <<http://www.rebellion.org/noticia.php?id=80123&titular=el-proceso-bolivariano-y-las-tensiones-de-un-proyecto-alternativo->>> acceso 1 de agosto de 2011.
- Gudynas, Eduardo 2011 "Caminos para las transiciones post extractivistas", en <<http://transiciones.org/publicaciones/GudynasCaminosPostExtractivismoPeru11.pdf>> acceso 1 de agosto de 2011.
- Informe Cedla 2009 "¡No hay derecho!" (La Paz: Cedla) en <www.cedla.org/content/1985>.

- La Razón* 2010 (La Paz) 11 de junio.
- La Tendencia* 2011 (Quito) N° 11, febrero-marzo.
- Laclau, Ernesto 2005 *La razón populista* (Buenos Aires: FCE).
- Lander, Edgardo 2010 “¿Quién ganó las elecciones parlamentarias en Venezuela? ¿Estamos ante la última oportunidad de discutir el rumbo del proceso bolivariano?”, en <<http://www.rebelion.org/docs/114273.pdf>> acceso 1 de agosto de 2011.
- Long, Guillaume 2010 “El ‘lumpen golpe’ en Ecuador” en *Le Monde Diplomatique*, edición boliviana (La Paz) octubre.
- López Maya, Margarita 2005 *Del viernes negro al referendo revocatorio* (Caracas: Alfadil).
- Los Tiempos* 2010 (Cochabamba) 14 de mayo.
- Mayorga, Fernando 2009 *Antinomias. El azaroso camino de la reforma política* (Cochabamba: CESU-UMSS).
- Molina, Fernando 2009 *El pensamiento boliviano sobre los recursos naturales* (La Paz: Pulso).
- Notimex* 2010 (México) 13 de noviembre.
- Página 7* 2010 (La Paz) 19 de noviembre.
- Patria Grande* 2009 (Caracas) 7 de diciembre.
- Ponce, Juan y Acosta, Alberto 2010 “La pobreza en la ‘revolución ciudadana’ o ¿pobreza de revolución?” en *Vanguardia* (Quito) 15 al 21 de noviembre. (Reproducida en *Rebelión*).
- Prensa de PDVSA 2007 “Chávez: Estamos construyendo un socialismo petrolero muy diferente del que imaginó Marx” en *Aporrea* <<http://www.aporrea.org/ideologia/n98719.html>> acceso 1 de agosto de 2011.
- Ramírez Gallegos, Franklin 2005 *La insurrección de abril no fue sólo una fiesta* (Quito: Taller El Colectivo).
- Ramírez Gallegos, Franklin 2009 “Participación y desconfianza política en la transformación constitucional del Estado ecuatoriano”, ponencia presentada en el seminario *Reforma del Estado en los países andino-amazónicos* (La Paz: IFEA-PIEB) junio.
- Ramírez Gallegos, Franklin 2010 “Desencuentros, convergencias y polarización (y viceversa). El gobierno ecuatoriano y los movimientos sociales” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 227, mayo-junio.
- Ramírez Gallegos, Franklin 2010a “Post-neoliberalismo indócil. Agenda pública y relaciones socio-estatales en el Ecuador de la Revolución Ciudadana” en *Temas y Debates* (Rosario/Buenos Aires: Universidad Nacional de Rosario/CLACSO) Año XIV, N° 20, octubre.
- Ramírez Gallegos, Franklin 2010b “El día más triste de Ecuador” en *Le Monde Diplomatique* edición Cono Sur, N° 137, noviembre, en <<http://www.eldiplo.org/sumario.php3?numero=145&sumario=137>> acceso 1 de agosto.
- Ramírez, Franklin; Stefanoni, Pablo y Svampa, Maristella 2009 *Álvaro García Linera. Biografía política e intelectual* (La Paz: Le Monde Diplomatique). [Conversaciones con García Linera].
- Ramos Jiménez, Alfredo 1999 “Venezuela, el ocaso de una democracia bipartidista” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 161, mayo-junio.

- Saint-Upéry, Marc 2008 *El sueño de Bolívar. El desafío de las izquierdas sudamericanas* (Villatuerta: Paidós)
- Saint-Upéry, Marc 2008a “¿Hay patria para todos? Ambivalencia de lo público y ‘emergencia plebeya’ en los nuevos gobiernos progresistas” en *Íconos. Revista de Ciencias Sociales* (Quito: FLACSO-Ecuador) N° 32, septiembre.
- Stefanoni, Pablo 2004 “Ecuador, una ocupación de baja intensidad” en *Le Monde Diplomatique* edición Cono Sur, N° 64, octubre, en <<http://www.eldiplo.org/sumario.php3?numero=145&sumario=64>> acceso 1 de agosto de 2011.
- Stefanoni, Pablo 2010 “Bolivia: críticas por la adhesión de las FF.AA. al socialismo” en *Clarín* (Buenos Aires) 18 de noviembre.
- Stefanoni, Pablo 2010a “Entrevista a Alberto Acosta”, *mimeo*.
- Svampa, Maristella 2009 “Mouvements sociaux, matrices socio-politiques et nouveaux contextes en Amérique Latine” en *Problèmes d’Amérique Latine* (Paris: La Documentation Française) N° 74, otoño.
- Tilly, Charles 2010 *Democracia* (Madrid: Akal).
- Uzcátegui, Rafael 2010 *La revolución como espectáculo. Una crítica anarquista al gobierno bolivariano* (Buenos Aires: El Libertario/La cucaracha ilustrada/Malatesta/Tierra del Fuego).
- Wanderley, Fernanda 2010 “Pluralismo económico, mercado y Estado” ponencia presentada en la *Mesa de Diálogo sobre Descolonización* (La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional de Bolivia) agosto.
- Wanderley, Fernanda 2010a “Políticas sociales a cuentagotas” en *La Razón* (La Paz) 28 de noviembre.
- Zuazo, Moira 2010 “¿Los movimientos sociales en el poder? El gobierno del MAS en Bolivia” en *Nueva Sociedad* (Buenos Aires) N° 227, mayo-junio.

Notas

- 1 Consultorías elaboradas para la Fundación Friedrich Ebert por Franklin Ramírez (Ecuador), Fernando Mayorga (Bolivia) y Vanessa Cartaya y Flavio Cartucci (Venezuela).
- 2 Sobre el MAS ver do Alto y Stefanoni (2010).
- 3 “Se argumentaba que su sólida democracia, aceptada por la renta petrolera del Estado, había permitido establecer y consolidar canales de mediación y representación eficientes que conjuraban el conflicto social pronunciado y/o violento” (López Maya, 2005).
- 4 Los otros dos fueron: Abdalá Bucaram (“el loco”), en 1997, y Jamil Mahuad (quien dolarizó la economía nacional), en 2000.
- 5 Véase Barrera, Pacari *et al.* (2004).
- 6 Véase Stefanoni (2004).
- 7 En las elecciones de 2006, el candidato del Pachakutik, Luis Macas, obtuvo solamente poco más del 2% de los votos.
- 8 En febrero de 2003, un intento de aprobar un impuesto a los salarios generó un clima de descontento que incluyó un amotinamiento policial que consiguió

apoyo de estudiantes del colegio Ayacucho de La Paz. La represión de los policías por parte de las FF. AA. generó más de diez muertos y decenas de heridos.

9 En los años setenta y ochenta fueron los kataristas quienes interpellaron al Estado con sus denuncias del colonialismo interno, y en los noventa el partido Conciencia de Patria agrupó a los “cholos” y contribuyó a la etnización del discurso nacional-popular.

10 No hay que olvidar aquí que la propia concepción de ciudadanía en Bolivia tiene una fuerte connotación gremial corporativa.

11 Algo similar puede atribuirse a García Linera en sus más esporádicas apariciones en el canal estatal, donde da literalmente clases al país sobre el proyecto de gobierno. Aunque Chávez hace pedagogía en el “Aló Presidente”, a menudo lápiz y mapas en mano, está lejos de la clase magistral y apuesta a un vínculo pedagógico afectivo y de movilización de emociones con las bases, mezclando temas de gobierno con un *show* mucho más multifacético y argumentalmente bastante caótico.

12 Hay que mencionar que esta situación preexiste a los nuevos gobiernos progresistas: las reformas neoliberales fueron impuestas a menudo a fuerza de decretazos presidenciales.

13 Las encuestas revelan que la percepción ciudadana —chavistas y no chavistas— es que desde la llegada de Chávez la participación aumentó (ver informe, Cartaya y Carucci, *op. cit.*).

14 Vanessa Cartaya y Flavio Cartucci, Informe Venezuela, *op. cit.*

15 Ver Stefanoni (2010).

16 En 2004, esta modalidad de organización entró en crisis —en medio de acusaciones cruzadas de corrupción, tráfico de influencias y autoritarismo entre dos facciones enfrentadas— y fue temporalmente reemplazada por las Unidades de Batalla Electoral, destinadas a la movilización popular ante el referéndum revocatorio de ese año. Más tarde se crearon las Unidades de Batallas Endógenas Sociales.

17 Para Chávez, “los consejos comunales [...] son disparadores del ejercicio real de la soberanía popular y un instrumento de redistribución y descentralización del poder”, *El Nacional*, 2006.

18 David Velásquez, diputado del PCV y presidente de la Comisión Permanente de Participación Ciudadana de la Asamblea Nacional, citado por Commet.

19 La pregunta más frecuente sobre los CC es ¿cómo van a asumir la cantidad de funciones que se les ha asignado? El presidente Chávez en el discurso con motivo de la Explosión del Poder Comunal (Cumbre Social, 2007) señaló que además de las funciones que ya tienen, los CC podrían encargarse de la salud, la niñez, el agua, la energía, la educación y todas las funciones propias de la comunidad que en este momento están siendo desempeñadas bien, sea por las instituciones educativas, de salud, del agua y de la energía, con el apoyo a nivel local de los Comités de Salud, las Mesas Técnicas del Agua y de la Energía y en general otras instancias de la sociedad organizada (García Guadilla, 2007).

20 Un factor adicional que afecta la autonomía de los CC de los sectores populares es la presión ejercida por el Ejecutivo para militarizarlos mediante su incorporación como reservistas del ejército. En el acto del 5 de julio de 2007 con motivo del 191 Aniversario de la firma del Acta de la Independencia en Venezuela, tres mil doscientos sesenta y cuatro (3264) representantes de los CC desfilaron como reservistas al lado de las Fuerzas Armadas Nacionales en el Paseo los Próceres, bajo la consigna “Patria, Socialismo o Muerte” (García Guadilla, 2007).

21 “Otro nivel de esta presencia de los movimientos sociales se verifica en la forma de reclutamiento del personal del Estado, que obligatoriamente pasa por el filtro de los movimientos. Por último, Evo Morales, como presidente, está permanentemente rindiendo cuentas y plebiscitando localmente sus decisiones” (Pablo Stefanoni *et al.*, 2009). “[...] los mecanismos de selección del personal administrativo del Estado dejan de ser únicamente en función de meritocracia

académica y combinan otro tipo de méritos, otro tipo de calificaciones, como es el haber ayudado a los sectores sociales, el provenir de sectores sociales, el no haber defendido dictaduras, no haber participado de privatizaciones y haber defendido los recursos públicos estatales y no estatales. Hay un mecanismo de preselección de la administración pública que pasa por sectores sociales y que combina lo meritocrático académico con otro tipo de meritocracia social, digámoslo así” (García Linera, 2010).

22 Informe Bolivia en <www.cedla.org>.

23 Por ejemplo, Evo sigue siendo presidente de las Seis Federaciones (cocaleras) del Trópico de Cochabamba.

24 Fue el caso, por ejemplo, de los ministros de Minería (el cooperativista minero Walter Villarroel), Educación (el ex maestro comunista Víctor Cáceres) y Justicia (la ex empleada doméstica Casimira Rodríguez), y, más recientemente, de la ministra de Trabajo Carmen Trujillo.

25 Por ejemplo, en un audio, un diputado por Tarija se jacta de que el MAS controla el Poder Judicial y pronto hará lo mismo con el Tribunal Supremo Electoral (*Página 7*, 2010). También Evo Morales se jactó de haber engañado a la oposición al aprobarse la cláusula transitoria que impediría su postulación a una segunda reelección, y el vicepresidente García Linera habló de una estrategia militar envolvente sobre la derecha. La disposición establece que el primer mandato sí cuenta, pero el Ejecutivo alega que como no se concluyó, debido a que se convocó a comicios adelantados antes de finalizar el periodo de cinco años, el primer mandato es el que va de 2010 a 2014.

26 El llamado “pacto colonial” garantizaba la propiedad comunitaria mientras los indígenas cumplieran con una serie de “deberes”, como la mita a las minas y el pago del impuesto *indigenal*. Aunque con la Constitución de 2009 se mantiene la división de poderes republicana, se reemplazó el nombre de República de Bolivia por Estado Plurinacional; por varias razones, el término Estado sí goza de una connotación fuertemente positiva.

27 Seguimos en esta parte a Ramírez (2009).

28 Entrevista personal, 17 de noviembre de 2010.

29 Ver *La Tendencia* (2011).

30 Ver <www.americaeconomia.com/negocios-industrias/importaciones-de-alimentos-en-venezuela-ascenderan-us6500m-en-2011>.

31 Con todo, algunos sectores acusan a Chávez de debilitar la nacionalización de los setenta con los contratos de asociación con empresas transnacionales (ver <www.soberania.org>).

32 Marta Harnecker, “Intervenciones del Presidente el día 12 de noviembre del 2004” (Aporrea: citado en Uzcátegui, 2010).

33 Vanessa Cartaya y Flavio Cartucci, Informe Venezuela, *op. cit.*

34 El año 2010 cerró con una contracción del 1,7% y con una inflación del 27,2%. El de 2011 podría

ser el primer año con crecimiento positivo desde 2009. Ver <www.americaeconomia.com/economia-mercados/venezuela-espera-crecimiento-de-economia-de-5-en-2011>.

35 Vanessa Cartaya y Flavio Cartucci, Informe Venezuela, *op. cit.*

36 Organizaciones indígenas han denunciado que los condicionamientos del bono impiden el acceso de los habitantes de regiones donde no hay servicios sanitarios.

37 Así, se vuelve a los valores de 2003-2004.

38 UDAPE, Ministerio de Economía y Finanzas. Para más datos de indicadores de Desarrollo Humano, ver *La Razón* (2010).

39 Informe Cedla (2009) en <www.cedla.org>.

40 El gobierno ofrece la posibilidad de obtener un préstamo de hasta \$360 anuales a los beneficiarios del bono.

41 Ponce y Acosta (2010). La ministra Nathalie Cely, en carta pública dirigida a la revista *Vanguar-*

dia, donde se publicó un resumen del artículo de Ponce y Acosta, rebate los argumentos, basándose en algunas de las cifras que los autores emplean, para afirmar que: “la pobreza de los indígenas no aumentó, como se afirma en la versión que circuló en su revista; al contrario, se redujo entre 2008 y 2009”. Manuel Chiriboga Vega sintetiza que “más allá de la discusión sobre si se redujo o no la pobreza entre la población indígena y rural, lo cierto es que se avanzó poco y esto nos debe hacer pensar que reducirla es una de las tareas nacionales más importantes” (Chiriboga, 2010).

42 Ver, por ejemplo, Gudynas (2011).

43 Como señaló Evo Morales, “muchos no quieren que explotemos petróleo [en la Amazonía] [...] entonces, ¿cómo vamos a pagar el bono Juancito Pinto?”.

44 Ver: www.senplades.gov.ec/web/senplades-portal/603>.

2000-2010: una década de luchas feministas

Logros y deudas pendientes con las mujeres latinoamericanas en los albores del siglo XXI¹

ANDREA D'ATRI

Licenciada en Psicología por la Universidad de Buenos Aires. Especialista en Estudios de la Mujer, coordinadora del Departamento de Género del Instituto de Pensamiento Socialista Karl Marx de Buenos Aires. Con una reconocida militancia en el movimiento de mujeres de Argentina y América Latina, en 2003, impulsó la formación de la agrupación de mujeres Pan y Rosas, que también tiene presencia en Chile, Brasil y México. Dictó conferencias y seminarios sobre los temas de su especialidad en América Latina. Es autora de *Pan y Rosas. Pertenencia de género y antagonismo de clase en el capitalismo* (2004) publicado en Buenos Aires, Caracas, San Pablo y México; y editora y coautora de *Luchadoras. Historias de mujeres que hicieron historia* (2006).

Resumen

Con eje en el quiebre del Consenso de Washington, el feminismo latinoamericano se orientó en dos sentidos, que no logran sintetizarse y que provienen de su configuración previa inmediata: por un lado, la lucha estatal, institucional, democrática, ligada a los derechos humanos y supletoria del desarme del Estado benefactor, de carácter reformista, y que al apuntar a lograr medidas protectoras de gobierno formó una red de ONGs con experticia que lidia con la tecnocracia, la jerarquía y la rendición de cuentas a los entes financiadores. Por otro lado, un feminismo autónomo, con variantes

Abstract

Focused on the downturn of the Washington Consensus, Latin American feminism moved on in two directions, none of which can be completely synthesised. These are originated in their immediately preceding configuration. On the one hand, there is a struggle that involves the State, institutions, democracy, and human rights, that is supplementary to the dismantling of the welfare State, reformist in nature, and which by aiming to develop government protection measures, forms a net of expert non-governmental organisations that have to contend with technocracy and hierarchy,

anarquistas y socialistas, que en su rechazo al Estado y los partidos políticos ejerció una crítica cultural a la que cuesta salirse de la autorreferencialidad. No obstante, en los estallidos populares de la década, el feminismo retomó viejas banderas y las reactualizó en la lucha de masas en que se repolitiza. La autora analiza estas dinámicas a partir de un hecho central en las luchas feministas de la década: el derecho al aborto. El artículo repasa este desempeño del feminismo y se interroga si, a partir de él, podrá enfrentar el desafío que implica la crisis europea y estadounidense desde una estrategia que presione al Estado desde afuera e impulse las conquistas desde dentro, sea solidario con las causas internacionales, construya movimientos amplios con protagonismo de las mujeres y sujeción a sus reivindicaciones, en oposición al modelo que las convierte en beneficiarias de las organizaciones no gubernamentales.

and have to account for their actions to funding agencies. On the other hand, there is an autonomous type of feminism, one which comprises socialist variants, including the anarchist approach, and which by rejecting the State and political parties exerted a type of cultural criticism that finds it difficult to avoid self-references. Yet, through the uprisings of the decade, feminism regained strength and focused on mass struggles through which it repoliticises itself, supports the claim for a legitimate right to abortion. This article reviews feminist performance and questions whether this proves adequate enough to face the challenge posed by the crisis affecting Europe and the US on the basis of a strategy through which it can put pressure on the State from outside and trigger achievements from within, show solidarity with international causes, build comprehensive movements where women are vindicated and become protagonists rather than mere beneficiaries of non-governmental organisations.

Palabras clave

ONGs, feminismo militante, derecho al aborto, gobiernos progresistas, Iglesia católica.

Keywords

Non-governmental organisations, militant feminism, right to abortion, progressive governments, Catholic Church.

Cómo citar este artículo

D'Atri, Andrea 2011 "2000-2010: una década de luchas feministas. Logros y deudas pendientes con las mujeres latinoamericanas en los albores del siglo XXI" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Durante la última década, el feminismo estableció una compleja red de alianzas con instituciones estatales y académicas, organizaciones no gubernamentales, partidos políticos y otros movimientos sociales que lo reconfiguraron como un movimiento diverso en el reclamo de derechos civiles, pero también en la disputa cultural de sentidos. Esta trama compleja es el precipitado de recorridos anteriores: décadas en las que el feminismo latinoamericano –aún, incluso, con sus peculiaridades– no estuvo ajeno a los vaivenes del movimiento internacional.

Después de su irrupción, durante la década del setenta, centrado en un discurso antipatriarcal fuertemente cuestionador del orden establecido –en diálogo y controversia con los movimientos anticapitalistas y la izquierda política–, el feminismo reemergió a mediados de los ochenta vinculado a la agenda de los derechos humanos. A diferencia del movimiento europeo o norteamericano, en la mayoría de los países de América Latina el feminismo sufrió el corte histórico y generacional propiciado por el enfrentamiento entre revolución y contrarrevolución de América Central y las dictaduras militares genocidas del Cono Sur. Estas experiencias históricas tiñeron la práctica feminista de los años posteriores, vinculada a los procesos de democratización y pacificación, reconvirtiendo su espíritu contestatario en esfuerzo de institucionalización. Las demandas propias de la agenda feminista se trasvasaron en el nuevo lenguaje continental de los derechos humanos, al tiempo que la nueva situación política permitió, a partir de 1981, los Encuentros Feministas de Latinoamérica y el Caribe.

Hacia los años noventa, la otrora delgada separación entre centros de trabajo y estudio, por un lado, y movimiento militante, por otro, se profundizó y dio lugar a la polarización entre las especialistas, que conformaron lo que dio en llamarse una *tecnocracia de género* y las activistas fracción minoritaria que tomó la bandera de la autonomía como diferenciación específica al interior del movimiento. Como señala Maruja Barrig:

La denuncia y el discurso inflamado eran insuficientes, en los noventa había que saber responder al reto del 'cómo hacerlo'. [...] Fue necesario contar con instrumentos que permitieran rendir cuentas, a la sociedad y a las agencias donantes, de resultados tangibles, de procesos de planificación de actividades, de normas laborales internas en las organizaciones y, ciertamente, del perfilamiento de estructuras jerárquicas en su interior (Barrig, 1998).

Al mismo tiempo, la internacionalización del movimiento se profundizaba bajo los cánones impuestos por el sistema *onusino* de conferencias mundiales que, lentamente, fue reconfigurando el carácter de las ONG, convirtiéndolas en organizaciones profesionalizadas y despolitizadas, exigidas de atender las necesidades de mujeres de sectores populares, como mediadoras entre agencias de financiamiento, gobiernos y "beneficiarias", en competencia con sus pares, lo que fragmentó aun más al movimiento. Mientras los Estados privatizaban los servicios públicos y los recursos nacionales, las ONG se iban transformando en "pequeñas empresas" cuyo capital radicaba en la experticia de sus planteles profesionales, para la atención de aquellas necesidades que el Estado desatendía. "En este armado de una administración mundial global, las ONG devienen poco a poco 'subcontratistas' llenas de creatividad y *savoir faire*, poco onerosas, que ejecutan, experimentan y renuevan sin cesar las políticas internacionales de la ONU" (Falquet, 2003).

Las feministas autónomas, entretanto, fueron configurando una corriente con personalidad propia, homogeneizada más en su oposición a recibir cualquier financiamiento o su negación a trabajar en común con instituciones consideradas patriarcales (el Estado, los partidos políticos), que por sus definiciones propositivas. El feminismo autónomo englobó a pequeños colectivos anarcofeministas,

autonomistas propiamente dichas, socialistas, etc., que, en medio de la marea neoliberal, asumieron el riesgo de mantenerse al margen de la tendencia mayoritaria, al costo de construirse de un modo autorreferencial, centrado en la crítica cultural y, en cierto sentido, también vaciando el carácter político de las reivindicaciones en un ensimismamiento sectario, provocado por su ubicación a la defensiva.

Pero en la última década, signada en sus albores por la crisis del modelo neoliberal y las movilizaciones de masas en diversos puntos del continente, el feminismo se plantó en la escena latinoamericana con una joven generación que aportó nuevas fuerzas y también nuevas formas de activismo. Los levantamientos en Ecuador y Bolivia, las jornadas de diciembre de 2001 en Argentina, la movilización popular que derrocó el intento de golpe de Estado en Venezuela en 2002, las movilizaciones en México de 2006 –como el plantón de un millón de personas contra el fraude político en el centro del Distrito Federal o la gesta de la Comuna de Oaxaca–, pusieron a las masas en el centro de una nueva escena política donde las mujeres tuvieron un papel destacado. Ese protagonismo de mujeres trabajadoras, desocupadas, de pueblos originarios, propició la reactivación de una cierta militancia feminista que recobró viejas banderas y las reactualizó, asumiéndolas junto a nuevas inquietudes y reclamos.

Nuevas esperanzas y desafíos, nuevas ilusiones y desilusiones, éxitos y fracasos recorrieron la última década de un movimiento que avanzó y retrocedió al vaivén de las distintas coyunturas, pero que ya ha dejado una huella en la vida de las mujeres del continente.

Por la dificultad que entrañaría analizar las características de un movimiento tan diverso y que conserva sus particularidades regionales, y ante el riesgo de esbozar algunas generalizaciones, vamos a abordar sólo tres aspectos que nos resultan significativos de la experiencia feminista de la última década: a) la “repolitización” de esta nueva militancia feminista que surge al calor de la crisis que, primeramente en Argentina, signó los albores de la nueva década; b) la persistencia de la lucha por el derecho al aborto en la agenda de las feministas de todo el continente y su relación controvertida con los nuevos gobiernos postneoliberales; y c) las nuevas experiencias de solidaridad feminista internacional, originada en esfuerzos independientes de los encuentros o conferencias internacionales institucionalizados, que surgieron ante el golpe de Estado en Honduras (2009) y el terremoto en Haití (2010).

Una nueva generación feminista militante

El 19 y 20 de diciembre de 2001, las movilizaciones sacudieron a la Argentina y derribaron el gobierno del presidente Fernando De la Rúa. En los días previos y las semanas posteriores a su caída, hombres, mujeres, niñas y niños saquearon comercios y supermercados en los barrios periféricos de la capital y otras ciudades del país, acicateados por el hambre y la desesperación. Mientras tanto, los trabajadores tomaban fábricas para evitar cierres y despidos que se avizoraban como el único horizonte posible frente a las medidas económicas dispuestas por el gobier-

no. Amplios sectores de las clases medias urbanas impulsaron la conformación de asambleas de vecinos que, al ejercicio de ciertas formas de democracia directa, le añadieron el acompañamiento solidario tanto a los reclamos de los trabajadores como de los desocupados.

En este clima de efervescencia social, muchas jóvenes estudiantes y algunas viejas militantes feministas autónomas empezaron a hacer oír su voz en las asambleas vecinales, incluyeron sus demandas entre las de las mujeres trabajadoras y desocupadas; pero, al mismo tiempo, pusieron en pie la Asamblea por el Derecho al Aborto, donde feministas autónomas, institucionales, militantes de partidos de izquierda, de todas las edades y sectores sociales debatieron de qué manera visibilizar este reclamo en una sociedad en ebullición.

“Ese protagonismo de mujeres trabajadoras, desocupadas, de pueblos originarios, propició la reactivación de una cierta militancia feminista que recobró viejas banderas y las reactualizó, asumiéndolas junto a nuevas inquietudes y reclamos”

Mientras se profundizan la lucha, la organización, la confraternización y el debate político asambleario, una fábrica textil del centro de la ciudad tomada por sus obreras se convirtió en emblema y otro foco del activismo militante de vecinos y demás movimientos sociales, especialmente de las feministas más jóvenes. Las obreras soportaron la represión policial, organizaron encuentros nacionales con otros trabajadores que se encontraban en su misma situación, resistieron tres intentos de desalojo y pasaron varios meses en una carpa a la intemperie cuando el último intento de desalojo se hizo efectivo. Se convirtieron, sin proponérselo, en una referencia ineludible para la actividad de las feministas que, por varios meses, se reunieron alrededor de esta lucha emblemática de obreras textiles. El vínculo entre la Asamblea por el Derecho al Aborto y la fábrica Brukman “bajo control obrer@” se estableció naturalmente cuando, en los encuentros que organizaban las trabajadoras, se les propuso que conformaran una Comisión de Mujeres para que tuvieran un ámbito donde intercambiar sus experiencias y debatir acerca de sus necesidades específicas, incluyendo el derecho al aborto.

En el clima asambleario que vivía el país, el feminismo recobró así una vitalidad militante que había perdido por largos años. Las feministas no sólo marchaban en defensa de la fábrica textil tomada por las obreras o participaban de las asambleas vecinales; también marchaban con sus propias consignas en las masivas movilizaciones antiimperialistas contra la guerra en Irak; dictaban talleres sobre la salud de las mujeres o contra la violencia para las integrantes de los movimientos de desocupados, etc. Estas experiencias fueron el caldo de cultivo para que proliferaran nuevas agrupaciones, colectivos y movimientos, mayorita-

riamente integrados por jóvenes que postulaban una “revolución en la plaza, en la casa y en la cama”.

Este particular momento, en el que todas las instituciones del régimen político fueron cuestionadas, empezó a cerrarse con la asunción del gobierno de Néstor Kirchner, el intento de reconstituir las instituciones del régimen fuertemente deterioradas y la política de cooptación de las organizaciones sociales, en un intento por pasivizar los movimientos que irrumpieron durante la crisis. El feminismo no fue ajeno a esta operación pergeñada desde el poder del Estado que afectó a los movimientos de desocupados, los organismos de derechos humanos, etc. Muchos grupos feministas perecieron en ese camino, bajo la esperanza que recondujo las demandas de la calle al palacio; otros se reconfiguraron en su integración al Estado. Entre los que persistieron, sosteniéndose a contracorriente, se encuentran aquellos colectivos que protagonizaron las luchas que continuaron durante los siguientes años, por viejas y nuevas demandas, extendiéndose incluso a otros países de América Latina y el Caribe.

Esta experiencia de la Argentina fue visitada, reconocida, estudiada y difundida por múltiples redes de activistas, estudiantes, profesionales, artistas y organizaciones sociales y políticas de todo el mundo. Las feministas del continente también voltearon su mirada al Cono Sur y descubrieron un movimiento de mujeres renovado y activo, que marcó un hito en el inicio de una época en la que muchos quisieron ver el “siglo de las mujeres”. La presencia activa y la solidaridad de estos grupos de mujeres con otros movimientos sociales y grupos de mujeres de Latinoamérica, a lo largo de la década –favorecido por las nuevas tecnologías y las redes sociales– es una novedad del activismo feminista de la última década.

Derecho al aborto: mayor consenso en la población y más resistencia de los gobiernos

El reclamo por la despenalización del aborto es, quizás, el más persistente y extendido de la agenda feminista latinoamericana de la última década, ya que en la mayoría de los países de nuestro continente el aborto sigue siendo una práctica clandestina. La causa fundamental por la que esta demanda se sostiene a través de los años radica en que la práctica de abortos clandestinos sigue ocupando los primeros lugares entre las causas de mortalidad materna en el continente. Sin embargo, a pesar de que la legalización del aborto es respaldada por diversos instrumentos legales internacionales sobre derechos humanos, derechos sexuales y reproductivos, tanto los gobiernos de distintos signos políticos como la Iglesia católica y otras instituciones siguen resistiendo al reclamo de millones de mujeres latinoamericanas.

Lo distintivo de la última década fue que, con la eclosión del modelo neoliberal de los años noventa, el movimiento feminista no sólo profundizó la movilización y la lucha por este reclamo, conquistando fuertes simpatías y adhesiones, sino que prontamente depositó expectativas en los nuevos gobiernos postneoliberales, en la búsqueda de un consenso para avanzar en una agenda común, reduciendo la

propia capacidad de movilización alcanzada en aras de privilegiar el cabildeo y las negociaciones “por arriba”. Sin embargo, a pesar de las esperanzas depositadas en los nuevos regímenes y gobiernos, los cambios han sido mínimos, cuando no ha habido marcados retrocesos.

En gran parte del continente, las feministas de distintas tendencias y orígenes de los más diversos han establecido coaliciones amplias, limando asperezas y sobreponiéndose a las diferencias políticas, para pelear por el derecho al aborto. En ocasiones, estas alianzas surgieron en el esfuerzo por diseñar estrategias que permitieran avanzar en la legalización del aborto; otras veces, fueron la resultante de verse obligadas a actuar defensivamente, frente a la avanzada de sectores reaccionarios y fundamentalistas que empujaron a establecer estas coaliciones de resistencia.

En todos los casos, la última década estuvo signada por una visibilización nunca antes alcanzada de este derecho que aún es negado a millones de mujeres latinoamericanas, gracias a la persistencia del movimiento feminista de la región.

¿Cuáles fueron los logros? ¿Cuáles son las perspectivas? Todavía es un debate abierto, pero algunos ejemplos de lo que sucedió –en esta última década– en algunos países del continente evidencian que el derecho al aborto es aún un tema de profundos debates en el que la Iglesia católica –con fuerte raigambre en la región– y otros sectores fundamentalistas y conservadores no están dispuestos a ceder fácilmente, presionando a gobiernos y persiguiendo judicialmente a las mujeres afectadas y las feministas.

Ayer guerrilleros, hoy fervientes antiabortistas

En El Salvador, después de muchos años de gobiernos de la derechista Alianza Republicana Nacionalista, que había prohibido el aborto en 1998 –cuando derogó el artículo del Código Penal de 1973 que permitía el aborto terapéutico–, las mujeres esperaron un cambio con la llegada al poder del opositor Frente Farabundo Martí de Liberación Nacional. Sin embargo, estos cambios no se produjeron: la situación legal del aborto no fue modificada.

Recientemente, ante la iniciativa de la directora del Instituto Salvadoreño para el Desarrollo de la Mujer (ISDEMU) de revisar la legislación sobre aborto, el presidente Funes salió al cruce de las versiones periodísticas, aclarando que no había orden procedente del poder ejecutivo. “Yo no he dado ninguna orden, ni he dado ninguna instrucción para que se proceda a revisar la legislación en materia de aborto”, manifestó Mauricio Funes, al tiempo que desautorizó a la directora del ISDEMU por la firma de declaraciones en tal sentido, realizadas en el marco de una reunión internacional.

En Nicaragua, durante la campaña electoral por el que sería su segundo mandato después de tres derrotas electorales, Daniel Ortega, del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN), pactó con la derecha encabezada por el obispo Obando –vinculado a los sectores más reaccionarios de la sociedad nicaragüense– el apoyo de la Iglesia católica a su candidatura a cambio de que su partido votara la penalización del aborto terapéutico, un derecho que existía en el país desde 1891. Y así se aprobó en el parlamento, en 2006, con la unanimidad conseguida

por los votos del FSLN y la derecha, antes de las elecciones presidenciales en las que triunfó Ortega.

Durante la campaña electoral, el FSLN fue el único partido que publicó un comunicado sobre el tema, titulado “Sí a la vida, no al aborto” y, además, participó de una movilización contra el derecho al aborto convocada por la Iglesia católica, apoyada por el entonces gobierno conservador de Bolaños. Una vez en la presidencia, Daniel Ortega se pronunció contra los movimientos feministas y quienes luchan por el derecho al aborto en su país, llegando incluso a la persecución y la amenaza de quitar la personería jurídica a las ONG que defienden este derecho. Nueve mujeres reconocidas del movimiento feminista fueron acusadas de “apología del delito” ante la justicia nicaragüense por haber colaborado en la interrupción del embarazo de una niña abusada, en tiempos en que el aborto terapéutico era legal. Estas medidas provocaron la solidaridad y la movilización inmediata de las feministas en distintos países. Desde Honduras hasta Paraguay, cada visita oficial de Daniel Ortega fue respondida por agrupaciones feministas locales que rechazaron su presencia.

Falsas ilusiones en falsos progresismos del Cono Sur

En Chile, el aborto es ilegal en todos los casos, desde que la dictadura de Pinochet derogó el aborto terapéutico y esto no fue modificado bajo el gobierno de Michelle Bachelet, la primera mujer en llegar al más alto cargo del poder ejecutivo. Cuando en enero de 2007 la presidenta decretó la aprobación del suministro de la píldora anticonceptiva de emergencia, se suscitaron intensos debates y movilizaciones reaccionarias encabezadas por la Iglesia católica y la derecha chilenas que, si bien no consiguieron dar marcha atrás con la iniciativa, sí lograron evitar que se avanzara en el debate sobre el derecho al aborto.

En Uruguay, las activistas feministas se encontraron con una sorpresa similar dada por el primer presidente del Frente Amplio, que había asumido en un clima de gran alegría y expectativa. El parlamento uruguayo había aprobado, en 2008, un proyecto de Ley de Salud Sexual y Reproductiva que incluía la despenalización del aborto siempre que la mujer lo realizara antes de las doce semanas de gestación y, más allá de este plazo, también se permitía cuando el embarazo implicara riesgo de vida o de salud de la mujer o cuando se previera la malformación fetal incompatible con la vida extrauterina. Esta medida, que había sido presentada ante las feministas del Cono Sur como un ejemplo a seguir, en la lucha por el derecho al aborto, pronto quedó sin efecto. Porque, para que se transformara en ley, necesitaba ser aprobada por el presidente, el médico Tabaré Vázquez, quien la vetó con el aval de la ministra de Salud, mientras la Iglesia católica amenazaba con excomulgar a todos los funcionarios que la apoyaran.

Mujeres que gobiernan a mujeres que siguen sin poder gobernar su destino

En Argentina, en septiembre de 2003 se conmemoró el Día de Lucha por la Despenalización del Aborto con una movilización en la que participaron miles de

mujeres. Pero ya empezaban a surgir diferencias políticas entre las activistas que impulsaban la lucha por el derecho al aborto: mientras un sector mayoritario proponía presionar al recientemente asumido gobierno de Néstor Kirchner, generando expectativas en un cambio promovido “desde arriba”, otro sector insistía en mantener la movilización independiente por la base. El entonces ministro de Salud adoptó un discurso progresivo con respecto a la despenalización que aumentó las expectativas del activismo, mientras la entonces senadora Cristina Kirchner prometía al Vaticano no innovar en esta materia.

Al año siguiente, se realizaba el I Encuentro Nacional sobre Estrategias por el Derecho al Aborto, que proponía conformar una coordinadora nacional, elaborar un proyecto de ley y propiciar la formación de un bloque de legisladoras por el derecho al aborto. Esta iniciativa culminó, un año más tarde, en el lanzamiento de la Campaña Nacional por el Derecho al Aborto, que nucleó a diversos sectores, organizaciones de mujeres, feministas y activistas de distintos espacios. Esta campaña comenzó con un petitorio que reclamaba el derecho al aborto legal, seguro y gratuito y que consiguió la adhesión de miles de personas en todo el país. Este petitorio fue entregado al Congreso, un año más tarde, en una manifestación que reunió a más de cuatro mil mujeres en Buenos Aires. Para entonces, un bloque encabezado por la consigna “Bajo el gobierno de Kirchner las mujeres seguimos muriendo por aborto clandestino” reunió a las feministas autonomistas, diversas agrupaciones de feministas lesbianas, autonomistas y agrupaciones vinculadas a la izquierda partidaria que confrontaban con la dirección y el rumbo que había tomado la campaña.

Al año siguiente, la coalición que integra la campaña omite pronunciarse sobre los dichos de un funcionario de gobierno que plantea que el aborto no admite discusión, empezando a perder su capacidad de movilización. Lentamente, en los años posteriores, ganó reconocimiento público a través del *lobby* parlamentario y la prensa, pero las acciones y movilizaciones convocadas por la campaña quedaron reducidas a grupos minúsculos.

El gobierno de Cristina Kirchner, que sucedió al de su esposo, encierra la paradoja de que, más que nunca antes, el proyecto de ley presentado por la campaña en el Congreso de la Nación ha recibido el apoyo de diputados y diputadas de casi todos los bloques para su futuro tratamiento, mientras la presidenta insiste en su negativa a que esta discusión prospere, lo que ha sido visto con agrado por la jerarquía eclesiástica.

En Brasil, las contradicciones entre las expectativas generadas por el gobierno del PT y su compromiso real con el derecho al aborto han sido similares. La presencia religiosa en el parlamento aumentó con las elecciones de 2002, al tiempo que crecía la influencia de las organizaciones denominadas “pro vida” que iniciaron denuncias contra mujeres que habían recurrido a la práctica del aborto clandestino.

Recién para 2005, una comisión tripartita, impulsada por el gobierno, presentó una propuesta de anteproyecto de ley para despenalizar el aborto, que fue enviada por el ejecutivo al Congreso para su tratamiento. Sin embargo, bajo fuertes presiones de la Conferencia Episcopal Brasileña y otros sectores religiosos evangélicos, el ejecutivo retrocedió en su apoyo a esta iniciativa. Al mismo tiempo, se creaba el Frente Parlamentario en Defensa de la Vida y Contra el Aborto.

Después de la visita oficial del Papa Ratzinger, en 2007, el gobierno de Lula da Silva apoyó oficialmente una campaña coordinada por la Conferencia Episcopal que tenía como lema la defensa del derecho a la vida desde la concepción y finalmente, en 2008, firmó el acuerdo Brasil-Vaticano, que consolida la enseñanza religiosa en las escuelas públicas y fortalece las posiciones religiosas en contra del derecho al aborto, entre otras cuestiones. Los sectores antiaborto del parlamento crearon, además, una comisión para investigar el comercio ilegal de sustancias abortivas y la acción de organizaciones feministas que defienden el derecho al aborto.

“Sin embargo, esta batalla legislativa no se ganó sencillamente... Además, una vez aprobada la reforma y como reacción a esta decisión adoptada por el Distrito Federal, en numerosos estados mexicanos se endureció la legislación con respecto al aborto...”

En el contexto de las elecciones presidenciales de 2010, el Frente Nacional contra la Criminalización de las Mujeres y por la Legalización del Aborto –creado en 2008, por diversas activistas, organizaciones, movimientos sociales y diputados comprometidos con el derecho al aborto– presentó su propuesta públicamente. Pero las elecciones se vieron cruzadas por el debate sobre el derecho al aborto, cuando ante la presión de sectores fundamentalistas y derechistas, la candidata del PT y actual presidenta de Brasil, Dilma Rousseff, se vio obligada a pronunciarse explícitamente en contra del derecho al aborto para no perder el voto de vastos sectores cristianos. En medio de la campaña, la candidata en la que se afirmaban las expectativas de las feministas brasileñas prometió mantener la legislación sobre aborto y no innovar en otros aspectos que modificaran la legislación sobre la familia.

La isla de la despenalización

México ha sido, quizás, la única excepción durante este período. Después de muchos años de lucha del movimiento feminista, a principios de 2007, la Asamblea Legislativa del Distrito Federal de México aprobó la reforma de las cláusulas del Código Penal que penalizaban el aborto. Esta reforma, propiciada por el partido de centroizquierda que gobierna el distrito (PRD), permite abortar hasta las doce semanas de gestación, ampliando la legislación preexistente que sólo autorizaba la interrupción del embarazo en caso de violación, de que hubiera malformaciones graves del feto o si la vida de la mujer corría peligro. A la propuesta del PRD se plegaron otros partidos, con la sola oposición del conservador PAN, el partido del presidente.

Sin embargo, esta batalla legislativa no se ganó sencillamente. La innovación legislativa fue recusada inmediatamente por sectores fundamentalistas y religiosos y fue, finalmente, la Corte Suprema de Justicia la que dictaminó su constitucionalidad.

Además, una vez aprobada la reforma y como reacción a esta decisión adoptada por el Distrito Federal, en numerosos estados mexicanos se endureció la le-

gislación con respecto al aborto, con reformas promovidas por la Iglesia católica en connivencia con el PAN y organizaciones antiabortistas. Esto llevó a que en algunas legislaciones se contemple, actualmente, al óvulo fertilizado como una persona legal, aumentando la criminalización de las mujeres.

Este giro reaccionario impulsó a las feministas de distintas organizaciones, movimientos y otras defensoras de los derechos humanos a autoconvocarse en el Pacto por la Vida, la Libertad y los Derechos de las Mujeres, que impulsa la extensión de la legislación por el derecho al aborto a todos los estados, al tiempo que lucha por la libertad de las decenas de mujeres detenidas en las cárceles mexicanas por haber interrumpido voluntariamente sus embarazos.

Solidaridad feminista atravesando fronteras

En junio de 2009 el parlamento hondureño, junto con la Corte Suprema, el ejército y las iglesias daban un golpe de Estado contra el gobierno constitucional de Manuel Zelaya. Velozmente, al tiempo que la noticia se extendía por los medios de comunicación de masas de todo el continente, otras miradas de estos acontecimientos se divulgaban por las redes sociales. Entre las primeras voces que surcaron los correos electrónicos y los medios alternativos se encontraron las de las Feministas en Resistencia: mujeres de las ONG hondureñas, escritoras, profesionales y activistas de movimientos populares formaban una coalición que lograba vencer el cerco informativo, atravesar las fronteras y hacerse escuchar por las feministas de todo el continente.

Esas voces, antes que los medios masivos de comunicación, fueron las encargadas de denunciar que los militares desalojaban un piquete de más de 4 mil personas, pero que los pobladores volverían al día siguiente dispuestos a tomar la calle que el ejército había atacado a los habitantes de El Progreso que cortaban un puente, dejando un saldo de 20 heridos. Mientras las Feministas en Resistencia filtraban esa información al mundo, las mujeres que acompañaban el golpe se organizaban bajo el liderazgo de la presidenta de la Asociación contra el Aborto.

El aislamiento también fue vencido en sentido contrario: la primera certeza que tuvieron las hondureñas de que su información había llegado al otro lado del muro impuesto por los golpistas y que no estaban solas en esta batalla fue cuando recibieron un comunicado de solidaridad enviado por el movimiento socialista Pan y Rosas de Argentina. Ese comunicado, girado a distintos movimientos y activistas feministas del continente fue imitado por las militantes de otros países: el movimiento Clara Zetkin y el Centro de Estudios de la Mujer de la Universidad Central de Venezuela; las feministas nicaragüenses y salvadoreñas; la Red de Periodistas por una Comunicación No Sexista, de Argentina; Las Petateras de Costa Rica; la Marcha Mundial de Mujeres con filiales en distintos países.

En pocos días y con escasos recursos, las Feministas en Resistencia empezaron a publicar un boletín contra el golpe que, por vía electrónica, se enviaba a las activistas que se habían contactado también por esta vía, las que, a su vez, lo difundían a través de sus redes. Cuando la represión recrudeció, llamaron a las feministas latinoamericanas a movilizarse simultáneamente a las embajadas norteamericanas de cada país, al tiempo que ellas marchaban en las calles de Te-

gucigalpa. En Buenos Aires, Lima, Santiago de Chile, Sao Paulo, México, Caracas, Quito y en los países fronterizos con Honduras, las feministas se manifestaron al grito de “todas somos hondureñas”.

A cuarenta días del golpe, organizaciones feministas y de derechos humanos de México y Centroamérica se reunieron en Tegucigalpa para llevar a cabo la Semana por los Derechos de las Mujeres en Honduras, con el propósito de documentar y denunciar públicamente las violaciones a los derechos humanos contra las mujeres hondureñas, cometidas a partir del golpe de Estado. Los viajes de activistas independientes hacia Honduras y el esfuerzo de financiamiento para que las Feministas en Resistencia pudieran salir del país a contar su experiencia de lucha y organización fueron una constante durante los meses siguientes.

A partir de esa difícil situación sufrida por el pueblo hondureño, se establecieron nuevos lazos entre agrupaciones, movimientos y activistas feministas que antes no se conocían y que aún hoy perduran, aportando a un fructífero intercambio y dejando lecciones que, un año más tarde, valieron para tener una rápida respuesta de las feministas ante la catástrofe del terremoto en Haití.

El terremoto de 2010 puso al descubierto no sólo la pobreza estructural de Haití, sino también desnudó la situación de violencia a la que estaban sometidas las mujeres bajo la ocupación de fuerzas militares internacionales. Las feministas latinoamericanas no tardaron en reaccionar ante la catástrofe y, mientras las activistas de la región intentaban obtener información precisa de Puerto Príncipe o colaborar en las tareas de rescate y aprovisionamiento, se extendía por todo el continente una declaración unitaria que se pronunciaba ante los acontecimientos, buscando la adhesión de las organizaciones de mujeres, feministas, de la disidencia sexual, lesbianas, comisiones sindicales de mujeres, organismos de derechos humanos, estudiantiles y obreros.

La declaración denunciaba la presencia de las tropas internacionales y, sin negar la solidaridad proveniente de los movimientos sociales con el pueblo haitiano, exigía que las grandes empresas multinacionales entregaran alimentos, medicamentos, combustible y otros insumos para enfrentar la catástrofe, afectando sus ganancias, pero dejando el control de la distribución en manos de las organizaciones de mujeres, feministas y de derechos humanos. Rápidamente, la declaración consiguió la adhesión de centenares de mujeres de más de quince países de América Latina. Las redes que se habían establecido durante el golpe en Honduras sirvieron, esta vez, para actuar rápidamente frente a la tragedia que asolaba a las hermanas haitianas.

Simultáneamente, feministas de Costa Rica y República Dominicana organizaban un campamento en la frontera con Haití con el propósito de establecer un espacio de referencia para la solidaridad feminista internacional. Allí se instaló también la Radio Internacional Feminista con el objetivo de convertirse en un centro de acopio de información disponible para los medios de comunicación alternativos. El campamento también impulsó una convocatoria para honrar la vida de las activistas feministas haitianas fallecidas en el terremoto, en todo el continente, en el Día Internacional de la Mujer.

Conclusiones provisionales

Nuestra visión del feminismo latinoamericano de la última década no es aséptica. Fuimos parte de esta experiencia, de manera activa. Desde ese compromiso entendemos también la necesidad de ahondar en la reflexión sobre nuestras prácticas y nuestras perspectivas, con el propósito de no recaer en las estrategias que han conducido al feminismo a los callejones sin salida de la cooptación o la marginalidad.

Contamos con esta última década de nuevas y fructíferas experiencias que han dejado lecciones, aportando creativamente nuevas formas de activismo, nuevas alianzas, nuevos horizontes. Consideramos que estas experiencias que sintetizamos deben ser fuente donde abreviar para las próximas luchas por los derechos de las mujeres.

La crisis económica mundial que hoy tiene su epicentro en Europa y Estados Unidos, indudablemente repercutirá en nuestro continente y las mujeres, una vez más, serán quienes sufran sus consecuencias más nefastas. El feminismo latinoamericano ¿podrá afrontar los nuevos desafíos partiendo de las conclusiones que esta década nos ha dejado?

La independencia del poder del Estado, pero no para recluirse ensimismadamente en la creación de una contracultura, sino para enfrentar, exigir y conquistar nuestros derechos sin compromisos; la solidaridad internacional y la construcción de movimientos amplios que incluyan a las mujeres trabajadoras y de los sectores populares como protagonistas y sujetos políticos de sus propias reivindicaciones y no como meras beneficiarias de las políticas diseñadas por las expertas son algunas conclusiones de la última década transcurrida, donde el feminismo –como movimiento de lucha– volvió a despertar de un largo letargo.

Bibliografía

- Barrig, Maruja 1998 "Los malestares del feminismo latinoamericano: una nueva lectura", ponencia presentada en el *Encuentro de la Asociación de Estudios Latinoamericanos de Chicago*, del 24 al 26 de octubre.
- Cárdenas, Leonor 2010 "Presidente Funes asegura no haber ordenado revisar legislación en materia de aborto" en *Co-Latino* (San Salvador), 25 de agosto.
- Clarín* 2006 (Buenos Aires) 20 de mayo.
- D'Atri, Andrea 2007a "Nuevas encrucijadas para el feminismo del siglo XXI" en Henríquez, José (comp.) *Los '90: fin de ciclo. El retorno de la contradicción* (Buenos Aires: Final Abierto).
- D'Atri, Andrea 2007b "Repoliticization of the Women's Movement and Feminism in Argentina" en Alpízar Durán et al. (ed.) *Building Feminist Movements and Organizations. Global Perspectives* (Londres: Zed).
- D'Atri, Andrea 2010 "El feminismo y la crisis mundial" en Martínez Alonso, G. y Martínez Toledo, Y. (comps.) *Emancipaciones feministas en el siglo XXI* (La Habana: Ruth).
- Falquet, Jules 2003 "La ONU ¿aliada de las mujeres? Un análisis feminista del sistema de las organizaciones internacionales" en *Multitudes* (París) N° 11.
- Freitas, Angela 2011 *Aborto: guia para profissionais de comunicação* (Recife: IPAS).

- Gargallo, Francesca 2006 *Ideas Feministas Latinoamericanas* (Caracas: El perro y la rana).
- Gómez, S. y Blandón, M. 2007 *Los rostros detrás de las cifras: los efectos trágicos de la penalización del aborto terapéutico en Nicaragua* (Managua: IPAS).
- Vargas Valente, Virginia 2008 *Feminismos en América Latina. Su aporte a la política y a la democracia Universidad Nacional* (Lima: Universidad Mayor de San Marcos).
- Zapata Galindo, M. 2002 "El movimiento feminista en México: de los grupos locales de autoconciencia a las redes transnacionales" en Femenías, M. L. (comp.) *Perfiles del feminismo iberoamericano* (Buenos Aires: Catálogos).

Notas

1 Con la colaboración en la "Investigación sobre el derecho al aborto en América Latina" de María Chaves, socióloga por la Universidad de Buenos Ai-

res, docente (CBC-UBA) e investigadora, CLACSO, Buenos Aires.

Resistencia social en Colombia

Entre guerra
y neoliberalismo

JAIME RAFAEL NIETO LÓPEZ

Sociólogo, magister en Ciencia Política y profesor titular de la Universidad de Antioquia. Doctor en Pensamiento Político, Democracia y Ciudadanía por la Universidad Pablo de Olavide de Sevilla (España). Miembro del Grupo de Investigación, Cultura, Política y Desarrollo Social de la Universidad de Antioquia.

Resumen

Para comprender el proceso de la resistencia social colombiana (2000-2010) el autor propone como eje de análisis el impacto del “neoliberalismo armado”. El costo político-social de la implementación del modelo económico es un alto grado de despolitización, que *cuasi* desaparece la posibilidad de incidencia política directa. Por otra parte, la política de guerra que mantiene el gobierno colombiano contra las guerrillas tiene múltiples consecuencias, entre las que señala el desvío del presupuesto del gasto social a favor de la guerra, desplazamiento de población –que favorece a la estructura agraria latifundista–, es decir, un proceso de marginalización con altos índices de pobreza. Así, la resistencia civil se articula alrededor de una sola demanda, “seguridad”, la cual carece de una forma homogénea. En palabras del autor, “son expresiones fragmentadas” en espera de una oportunidad política de participación real.

Abstract

In order to understand the process underlying the Colombian social resistance (2000-2010), the writer proposes an analysis of the “armed neoliberalism” impact. The social and political cost of implementing this economic model represents so high a degree of depolitisation that the possibility of direct political influence practically disappears. Additionally, the war policy pursued by the Colombian government against guerrillas has multiple consequences, including the diversion of funds from the welfare budget to the war, and population transfers –which ultimately favour *latifundia* (landowners’ agrarian structure)–, ie it entails a social marginalisation process with high poverty rates. Hence, civil resistance hinges upon one single demand: “safety”, which is not homogeneous in form. In the writer’s words, these are “fragmented expressions” awaiting political opportunity for real participation.

Palabras clave

Conflicto armado interno, derechos humanos, guerrilla, paramilitarismo, neoliberalismo.

Keywords

Armed conflict in Colombia, human rights, guerrilla, Colombian paramilitarism, neoliberalism.

Cómo citar este artículo

Nieto López, Jaime Rafael 2011 "Resistencia social en Colombia: entre guerra y neoliberalismo" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Colombia es, quizás, el único país de América Latina en el que los dos rasgos característicos del poder hegemónico mundial del imperio se conjugan de manera *integral*. Mientras la mayoría de los países de la región encaran desde finales del siglo XX el desafío de la globalización neoliberal y sus efectos perversos en términos de desigualdad, pobreza, exclusión social e inestabilidad institucional, Colombia debe enfrentar *adicionalmente* los términos de una guerra endémica de más de cincuenta años que la somete aún más a los vaivenes de la política internacional y obstruye las posibilidades de construcción de actores sociales orgánica y políticamente robustos. En la conjugación de estas dos tendencias mundiales radica una de las más importantes excepciones de Colombia en el escenario latinoamericano. En ellas también radica la especificidad del contexto de acción de las diferentes lógicas de experiencias de resistencia y movilización social protagonizadas por múltiples actores sociales en Colombia en los últimos años (Nieto López, 2008).

El propósito de este artículo es brindar una mirada panorámica, nada exhaustiva, de la trayectoria de la resistencia social en Colombia durante los últimos diez años, tomando como referente central los ejes de la guerra y las políticas sociales y económicas derivadas de la aplicación del modelo neoliberal por parte de los gobiernos de turno durante los últimos veinte años. Sin duda, el espectro de las acciones de resistencia social en Colombia es mucho más amplio, pero sin caer en simplificaciones extremas puede decirse que alrededor de estos dos ejes (que ya son suficientemente amplios) han gravitado en los últimos años sus más relevantes y persistentes expresiones. Guerra y neoliberalismo siguen siendo, hoy, contexto y referente obligado de la resistencia y la movilización social en el país.

Para referirme a estas múltiples expresiones de movilización social o de acciones colectivas realizadas por los sectores subalternos en Colombia contra el neoliberalismo y la guerra, prefiero utilizar en este escrito el concepto más amplio de resistencia social en vez del más orgánico de movimientos sociales o el inorgánico de protestas sociales. La elección, más que de preferencia teórica, es de amplitud descriptiva, ya que como lo he mostrado en otra parte (Nieto López, 2009), la resistencia más que referirse a una modalidad específica de acción social colectiva, se refiere a una lógica de acción, que se caracteriza porque enfrenta a los subalternos contra todo tipo de poder o de dominación o contra cualquier forma de injusticia,

percibidos como tal por los propios sujetos que la protagonizan. De modo que para el caso colombiano el concepto de resistencia social comprende toda forma de acción social colectiva –pública o soterrada, confrontacional o simulada, molar o molecular, antiestatal o no, orgánica o inorgánica– orientada a socavar o enfrentar lógicas de dominación y poder *in situ*.

Neoliberalismo armado en Colombia

Aunque un poco tardíamente si lo comparamos, por ejemplo, con los países del cono sur, Colombia aplica y consolida la modernización neoliberal de la economía y la privatización del Estado en los marcos del Consenso de Washington, tal como desde comienzos de los años ochenta lo viene haciendo el resto de países latinoamericanos. Como los demás países de la región, aunque con ritmos y desarrollos diferentes, los gobiernos de Colombia de los últimos veinte años profundizan las políticas de libre mercado, a través de un fuerte intervencionismo estatal orientado a flexibilizar el mercado laboral, el flujo de capitales y del comercio, la privatización de sectores clave de la economía nacional como las telecomunicaciones, la banca, el petróleo, servicios públicos, seguridad social, educación y salud, entre otros. La reciente firma de Tratados de Libre Comercio (TLC) con el gobierno de los EE. UU. y con la Unión Europea confirma el interés del gobierno colombiano (Uribe Vélez y Santos) de profundizar y consolidar el modelo neoliberal instaurado en Colombia desde finales de los años ochenta.

El cambio del modelo de desarrollo que prevaleció en Colombia durante la segunda postguerra mundial, basado en el mercado interno y la industrialización sustitutiva con regulación social por parte del Estado, se produjo desde finales de los años ochenta. La transición de Colombia hacia el modelo neoliberal de desarrollo inició con el gobierno del presidente Virgilio Barco (1986-1990), estableciéndose firmemente bajo el gobierno del presidente Gaviria (1990-1994), a través de su política de apertura e internacionalización de la economía. Los gobiernos de los presidentes Uribe (2002-2010) y Santos (2010 al presente) no han sido la excepción en conservar el sentido y alcance de la política económica y social de los gobiernos anteriores acordes con el nuevo modelo de desarrollo. Por el contrario, parecen más decididos a profundizarlo. En el campo de las privatizaciones y reestructuración estatales continúan con la reforma de entidades estratégicas como, por ejemplo, Telecom, Ecopetrol y el ISS, al tiempo que el Plan de Desarrollo del actual presidente Santos incorpora una nueva fase del modelo, a través de una agresiva reprimarización de la economía basada en una política económica orientada a la explotación minera (carbón, gas, oro, petróleo) y la agroexportación de productos como caña de azúcar, soya y palma africana, con grandes inversiones de capital provenientes de las multinacionales y sectores vinculados estrechamente al narcotráfico, sobre la base del despojo de más de 6 millones de hectáreas efectuado durante la década pasada contra comunidades indígenas, afrodescendientes y campesinas.

En el ámbito social, las lógicas mercantilistas del nuevo modelo se hacen sentir. El gobierno del presidente Uribe, por ejemplo, hizo aprobar por el Congreso de la República la Ley N° 789 de 2002, que consagró una nueva reforma laboral a

expensas de los derechos de los trabajadores. Esta reforma flexibilizó aún más la contratación laboral, suprimió el pago de las horas extras y recortó los pagos extraordinarios de dominicales y festivos a los trabajadores; impuso una política de ajuste de los salarios del sector público por debajo de la inflación. Por otro lado, hizo aprobar en el Congreso de la República una nueva Reforma Tributaria, que incrementó el porcentaje del cobro de IVA y amplió aún más su base gravable, al tiempo que redujo o suprimió impuestos y tasas al capital nacional y transnacional. En los presupuestos anuales se efectuaron sistemáticos recortes al gasto público social destinado a salud y educación y a las transferencias fiscales a municipios y departamentos. Por su parte, el presidente Santos tramita en el Congreso una ley que redefine la asignación de los recursos a los municipios por concepto de regalías en detrimento de estos últimos.

El sentido y alcance de estas políticas, además de profundizar, como se dijo, las reformas de mercado, se orienta al desmonte definitivo del Estado Social de Derecho consagrado en la Constitución de 1991, y a la reformulación de las políticas públicas en función del mercado y el capital transnacional. Aparte de las ya indicadas contrarreformas sociales, las políticas sociales de bienestar colectivo de la población se privatizan y las que quedan bajo la custodia del Estado no han pasado de ser programas asistencialistas de corto vuelo (Familias en acción y Acción social), focalizados y de escaso impacto social. Por otra parte, en lo que se considera la mayor arremetida contra los derechos sociales y económicos colectivos consagrados por la Constitución de 1991, el presidente Santos hizo aprobar por el Congreso de la República en 2011 la Regla Fiscal, que limita la posibilidad de ejercer tales derechos a la disponibilidad fiscal del Estado.

Desde el punto de vista de la garantía del ejercicio de los derechos de ciudadanía social, puede decirse que la versión neoliberal de las políticas públicas sociales ha arrojado un rotundo fracaso. A partir del proceso de ajuste, reestructuración y apertura, la asimetría entre riqueza y pobreza se profundiza (Sarmiento Anzola, 2005). La contraparte de la aplicación del modelo neoliberal ha sido la profundización de la pobreza, la exclusión social y una mayor desigualdad entre los ciudadanos y ciudadanas del país. De hecho, en Colombia asistimos a procesos crecientes de descuidadización, que se traducen en la imposibilidad por parte de amplios sectores de la población de ejercer los derechos de ciudadanía social consagrados en la Constitución de 1991. Los veinticinco años de reformas neoliberales han estado en contravía de las garantías para el ejercicio y disfrute de los derechos económicos, sociales y culturales consagrados por el Estado Social de Derecho inscrito en dicha Constitución.

Los costos y efectos sociales de la profundización de las reformas de mercado y privatización del Estado se han hecho sentir con rigor en el estancamiento o deterioro de los indicadores sociales del país en los últimos años. Como lo anota Libardo Sarmiento, uno de los estudiosos más autorizados de la cuestión social en Colombia, la política social no ha afectado la espantosa concentración de la riqueza y las desigualdades sociales al contrario, el modelo de desarrollo ha profundizado y ampliado las brechas. Colombia es una sociedad de "tres cuartos". Mientras 3 de cada 4 ciudadanos son excluidos y viven en condiciones de pobreza, otro 25% vive en condiciones de opulencia y concentra los beneficios del es-

tilo de desarrollo. Esta situación explica la polarización social creciente (Sarmiento Anzola, 2005). Según el informe de desarrollo humano de Naciones Unidas (2005), Colombia se encuentra con relación a la distribución del ingreso entre los 10 países más desiguales en el mundo (similar a muchos de los países africanos) y entre los tres más inequitativos de América Latina (junto a Guatemala y Brasil). Desde mediados de los años setenta, la distribución del ingreso por persona ha pasado de 0,47 a 0,58 puntos en el coeficiente de Gini, 11 puntos por encima del observado hace treinta años.

El panorama social se hace todavía más complejo y azaroso para amplios sectores de la población del campo y la ciudad debido al impacto negativo del conflicto armado, ya que cerca de 3 millones han tenido que emigrar de sus tierras y poblados debido al desplazamiento forzado, las masacres de población civil no combatiente y el crecimiento desmesurado del porcentaje del presupuesto destinado a la guerra (80 mil millones de dólares estadounidenses en los dos gobiernos de Uribe) en detrimento de la participación en bienestar social, educación, vivienda, salud y proyectos productivos colectivos. La guerra ha favorecido todavía más la tradicional estructura latifundista y de haciendas del campo colombiano, excluyendo a la amplia población campesina del acceso a la tierra, recursos de crédito y tecnología que le permita desarrollar empresas productivas sostenibles en el tiempo, viéndose así abocados a sufrir los peores índices de pobreza y exclusión social. Como se dijo antes, en los últimos diez años la población campesina ha sido despojada de cerca de 6 millones de hectáreas de tierras productivas por nuevos o viejos hacendados articulados a las redes del narco-paramilitarismo en las regiones. Los casos emblemáticos de esta contrarreforma agraria, envuelta en escándalos de corrupción, fueron los relacionados con la finca Carimagua y el programa bandera del gobierno de Uribe para el campo, Agro Ingreso Seguro (Reyes Posadas, 2009; Romero, 2011).

Lo paradójico de la situación colombiana es que, mientras la economía crece a ritmos por encima del 4% en los últimos años, la situación de pobreza y exclusión social de los colombianos se deteriora crecientemente. Todo lo cual contradice la versión neoliberal del tradicional desarrollismo colombiano, según la cual con el crecimiento económico llegaría también el desarrollo social. De ahí su énfasis en el estímulo a la inversión de capital y las garantías de seguridad al mismo. Por el contrario, en Colombia, además de una guerra política, los colombianos encaran una guerra social y, en ambas, es la ciudadanía la que lleva la peor parte.

Por otra parte, los “tres huevitos” (seguridad democrática, confianza inversionista y cohesión social), como denominó Uribe Vélez a su política de gobierno, estuvieron estrechamente “empollados”. De modo que el neoliberalismo desembozado que practicó durante su mandato y heredó a su sucesor Santos estuvo sólidamente respaldado en la política de Seguridad Democrática (SD), consistente básicamente en profundizar la guerra contra las guerrillas hasta derrotarlas y someterlas, bajo el supuesto de que en Colombia no existe un conflicto armado interno sino una “amenaza terrorista”, razón para desechar cualquier posibilidad de diálogo con ellas; mientras que, por otro lado, negoció la desmovilización de los grupos paramilitares aglutinados alrededor de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC), sobre la base de la impunidad a sus crímenes y la protección de sus

bienes logrados a través del despojo a sangre y fuego de las comunidades rurales. Por último, buscó involucrar cada vez más a la población civil en la confrontación armada, a través de programas como, por ejemplo, soldados campesinos.

Nadie en Colombia discute la eficacia militar de la política de SD del presidente Uribe contra las guerrillas. Por medio de ella se produjeron los más duros golpes militares, especialmente contra las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (FARC). Muchos de sus frentes rurales fueron desmantelados o reducidos a su mínima expresión y sus estructuras urbanas en las principales ciudades del país fueron desalojadas; todo lo cual las obligó a un repliegue estratégico hacia territorios de frontera como los departamentos de Nariño, Putumayo, Cauca y Arauca. Este repliegue, acompañado de una reducción significativa de capacidad de combate, implicó una readaptación militar de las guerrillas, llevándolas a retomar su tradicional táctica de “guerra de guerrillas” y a alejarse de la condición militar para el salto a la “guerra de movimientos” lograda en la fase anterior. En esta nueva fase de la guerra, las guerrillas pierden la iniciativa en la confrontación y son las Fuerzas Armadas (FFAA) quienes la retoman. La ofensiva militar del Ejército, como se dijo, ha logrado desalojar a las guerrillas de territorios estratégicos anteriormente bajo su control, desmantelar o neutralizar algunos frentes de las FARC¹ y reducir al Ejército de Liberación Nacional (ELN) a una especie de resistencia pasiva en la que trata de evitar el mayor combate posible con las FFAA. Como parte de su política contrainsurgente, las acciones militares han venido acompañadas, asimismo, de una eficaz estrategia dirigida a la desmovilización y desertión de miembros de base y mandos medios de las filas de las guerrillas. Se estima que entre 2008 y 2009 alrededor de 12.700 miembros de las FARC se han entregado a la autoridades y más de mil mandos medios han dejado las armas, muchos de ellos con más de diez años dentro de las filas guerrilleras (Llorente, 2009). Sin duda, sobre la eficacia de esta estrategia contrainsurgente cabalgaron los altos índices de popularidad mediática de Uribe Vélez durante sus años de gobierno.

Sin embargo, a pesar de estos éxitos y el triunfalismo que los ha acompañado, hasta el punto de creer que se trataba del “fin del fin de las FARC”², lo cierto es que hasta ahora las guerrillas no han recibido ningún golpe militar que las ponga en situación de derrota estratégica frente a las fuerzas estatales. Por el contrario, desde 2009 parecen dispuestas a retomar la iniciativa militar y recobrar la iniciativa política a través de la oferta de liberación a cuentagotas de secuestrados en su poder y el diálogo epistolar con Colombianos y Colombianas por la Paz, una iniciativa de paz de sectores de la sociedad civil liderada por la senadora Piedad Córdoba. En cuanto a la iniciativa militar, desde 2009 se incrementaron las acciones guerrilleras con resultados contundentes contra las FFAA no sólo en el territorio de frontera hacia donde se habían refugiado, sino también en algunas de sus zonas históricas, como Huila, Caquetá y Meta. Allí se ha evidenciado, además, su intención de proyectarse en lo urbano (Llorente, 2009).

Por otra parte, contra lo declarado insistentemente por el Gobierno Nacional en el sentido de haber puesto fin al paramilitarismo en Colombia, a lo que asistimos desde hace algunos años es al resurgimiento y el rearme de los grupos paramilitares de la mano del narcotráfico, bajo la nueva denominación de Bandas Criminales Emergentes (BACRIM). Muchas de estas “nuevas” bandas paramilitares

corresponden a viejas estructuras paramilitares que se negaron a desmovilizarse durante el proceso anterior adelantado por la mayoría de los miembros de las AUC, y otras corresponden al rearme de grupos anteriormente desmovilizados. Muchas de ellas no sólo mantienen su tradicional actividad del narcotráfico, sino que continúan criminalizando cualquier manifestación de protesta social y política y a sus liderazgos. Todo esto expresa las limitaciones o el fracaso de la política de sometimiento y desmovilización del paramilitarismo por parte del Gobierno Nacional luego de los acuerdos de Santa Fe del Ralito y la promulgación de la ley de Justicia y Paz. De este modo, puede decirse que al final de los dos mandatos consecutivos de Álvaro Uribe Vélez y de aplicación a fondo de la estrategia de guerra en los marcos de la política de SD, pese a sus éxitos relativos, Colombia no es un país finalmente pacificado. Aunque para el presidente Santos, quien fue ministro de Defensa de Uribe, la política de SD no ocupe en su agenda de gobierno la misma prioridad que en la de su antecesor, no ha renunciado a mantenerla y profundizarla.

“Sin embargo, a pesar de estos éxitos y el triunfalismo que los ha acompañado [...], lo cierto es que hasta ahora las guerrillas no han recibido ningún golpe militar que las ponga en situación de derrota estratégica frente a las fuerzas estatales.”

Sin embargo, más allá del grado de eficacia de la política de SD y de su suerte durante el gobierno de Santos, lo que aquí interesa subrayar es el altísimo costo institucional y humanitario (sobre todo este último) que dicha política produjo para el país. Por un lado, la confrontación continua del presidente contra las Altas Cortes, a las que intentó someter desde un comienzo a las lógicas y preceptos de la política de SD, especialmente en materia de impunidad y de reconocimiento político a los paramilitares, el desconocimiento del gobierno al derecho de las víctimas a verdad, justicia y reparación; lo mismo que a los derechos de la población desplazada. Tal confrontación, efectuada especialmente contra la Corte Suprema de Justicia, se exacerbó a raíz de las investigaciones y juzgamiento adelantados por ésta contra políticos de su partido (el Partido Social de Unidad Nacional, conocido como “partido de la U”) por sus vínculos con el paramilitarismo y el narcotráfico (parapolítica); o por las interceptaciones telefónicas ilegales (“chuzadas”) y otras formas de espionaje realizadas desde el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS, policía de seguridad del gobierno) contra magistrados de la Corte, periodistas y líderes de la oposición, lo mismo que por investigaciones contra actos de corrupción en organismos nacionales que comprometen a personal político de su partido. Tal confrontación desencadenó un ambiente de desinstitucionalización nunca antes visto desde la promulgación de la Constitución de 1991.

Pero el costo más grave de dicha política fue el humanitario, registrado en los altos índices de violación sistemática de los DD. HH. a manos del ejército y organismos de seguridad del Estado contra la población civil y del Derecho Internacional Humanitario (DIH) por parte de paramilitares y guerrillas. Un referente

emblemático en esta materia fueron los llamados “falsos positivos”, 3 mil crímenes cometidos por las FF. AA. contra jóvenes a quienes luego presentaban como guerrilleros. Pero también se presentaron bombardeos indiscriminados, desplazamiento forzado y masacres contra la población civil a raíz de las incursiones del ejército o los paramilitares; así como desapariciones forzadas, asesinato de sindicalistas y líderes sociales, secuestros, ataques indiscriminados contra instalaciones civiles y comunitarias, persecución, amenazas y destierros contra defensores de DD. HH. y periodistas. De este modo, durante la política de SD, la guerra política ha adquirido cada vez más los visos de una guerra contra la población civil.

Resistencia y movilización social: trayectoria y actualidad

Esta guerra social y política ha desencadenado, sin embargo, importantes procesos de resistencia social por parte de vastos sectores de la ciudadanía, tal como lo ilustraré más adelante. Muchas de estas múltiples expresiones de resistencia actuales en Colombia confirman y recrean una tradición social y política constitutiva de la personalidad histórica colombiana. Entre estas referencias históricas se encuentran: 1) las primigenias luchas de resistencia de los indígenas, especialmente en el Cauca (la Gaitana, a la cual aún se la evoca por los indígenas paeces) y la Costa Atlántica, contra la conquista y dominación españolas; 2) las rebeliones de esclavos negros y el éxodo de los cimarrones para constituir luego los palenques como espacios retirados del dominio de la esclavitud y espacio oculto para recrear lo que J. Scott llama un “discurso oculto”, de afirmación de sus valores, sus culturas y de creación de sus propias formas de sobrevivencia; 3) la rebelión de los comuneros en los santanderes contra la política económica de la corona española en el siglo XVIII, bajo el liderazgo de José Antonio Galán y Manuela Beltrán, coetáneo con la rebelión de Túpac Amaru en los Andes peruanos y bolivianos; 4) las gestas de independencia en el siglo XIX dirigidas por Simón Bolívar, con la participación de un ejército plebeyo integrado por zambos, mestizos, mulatos, pardos y negros; 5) la rebelión de los artesanos organizados en sociedades democráticas contra el liberalismo económico a mediados del siglo XIX, que las llevó al poder brevemente, siendo derrocadas por la coalición liberal conservadora de ese entonces; 6) la tradición de mutualismo, ayuda mutua, cooperativismo y solidaridad, persistentes en el tiempo por parte de poblaciones del campo y las ciudades, indígenas, campesinos y artesanos ciudadanos³.

Esta tradición se enriquece en el siglo XX con las luchas de resistencia como 1) la del sindicalismo “heroico” de los años veinte por conquistar derechos laborales y salariales dignos, el cual protagonizó históricas huelgas como las de las bananeras en 1928; 2) las luchas de los campesinos por recuperar sus tierras, por la rebaja de los arriendos o por la libertad de cultivos desde los años treinta hasta los años setenta, en los que aparece más claramente la lucha por una reforma agraria democrática; 3) las luchas de los campesinos liberales contra la violencia desatada por los gobiernos conservadores y la dictadura de Rojas Pinilla en los años cincuenta; 4) la marcha del silencio encabezada por el caudillo liberal Jorge Eliécer Gaitán y su emblemática Oración por la Paz contra la violencia bajo el gobierno de Ospina Pérez (1944-1948); 5) el paro cívico nacional de 1977 contra el hambre

y por libertades políticas, protagonizado por el sindicalismo y sectores populares urbanos; y 6) las luchas cívicas de cientos de municipios y veredas colombianos en los años ochenta por autonomías locales, redistribución del presupuesto nacional y dotación de infraestructura básica de servicios públicos y vías.

Esta trayectoria histórica de las resistencias sociales en Colombia se actualiza en los años ochenta con la formación del movimiento por los DD. HH. en los marcos del gobierno autoritario de Julio César Turbay Ayala (1978-1982); el Movimiento por la Vida, integrado por un espectro plural de actores tras los trágicos acontecimientos de la toma y contratoma del Palacio de Justicia en 1985, por guerrilleros del M-19 y la fuerza pública, del cual surgió la iniciativa de la Semana por la Paz que año tras año se realiza en el mes de septiembre desde 1987; así mismo, se actualiza con el movimiento por la Asamblea Nacional Constituyente que desembocó en la promulgación de la Constitución de 1991. Todas estas expresiones históricas de resistencia muestran que en Colombia la dominación y las situaciones de injusticia siempre han encontrado respuestas activas de actores colectivos que se resisten a la vulneración de sus derechos, de su dignidad y de su autonomía.

En Colombia es muy común referir a la población civil, por ejemplo, en relación con la guerra, en términos de “víctima” de los actores armados; referencia que, sin duda, manifiesta el drama humanitario que dolorosamente padecen sectores importantes de la población como consecuencia de la agudización y degradación del conflicto armado. La violación sistemática y generalizada de los DD. HH. y del DIH a manos de las guerrillas, del paramilitarismo y del Estado, resume las múltiples expresiones de violencia contra la ciudadanía y el grado extremo de degradación del conflicto armado interno colombiano. El desplazamiento forzado, las masacres, los homicidios, los secuestros, las desapariciones forzadas, la destrucción de bienes civiles y el reclutamiento forzado, que se incrementan ostensiblemente, son las manifestaciones concretas de esta dura realidad. La “guerra contra la sociedad” no es fortuita, sino que hace parte a menudo de estrategias de guerra planeadas por los actores armados, orientadas a ejercer eficaz control sobre la población civil, el territorio y sus recursos, las cuales vienen acompañadas de múltiples formas de sometimiento de las organizaciones sociales o comunitarias a los designios del actor armado que domina el territorio o a la destrucción de las mismas cuando la subordinación fracasa o no es posible ejercerla.

Sin embargo, este “neoliberalismo armado” no sólo ha producido víctimas, también ha desatado procesos colectivos muy valiosos de resistencia y de lucha social, en los que la ciudadanía avanza hacia el ejercicio de sus derechos, el cese de la guerra, la búsqueda de la paz, el respeto de sus libertades, la autonomía, el rechazo a las contrarreformas sociales neoliberales y la autogestión económica y social. Es así como, más allá de la cruda realidad del conflicto armado y de las políticas neoliberales y sus consecuencias dramáticas sobre la población, en Colombia se han producido en los últimos años acciones colectivas de la ciudadanía contra la guerra y contra la exclusión social. En los últimos diez años, la resistencia civil no armada contra la guerra y el modelo neoliberal se ha expresado en un conjunto variado de acciones colectivas, algunas de carácter nacional, otras de carácter local, algunas de manera puntual, otras de carácter más orgánico, algunas bajo

formas novedosas de organización y protesta, otras basándose en viejos repertorios de protesta y formas tradicionales de organización, algunas bajo nuevas formas de organización y tradicionales formas de protesta, otras bajo nuevas formas de protesta y tradicionales formas de organización, algunas con objetivos muy limitados circunscritos a los intereses del actor que las protagoniza, otras con objetivos más amplios orientados a desafiar políticamente a los poderes hegemónicos o a producir cambios en las políticas públicas. Igualmente el espectro de actores sociales protagónicos de estas expresiones de resistencia se ha ampliado con la participación, además del sindicalismo, de las comunidades indígenas, afrodescendientes, comunidades barriales urbanas, mujeres, población LGTB y jóvenes, entre otros.

Contra la idea generalizada de unanimismo mediático alrededor de los mandatos de Uribe Vélez, por ejemplo, el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) registra que durante su gobierno la movilización social alcanzó el pico más alto en los últimos cincuenta años. Según su minucioso y riguroso registro, en el período 1958-1974 la media anual de las luchas sociales fue de 173; entre 1975 y 1990 asciende a una media de 476 por año; entre 1991 y 2001 baja ligeramente a 429 por año; y entre 2002 y 2008 se aprecia un considerable aumento al llegar a una media de 643 por año, siendo el año de 2007 el de mayor auge de protestas sociales desde 1975, de lo cual se puede concluir que durante este último período, que coincide con los dos gobiernos de Uribe Vélez se ha presentado el mayor nivel de protesta social en cincuenta años, lo que significa que se han producido dos luchas sociales por día en el país. Aunque las protestas se han producido en todo el territorio nacional, los departamentos de Antioquia, Valle, Santander y Cauca concentran el mayor número de ellas (CINEP, 2009).

Si se les contrasta con el escenario latinoamericano, estas manifestaciones de resistencia social en Colombia no han tenido el alcance y el impacto de las que se han producido, por ejemplo, en países como Bolivia, Argentina, Venezuela y Ecuador a comienzos de siglo, muchas de las cuales han logrado adquirir niveles de rebelión y desencadenado cambios en las relaciones de poder en esos países.

En Colombia, pese a esta diferencia tan marcada con la mayoría de los países latinoamericanos y a los propios factores adversos que la condicionan, como el clima social y político generado por la propia guerra, las acciones colectivas de resistencia no dejan de expresarse, son persistentes en el tiempo y adoptan nuevos desarrollos, incluso impactando en el diseño de las políticas de paz de los gobiernos de turno o conteniendo la aplicación de políticas neoliberales. Muchas de ellas, sobre todo las de base territorial, hunden sus raíces en la configuración de la nación, como los indígenas y los negros, y se nutren de imaginarios y tradiciones milenaristas propios de su cultura.

Uno de los ejes centrales de la resistencia social contemporánea ha sido la guerra. Frente a ella, en los últimos quince años en Colombia se estructuran algunos movimientos de resistencia civil de carácter nacional, con epicentro en las grandes ciudades, integrados en forma pluralista, que traducen el propósito de importantes sectores de la ciudadanía por detener la guerra y encontrar salidas negociadas a la confrontación armada. También en el plano local se estructuran múltiples movimientos de resistencia civil no armada, como expresiones de comunidades barriales en las ciudades, de comunidades negras e indígenas o de comunidades

campesinas en la vasta geografía nacional. Las acciones sociales de resistencia civil no armada a la guerra en Colombia tienen un carácter civilista, por el respeto de los DD. HH. y del DIH, por la paz, la vida y la autonomía de los ciudadanos⁴. Sus protagonistas son fundamentalmente comunidades de base territorial y local, tradicionalmente excluidas y oprimidas, como las comunidades afrocolombianas, indígenas, campesinas y algunas comunidades barriales de la periferia de las ciudades. Por lo general, estas acciones colectivas son lideradas por los dirigentes naturales de dichas comunidades, contando con el acompañamiento de algunas ONG nacionales e internacionales y de la Iglesia católica especialmente. Cabe destacar, además, que algunas de estas experiencias de resistencia civil no armada frente a la guerra se transforman o se conjugan con expresiones de resistencia socio-económica contra los impactos negativos del modelo neoliberal de desarrollo o contra la inveterada exclusión de los beneficios del desarrollo social, económico y regional de sus territorios.

En la irrupción de estos movimientos, tanto nacionales como locales, puede leerse la otra dimensión de la guerra en Colombia: la resistencia de sectores importantes de la ciudadanía a aceptar la polarización de la sociedad según las lógicas bélicas de los protagonistas del conflicto, y el fracaso de los mismos por convertir su guerra en guerra civil; asimismo, la dinámica sociopolítica que se desarrolla por fuera del Estado y del control de los protagonistas armados, para construir procesos de paz desde la propia sociedad y contribuir a la búsqueda de una salida negociada al conflicto armado.

Los movimientos de resistencia civil no armada a la guerra de carácter nacional han sido caracterizados bajo la fórmula genérica de “sociedad civil por la paz” y más recientemente como movimientos por la paz. El itinerario y protagonismo de los movimientos nacionales por la paz es bastante amplio y sostenido en el tiempo. Intentaré aquí presentar una síntesis de los mismos, destacando sus momentos álgidos, sus protagonistas y formas de acción⁵. El momento realmente ascendente del movimiento por la paz en Colombia comienza a inicios de los años noventa, asociado en un primer momento con la declaratoria de “guerra integral” del presidente César Gaviria para combatir a las guerrillas, tras el fracaso del proceso de negociación adelantado por ese gobierno con las guerrillas de las FARC y el ELN en Tlaxcala, México. Desde entonces, en la medida en que el conflicto armado escalonaba a niveles impredecibles, más se fortalecía el movimiento por la paz, especialmente por los efectos perversos del mismo sobre la población civil no combatiente.

Para mediados de los años noventa, la movilización ciudadana por la paz se había convertido prácticamente en el único movimiento social y político de importancia en el país, con independencia del Estado y de los partidos políticos, al cual confluían por supuesto viejos y nuevos movimientos sociales organizados alrededor de temas y problemas particulares. En 1995, la jerarquía de la iglesia católica organizó la Comisión de Conciliación Nacional, con la intención de mediar entre las partes en conflicto y estructurar una política permanente de paz, de la cual formaron parte obispos, políticos, líderes sindicales, ex-militares, periodistas y empresarios. Por su parte, las centrales obreras, las ONG de derechos humanos y activistas de izquierda conformaron el Comité de Búsqueda por la Paz para con-

tribuir a la misma desde una perspectiva popular. Este comité organizó seminarios sobre paz integral y sociedad civil, con la participación de trabajadores, indígenas, grupos de mujeres, de jóvenes y ambientalistas, con la intención de construir un gran movimiento social por la paz.

“...el mayor esfuerzo político se cristalizó en la organización de lo que sería calificado más tarde como, sin lugar a dudas, la expresión pública y política más trascendental del movimiento por la paz en Colombia: el Mandato por la Paz, la Vida y la Libertad”

En 1996 la confluencia entre la Red Nacional de Iniciativas por la Paz y contra la Guerra (Redepaz) y País Libre por anudar esfuerzos contra la guerra y sus efectos sobre la población civil, permitió la realización de manifestaciones conjuntas en diciembre de ese año. Sin embargo, el mayor esfuerzo político se cristalizó en la organización de lo que sería calificado más tarde como, sin lugar a dudas, la expresión pública y política más trascendental del movimiento por la paz en Colombia: el Mandato por la Paz, la Vida y la Libertad. La idea consistió en realizar una consulta a la ciudadanía que tuviera la fuerza de un mandato del constituyente primario, coincidiendo con la realización de las elecciones locales y regionales en octubre de 1997. Además de los organizadores iniciales como Redepaz, País Libre y UNICEF, al proceso de organización del mandato se vincularon ONGs de derechos humanos, organizaciones sindicales y empresariales, entre otros.

La campaña alrededor del mandato, que contó con el apoyo de los medios, la Iglesia católica y algunos mandatarios locales, hizo de éste el proceso político más importante del país en la coyuntura, superando en importancia incluso a las propias elecciones regionales y locales convocadas para la misma fecha. El proceso culminó con el resultado de cerca de 10 millones de votos de colombianos a favor del Mandato Ciudadano. Más allá del impacto político producido en términos de legitimidad de la salida negociada al conflicto armado, el mandato tuvo impactos políticos prácticos como, por ejemplo, incidir en la agenda de discusión pública, la aplicación de la prohibición legal de la participación de menores de 18 años en la guerra y la prohibición de la vinculación de civiles en actividades de inteligencia y vigilancia a través de las cooperativas de seguridad como las Convivir. Asimismo, el mandato desencadena el proceso de diálogo entablado entre el ELN y la sociedad civil en Maguncia, Alemania, que facilita los acercamientos entre este grupo armado y el gobierno nacional, malgrado posteriormente con la presidencia de Andrés Pastrana.

Para 1999 esa convergencia de fuerzas y movimientos realizó marchas y acciones conjuntas contra el secuestro y la desaparición forzada, llevando la iniciativa ante el Congreso de la República para que esta última fuera tipificada como delito, tal como se había hecho respecto del secuestro. Para diciembre del mismo año se organizaron en todo el país marchas por el “¡no más!”, con el apoyo sesgado de los medios a favor del “¡no más!” secuestros, intentando darles un sentido de

condena a las guerrillas. Pese a la amplia movilización desencadenada alrededor del “¡no más!”, con cerca de 4 millones de manifestantes, las marchas dejaron el sinsabor, sobre todo entre Redepaz y las organizaciones sociales, de haber sido manipuladas y aprovechadas a favor de un sector y de condena a otros. Esto marcó el derrotero en el curso de acción subsiguiente del movimiento por la paz. En lo sucesivo, debido a controversias y disputas por los sentidos de la acción colectiva, el movimiento ciudadano por la paz terminó dividido y debilitado, situación que se vio favorecida por el inicio del proceso de paz del gobierno del presidente Pastrana con las FARC en 1998 y la expectativa suscitada por el mismo en amplios sectores de la ciudadanía. Cuando el proceso de paz se suspende, el movimiento por la paz entra en un verdadero período de crisis y reflujo.

Además de los anteriores movimientos nacionales por la paz, se conocen otras iniciativas valiosas como, por ejemplo, Colombia Va, Paz Colombia, Red de Universidades por la Paz, Ruta Pacífica de Mujeres y la Red Nacional de Mujeres, entre otros. Estas últimas organizaron una amplia movilización de las mujeres contra la guerra el 25 de julio de 2002, así como diversas marchas a zonas azotadas por el conflicto en solidaridad con la población civil (Rojas Rodríguez, 2004). Más recientemente, cabe destacar la fuerza que en los últimos años han cobrado las movilizaciones de las víctimas y los desplazados, quienes exigen verdad, justicia, reparación y reconocimiento de sus derechos. El movimiento de víctimas, por ejemplo, ha sido artífice de los debates y promulgación de las leyes de víctimas y de tierras, denunciando los alcances recortados de los proyectos presentados por el gobierno del presidente Santos al Congreso de la República.

Por otra parte, en la medida en que el conflicto armado adquirió progresivamente una dimensión territorializada y local, sobre todo en los últimos ocho años, puede advertirse igualmente una pérdida relativa de centralidad de lo nacional respecto a lo local en la movilización ciudadana contra la guerra y por la paz.

Muchas de las experiencias territorializadas y locales de resistencia civil no armada se han constituido en expresiones orgánicas de sus comunidades (“comunidades de paz” o “territorios de paz”), que surgieron en un comienzo de manera espontánea para oponerse a la agresión de que han sido víctima por parte de los diferentes actores armados o contra la pretensión de éstos de involucrarlos en acciones bélicas contra otros. Estos movimientos de resistencia civil no armada son, por lo general, de base popular, claman contra la polarización, trabajan por la reconciliación, la convivencia pacífica y la reconstrucción social e identitaria de sus comunidades locales.

Cabe destacar, como dijimos antes, que algunas de estas experiencias de resistencia civil no armada frente a la guerra se transforman o conjugan en expresiones de resistencia social contra los impactos negativos del modelo neoliberal de desarrollo o contra la inveterada exclusión de los beneficios del desarrollo social, económico y regional de sus territorios. Empresas productivas, cooperativas de trabajo artesanal o explotaciones agropecuarias comunitarias son algunas de las muy variadas formas de integración social y comunitaria y de resistencia social frente a la exclusión y los desmanes de la guerra.

Entre muchas de las acciones colectivas de resistencia civil no armada de base territorial de los últimos años en el país, se destacan, por ejemplo: 1) el “Proyecto

Nasa”, en Toribío Cauca, protagonizado por los indígenas paeces; 2) la experiencia de comunidades afrodescendientes, conocida como la Asociación Campesina Integral del Atrato (HACIA) en el Medio Atrato chocoano; 3) la experiencia campesina de la Asociación de Trabajadores Campesinos del Carare (ATCC) en el corregimiento de La India (Santander); 4) la experiencia indígena de Neutralidad Activa de la Organización Indígena de Antioquia (OIA); 5) la experiencia campesina de la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, en Urabá antioqueño, una de las más duramente asediadas por los protagonistas armados; 6) la experiencia de comunidades negras de la Comunidad de Paz de San Francisco de Asís, en Urabá chocoano; 7) la experiencia de comunidades negras, conocida como Comunidades en Autodeterminación, Vida y Dignidad (CAVIDA) en Urabá chocoano; 8) la experiencia indígena de “La María” en el Cauca; la experiencia indígena de Resistencia Comunitaria de Caldon, en el Cauca (Hernández, 2003); 9) el proceso de soberanía popular de Mogotes, en Santander; 10) la experiencia de la Comunidad de Paz del barrio Vallejuelos y de otras comunidades barriales en Medellín; 11) la experiencia en los municipios del Alto Ariari, en el pie de monte de los Llanos Orientales; 12) la experiencia del Valle del río Cimitarra; 13) la de los municipios del Oriente antioqueño; 14) las experiencias en los municipios de Urabá antioqueño; 15) la de Coconuco, al oriente del departamento del Cauca (Samper, 2002); y, finalmente, 16) la experiencia de la comunidad indígena emberá chamí, en el municipio de Riosucio (Caldas).

Cabe destacar igualmente las iniciativas de paz desde la base con énfasis en la profundización de la democracia (Hernández, 2004), como 1) la Asamblea Municipal Constituyente de Mogotes, en Santander, en 1997; 2) Pensilvania Comunidad Viva, en Caldas, en 2001; 3) la Asamblea Municipal Constituyente de Tarso, en Antioquia, en 2001; y, más recientemente, 4) la Asamblea Constituyente de Antioquia, en 2004. Los objetivos de estas asambleas constituyentes son los de promover la elaboración de planes de desarrollo local o regional, promover una cultura política democrática, combatir el clientelismo y la corrupción en la administración pública y de oposición a la guerra y por la paz.

En los barrios de las principales ciudades del país, como Bogotá y Medellín, las comunidades barriales desarrollan desde hace varios años múltiples formas de resistencia civil no armada, muchas veces de manera simulada, algunas en forma confrontacional, contra el dominio de los actores armados ilegales en sus territorios, por la defensa de la vida y sus derechos y el respeto a las organizaciones sociales.

Por otra parte, frente a la globalización neoliberal de la economía y la privatización del Estado, son muy variadas las formas de resistencia articuladas por los sectores subalternos, aunque de menor resonancia pública que las desarrolladas frente a la guerra. Las acciones colectivas de resistencia en este campo han sido protagonizadas fundamentalmente por los tradicionales movimientos sociales, en especial por el sindicalismo, destacándose el sector de trabajadores del Estado, el cual –pese a su proverbial debilidad histórica y su debilitamiento actual como producto de los efectos de la guerra y la reestructuración económica neoliberal⁶– ha conjugado las acciones al interior de las empresas o de las diferentes ramas del sector público con acciones nacionales de protesta, como por ejemplo, paros

nacionales, manifestaciones públicas y concentraciones en las principales ciudades del país, en las que ha intentado articular a otros sectores urbanos, cívicos, estudiantiles, campesinos e indígenas. Estas acciones han sido lideradas por las grandes centrales obreras, por trabajadores del Estado o por sindicatos de industria como la Unión Sindical Obrera, los empleados bancarios y los educadores. En el centro de estas expresiones de resistencia está la defensa de derechos sociales y laborales adquiridos, como la contratación colectiva, el derecho al trabajo, la defensa de los salarios, la defensa de la universidad pública y la calidad de la educación, la defensa del patrimonio nacional de las empresas estatales contra su privatización y contra la flexibilización laboral, entre otros. La más reciente de estas movilizaciones nacionales fue la realizada el 18 de febrero de 2010 por miles de personas en todo el país contra los decretos de Emergencia Social del presidente Uribe, que pretendían reformar, en un sentido aún más mercantilista que el que ya tiene, el sistema nacional de salud. La jornada de protesta fue convocada por el Comando Nacional Unitario, integrado por la cuatro centrales sindicales del país (CUT, CGT, CTC y CPC), y fue respaldada por decenas de organizaciones sociales y políticas de carácter regional y local.

En el marco de la reciente negociación del TLC con los EE.UU., la resistencia contra la globalización neoliberal se ha reactivado a nivel nacional, destacándose el papel protagónico ganado por los indígenas del sur del país, quienes han realizado varias marchas por la carreteras principales de pueblos y ciudades, incluida la vía panamericana que une a los países de Suramérica, con bloqueos de vías y tomas de plazas públicas. Más recientemente destaca el papel protagónico que vienen cobrando los trabajadores vinculados a la agroindustria o la explotación de petróleo. Cabe registrar especialmente el paro sostenido por varios meses en 2008 por los corteros de caña de azúcar del Valle del Cauca, por mejorar las condiciones salariales y laborales y en contra de las cooperativas de trabajo asociado; asimismo, la huelga con visos de estallido social y laboral protagonizada por más de 10 mil trabajadores petroleros en Puerto Gaitán (Meta) contra la multinacional canadiense Pacific Rubiales Energy, que opera en Campo Rubiales, debido al despido de más de mil trabajadores y por la exigencia de mejorar las condiciones salariales y laborales.

Al lado de las anteriores expresiones de resistencia colectiva emergen formas inéditas de “emprendimiento” económico, de base comunitaria, vecinal o familiar, inspiradas en criterios de solidaridad, ayuda mutua y cooperación, algunas de las cuales actúan coordinadamente en forma de red; asimismo, se fortalecen formas arraigadas de economía solidaria, como el mutualismo y el cooperativismo. La mayoría de estas formas de “economía popular” se desenvuelven en el sector servicios, los alimentos, la producción agropecuaria, el sector artesanal y las confecciones. Muchas de estas experiencias, además, trascienden el campo de lo económico e incorporan una fuerte dimensión social, en términos de contribuir a la reconstrucción del tejido social gravemente deteriorado por los efectos de la exclusión o de la guerra, generando así fuertes lazos de solidaridad, sentido de identidad y de pertenencia a un nosotros. Se trata de formas de resistencia civil no armadas articuladas alrededor de la problemática social y contra la exclusión.

Conclusiones

De acuerdo con esta apretada síntesis, en el caso de Colombia, la resistencia social se cuece en el contexto entrecruzado de la guerra y el neoliberalismo. Como dijimos antes, Colombia es quizás el único país de América Latina en el que se conjugan e interpenetran tan profundamente las dos lógicas o tendencias dominantes que caracterizan el contexto mundial: la guerra “contra el terrorismo” y la imposición del neoliberalismo. Asimismo, es quizás el único país en el que la resistencia social es un conjunto muy variado de acciones colectivas que se desarrolla en el campo de la lucha contra la guerra y en el campo de la lucha contra la exclusión social y la pobreza, dos campos de acción con desarrollos muy desiguales y niveles de articulación aún muy precarios.

En el contexto colombiano, hasta muy recientemente, ha cobrado mayor peso relativo entre la ciudadanía la demanda de “seguridad” por encima de la de bienestar social y económico: empleo de calidad, educación, salud y seguridad social. El problema de la guerra no sólo permite comprender la alta popularidad de la cual gozó el presidente Uribe según las encuestas de opinión, sino también el mayor peso e importancia cobrado por las acciones colectivas de resistencia civil no armada contra la guerra sobre las formas de resistencia a las políticas de exclusión y de pobreza ejecutadas por el gobierno. Por otro lado, paradójicamente, la guerra ha significado un mayor estrechamiento del espacio político y social y, en muchos casos, ha significado el cierre de las posibilidades de resistencia social contra las políticas neoliberales, la cual ha sido sistemáticamente criminalizada.

Por otra parte, si bien la resistencia social contra la guerra ha cobrado especial fuerza en los últimos años, aún no se cuenta con un movimiento nacional de resistencia, coordinado regional y nacionalmente. Tales intentos se frustraron cuando se creyó que se estaba en su mejor momento a finales de los noventa. Sin embargo, pese a la situación de crisis y reflujos de los movimientos nacionales por la paz, perviven importantes acumulados en términos organizativos y de redes, así como de propuestas políticas de paz, tal vez a la espera de una nueva coyuntura de oportunidad política. En la actualidad, tales acciones colectivas, con desarrollos y fortalezas desiguales, siguen siendo expresiones fragmentadas, en las que la lógica política contra la guerra tiende a subordinar a muchas de las expresiones de resistencia diferentes a las de la guerra.

En buena parte de los países de América Latina, la resistencia social se transforma en resistencia política, o lo social y lo político tienden a conjugarse. En Colombia, por el contrario, la resistencia social no logra articularse aún con la resistencia política, en este caso con la resistencia a la guerra. Sus puntos de encuentro siguen siendo aún muy frágiles o esquivos.

Bibliografía

CINEP 2009 *Informe Especial. La Protesta Social 2002-2008: En cuestión las políticas de Uribe Vélez* en <<http://www.cinep.org.co/sites/cinep.cinep.org.co/files/Informe%20Especial%20Cinep%20-%20Protesta%20Social%202002-%202008.pdf>> acceso 10 de agosto de 2011.

- Fals Borda, Orlando 2004 "Ciencia propia y socialismo autóctono: propuesta para el enfrentamiento de la crisis en Colombia" en Castillo Gómez, Luis Carlos (ed.) *Colombia a comienzos del nuevo milenio. VIII Coloquio Nacional de Sociología* (Santiago de Cali: Universidad del Valle).
- Fernández, Carlos; García-Durán, Mauricio y Sarmiento, Fernando 2004 "Movilización por la paz en Colombia. 1978-2002" en *Controversia* (Bogotá) número extraordinario, febrero, en <<http://www.c-r.org/our-work/accord/colombia/spanish/movilizacion.php>> acceso 10 de agosto de 2011.
- Hernández Delgado, Esperanza 2003 "Resistencia civil en Colombia: dilemas, límites y posibilidades" ponencia presentada en el *Encuentro Internacional La resistencia Civil*, Universidad Nacional de Colombia, sede Bogotá, 13 al 16 de agosto.
- Hernández Delgado, Esperanza 2004 "Obligados a actuar. Iniciativas de paz desde la base en Colombia" en *Controversia* (Bogotá) número extraordinario, febrero, en <<http://www.c-r.org/our-work/accord/colombia/spanish/obligados.php>> acceso 10 de agosto de 2011.
- Llorente, María Victoria 2009 "Introducción" en Varios autores *Cuadernos del Conflicto. Conflicto Armado e Iniciativas de Paz en Colombia* (Fundación Ideas Para la Paz/Woodrow Wilson International Center for scholars Latin American Program).
- Nieto López, Jaime Rafael 2008 *Resistencia. Capturas y Fugas del Poder* (Bogotá: Desde Abajo).
- Nieto López, Jaime Rafael 2009 "Resistencia civil no armada en Medellín. La Voz y la Fuga de las Comunidades Urbanas" en *Análisis Político* (Bogotá: Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales de la Universidad Nacional de Colombia) N° 67, septiembre-diciembre.
- Reyes Posada, Alejandro 2009 *Guerreros y Campesinos. El despojo de la tierra en Colombia* (Bogotá: Norma).
- Rojas Rodríguez, Jorge 2004 "La construcción política de la paz en Colombia: un desafío de la sociedad civil" en *Controversia* (Bogotá) número extraordinario, febrero. En: <<http://www.c-r.org/our-work/accord/colombia/spanish/construccion-politica.php>> acceso 10 de agosto de 2011.
- Romero, Mauricio (ed.) 2011 *La economía de los paramilitares. Redes de corrupción, negocios y política* (Bogotá: Nuevo Arco Iris/Debates).
- Romero, Mauricio 2001 "Movilizaciones por la paz, cooperación y sociedad civil en Colombia" en Archila, Mauricio y Pardo, Mauricio (eds.) *Movimientos Sociales, Estado y democracia* (Bogotá: CES-Icanh).
- Samper, Mary 2002 *Una Colombia Posible. Historias de Resistencia Civil Frente a la Guerra* (Bogotá: Norma).
- Sarmiento Anzola, Libardo 2005 "Malestar social y política pública. 2001-2004" en *Foro* (Bogotá) N° 52, febrero.
- Sarmiento Anzola, Libardo 2009 "El proyecto social del uribismo" en *Caja de Herramientas* (Bogotá) Año 15, N° 115, junio.

Notas

1 Se estima que alrededor de 40 estructuras territoriales de las FARC han sido desmanteladas (Llorente, 2009).

2 En general, este fue el tono de las declaraciones emitidas en los medios masivos de comunicación por parte del ministro de la Defensa y los altos mandos militares luego de los duros golpes contrainsurgentes de 2008.

3 Para una reconstrucción breve y magistral de las raíces y desarrollo de la resistencia en Colombia desde una perspectiva histórica, confróntese la ponencia del maestro Orlando Fals Borda, en Fals Borda (2004).

4 Las experiencias de resistencia provenientes de las comunidades indígenas tienen un marcado énfasis

en la defensa del territorio y la identidad cultural.

5 Para esto me baso fundamentalmente en Romero (2001) y Fernández, García-Durán y Sarmiento (2004).

6 El sindicalismo es uno de los movimientos sociales más duramente golpeados por la reestructuración neoliberal y la guerra. Debe tenerse en cuenta que Colombia es uno de los países de América Latina con menor tasa de sindicalización –no más del 4% de la población económica activa–, pese a tener un nivel de desarrollo económico relativo; además registra una de las mayores tasas de asesinatos de líderes sindicales en el mundo y una de las culturas antisindicales más arraigadas entre el empresariado latinoamericano.

Contra la guerra en México

La *caravana del consuelo* y el movimiento por la paz con justicia y dignidad

LUZ ESTRELLLO

Pasante de Sociología, Universidad Nacional Autónoma de México. Apoyo académico en el Centro de Estudios Sociológicos, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales.

Resumen

En México, durante la primavera de 2011, movilizaciones ciudadanas se pronunciaron en contra de la violencia por todo el país, atendiendo a la convocatoria del escritor Javier Sicilia, padre de un joven asesinado por una banda criminal en el estado de Morelos. Miles de personas manifestaron su indignación ante el desmedido incremento de homicidios que, desde que el gobierno de Felipe Calderón permitió la incursión de las fuerzas del ejército en labores de seguridad pública, han sido vinculados sin excepción con la llamada “guerra contra el narcotráfico”. Ante el reprochable desempeño de las autoridades en su obligación de impartir justicia y garantizar bienestar social, así como por su insensible discurso ante la cantidad de asesinatos, la protesta pronto derivó en el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD). La gran estela de víctimas que ha dejado la actual estrategia de seguridad pública, minimizada por las autoridades y reivindicada por el movimiento, se convirtió en la fuerza moral que motivó

Abstract

During the Mexican spring of 2011, several civilians demonstrated against violence throughout the country in response to Mexican poet Javier Sicilia's call, after his son had been murdered by a criminal gang in the state of Morelos. Thousands of citizens showed their outrage at the dramatic increase in homicide rates which have been systematically linked with the so-called “war on drugs” and with army involvement in national security after the consent of Felipe Calderón's administration. Given the reprehensible performance of authorities in connection with their duty to administer justice and guarantee social welfare, as well as the insensitive attitude towards the number of murders, the protest soon turned into the so-called “Movement for peace with justice and dignity” (MPJD). The vast number of victims resulting from the current national security strategy is normally minimised by the country's authorities, but has been recognised by the MPJD as the moral force driving its followers to

a sus simpatizantes para atravesar el territorio nacional hasta Ciudad Juárez y firmar un "pacto ciudadano" orientado a la reconstrucción del país. Aquí se narra lo sucedido durante aquella travesía, conocida como *la caravana del consuelo*, una experiencia de acción colectiva cuya resonancia logró posicionar a los testimonios de las víctimas como las pruebas irrefutables de la corrupción institucional, de la violación masiva y sistemática a los derechos humanos y de la urgencia de un cambio social que restaure la estabilidad del país.

travel across the national territory up to Ciudad Juárez to sign a "citizen pact" aimed at reconstructing the country. This article reports on an experience concerned with collective action known as the "peace caravan", whose resonance eventually helped to disseminate the testimony of victims as an irrefutable proof of institutional corruption in Mexico, massive and systematic violation of human rights and the urge for a kind of social change that restores stability in the country.

Palabras clave

Guerra contra el crimen organizado, desobediencia civil, seguridad, desaparecidos, sociedad civil.

Keywords

"War against organised crime", civil disobedience, security, forced disappearance, civil society.

Cómo citar este artículo

Estrella, Luz 2011 "Contra la guerra en México. La *caravana del consuelo* y el movimiento por la paz con justicia y dignidad" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Introducción

Caravana del consuelo es el nombre del recorrido realizado por organizaciones civiles, defensores de derechos humanos, militantes de izquierda y ciudadanos sin agrupación, convocado por el Movimiento por la Paz con Justicia y Dignidad (MPJD), fruto del hartazgo ciudadano ante la alarmante ola de violencia desatada por la ofensiva militar del gobierno de Felipe Calderón contra los cárteles del narcotráfico en México. La manifestación, que duró seis días y atravesó doce estados del país desde Cuernavaca, Morelos, hasta Ciudad Juárez, Chihuahua, en la frontera con Estados Unidos, se declaró en contra de dicha estrategia de combate al crimen, debido a que en cuatro años no ha frenado el trasiego ilegal de drogas, armas y personas, pero ya suma más de 40 mil asesinatos, un número incierto de desaparecidos y decenas de localidades paralizadas por la violencia¹.

El itinerario, o la "ruta del dolor", como la llamaron los organizadores, contempló nueve de las ciudades más afectadas por la violencia: Morelia, San Luis Potosí, Zacatecas, Durango, Saltillo, Monterrey, Torreón, Chihuahua y Ciudad Juárez. En un contexto en que la mayoría de los homicidios queda sin investigar por ser considerados, sin distinción, ajustes de cuentas entre bandas de narcotraficantes, la caravana permitió que cientos de personas salieran del anonimato y denunciaran públicamente la impunidad de los agravios padecidos en sus familias –asesinatos,

desapariciones forzadas, violaciones, secuestros, extorsiones. Por primera vez en cuatro años de enfrentamientos, las víctimas de la guerra tomaron la palabra para reivindicar el origen de sus difuntos y acusar desde las plazas públicas a los responsables, entre los que figuran funcionarios de seguridad pública y militares. El objetivo inicial de la protesta, más allá de mostrar el horror de la guerra a través de los cientos de testimonios recuperados, consistía en llegar a Ciudad Juárez para la conformación de una alianza entre todas las fuerzas ciudadanas que estaban por el retorno de la paz, y cuyas exigencias para lograrlo se aglutinaban en un documento de seis puntos, conocido como “Pacto Nacional Ciudadano por la paz con justicia y dignidad”.

En este trabajo se pretende delinear algunas de las piezas clave que dieron forma al MPJD y que, en pocas semanas, hicieron posible la realización de la caravana que se adentró en las regiones más violentas del país. Se trata, principalmente, del recuento de lo que hasta el momento ha sido la expresión más elocuente del rechazo ciudadano a la estrategia de seguridad nacional que ha impuesto la derecha mexicana en el poder. Más parecido a una bitácora de viaje que a un mapa político, esta “reconstrucción de los hechos” tiene la intención de ayudar a entender, desde la narración del acontecimiento, lo que ha sido la experiencia más reciente –y significativa– de movilización social en México. Primero, con la identificación de los hilos que tejieron al MPJD entre marzo y mayo de 2011, y después con la descripción de la caravana a Ciudad Juárez, con la que se cerró la primera etapa de un proceso todavía en curso.

Del luto a la movilización: los orígenes de la protesta

El 28 marzo de 2011, el homicidio de siete personas en un municipio de Morelos tuvo una resonancia especial en la prensa local y nacional. En un país cada vez más acostumbrado a noticias como esa, el crimen no parecía muy distinto a los que a diario se cometen por todo el territorio nacional. Pero esta vez lo que los medios de comunicación resaltaban era que entre las víctimas se encontraba Juan Francisco Sicilia, hijo de Javier Sicilia, poeta y colaborador de la revista *Proceso* y del diario *La Jornada*. Los amigos, colegas y alumnos del escritor, reaccionaron de inmediato colocando una ofrenda de flores a manera de protesta frente al Palacio de gobierno de la entidad. La indignación pronto se esparció más allá del circuito cultural, y el 29 de marzo salieron a marchar al menos quinientas personas por las principales calles de Cuernavaca, para exigir a las autoridades estatales y federales el alto a la situación de violencia e inseguridad. De un momento a otro, los lamentables hechos en Morelos abandonaron su condición de tragedias particulares, y fueron tomados como motivo suficiente para repudiar masivamente la estrategia militarista del gobierno.

El 30 de marzo, un maratón de poesía y otra manifestación nocturna de cientos de personas confirmaban que la protesta apenas había comenzado. Las redes sociales, la prensa local y un proyecto radiofónico independiente –Radio *Chinelo*–, fueron los vehículos de la convocatoria. La campaña *No más sangre*, impulsada por un grupo de dibujantes desde enero de 2011, se adoptó como consigna. Pronto, la originalidad de los inconformes dio lugar a muchas más, algunas de las

cuales exigían la renuncia del gobernador Marco Antonio Adame y del presidente Felipe Calderón. El 31 de marzo, dos mil universitarios y estudiantes de educación media superior de Cuernavaca salieron a las calles para denunciar que la mayor parte de los muertos de los últimos cuatro años son jóvenes. Mientras los muchachos reclamaban mayores oportunidades de educación que alejen a la juventud del crimen organizado, las autoridades de Morelos anunciaron la solicitud de más elementos del Ejército y la Policía Federal “para combatir e impedir crímenes” (*La Jornada*, 1 de abril de 2011).

Javier Sicilia, que estaba en Filipinas mientras todo eso sucedía, hizo su aparición ante los medios el primero de abril, cuando volvió a México. Las investigaciones que hasta el momento había realizado la Procuraduría de Justicia de Morelos sobre el caso de su hijo todavía no señalaban responsables. Durante una conferencia de prensa frente al Palacio de gobierno, el escritor hizo un exhorto a los ciudadanos para continuar con las movilizaciones y salir cada vez en mayor número a las calles para exigirles a las autoridades que asumieran su responsabilidad y detuvieran la violencia. Al día siguiente, en la misma plaza, Sicilia anunció su retiro de la poesía.

Poco tiempo después comenzó a circular una carta de su autoría, dirigida a la clase política y al crimen organizado, donde quedaron plasmados los agravios que ambos han cometido contra la sociedad mexicana, que ya está “hasta la madre” de los dos. La expresión, que coloquialmente se utiliza para definir el hartazgo, Sicilia la aplicó a los políticos por ser incapaces “de crear los consensos que la nación necesita para encontrar la unidad”, en medio de una guerra de inicio mal planeada, en un país con instituciones rebosantes de corrupción. A los criminales, por haber perdido su “honorabilidad”, o aquellos códigos que, de acuerdo con el escritor, no les permitan asesinar inocentes como ahora lo hacen, con inédita brutalidad. Políticos y criminales están “con sus omisiones, sus pleitos y sus actos envileciendo a la nación”, sentenció. Por último, la carta anunciaba una movilización nacional contra la guerra, convocada por la red de ciudadanos que estaba germinando en Cuernavaca, y que más adelante se llamó Red por la paz y la justicia².

Las expresiones de solidaridad por parte de otras organizaciones y movimientos no se hicieron esperar. Pronto, redes ciudadanas y colectivos de todo el país saludaron la convocatoria y la reprodujeron en sus localidades. Así, el día señalado, miércoles 6 de abril, hubo movilizaciones simultáneas en 21 entidades del país, y algunas ciudades extranjeras. Todas con el mismo lema: “¡Alto a la guerra, no más sangre, estamos hasta la madre!”.

Cuernavaca fue la ciudad con mayor número de manifestantes, entre los que había personas de muy diversos estratos sociales, un aspecto que se repitió en todas las marchas a lo largo del país. Una enorme columna de personas hizo un par de paradas antes de abarrotar la plaza central, para que el escritor leyera un mensaje a las Fuerzas Armadas y otro a las procuradurías de justicia, frente a sus respectivas instalaciones. En la Ciudad de México se habló de 10 mil personas en el Zócalo³.

Desde el zócalo de Cuernavaca, Javier Sicilia anunció la instalación de un plantón ahí mismo, con el objetivo de hacer presión para que las autoridades presentaran, antes del 13 de abril, a los responsables del asesinato de los cinco

jóvenes de Morelos. El plantón, además, pretendía convertirse en un espacio de discusión entre ciudadanos, para definir cuáles serían las siguientes acciones del movimiento que estaba emergiendo.

“Cuernavaca fue la ciudad con mayor número de manifestantes, entre los que había personas de muy diversos estratos sociales, un aspecto que se repitió en todas las marchas a lo largo del país”

Dos días después, en el marco de la Conferencia Internacional para el Control de las Drogas, realizada en Cancún, el presidente Felipe Calderón no se refirió explícitamente a las movilizaciones, pero se declaró “abierto a la crítica”. Exaltó el papel de las fuerzas federales y reafirmó que no cambiaría su estrategia de seguridad nacional, pues “el combate al crimen organizado y al narcotráfico no debe admitir titubeos ni ambigüedades que sólo limitan la capacidad de acción contra los delincuentes” (*El Universal*, 8 de abril de 2011).

El plantón de Cuernavaca y la *marcha del silencio*

En el campamento que instalaron en el zócalo de Cuernavaca, los inconformes recibieron la visita de numerosas personas que también tenían familiares que habían sido víctimas de la violencia, o que sin tenerlos se sentían igualmente indignados por los 40 mil muertos ajenos en lo que va del sexenio de Calderón, y decidieron acercarse. Las denuncias se acumularon con el paso de los días, provenientes de todo el estado de Morelos. En medio de las discusiones sobre el qué hacer, se amenizaba con poesía y música. A partir de la movilización nacional del 6 de abril, la Red de Morelos había establecido lazos con otras experiencias de lucha. Poco a poco, el plantón se nutrió con la presencia de defensores de derechos humanos, sindicalistas, estudiantes, grupos de jóvenes contra la militarización, pueblos defensores de los bienes naturales y artistas. Para entonces, ya era muy conocido el catolicismo de Javier Sicilia y su simpatía por la teología de la liberación, pues no sólo se ponían en evidencia en cada una de sus intervenciones públicas sino que habían motivado la participación de algunos actores de la Iglesia que, cercanos al poeta, ya llevaban tiempo respaldando las causas populares. Los más visibles fueron el obispo de Coahuila, Raúl Vera, el padre Miguel Concha y el cura Alejandro Solalinde, defensores de los derechos humanos. En medio de esta cadena de solidaridades, tampoco faltaron miembros del sector empresarial.

Al terminar el plazo señalado, la cadena de solidaridades que comenzaba a darle forma al MPJD se dio a conocer durante el mitin del día 13 de abril en Cuernavaca, cuando se anunció una caminata desde Cuernavaca a la capital del país, para exigir el alto a la guerra y la renuncia del gobernador de Morelos. La cita era el 5 de mayo, para llegar el 7 a la ciudad de México y culminar con un gran mitin en el Zócalo. La convocatoria de Javier Sicilia ahora estaba respaldada por un grupo de personas cuyas historias ya habían sembrado indignación en la opinión pública, pero sin provocar grandes movilizaciones de protesta, y que aho-

ra se encontraban unidos por los mismos motivos. Así, estuvieron presentes Olga Reyes Salazar y Julián LeBarón, de Chihuahua, hablando del daño ocasionado tras los secuestros o asesinatos de sus familiares; Eduardo Gallo, empresario y ex presidente de la asociación civil México Unido contra la Delincuencia; Juan Carlos Mendoza, representando a H.I.J.O.S. (Hijos por la Identidad y la Justicia contra el Olvido y el Silencio), familiares de desaparecidos por motivos políticos; e integrantes del Movimiento por la Justicia 5 de junio, padres que perdieron a sus hijos con el incendio de la guardería ABC en Hermosillo, Sonora. También hablaron Emilio Álvarez Icaza, ex *ombudsman* del Distrito Federal, el mencionado Miguel Concha, director del Centro de Derechos Humanos “Fray Francisco de Vitoria” y los jóvenes de la Red por la paz y la justicia. Fue la primera vez que el escritor enumeró algunos ejes temáticos –seguridad, drogas, trabajo, educación y cultura–, sobre los cuales comenzar a discutir un nuevo “pacto social” que terminase con la situación de emergencia que atraviesa el país. La discusión de cada uno de los puntos arrojaría un documento para ser firmado, como un símbolo, en Ciudad Juárez, por ser la ciudad más golpeada por la violencia. El pacto, en ese sentido, tendría que contemplar todo lo necesario para comenzar a reconstruir el tejido social de la nación⁴.

Pocos días antes de la movilización, el Ejército Zapatista de Liberación Nacional –que ya había expresado su respaldo al poeta Javier Sicilia–, anunció su adhesión a la protesta. Mediante un comunicado firmado por el subcomandante Marcos, el Comité Clandestino Revolucionario Indígena del EZLN dio a conocer que sus bases de apoyo tomarían las calles de San Cristóbal de las Casas el 7 de mayo, para hacer suya la exigencia de paz con justicia y dignidad. Asimismo, quedaban convocados todos los adherentes a la *Otra campaña*, los simpatizantes de la *Zezta internacional* y los pueblos originarios agrupados en el Congreso Nacional Indígena, para manifestarse en contra de la guerra en México y para exigir justicia para las víctimas⁵.

Así, la Marcha Nacional por la Paz con Justicia y Dignidad comenzó la mañana del 5 de mayo en Cuernavaca con trescientas personas caminando. La primera noche durmieron en el poblado de Coajomulco y la segunda en Topilejo. Cuando entraron a la Ciudad de México fueron recibidos por el pueblo de San Pedro Mártir, y después por estudiantes en la Ciudad Universitaria (CU) de la UNAM. Venían, en silencio, personas de todo México y migrantes centroamericanos, llevando como estandartes las fotos de sus familiares muertos o desaparecidos. El domingo 8 de mayo, hubo marchas en, al menos, 23 ciudades mexicanas. En la capital del país, el contingente proveniente de Morelos comenzó a caminar a las ocho de la mañana desde la CU, y en cada calle cientos de personas se unían a él. La columna de manifestantes creció tanto que cuando llegó al Zócalo de la ciudad, siete horas después, las autoridades estimaban 90 mil personas, 200 mil de acuerdo con los organizadores⁶. Una vez en el templo, los caminantes leyeron el documento que detallaba las seis exigencias del movimiento, y cuyo cumplimiento ahora dependía del gobierno. Los puntos, que fueron llevados por la *caravana del consuelo* a Ciudad Juárez, conformaban una propuesta de pacto ciudadano orientada, principalmente, a la sustitución del modelo militarista de seguridad nacional por otro con visión de derechos

humanos y a la atención integral a las víctimas de la guerra. El resto de las exigencias iba en el sentido de alcanzar una mejor vida democrática, participativa y con instituciones libres de corrupción⁷.

A pesar de lo espectacular de la movilización, y de la trascendencia de la noticia a nivel internacional gracias a las réplicas realizadas dentro y fuera del país, no fueron los seis puntos los que atrajeron la atención de los medios al día siguiente, sino lo que el poeta exigió antes de su discurso final: la renuncia del secretario de seguridad pública –una demanda que no tardaría en diluirse por su falta de vigor. Así culminó una jornada de protesta que levantó el suficiente revuelo para demostrar que una cantidad importante de ciudadanos no está de acuerdo con las políticas del gobierno actual. La simpatía que la convocatoria de Javier Sicilia había cosechado entre diversos, y hasta opuestos, sectores de la sociedad mexicana, permitió que los medios de comunicación estuviesen al pendiente de lo que sería el siguiente paso del movimiento: la travesía a Ciudad Juárez, para ratificar las exigencias del pacto entre las organizaciones de la sociedad civil.

Rumbo al norte: la voz de las víctimas

Poco después de las siete de la mañana del día cuatro de junio de 2011, trece autobuses y varias decenas de automóviles particulares partieron de Cuernavaca con dirección al norte del país. El primer acto público se realizó en el Monumento a la Independencia, en la ciudad de México. Respondió una notable variedad de organizaciones sociales y personas de los más diversos orígenes, que se habían inscrito días antes a las listas de participantes. Los autobuses estaban numerados para ubicar su lugar dentro de la formación, y en ellos se acomodaron familiares de víctimas provenientes de distintas entidades, colectivos de estudiantes, defensores de derechos humanos, activistas por la defensa del medio ambiente, maestros, electricistas, escritores, artistas, prensa y medios libres. Javier Sicilia y un pequeño grupo de acompañantes encabezaban la columna a bordo de una camioneta, custodiada por otras dos en las que viajaban elementos de seguridad que el gobierno federal había enviado para la protección del convocante.

Camino a Morelia, Michoacán, una pequeña parte de la caravana hizo una breve escala en Toluca, capital del Estado de México, para participar en una rueda de prensa como parte del Dictamen Ciudadano de Vigilancia Electoral, una iniciativa de los ex consejeros del Instituto Electoral de la entidad (IEEEM), José Núñez Castañeda y Bernardo Barranco. El tema de la conferencia giró en torno a la falta de confianza de los ciudadanos hacia el proceso electoral que estaba por librarse en la entidad, manchado por el escandaloso despilfarro de recursos destinados a la campaña del candidato prñista, Eruviel Ávila, cuya múltiple presencia mediática levantaba sospechas respecto a una posible violación al límite de gastos de campaña señalado por el IEEM⁸.

En Morelia, capital de Michoacán, los integrantes de la caravana llegaron a las instalaciones de la sección 18 de la Coordinadora Nacional de Trabajadores de la Educación (CNTE). Fue en dicha entidad, cabe mencionarlo, donde comenzaron los operativos de la guerra contra el narcotráfico (2007). A partir de entonces, se ha registrado un aumento en el número de secuestros, desapariciones forzadas y

ejecuciones atribuidas a los enfrentamientos entre el ejército y la policía con integrantes del cártel conocido como *La Familia Michoacana*.

La recepción quedó a cargo de los profesores de la CNTE y de los habitantes de Cherán, una comunidad que estaba cumpliendo cincuenta y un días desde que decidió defenderse por sí misma de los taladores clandestinos que, con ayuda de grupos armados, habían estado saqueando sus bosques. Los comuneros denunciaron que desde 2008 han sido asesinados nueve pobladores y cinco más han sido desaparecidos. Ahora habían levantado barricadas en todos los accesos al pueblo e instalado guardias comunitarias, debido a la falta de respuesta del gobierno que, al no enviar vigilancia, hace sospechar su complicidad con los delincuentes.

Durante el mitin en el centro de la ciudad, los comuneros de Cherán anunciaron su adhesión al MPJD y a la caravana. Lo mismo hicieron decenas de michoacanos que buscaban a sus familiares desaparecidos, o que denunciaban la impunidad de sus asesinatos. Una mujer de Pajacuarán, Michoacán, denunció desde el templete la desaparición forzada de sus cuatro hijos y dos sobrinos, que se sumaban a otras trece personas en la misma situación, solamente en su comunidad. Asimismo, integrantes del comité de familiares de detenidos y desaparecidos "Hasta encontrarlos" responsabilizaron al Estado por la desaparición forzada de periodistas y defensores de derechos humanos y exigieron su presentación con vida. Casi al cerrar el acto, Javier Sicilia dijo que el consuelo, en gran parte el sentido mismo de la caravana, debía ser entendido como un paso necesario hacia la transformación social, pues implica, según él, aprender a "estar con la soledad del otro". Desde esta perspectiva, mantenida y constantemente reiterada por el poeta durante todo el trayecto, la "verdadera democracia" sería el resultado de dicha comunión de soledades, o bien, de individualidades que habían decidido acompañarse. Por lo tanto, remataba, el hecho de estar reunidos en una plaza, tal y como en esos momentos sucedía en Morelia, ya era una expresión de democracia. Así, la primera jornada de la caravana terminaba con una muestra de lo que en adelante sería el tono general de la protesta: concentraciones modestas, una gran afluencia de víctimas con y sin la intención de hablar en el templete, una sucesión de testimonios desgarradores y un mensaje final por parte del escritor.

El 5 de junio, la caravana dejó Morelia y se dirigió a San Luis Potosí, capital del estado homónimo y la primera ciudad propiamente norteña del itinerario. En la explanada del Teatro de la Paz, en el centro histórico, un acto político cultural organizado por colectivos locales dio la bienvenida a los manifestantes. El orador mencionó que muy pocos potosinos habían respondido a la convocatoria para alzar la voz contra la violencia, por temor. Además, se dio a conocer que los crímenes en la entidad alcanzan el tercer lugar nacional en la tasa de impunidad, con el 93,7% de los casos denunciados. Muchos más, dijeron, nunca se presentan ante un ministerio público.

Después de las pocas personas que sí decidieron denunciar públicamente los agravios que han sufrido, hablaron representantes del Consejo Regional Wixarika por la Defensa de Wirikuta. Denunciaron que el gobierno federal ha otorgado 122 concesiones a la empresa minera First Majestic Silver Corp-Real Bonanza, que abarcan más de 6 mil hectáreas de la sierra de Catorce, San Luis Potosí. Esto

amenaza seriamente el equilibrio ecológico de la zona, además de que afectaría de forma irreparable el centro ceremonial más importante de la cultura *wixarika*, por lo que los indígenas expresaron, una vez más, su rechazo.

En algún momento del mitin, el chofer de uno de los autobuses de la caravana subió al templete para denunciar la terrible inseguridad que se vive en las carreteras del país y que había provocado que uno de sus compañeros fuera asesinado pocos días antes, en Tabasco. Por su parte, Julián LeBarón, quien se convirtió en una figura importante dentro de la caravana, y cuyo lenguaje sencillo y directo era muy bien recibido por la audiencia, se refirió al origen de la violencia. Dijo que ésta no estaba “ni en las armas, ni en las drogas”, sino en todos, en las instituciones, en los individuos y en sus pequeñas acciones. Las balas, la sangre y las cabezas cortadas, ilustró LeBarón, comenzaron como gritos e insultos. La multitud aplaudió. Pero cuando llegó el momento del mensaje de Sicilia, éste se interrumpió cuando, al mencionar el nombre de Felipe Calderón, algunos asistentes dedicaron insultos y rechiflas al presidente. El poeta, que había mantenido un tono conciliador hasta ese momento, se mostró visiblemente molesto y recriminó duramente a los inconformes, a quienes acusó de alimentar el odio cuando el asunto con la caravana era “tratar de cambiar el corazón de la clase política”. El hecho fue recibido de distintas maneras entre los caravaneros, sabedores de la preferencia del poeta por la vía de la desobediencia civil y pacífica. Sin embargo, en San Luis Potosí, el pluralismo ideológico que había definido la composición de la caravana comenzó a despertar inquietudes.

Si bien los distintos proyectos políticos de las organizaciones que ahí confluían se habían puesto de acuerdo en, al menos, dos puntos –detener la guerra y conseguir el acceso a la justicia–; las diferencias entre ellos se debían más al cómo lograrlo. Uno de los debates más acalorados era sobre si el movimiento debía o no dialogar con el gobierno. La mayor parte de las víctimas, impulsadas por Javier Sicilia y su gente cercana, decían que sí. Organizaciones de Ciudad Juárez, acostumbradas a las mesas de diálogo malogradas y a los programas sociales insuficientes, decían que nunca. La verdadera dimensión de ésta y otras diferencias se pondría en evidencia unos días después, durante las mesas de trabajo en la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez.

El tercer día de viaje, 6 de junio, la caravana despertó con la noticia de que el día anterior, elementos de la Policía Federal habían ingresado sin orden judicial a las instalaciones del Centro de Derechos Humanos “Paso del Norte”, en Ciudad Juárez, llevándose consigo documentos y destruyendo a su paso puertas y ventanas. El organismo, dirigido por el sacerdote Oscar Enríquez, estaba trabajando junto con otros en la recepción de la caravana en dicha ciudad. En el cerro de San Pedro, donde los caravaneros y el Frente Amplio Opositor a la minera San Xavier condenaron el saqueo de los bienes naturales solapado desde el gobierno federal, Sicilia exigió a las autoridades una explicación por semejante incursión policiaca en un organismo de derechos humanos. Más tarde, cuando la caravana estuvo en Zacatecas, el escritor dio lectura a un pronunciamiento que se había redactado en uno de los autobuses y que sintetizaba la posición de la caravana respecto a los hechos. “En defensa de la *suave patria*” fue el nombre que se le puso a la declaración, en alusión al poema del célebre zacatecano Ramón López Velarde.

Fue justo en Zacatecas, una ciudad bellamente enclavada en el desierto norteño, donde por primera vez la población local se unió espontáneamente a los caravaneros que recorrieron varias calles del centro histórico. La gente saludaba desde los balcones y algunos jóvenes asistieron al acto con máscaras y grandes pancartas que pedían el alto a la guerra. La agenda comenzaba a apretarse, y no habían pasado más de tres horas desde que los manifestantes se bajaron de los autobuses en esta ciudad, cuando ya nuevamente se hallaron en la carretera, con rumbo a Durango, la ciudad de las fosas clandestinas.

“Fue justo en Zacatecas, una ciudad bellamente enclavada en el desierto norteño, donde por primera vez la población local se unió espontáneamente a los caravaneros que recorrieron varias calles del centro histórico”

Tres veces se detuvo la caravana antes de entrar a la ciudad. Algunos grupos de personas tenían horas esperándola al lado de la carretera, con el objetivo de saludar al poeta y contarle sus casos. La última parada la provocó un niño de seis años, que sostenía un retrato de su padre, desaparecido meses atrás. Como él, cientos más aguardaban en la plaza central de Durango, en donde se llevó a cabo el primer acto nocturno de la caravana, y uno de los más memorables.

Lo que la caravana encontró en Durango fue un interminable anecdotario de desgracias, contadas por sus protagonistas ante una plaza enmudecida por el llanto. El lamento colectivo, que había adquirido una dimensión que no se había visto en las ciudades precedentes, se prolongó hasta la media noche. De pronto, la noción de consuelo que había sido evocada por Javier Sicilia, adquirió mucho mayor sentido, pues se hacía evidente que, en gran medida, era lo que dichas personas buscaban al tomar el micrófono. Cada uno de los testimonios era recuperado por una pequeña comisión de caravaneros, con el objetivo de darles nombre a los muertos de la guerra, en un esfuerzo por salvar del olvido a sus víctimas. Ese trabajo de documentación fue realizado en cada una de las ciudades visitadas.

Los encargados de organizar la recepción y el hospedaje de la caravana en Durango fueron los miembros del Consejo Coordinador Obrero Popular (COCOPO), quienes dieron de cenar a los viajeros y les ofrecieron las instalaciones de su proyecto de educación popular, —escuela primaria, secundaria y preparatoria— para que instalaran sus tiendas y bolsas de dormir. Los anfitriones levantaron un par de barricadas en las calles aledañas al campamento, pues estaba muy expuesto, y prendieron cuatro fogatas, para vigilar durante toda la noche el descanso de los visitantes. Por la mañana, la marcha se encaminó hacia Monterrey. Nuevamente comenzaba una jornada que se prolongaría hasta altas horas de la madrugada, pero mucho más marcada por la creciente presión que implicaba transitar por una de las zonas más peligrosas del país.

Muestra de ello es la enorme letra zeta pintada con cal en uno de los cerros, visible perfectamente desde la carretera entre Torreón y Saltillo, en Coahuila, en una zona conocida como la Laguna, clara alusión al grupo que ahí domina el mercado

criminal. En esta última ciudad, el obispo Raúl Vera encabezó el acto más breve de toda la caravana, pues los manifestantes eran esperados para antes del anochecer en Monterrey. El obispo los recibe con la noticia de un ataque perpetrado por un grupo armado a un centro de rehabilitación de adicciones, ese mismo día, con un saldo de once muertos. El obispo definió estos actos como parte de una "limpieza social" perpetrada por grupos paramilitares que actúan con total impunidad, sembrando el miedo en la población⁹.

Las organizaciones encargadas de recibir a la caravana en Saltillo están aglutinadas en la llamada Red de Defensoras y Defensores de Derechos Humanos y Familiares con Personas Desaparecidas (REDEFADDE), cuyo objetivo ha sido crear un frente común contra la desaparición forzada en la región de la Laguna. Buscan la presentación con vida de las y los desaparecidos, así como la legislación en materia de desaparición forzada a nivel nacional. Las Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila (FUUNDEC), organización que integra dicha red, tomó la palabra para denunciar la existencia de 185 casos documentados de desaparición forzada en los últimos tres años.

La violencia que se ha apoderado de la entidad también ha cobrado víctimas en la prensa local, pues en medio de los enfrentamientos entre criminales y fuerzas federales, no existen garantías para que los reporteros puedan ejercer su oficio sin convertirse en blanco de amenazas. Desde 2009, dijo una voz, han sido asesinados tres periodistas. Otro testimonio destacado fue el de los familiares de mineros sepultados en Pasta de Conchos, cuyos cuerpos no han sido recuperados.

Apenas terminado el mitin, los caravaneros subieron apresuradamente a los autobuses. Con tres horas de retraso, la caravana llegó a Monterrey escoltada por el operativo de seguridad más aparatoso de todo el viaje. Eran más de 14 autobuses, custodiados por el doble de patrullas, sin contar las decenas de autos particulares que también formaban parte de la columna. Era el anochecer del 7 de junio.

La calurosa ciudad, que hasta hace pocos años era todo un símbolo del poderío económico del norte mexicano, se ha posicionado, según los más recientes reportes, como la segunda más violenta del país, después de Ciudad Juárez. En la capital de Nuevo León, cada vez son más frecuentes los tiroteos a cualquier hora, los bloqueos de vialidades, los ataques a bares y las masacres en centros de rehabilitación¹⁰.

El mitin se realizó en la Plaza del Colegio Civil, y contó con la presencia de una figura muy conocida en la lucha contra la desaparición forzada: Rosario Ibarra, fundadora del Comité *Eureka* y actual senadora por el Partido del Trabajo. Una vez más, la concentración nocturna se convirtió en un largo y sentido lamento colectivo. Al filo de la medianoche, Javier Sicilia tomó el micrófono para invitar a los presentes a demostrar, con un pequeño gesto, lo que puede ser un acto de desobediencia civil, marchando en ese mismo momento hacia las instalaciones de la Procuraduría General de Justicia estatal. El objetivo era lograr que el procurador Adrián de la Garza se comprometiera a revisar nueve casos de desaparición forzada que venían con la caravana. Pese al cansancio, los cuatrocientos viajeros, más algunos colectivos locales, pocos en realidad, caminaron festivamente por las principales calles de Monterrey, cantando y gritando consignas contra la guerra y a favor de la paz. Mientras una comisión conformada por las víctimas, Javier Sicilia y

Emilio Álvarez Icaza, mantuvo una reunión con el procurador, afuera hubo baile, música y consignas hasta las tres de la mañana. A esa hora terminó la reunión, y se dio a conocer que el procurador había accedido a dar seguimiento a los casos señalados, cuyos primeros resultados estarían listos en un mes.

Así, la caravana fue guiada hasta el sitio donde pasaría el resto de la madrugada. Era la escuela primaria “Bernardo Grousset”, ubicada en el municipio de Santa Catarina, una zona popular que forma parte de la mancha urbana de Monterrey y donde los crímenes ya son parte de la vida diaria de sus habitantes. Los alumnos, que llegaron antes de las ocho de la mañana, despertaron a los caravaneros que estaban tendidos por toda su escuela. Comenzaba la quinta jornada, y en el itinerario sólo faltaban dos ciudades más antes de llegar a Juárez.

El desayuno estuvo amenizado por los cantos y juegos que algunos viajeros organizaron con los niños. Los activistas platicaron con ellos en los salones de clases y explicaron el motivo de su viaje. Sin embargo, lo que ellos les podían decir sobre la violencia era poco comparado con lo que los niños ya sabían. Días antes, según contó la directora, al plantel habían entrado soldados persiguiendo a unos muchachos¹¹.

Poco después del mediodía de aquel 8 de junio, los autobuses de la caravana arribaron al parque Venustiano Carranza, en el centro de la ciudad de Torreón. La sombra de los árboles y un templete con techo ayudaron a soportar el calor de la Laguna. Desde la entrada del parque hasta el estrado, dos hileras de familiares de desaparecidos formaron una valla humana para recibir a los viajeros. Varias decenas de personas se encargaron de alimentarlos. En el micrófono, nuevamente hablaron madres y familiares de desaparecidos que se organizan en las Fuerzas Unidas por Nuestros Desaparecidos en Coahuila (FUUNDEC). La gran mayoría de las personas que acudieron con pancartas y fotografías de sus seres queridos, llevaban el rostro cubierto por temor a represalias en su contra. “¿Dónde están?”, preguntaban las pancartas y las mascarillas que los agraviados usaron para proteger su identidad.

Teresa Carmona, madre de un estudiante de la UNAM asesinado, le dijo a la multitud ahí reunida que no vieran a Javier Sicilia como un líder, sino tan sólo como un compañero más al que también le habían arrebatado un ser querido, y por lo tanto, igual a cualquiera de las víctimas de la caravana. Julián LeBarón, que para entonces ya era por mucho el orador más aplaudido, se refirió a unas presuntas declaraciones del ex presidente de Colombia, Álvaro Uribe, en el sentido de que las caravanas pacifistas no servían para nada. El chihuahuense respondió aludiendo al acto en la procuraduría en Monterrey, donde más allá de la presión ejercida sobre las autoridades, se había conseguido superar el miedo y el dolor ocasionado por tanta violencia, tomando en cuenta que se habían tomado las calles en plena madrugada. Según LeBarón, eso había sido señal suficiente para estar seguros de que “la vida vencerá a la muerte”, pues cuando la sociedad civil está unida, el poder de los criminales disminuye.

La caravana reanudó la marcha a media tarde. Desde que se adentró en territorio chihuahuense, fue detenida nuevamente por grupos de personas en los municipios de Jiménez y Camargo, que la esperaban a un costado de la carretera. Visiblemente agotados tras cinco jornadas de movilización, los caravaneros llegaron a la capital del estado a la una de la mañana, donde todavía los esperaba

un centenar de personas entusiasmadas que los recibieron con aplausos, comida y música de mariachi.

A pesar de la hora, los anfitriones tuvieron fuerzas para recordarles a los recién llegados que Chihuahua era la entidad con el primer lugar en la tasa nacional de homicidios, pues ahí se cuentan “uno de cada tres muertos de esta guerra insensata”. Destacaron que, desde que inició el operativo conjunto entre policías locales y federales (que incluye soldados y policía militarizada), Chihuahua pasó de los 469 asesinatos contados en un año, a 5.202 tan sólo en 2010. Los feminicidios, denunciados desde hace más de diez años, no sólo van en aumento sino que continúan en la impunidad.

Casi a las cuatro de la mañana, los caravaneros llegaron al lugar preparado para su alojamiento, que esta vez era un balneario ubicado a varios kilómetros de la ciudad. El último día de camino, el jueves 9 de junio, la jornada comenzó a las diez de la mañana con una manifestación que avanzó por las calles del centro de la ciudad y que culminó con un mitin frente al Palacio de gobierno, donde desde hace años permanece una enorme cruz de clavos en honor a las mujeres asesinadas en la entidad. A un costado, otra cruz más reciente y de tamaño más pequeño recuerda los nombres y edades de los masacrados en Creel –una comunidad de la sierra tarahumara– el 16 de agosto de 2008.

Después de inundar la plaza con las denuncias y reclamos de una sociedad profundamente lastimada por el crimen y la corrupción, la cual tiene muy claro que la presencia del ejército no ayuda a solucionar el problema, nuevamente llegó el turno de Julián LeBarón. Le tocaba hablar en nombre de los familiares de la activista Marisela Escobedo, asesinada en diciembre de 2010 en ese mismo lugar, justo en la entrada del Palacio de gobierno, mientras exigía justicia por el feminicidio de su hija. La familia ya no está en el país. Grupos solidarios habían colocado un par de placas en su honor, pero ambas fueron retiradas por el gobierno de Chihuahua. Esta vez, Javier Sicilia expresó que era obligación del gobierno respetar la decisión de los presentes y mantener la placa en su lugar, que si se atrevía a quitarla entonces era porque el gobernador –el priísta César Duarte–, no ha comprendido su función constitucional de servir al pueblo.

Pocos minutos después de la instalación de la placa, con un calor que sólo se conoce en el desierto, comenzó la última etapa de la caravana. La columna de vehículos que había arrancado de Cuernavaca, ahora se conformaba por diecisiete autobuses y medio centenar de carros particulares. La *caravana del consuelo* avanzaba en línea recta en medio de la nada, pues apenas hay asentamientos humanos en esa zona, ya muy próxima a la frontera. Durante el trayecto entre una ciudad y otra, se difundió entre los pasajeros la metodología de las mesas de discusión que se celebrarían al día siguiente. El diseño había estado a cargo de la Asamblea Juarense por la Paz con Justicia y Dignidad. Proponía la instalación de nueve mesas de trabajo, cuya discusión debía acotarse a tres preguntas sobre: a) Las exigencias para los tres niveles de Gobierno y los Poderes de la Unión y los términos de cumplimiento; b) las propuestas de acciones para la resistencia civil; y c) los criterios para dar seguimiento a los acuerdos de la mesa a integrarse en el Pacto Nacional Ciudadano.

Seis de las mesas abordarían los puntos leídos en el Zócalo, y las otras tres trabajarían en torno a la organicidad del movimiento y otros temas específicos. La metodología contemplaba, además, cinco ejes transversales –género, derechos humanos, paz, cultura y geopolítica– que debían guiar las preguntas en cada una de las mesas, de acuerdo con su tema. El objetivo era extraer de cada mesa tres acuerdos, en términos de orientación estratégica del movimiento y como puntos de una agenda de exigencias al Estado. Todo lo que rebasara dichos acuerdos (propuestas, iniciativas u otras consideraciones) sería vertido en un pronunciamiento más amplio, y las divergencias ordenadas en otro documento de trabajo. Así, cada mesa llevaría sus tres acuerdos a una plenaria de consensos, sus consideraciones a incorporar al documento del pacto y las iniciativas que formarían parte del pronunciamiento. Todo, en seis horas de trabajo¹².

La caravana llegó a Ciudad Juárez cuando el sol del día 9 de junio estaba cayendo. En el kilómetro 20 de la carretera a Chihuahua, sobre un puente elevado, cientos de juarenses se habían dado cita para recibir a la larga columna de autobuses, que se detuvo completamente ante semejante muestra de solidaridad. Luz María Dávila, madre de dos de los muchachos que fueron asesinados por un grupo criminal en la colonia Villas de Salvárcar, quien increpó a Calderón durante su visita a la ciudad por haber llamado a sus hijos pandilleros, fue la comisionada para recibir personalmente a Javier Sicilia¹³. Las pancartas que emergían entre la multitud daban la bienvenida de distintas maneras: “es un mar de dolor nuestro desierto”; “en Juárez no se vive: se sobrevive”; “vivir en Juárez es resistir”; “bienvenidos a Ciudad Juárez, pueblo que organiza su propio destino”. Había otras muchas que denunciaban injusticias: “mi papá es inocente”; “a mi hijo lo cargaron”; “¿dónde están?”.

El lugar elegido para el acto de bienvenida a la caravana fue el centro deportivo que construyó el gobierno federal en Villas de Salvárcar, poco tiempo después de la masacre. Ahí, las denuncias se multiplicaron. Una a una, las historias de los juarenses reafirmaban la falta de voluntad del gobierno para resolver los crímenes y, más aún, denunciaban la constante participación de soldados y policías federales en los mismos.

Cuando el evento finalizó, los anfitriones se repartieron a los visitantes, debido a que no habían encontrado un solo lugar lo suficientemente grande para albergarlos a todos juntos. Así, la caravana se dividió y eso rompió con los protocolos de seguridad que había seguido durante todo el viaje, pues la vigilancia policiaca bajó considerablemente. No obstante, los caravaneros pudieron descansar unas horas sin contratiempos.

Al día siguiente, el tan esperado 10 de junio, antes de que comenzaran los trabajos de las mesas de discusión, hubo una concentración en los terrenos de lo que, hace varios años, era un campo algodónero en pleno centro de Ciudad Juárez, ahora tristemente conocido por el hallazgo de ocho cuerpos de mujeres, en 2001. Desde la aridez de aquel lugar, ahora rodeado de lujosos edificios, madres de jovencitas asesinadas y desaparecidas reiteraron la exigencia que mantienen desde hace más de diez años: “ni una más”.

Poco antes del mediodía comenzaron los trabajos de las mesas en las aulas de la Universidad Autónoma de Ciudad Juárez, cuyas instalaciones están muy cerca

de la línea fronteriza. Los colectivos locales se sumaron a las organizaciones e individuos que venían con la caravana y participaron activamente en todas las mesas. La metodología, que parecía cubrir los criterios necesarios para una discusión que tuviera resultados claros, fue rebasada por las circunstancias al momento de ser aplicada. La nutrida asistencia y la falta de tiempo, en la mayor parte de las mesas, dificultaron la sistematización de los acuerdos. La heterogeneidad de las participaciones, además, arrojó diferencias importantes hacia el final de la jornada, sobre todo en los contenidos del punto número dos del pacto, sobre la estrategia militarizada. Durante la plenaria, igualmente apresurada, las opiniones encontradas –que habían surgido tiempo atrás entre algunas organizaciones de Ciudad Juárez y Morelos–, acerca del retiro inmediato o paulatino de los militares, emergieron nuevamente. Tal divergencia de perspectivas adquirió dimensiones delicadas, sobre todo durante la firma del documento en el monumento a Juárez y los días que siguieron.

“El movimiento, así, quedó definido como un ‘proceso ciudadano de exigencia, de resistencia y de propuesta, en torno de la problemática específica de la violencia y de la militarización que hacen que la seguridad pública se desvíe en contra de la sociedad’ ”

El último acto público de la caravana se realizó tal y como lo había proyectado el poeta: en el centro de la ciudad-símbolo de la guerra en México. Lo que no estaba proyectado era la lectura del texto que sintetizaba lo discutido en las mesas –las relatorías– sin aclarar que se trataba de un documento preliminar del llamado Pacto Ciudadano por la Paz con Justicia y Dignidad. De todos modos, cientos de personas ahí reunidas hicieron una larga fila para firmar el documento, redactado a toda prisa por un puñado de relatores que iban en la caravana y por un equipo cercano a Sicilia, que había preparado la introducción. El movimiento, así, quedó definido como un “proceso ciudadano de exigencia, de resistencia y de propuesta, en torno de la problemática específica de la violencia y de la militarización que hacen que la seguridad pública se desvíe en contra de la sociedad”. La exigencia de paz con justicia y dignidad, señalaba el documento, tenía su principal motor en la autoridad moral y liderazgo ético de las víctimas, que ahora quieren generar “espacios de encuentro y de propuesta con otras expresiones de lucha y de resistencia”. El texto, firmado en primer lugar por Javier Sicilia, Miguel Concha y Raúl Vera –disponible en el *blog* del movimiento–, también establecía algunas acciones de resistencia que los firmantes se comprometían a realizar en caso de incumplimiento a sus exigencias. Asimismo, alcanzaba a esbozar una agenda de encuentros, foros y acciones directas para consolidar las alianzas entre organizaciones que le habían dado forma al movimiento, y para darle continuidad a las exigencias planteadas. Se anunció la realización de otra caravana, esta vez por la ruta de los migrantes centroamericanos que, desde el sur, cruzan territorio mexicano sufriendo terribles violaciones a sus derechos humanos. La segunda y última noche de los

caravaneros en Ciudad Juárez, una vez cubierto el objetivo de su viaje, terminó en medio de cantos, consignas y abrazos.

Conclusiones y “pendientes”

Pero el acto en el monumento a Juárez no fue la última actividad de la *caravana del consuelo*. Aunque la mayor parte de los autobuses emprendió el camino de regreso al día siguiente, un autobús cruzó la frontera para reunirse con organizaciones de El Paso, Texas. Participó una pequeña comisión de víctimas y personas que ahora viven el exilio en esa ciudad estadounidense, la más segura de su territorio según dicen, y vecina de la más peligrosa de todas.

El llamado inicial de Javier Sicilia para elaborar un pacto nacional que permitiera reconstruir las relaciones sociales, profundamente afectadas por la violencia y la militarización, había encontrado una efusiva respuesta en amplios sectores de la sociedad mexicana, dentro y fuera del país. Al tratarse de una iniciativa mucho más cercana a los movimientos populares y estudiantiles que a los intereses de grupos empresariales o partidistas, el MPJD había alcanzado un gran nivel de convocatoria. Al mismo tiempo, contó con el respaldo del catolicismo más liberal, representado por varios curas defensores de los derechos humanos. La decisión de convertir el viaje a Ciudad Juárez en una caravana que recopilara los agravios, denuncias y propuestas en las ciudades más afectadas por la violencia, fue uno de los aciertos. Al final de cuentas, los cientos de testimonios provenientes de todos lados del país, lograron establecer, a partir de su dolor individual, una cadena solidaria dispuesta a luchar por una agenda común. Además, todos ellos encontraron el respaldo de cientos de organizaciones que también hicieron suya la exigencia de paz con justicia y dignidad.

Ahora bien, la composición de semejante pacto fue poco clara desde los primeros pasos del movimiento. Cuando éstos llegaron a Ciudad Juárez, ya se tenía claro que el pacto no se firmaría con ningún tipo de autoridad, sino únicamente entre ciudadanos y organizaciones de la sociedad civil. Era un hecho que su base sería el documento que Sicilia había leído el 8 de mayo en el Zócalo, enriquecido con las exigencias y consideraciones a discutir en la ciudad fronteriza. Las fallas comenzaron a surgir cuando la metodología de discusión, diseñada para hacer énfasis en los acuerdos, no resultó aplicable al presentarse las diferencias más delicadas. Como ya se señaló, el formato de discusión indicaba la elaboración de tres documentos diferentes. El primero sería el pacto (conformado por los tres acuerdos principales de cada mesa), luego un pronunciamiento (con la totalidad de los acuerdos) y al final un documento de trabajo (con las divergencias). Al final, el largo documento leído desde el monumento a Juárez era el pronunciamiento que juntaba las exigencias que habían sido aprobadas en lo general, pero que no habían sido canalizadas al pacto definitivo, que se dio a conocer días después en los sitios de internet de las organizaciones firmantes.

La falta de claridad que imperó en ese detalle se convirtió en un problema cuando, el 11 de junio, desde la ciudad texana, el escritor se refirió al documento del día anterior como “las relatorías” de la discusión, mas no como el pacto ciudadano. Esto despertó molestias al interior del MPJD, principalmente entre los

organismos de Ciudad Juárez, pues las declaraciones también iban en el sentido de que retirar al Ejército de todas las calles del país –como ellos exigen en su ciudad– es una exigencia que todavía “se debe tomar en cuenta y respetar, pero que la situación de violencia e inseguridad es diferente en cada estado de la República”¹⁴. Las diferentes posturas en cuanto a los criterios que debía seguir la retirada del Ejército de las labores policiales, no se pusieron de acuerdo en eso, es decir, en tiempos y formas. En cambio, hubo acuerdo general en cuanto a que es preciso cambiar el modelo de seguridad militarizada. Lo desafortunado para el movimiento fue que en algunos medios de comunicación se trató de restarle importancia a los acuerdos alcanzados, exaltando las divergencias que se presentaron en ese punto en específico, mencionando, incluso, que los organismos en Juárez estaban compuestos de “radicales” que pretendían boicotear las mesas de trabajo.

Así, la travesía al norte del país para exigir el alto de la guerra cerró con un documento de pacto inconcluso y con la malograda aclaración que Sicilia quiso hacer al respecto. No obstante, logró sostener una serie de exigencias que, semanas después, fueron llevadas a las mesas de diálogo con los Poderes de la Unión. La caravana había conseguido, en lo esencial, dar visibilidad a las víctimas de una guerra que nadie solicitó, y que le está costando numerosas vidas jóvenes al país. El peso de los 40 mil muertos en los periódicos no había sido suficiente para el impulso de un reclamo generalizado. Al parecer, lo que se necesitaba era denunciar en cada plaza, tal y como se hizo durante seis días, la pudrición de las instituciones encargadas de procurar justicia y seguridad a los ciudadanos. Cada testimonio compartido desde el templete, o a través de una pancarta, era una prueba más del fracaso del Estado mexicano en el cumplimiento de sus obligaciones más básicas. La intención de la caravana, antes que terminar con la violencia, era terminar con la apatía y la indiferencia que la normaliza. Por eso, sus alcances y limitaciones no deben ser estimados simplemente en términos del cumplimiento, o no, de las seis exigencias del movimiento. La *caravana del consuelo*, más allá de funcionar como una suerte de portadora del pacto ciudadano, terminó convirtiéndose en una plataforma para comenzar a movilizar el capital político que reside en las víctimas. Dicho capital, potenciado por la autoridad moral y el respaldo ético que poseen quienes no exigen más que justicia para sus familiares, es en donde están todas las apuestas del MPJD. Actualmente, cuando el país ingresa a la antesala de los comicios electorales de 2012, una comisión de víctimas ha entablado conversaciones con el Ejecutivo y el Legislativo, ante la mirada escéptica pero respetuosa de sus compañeros de lucha, que ya no creen en los diálogos oficiales. El éxito o fracaso de esta nueva etapa –previa a la desobediencia civil en caso de falta de soluciones, según ha advertido el movimiento– está por definirse.

Bibliografía

El Diario de Morelos 2011 (Cuernavaca) 7 de abril.

El Universal 2011 (México) 13 de enero.

El Universal 2011 (México) 16 de enero.

El Universal 2011 (México) 8 de abril.

El Universal 2011 (México) 9 de mayo.

La Jornada 2010 (México) 12 de febrero.

La Jornada 2011 (México) 1 de abril.

La Jornada 2011 (México) 7 de abril.

La Jornada 2011 (México) 1 de junio.

La Jornada 2011 (México) 5 de junio.

La Jornada 2011 (México) 8 de junio.

La Jornada 2011 (México) 9 de junio.

Milenio 2011 (México) 12 de junio.

Milenio 2011 (México) 2 de julio.

Notas

1 A inicios de 2011, el Consejo de Seguridad Nacional dio a conocer una base de datos oficial de los homicidios vinculados a la “guerra contra el narcotráfico”. El informe señaló que la cantidad de *ejecuciones* registrada desde diciembre de 2006 hasta fines de 2010 ascendía a 34.612 (Ramos, Jorge, *El Universal*, 13 de enero de 2011). Seis meses después, reportes periodísticos señalaron que la cifra había rebasado ya los 40 mil (Castillo, Gustavo, *La Jornada*, 1 de junio de 2011: p. 20). Tan sólo en Ciudad Juárez se han calculado entre 11 y 12 mil huérfanos (Alvarado, Ignacio, *El Universal*, 16 de enero de 2011). Para un balance sobre el desplazamiento forzado, otro de los efectos de la violencia en México, ver <www.parametria.com.mx/DetalleEstudio.php?E=4288>.

2 La carta completa, y el resto de pronunciamientos de Javier Sicilia, están disponibles en <<http://redporlapazyjusticia.org>>. El portal también cuenta con una importante cantidad de material audiovisual sobre el movimiento.

3 Los organizadores de la marcha en Cuernavaca estimaron una afluencia de más de 60 mil personas, mientras la prensa local (*El diario de Morelos*, 7 de abril de 2011) calculó 25 mil. En la Ciudad de México, declararon las autoridades de seguridad pública, hubo 10 mil manifestantes (*La Jornada*, 7 de abril de 2011).

4 Un sector que de inmediato decidió participar en la tarea de discutir y enriquecer los puntos que Javier Sicilia había señalado en aquel primer esbozo de pacto, fue el estudiantil. Integrantes de la Red por la paz y justicia de Morelos organizaron el Primer Encuentro de Jóvenes en la Emergencia Nacional, los días 28 y 29 de abril, en Cuernavaca. Acudieron personas de nueve estados del país, casi todos universitarios, que reflexionaron colectivamente sobre cinco temas: 1) militarización y violación de la soberanía nacional; 2) violencia e impunidad; 3) narcotráfico; 4) vida digna; y 5) arte y cultura. Los resolutivos del encuentro nutrieron parte importante del documento que se dio a conocer el 8 de mayo en el Zócalo de la ciudad de México. Para acceder a las relatorías de las mesas y al pronunciamiento final de dicho encuentro, ver <<http://jovenesenemergencia.wordpress.com>>.

5 El día de la movilización, desde el centro de San Cristóbal de las Casas, el EZLN se refirió a los convocantes de la marcha nacional como personas de bien, “madres y padres de niños y niñas que han sido asesinados por bala y por la altanería y torpeza de los malos gobiernos”, y que no “están llamando o convenciendo para ser de una religión, una idea, un pensamiento político o una posición social”. Ellos, los zapatistas, respondían a su llamado por tratarse de una lucha por la vida, pues “para poder ser lo que cada quien escoge ser, para poder creer o no creer, para elegir una creencia ideológica, política o religiosa, para poder discutir, acordar o desacordar, son necesarias la paz, la libertad, la justicia y la vida”. Semanas después, durante la *caravana del consuelo*, nuevamente enviaron saludos solidarios, esta vez en una carta dirigida al Movimiento por la Justicia 5 de junio, al cumplirse dos años del incendio de la guardería ABC, de Hermosillo, Sonora. Estos documentos están disponibles en <<http://enlacezapatista.ezln.org.mx/category/comision-sexta>>.

6 Gómez, Francisco, “Exigen a partidos limpiar filas de nexos con crimen” *El Universal*, 9 de mayo de 2011.

7 El documento completo se tituló “Pacto nacional por un México justo y en paz”, con las siguientes demandas: 1) Verdad y Justicia; 2) fin a la estrategia de guerra y asumir un enfoque de seguridad ciudadana; 3) combatir la corrupción y la impunidad; 4) combatir la raíz económica y las ganancias del crimen; 5) atención de emergencia a la juventud y acciones efectivas de recuperación del tejido social; y 6) democracia participativa, mejor democracia representativa y democratización en los medios de comunicación.

8 Los ex consejeros de dicho instituto cuestionaron la inexistencia de mecanismos para prevenir que se rebase dicho límite –estimado en 200 millones de pesos– y denunciaron que la actual comisión de consejeros que podría hacerlo está conformada por tres personas designadas por el Partido Revolucionario Institucional. Por su parte, Javier Sicilia señaló que con menos participación ciudadana, como pretende la actual oligarquía partidista, “existen menos riesgos

para sus intereses, sus cuotas de poder, su reparto de parcelas, que son formas criminales del ejercicio del poder que hay que denunciar" (*La Jornada*, 5 de junio de 2011: 11). En su turno, Emilio Álvarez Icaza habló de impulsar una reforma política que contemple mecanismos de participación ciudadana como la revocación de mandato, el plebiscito y la consulta popular.

9 La paramilitarización, indicó el obispo, "es un derivado de la militarización que hay en el país" y "se ve como una limpieza social donde alguien considere que aquí nada más quedamos los puros buenos, y los malos que desaparezcan" (*La Jornada*, 8 de junio de 2011, p. 15). El centro de rehabilitación agredido, conocido como La Victoria, estaba a tres calles del parque donde la caravana fue recibida al día siguiente, durante la escala en Torreón.

10 Para consultar más detalles sobre este conteo realizado por los periodistas de *Milenio*, ver <<http://impreso.milenio.com/node/8985449>>.

11 *La Jornada* (9 de junio de 2011, pág. 7).

12 Para consultar el comunicado de la asamblea juarense donde se explica con detalle la metodología de las mesas de discusión del pacto ciudadano en Ciudad Juárez, ver <http://asambleajuarense.blogspot.com/2011/06/mesas-de-trabajo_08.html>.

13 Para una crónica de aquella desafortunada visita del presidente Calderón a Ciudad Juárez, véase "Cercan reclamos a Calderón en Ciudad Juárez" en *La Jornada*, 12 de febrero de 2010.

14 *Milenio*, 12 de junio de 2011, en <<http://impreso.milenio.com/node/8974281>>.

La particularidad cubana

Algunas notas sobre los movimientos sociales en Cuba

GUILLERMO ALMEYRA

Doctor en Ciencias Políticas y maestro en Historia por la Universidad de París VIII; ex profesor investigador de la UNAM y la UAM-Xochimilco (México); ex director de la revista OSAL de CLACSO, institución donde actualmente se desempeña como asesor académico y editorial; analista internacional de *La Jornada* de México.

Resumen

Este artículo plantea que la Revolución cubana fue una revolución democrática, de liberación nacional, con base campesina, obrera y en las clases medias pobres urbanas y rurales, pero dirigida por sectores radicalizados de dichas clases medias. El capitalismo de Estado que se instauró, más los efectos del bloqueo de Estados Unidos y de la tensión constante impuesta por Washington a Cuba, determinaron una restricción de la participación democrática de los ciudadanos y de los márgenes de acción de los movimientos sociales que, de todos modos, existen y se expresan deformadamente.

Abstract

This article argues that the Cuban revolution was democratic, a revolution of national liberation originated among peasants, labourers, and poor urban and rural middle classes, although it was conducted by certain radical sectors of these middle classes. The State capitalism implemented in Cuba plus the effects of the US embargo against the country and the continuous tension imposed by Washington on the island eventually restricted the democratic participation of Cuban citizens as well as the scope for the action of social movements which, anyhow, exist and express deformedly.

Palabras clave

Socialismo, capitalismo de Estado, antiimperialismo, Revolución cubana.

Keywords

Socialism, State capitalism, anti-imperialism, Cuban revolution.

Cómo citar este artículo

Almeyra, Guillermo 2011 "La particularidad cubana. Algunas notas sobre los movimientos sociales en Cuba" en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

Sin duda es muy importante investigar por qué se rebelan individuos y multitudes, cómo se preparan esos movimientos de protesta, cuáles son sus motivaciones, sus reivindicaciones, su nivel de conciencia, cómo y dónde se construyen sus liderazgos. En particular, en América Latina, es indispensable ver las interrelaciones existentes entre algunos sectores de la intelectualidad local y sus congéneres en otros continentes o en Estados Unidos y, al mismo tiempo, entre ellos y los sectores sociales y clases locales dominados, precapitalistas o modernos. Las formas que asume cada movimiento social dependen, en efecto, de las características de la formación social donde nace y se desarrolla, de su peculiar densidad histórico-cultural, de su composición étnica, del grado de su urbanización y del momento en que ésta superó la vida rural y del modo en que el país donde actúa está integrado en el mercado capitalista mundial.

“De la guerra de independencia quedó como saldo en la conciencia popular la idea de que la igualdad racial se conquista en la lucha..., así como el orgullo nacional por haberla obtenido peleando y un profundo sentimiento de agravio contra el imperialismo invasor”

Pero igualmente importante es estudiar por qué otros sectores de las clases dominadas, a menudo mucho más vastos, aparentemente, permanecen inertes a pesar de que están en condiciones iguales o peores a las de quienes se rebelan y organizan. ¿Por qué en determinadas condiciones político-sociales los movimientos sociales son raquíticos o aparecen secos y burocratizados? ¿Cuál es el nivel de conciencia de los dominados que parecen pasivos, desorganizados; qué tipos de liderazgos soportan o asumen como propios? ¿Qué discurso oculto se expresa en el aumento de la delincuencia, de las sectas religiosas, de las visiones míticas y hasta milenaristas sobre el pasado que aparecen en algunos países latinoamericanos? ¿Qué expresan movimientos aparentemente lineales, unívocos?

Los enormes movimientos migratorios de nuestra época son, por ejemplo, los principales movimientos sociales de la misma. En efecto, millones de mexicanos, que se cuentan entre los más jóvenes y activos de la Población Económicamente Activa nacional y serían un importante aporte para el país, gastan enormes sumas para pagar los “polleros”, desafían la muerte al cruzar en su migración ríos y desiertos, aceptan ser discriminados por su color, trabajar como indocumentados mal pagados, ser expulsados de Estados Unidos en cualquier momento con tal de integrarse en las peores condiciones posibles en el mercado de trabajo de la primera potencia capitalista mundial. Otros millones de africanos hacen lo mismo para llegar a Europa occidental. Ese “voto con los pies” –que en el caso mexicano abarca a un décimo de la población pero afecta a más de un tercio de la misma (ya que los que participan de la organización del viaje del emigrado o viven de sus remesas están, se estima, en una relación de cuatro a uno con el emigrante)– indica que quienes emigran y sus familias no ven posibilidades de cambio social y

económico en su país respectivo ni a corto ni a mediano plazo, y consideran que el sistema de explotación capitalista es inevitable y natural, con la consiguiente protesta social pasiva bajo una costra de desinterés por lo político y la política. La emigración a Estados Unidos, incluso, se ha convertido hasta en un rito de iniciación para los varones en algunos sectores campesinos e indígenas de México. Pero, ¿ese movimiento social pasivo y políticamente conservador es sólo eso o es algo más complejo y, en ciertas condiciones (el agravamiento de la crisis económica en Estados Unidos, el aumento de las dificultades para la emigración junto con una eventual radicalización de la vida política en el país natal), podría cambiar de carácter? Al investigador le corresponde ver lo que está tomando forma apenas como síntoma en el seno de un nuevo mundo en gestación en este derrumbe del orden mundial nacido de la posguerra en el cual se hicieron y desarrollaron los movimientos sociales y políticos de masa de América Latina².

* * *

Repasemos un poco la historia cubana, a muy grandes trazos: Cuba entró al siglo XX independizándose de España al cabo de la guerra de 1895-1905. En ese proceso, por un lado, culminaron las guerras de Independencia latinoamericanas comenzadas a principios del siglo XIX y, por otro, se desarrolló una guerra social ya que en ella y en las luchas anteriores los esclavos liberados combatieron en gran número, incluso como oficiales insurgentes, y se hicieron ciudadanos al mismo tiempo que construían la nueva República. La intervención de Estados Unidos marcó también la identidad cubana pues, como es sabido, transformó a Cuba en una virtual colonia con el apoyo de la oligarquía local y de una parte muy importante de los capitalistas cubanos, que eran anexionistas.

De la guerra de independencia quedó como saldo en la conciencia popular la idea de que la igualdad racial se conquista en la lucha (en un país en el que la esclavitud había afirmado en la mayoría blanca fuertes prejuicios racistas), así como el orgullo nacional por haberla obtenido peleando y un profundo sentimiento de agravio contra el imperialismo invasor. El fuerte movimiento negro existe desde entonces, al igual que el nacionalismo antiimperialista, como elementos importantes de la formación cultural del pueblo cubano.

En el último censo antes de la Revolución cubana (1953), los negros representaban el 12,4% de la población y los mulatos el 14,5%, y ambos grupos seguían siendo discriminados. En el 2009, último dato oficial disponible, los negros llegaban al 10%, mientras los mulatos ascendían al 23,84% y esa población de color, por consiguiente, ha crecido en número y en importancia política en el país, sobre todo porque en la Cuba anterior a la revolución, sobre una población total de 5.829.029, los universitarios llegaban apenas a 53 mil y constituían una élite muy reducida, proveniente en su casi totalidad de las clases ricas o medias acomodadas blancas, mientras que en el 2009 el 18% de los 11.242.621 cubanos existentes (o sea, 2.023.471) tenía instrucción universitaria³.

El movimiento social de los negros y mulatos se había manifestado ya en 1907 con la formación de un partido independiente dirigido por un líder liberal, Evaristo Estenoz⁴. En mayo de 1912 lanzó en toda la isla una serie de huelgas y manifesta-

ciones que provocó un nuevo desembarco estadounidense, pero fueron la Guardia Rural y el ejército nativo los que exterminaron a 3 mil de los 4 mil militantes, entre ellos su líder, como un escarmiento a la población de color, cuya resistencia tomó entonces formas más indirectas.

Cuba, en los años cincuenta del siglo pasado, no era un país semicolonial atrasado –como a menudo dijeron cuando triunfó la revolución muchos observadores superficiales, sobre todo europeos– sino un país semicolonial, en efecto, pero que en América Latina se contaba entre los más desarrollados.

La concentración de la propiedad y de la producción en manos de algunas grandes empresas extranjeras o cubanas altamente tecnificadas, como los ingenios azucareros, provocaba la dispersión de la fuerza de trabajo en una miríada de pequeños emprendimientos semiartesanales o familiares, con poca cantidad de trabajadores cada uno de ellos, y daba un peso desproporcionado en la economía y la vida de la isla a la pequeña pero concentrada élite estudiantil y a los servicios, legales o ilegales, como los casinos y la prostitución para los estadounidenses, que consideraban a Cuba y Puerto Rico como partes integrantes de su país.

La emigración a Estados Unidos de la mano de obra que sufría una desocupación endémica era también una constante, mientras que la inmigración de trabajadores haitianos, jamaíquinos y chinos tenía como objetivo mantener barata la mano de obra y ayudar a someter a los obreros cubanos, que eran más díscolos. Por otra parte, la inmigración masiva de canarios, gallegos, asturianos y catalanes en las primeras décadas del siglo y hasta que a mediados de los treinta comenzó la revolución española, cuando muchos retornaron a España, si bien llevó a Cuba núcleos de obreros anarquistas o comunistas de reciente origen anárquico, retardó de hecho la organización política y sindical de los nativos de la isla.

Los cubanos, históricamente, están habituados a ver como parte de su sociedad también a los cubanos de la diáspora y, a pesar de ser isleños, a vivir con interés y pasión la suerte de otras regiones del mundo.

En la Cuba de antes de la revolución, como hemos dicho ya, pesaban muy marcadamente los estudiantes y los servidores públicos, entre los cuales se destacaban militares como los suboficiales que, con el sargento dactilógrafo Fulgencio Batista, un mulato hijo de un obrero, a la cabeza⁵, actuaban a veces junto a las fuerzas democráticas y estudiantiles de clase media y tenían roces con Estados Unidos, y otras las reprimían y servían fielmente a Washington.

El movimiento obrero, por su parte, nació tardíamente y con escasa fuerza aunque ya en 1899 Diego Vicente Tejera había formado un Partido Socialista Cubano, que después pasó a llamarse Partido Popular Obrero. A diferencia de otros países latinoamericanos, como Argentina, donde el desarrollo fue mucho más precoz y tuvo mucha mayor envergadura, el nacimiento en Cuba de las organizaciones sindicales unificadas y de las organizaciones socialistas fue tardío. En los años veinte aparece la Hermandad Ferroviaria, anarcosindicalista, pero algunos de sus dirigentes, tal como había sucedido en España en el anarcosindicalismo, sentían la influencia de la Revolución Rusa. En 1925 se organizan también la Confederación Nacional Obrera Cubana y el Partido Comunista Cubano (PCC), surgido de un grupo de estudiantes y de intelectuales jóvenes. Conviene observar que, mientras en otros países (Argentina, Uruguay) el Partido Comunista nace de los partidos so-

cialistas reformistas, que son anteriores, en Cuba no existieron con anterioridad las diversas corrientes anárquicas ni socialistas reformistas como fuerzas organizadas y con influencia de masas obreras sino que, como en España, muchos militantes obreros anarquistas de los pequeños sindicatos se harán comunistas. Además, las corrientes comunistas organizadas reflejarán de inmediato las divisiones que se producen en los años veinte en el PCUS y en la Internacional Comunista y, antes de la Revolución cubana, habrá una división entre los comunistas seguidores estrictos de la línea del Kremlin y la Oposición de Izquierda. Uno de los fundadores del PCC, Julio Antonio Mella⁶, será expulsado del partido por su militancia en la Oposición de Izquierda de la Internacional Sindical Roja, al igual que el panadero negro Sandalio Junco, secretario de Relaciones Internacionales de la Confederación Nacional Obrera Cubana (CNOOC) y líder de la potente Federación Obrera de La Habana, también expulsado en 1934, y posteriormente asesinado.

Esta oposición se extenderá al movimiento estudiantil donde, junto a la FEU, nace un Directorio Estudiantil Universitario, sumamente combativo pero de ideas confusas (lo cual lo llevará a apoyar el golpe de Fulgencio Batista), y también la Defensa Obrera Internacional y el Ala Izquierda Estudiantil, organizaciones comunistas colaterales en las que militará la Oposición de Izquierda, muy ligada con su homónima española.

Lo que modificará esa situación político-social tan marcada por movimientos sociales débiles y fragmentados, como el obrero, o sólo en desarrollo, como el estudiantil, será el hecho de que el general Gerardo Machado, elegido en 1925, quiso perpetuarse transformándose en dictador pero cayó ante la combinación de los efectos de la crisis mundial de 1929 sobre el precio del azúcar cubano, los grandes paros y movilizaciones –sobre todo estudiantiles– y el abandono por Washington, que inauguró en los primeros años treinta la política del New Deal de Franklin Delano Roosevelt, dejando de lado la del Gran Garrote (Big Stick) preconizada por el otro Roosevelt. La lucha contra la dictadura y por la democracia hará crecer al movimiento estudiantil más radical y movilizará detrás de él a buena parte de las clases medias y a un sector importante del movimiento obrero cubano.

Los grandes antecedentes inmediatos de la Revolución cubana, que comenzó con el asalto al cuartel Moncada en 1953 y se desarrolló sobre todo a partir del desembarco del Granma en 1956 para culminar en enero de 1959, son en realidad la lucha estudiantil que derribó a Machado y el guiterismo⁷; no la actividad del débil Partido Comunista Cubano que estaba muy sometido a los vaivenes de la política de Moscú⁸. El carácter artesanal de la mayoría de los obreros cubanos y la extensión, en esos años, del analfabetismo entre los sectores más pobres de la población, así como la falta de tradiciones democráticas en la isla y de insurrecciones o paros generales revolucionarios de los trabajadores, hicieron que la voz cantante en la lucha democrática la tuvieran sectores de las clases medias, inspirados en el liberalismo radical, revolucionario y antiimperialista de José Martí, tan diferente de los otros liberalismos de América Latina y algo así como un enlace entre el pensamiento y la acción democráticos y jacobinos más avanzados del siglo XIX, en el que se habían formado políticamente Marx y Engels en Alemania y Francia, y el movimiento y el conjunto de ideas que éstos luego desarrollaron. Antonio Guiteras, Eduardo Chibás⁹ y algunos dirigentes estudiantiles fueron las expresiones de ello.

La Revolución cubana dirigida por Fidel Castro, ex líder estudiantil y candidato a diputado por el Partido Ortodoxo, aunque contó con el apoyo activo de gran cantidad de obreros y campesinos y se apoyó en huelgas generales heroicas de los trabajadores, no fue una revolución obrera y campesina ni mucho menos una revolución socialista. Fue, como la revolución antimachadista, una revolución democrática, antidictatorial, que en su desarrollo decantó sus elementos más ligados a la política de Estados Unidos y socialmente precapitalistas, los cuales emigraron a Miami y, así, comenzó a radicalizarse socialmente.

La lucha contra el imperialismo estadounidense, que intentó condicionar al gobierno surgido de la Revolución, fue lo que llevó al gobierno revolucionario a expropiar las empresas estadounidenses y a los terratenientes, a practicar un capitalismo de Estado con base de masas, a apoyarse en la Unión Soviética y a declarar en 1961, dos años después del triunfo de la Revolución y poniendo al pueblo cubano ante un hecho consumado (que éste asumió, por otra parte, de muy buen grado), que se orientaba hacia la construcción de las bases del socialismo. La clase media radicalizada y el movimiento estudiantil, mucho más que los obreros y campesinos, le dieron sus bases y sus cuadros.

Después del triunfo de la Revolución Cubana y de la fuga a Miami de la derecha del gobierno, Fidel Castro se apoyaba sobre todo en la movilización campesina por la tierra, sostenida por el Ejército Rebelde, cuyas bases eran campesinas y la mayoría de cuyos dirigentes como el Che Guevara, Raúl Castro o Camilo, eran radicales y contaba también con el apoyo del Movimiento 26 de julio (M26), que había tenido duras discusiones con los comunistas del Partido Socialista Popular (PSP), los cuales habían terminado por adherir, como partido¹⁰, a la revolución.

En un primer momento, buscó apoyo económico en Estados Unidos, pero Dwight Eisenhower ni lo recibió, prefiriendo jugar al golf, y el vicepresidente, Nixon, se reunió con él pero para exigirle que no se tocasen las propiedades estadounidenses. En su gira por Canadá, Argentina, Uruguay y Brasil planteó incluso que Estados Unidos concediese a Cuba y América Latina el equivalente al Plan Marshall (1947-1951) por 13 mil millones de dólares de la época (que la Unión Soviética había hecho que los países del bloque oriental bajo su influencia rechazasen); pero Washington recortó brutalmente la cuota de azúcar cubana que importaba y obligó a La Habana a buscar otros aliados internacionales.

No había otro disponible fuera de la Unión Soviética, tomada por sorpresa por la revolución¹¹. El reconocimiento de la Revolución cubana por la Unión Soviética fue, en efecto, tardío, y se produjo recién en mayo de 1960. Un año después de la revolución, en 1960, Anastas Mikoyan visitó Cuba y la URSS concedió 100 millones de dólares¹². Fidel Castro, por otra parte, declaró socialista la revolución en 1961, sin discusión previa y recién después del fracaso del desembarco contrarrevolucionario en Playa Girón. Y sólo en los setenta, después del fracaso de la zafra de 10 millones de toneladas en 1970, de la muerte del Che en Bolivia, del derrumbe de varias guerrillas latinoamericanas y de la negativa europea a comprar azúcar cubana, Cuba pasa a formar parte del CAME (o Comecon, el bloque económico que integraban la URSS y sus aliados).

Es que, como lo revela esta sucesión cronológica de hechos, las opciones y los avatares políticos en la isla misma dependieron siempre, desde 1959, de la

necesidad de mantener por todos los medios posibles la independencia de la isla haciendo frente a la continua agresión colonialista de Estados Unidos, y no de una opción teórica socialista madurada por la dirección del proceso nacionalista-democrático revolucionario.

* * *

Hasta 1961 los distintos movimientos sociales —étnico, campesino, obrero, democrático— confluyeron en el gran movimiento de la Revolución cubana, comenzado con el intento de toma del cuartel Moncada, movimiento que era políticamente heterogéneo y policlasista, si bien su apoyo principal provino de las clases medias pobres urbanas y de sectores obreros y campesinos.

“Es que, como lo revela esta sucesión cronológica de hechos, las opciones y los avatares políticos en la isla misma dependieron siempre, desde 1959, de la necesidad de mantener por todos los medios posibles la independencia de la isla...”

Después del triunfo de la revolución surgen organismos como el movimiento de los milicianos voluntarios (de más de 300 mil), la poderosa y numerosísima Federación de Mujeres, o los Comités de Defensa de la Revolución, que en esos años aún eran democráticos¹³. En el campo político, por otra parte, se fusionan, como consecuencia del ataque patrocinado por Estados Unidos, el mayoritario M26, el PSP (comunista) y los restos del Directorio Estudiantil Revolucionario.

El 9 de marzo de 1962 es anunciada la dirección nacional de las Organizaciones Revolucionarias Integradas (ORI), formada por 13 miembros del M26, 10 del PSP y 2 del Directorio. Cuatro días después, en el aniversario del asalto al Palacio presidencial por los miembros del Directorio, cuando un joven comunista censuró la carta testamento de Echevarría —el dirigente católico de ese movimiento muerto en el intento revolucionario mencionado—, Fidel Castro criticó violentamente al PSP y el 26 del mismo mes atacó directamente al secretario de organización de la ORI, Aníbal Escalante, acusándolo de “sectarismo” y de construir no un partido sino “un yugo, una camisa de fuerza” con la ayuda de la embajada soviética. La Unión Soviética tuvo que retirar a su embajador, que nadie fue a saludar al aeropuerto. La segunda crisis con la Unión Soviética se produjo cuando Nikita Jruschov decidió retirar unilateralmente —y sin consultar al gobierno cubano— los misiles presentes en la isla que habían provocado la posibilidad de una guerra atómica ante la amenaza estadounidense de destruirlos.

Con esos antecedentes y en ese clima se creará en 1965, en sustitución de las ORI y del efímero Partido Unido de la Revolución Socialista (PURS) que las sucedió, el Partido Comunista Cubano, cuyo dirigente y a la vez dirigente del Estado, será Fidel Castro, hasta su reemplazo reciente por su hermano Raúl, comandante de las Fuerzas Armadas. El Partido Comunista se identificará desde entonces con el Estado, el pluralismo anterior dejará de existir y las organiza-

ciones de masa, así como los movimientos sociales que ellas representaban, se identificarán también con el Partido Comunista, que asumirá su dirección y seleccionará sus dirigentes.

* * *

Sin embargo, a pesar de esas características tomadas del llamado “socialismo real”, Cuba no sufrió el mismo destino que la Unión Soviética y los países de Europa Oriental, de los cuales su economía dependía, y sus organizaciones sociales demostraron vitalidad aunque actualmente están en un veloz proceso de adaptación a las nuevas condiciones. ¿Cuál es la base del consenso que conservan el gobierno y las organizaciones a éste ligadas? ¿Cuáles tendencias, públicas u ocultas, conviven en la sociedad cubana, a veces conflictivamente? Aquí entramos en el terreno del análisis y de las conjeturas, ya que las encuestas que permitirían probar lo que expondremos no existen o no están disponibles para los investigadores en general, y la prensa cubana refleja escasa y crípticamente lo que sucede en la sociedad y, por consiguiente, es de poca utilidad a pesar de que en el 2011 se notan mejoras parciales en sus contenidos.

Hay, sin embargo, datos concretos que nos dan pistas al respecto. En primer lugar, la religiosidad popular en Cuba nunca fue, como en otros países, sinónimo de la influencia del catolicismo y, por consiguiente, de la jerarquía de esa religión y del Vaticano. La santería, o culto de Oxalá, es muy popular, sobre todo entre negros y mulatos, que fueron y son una parte importante del apoyo al gobierno. Por la cercanía a Estados Unidos, también prosperaron las diversas iglesias evangelistas cuyos fieles tienen, en general, una actitud favorable con relación al gobierno, reforzada por las críticas a éste de la jerarquía católica, en algunos momentos de tensión política. No hay pues una fuerza religiosa externa fuerte como la que existía en Eslovaquia, Croacia, Polonia o Hungría, países donde el catolicismo fue por siglos también una forma político-cultural de resistencia frente a los amenazadores vecinos.

Además, las sucesivas emigraciones masivas después de la Revolución –la de los que huyeron a Miami una vez caída la dictadura de Batista, la de quienes se fueron por el puerto de Mariel e incluso el trágico éxodo de los “balseros”– provocaron una selección social y política, ya que en esas migraciones se fueron una gran parte de la débil burguesía nacional cubana y de los sectores marginales por ella potencialmente influenciados.

Otro factor relacionado con el consenso es el hecho de que el país se urbanizó desde la Revolución cubana –perdiendo cientos de miles de campesinos, que difícilmente podrán volver al campo, entre otras cosas porque han envejecido–, pero ni la ciudad de La Habana ni otras ciudades mayores de Cuba, que antes de la Revolución tuvieron una fuerte proporción de su población que vivía fuera de la ley o en la frontera de la misma, han crecido demasiado, como sucedió en el caso de las capitales de otros países dependientes. Mientras la población de Cuba pasó de un poco más de 5,5 millones de habitantes en 1953 a un poco más de 11 millones en 2009, La Habana, por ejemplo, apenas creció en el mismo período, según las estimaciones (aunque hay observadores que dicen que esa población decrece en números absolutos).

Las diferencias desde el punto de vista demográfico también tienen su importancia. Cuba, en efecto, ha logrado enormes resultados en el campo de la educación y de la sanidad y eso se refleja en la prolongación de la expectativa de vida y en la baja natalidad, bajísimo índice de reproducción y muy baja incidencia de los jóvenes en la vida cubana¹⁴.

En efecto, el conflicto generacional enfrenta, verticalmente, a quienes conocieron los años anteriores a la revolución y los años de gloria y abundancia relativa de la misma y pueden hacer un balance todavía positivo de lo conquistado y, por el contrario, quienes han nacido y se han desarrollado en la crisis desde hace más de treinta años, no conocieron el pasado y, además, dan por naturales y sentados los derechos y los niveles de vida logrados por la revolución en sus primeros 25 años y que hoy se ven en peligro, lo cual los desilusiona y desmoraliza. También enfrenta a los jóvenes y a los mayores que viven en el campo con los urbanos, sobre todo jóvenes, cuyo hábitat se deteriora y que sufren más la influencia deletérea de los hábitos y los consumos de los turistas y ven oportunidades para la pequeña delincuencia como modo de vida, sobre todo en los momentos en que el acceso a un trabajo garantizado es muy difícil.

Además, Cuba es, por su inserción en el mercado mundial y el modo de producción, un país capitalista sin burguesía y que practica un capitalismo de Estado dirigido por un partido que se proclama anticapitalista y declara estar empeñado en la construcción del socialismo. La burguesía, a diferencia de lo que sucede en todos los demás países, está en su inmensa mayoría fuera de Cuba, emigrada, o viene con el turismo y sus influencias culturales principales no se ejercen directamente en la misma medida que en otros países latinoamericanos, sino por medio de la televisión extranjera y por la idealización de vastos sectores de la población urbana de lo que sería para ellos vivir en un sistema regido totalmente por el mercado (idealización que provoca una gran fuga de cerebros y de obreros calificados), al igual que por los relatos de los parientes que viven en Estados Unidos o en Europa.

La gran diferencia social, en Cuba, no es –todavía– entre capitalistas dueños de los medios de producción, por una parte, y los trabajadores, por otra (debido a la subsistencia de las relaciones típicas del capitalismo de Estado, que en este caso llama “socialistas” a las empresas estatales aunque en ellas exista un régimen salarial y el Estado sea el propietario colectivo), sino entre el pueblo y la burocracia estatal y partidaria, que tiene el usufructo y el manejo de la propiedad estatizada y es el principal actor en el mercado capitalista nacional e internacional.

Parte de esa burocracia tiene lazos estrechos con el capital internacional y busca reafirmar sus privilegios reforzando económica y socialmente el capitalismo en Cuba, mientras otra intenta defenderlos mediante el monopolio de la vida política y estatal según lo que cree es el modelo chino o vietnamita¹⁵ e, incluso, existe un sector minoritario, sobre todo entre los intelectuales –que forman parte del partido y son relativamente privilegiados–, que plantea la democratización del régimen mediante una amplia participación popular en la vida política y social y la profundización de las medidas que apuntan en la dirección de la construcción del socialismo.

En Cuba no hay *samizdat*, como el que existió en la Unión Soviética y en los países de Europa oriental, porque las clases dominantes anteriores emigraron y

porque el bloqueo y la agresión constante del imperialismo avivan continuamente el nacionalismo independentista revolucionario cubano, que marca toda la historia de la isla desde Martí, y se opone al anexionismo de la oligarquía cubana y a la fusión de la gran burguesía cubana con el capital financiero internacional.

El gobierno revolucionario goza, sobre todo, del consenso pasivo proveniente del fuerte sentimiento independentista que formó al pueblo cubano como tal y lo diferenció, profundamente, de las clases dominantes en las que desde siempre fue muy fuerte el anexionismo a Estados Unidos. El ejemplo haitiano y el portorriqueño en las Antillas, ofrecen un ejemplo vivo de qué podría ser Cuba si su esfuerzo independentista revolucionario fracasase y refuerzan esa voluntad e independencia, incluso entre muchos de los que mal toleran las políticas del gobierno.

* * *

Desde los comienzos mismos de la Revolución cubana, los sindicatos y organizaciones de masa han sido organismos del Estado, normalmente han integrado la dirección del partido, que controla el Estado y se identifica con éste, y han sido uno de los componentes más conservadores de la burocracia. La influencia ideológica del modelo implantado en los partidos comunistas por la Unión Soviética sirvió, hasta la crisis de los misiles, para combatir los sindicatos burocratizados y corruptos del mujalismo batistiano¹⁶ así como la resistencia de sectores de las viejas direcciones sindicales, no siempre corruptas, a los sindicalistas provenientes del PSP. Bajo esta misma influencia se impuso la idea de que los sindicatos debían ser la clásica “correa de transmisión” del partido y servir para elevar la productividad y no para defender a los trabajadores del Estado y del gobierno que apoyaban pero que tenían otros intereses que ellos. Por eso, desde 1959 hasta 1962 la resistencia de los trabajadores a la dirección (impuesta) de Lázaro Peña fue permanente y sorda¹⁷.

“En el mismo Partido Comunista están, a la vez, los más avanzados y algunos de los más conservadores y dañinos sectores de la sociedad políticamente organizada”

A partir del estrechamiento posterior de las relaciones de Cuba con la Unión Soviética y los países del llamado “socialismo real”, ese papel de los sindicatos como organismo estatal, y no como herramienta democrática y plural de los trabajadores, se acentuó aún más, al extremo de que fue la dirección de la Central de Trabajadores de Cuba, que agrupa al 96% de la mano de obra cubana, quien anunció recientemente a los trabajadores y al pueblo, sin ninguna discusión previa ni plan alternativo obrero y antes que el partido y el gobierno, que el VIº Congreso del PCC encararía el recorte de 2 millones de puestos de trabajo, sobre una Población Económicamente Activa de 4,4 millones.

Esos sindicatos, aunque burocratizados, son un canal deformado para la presión del descontento y de las demandas de los trabajadores sobre los aparatos gubernamentales a los cuales pertenecen las direcciones sindicales.

Los otros organismos de masa –la Federación de Mujeres, la FEU, las organizaciones de intelectuales y artistas– están igualmente integrados en el aparato del partido y del Estado, al que siguen sin diferenciarse, aunque el último Congreso haya intentado en parte reforzar al Estado reduciendo el voluntarismo en las decisiones partidarias y sometiénolas a una lógica administrativo-burocrática (lo cual no impide que las decisiones sobre el curso del Estado, sobre la organización del gobierno y sobre el partido vengan del vértice del PCC).

También en este caso son canales de la presión social que llevaron a la Federación de Mujeres a luchar por los derechos de los homosexuales y las lesbianas, los cuales fueron perseguidos durante muchos años durante la imitación del sistema de la URSS; y a las organizaciones juveniles y estudiantiles, así como a varias revistas y agrupaciones de artistas y creadores, todos miembros del Partido Comunista, a formular críticas y hacer propuestas abriendo brechas en el conservadurismo ideológico y el monolitismo burocrático de los aparatos.

La sociedad cubana se expresa y discute, aunque sólo utiliza parcialmente los organismos de masas dirigidos por el partido gobernante. Los movimientos sociales tendientes a ampliar los márgenes democráticos y a influir en la toma de decisiones gubernamentales son subterráneos pero existen en el estado de sentimientos difundidos, de corrientes de opinión¹⁸. La relación de ellos con el gobierno, dependiente del particular tipo de consenso –nacionalista antiimperialista– que le brindan a éste, determina su relativa posibilidad de influir para retardar cambios desfavorables o modificar parcialmente decisiones impopulares.

En el mismo Partido Comunista están, a la vez, los más avanzados y algunos de los más conservadores y dañinos sectores de la sociedad políticamente organizada. En efecto, en el PCC conviven tanto una minoría que cree sinceramente en la necesidad de ampliar los espacios democráticos, de abrir espacios plurales prerrevolucionarios, de democratizar la vida política y social y de profundizar las medidas favorables a la construcción del socialismo, como diversos sectores burocráticos y conservadores y hasta elementos de la burocracia que trabajan para instaurar el capitalismo.

Las bases mismas de la burocratización del partido y del Estado son heterogéneas y diversos sectores burocráticos, que responden a diferentes motivaciones, conviven en las organizaciones estatales y partidarias, así como en las colaterales del partido y del Estado, que aparecen como Organizaciones No Gubernamentales.

Una causa de la burocratización es la escasez, que permite la subsistencia de privilegios económicos y de una distribución inequitativa de los recursos. Ella choca con el alto nivel de cultura del pueblo cubano, que tiende a reducir fuertemente las diferenciaciones y privilegios relativos que existen entre el trabajador común y el trabajador intelectual en las esferas estatales. Esa burocratización, por así decirlo funcional, es vista como algo injusto pero en cierta medida inevitable.

Otro tipo de burocratización, importada del modelo del llamado “socialismo real”, que identifica el partido monolítico y los organismos de masa, así como el partido y el Estado y establece un control minucioso y vertical de todas las actividades, ha permeado todas las organizaciones sociales reduciendo los márgenes de discusión libre y de democracia interna en las mismas. Sin embargo, en dichas organizaciones, así como en el partido y en los movimientos sociales tolerados y

encarrilados por el Estado, crecen las discusiones y hay cada vez más intolerancia frente a los intentos de imposición burocrática de ideas y posiciones.

El bloqueo y la continua agresión de Estados Unidos favorecen enormemente la burocratización al imponerle desde hace décadas a un país dependiente y escasamente poblado, como lo es Cuba, no sólo costos enormes en concepto de importación de alimentos, combustibles y tecnología y una escasez artificialmente construida desde el exterior, sino también un gran retroceso en los métodos de transporte y de cultivo y al obligarlo a dedicar una proporción enorme de su juventud a la preparación de la defensa nacional, reforzando las fuerzas armadas, las de seguridad, las de inteligencia; quitándole así mucha mano de obra a la producción de alimentos. Esta política, pensada para crear dificultades económicas y políticas a un país pequeño y con escasos recursos, espera provocar dificultades políticas y sociales al gobierno pero, indirectamente, refuerza el sentimiento antiimperialista y el nacionalismo revolucionario del pueblo cubano.

La diferencia esencial, desde su nacimiento, entre el capitalismo de Estado con orientación socialista existente en Cuba y los llamados "socialismos reales" que imperaban en la ex Unión Soviética y en Europa Oriental consiste en que el Estado cubano es el resultado de una revolución democrática y nacionalista que formó parte del vasto proceso de liberación nacional y descolonización que siguió durante años a la derrota del *nazifascismo* en la Segunda Guerra Mundial, mientras que los regímenes de Europa Oriental (con excepción de la Yugoslavia de Tito y en parte de Checoslovaquia y Hungría, donde existían fuertes partidos comunistas) nacieron en cambio de la expansión del ejército ruso en el marco de los acuerdos de Yalta y Potsdam e impusieron, desde su origen mismo, los métodos dictatoriales de la casta burocrática que dominaba por el terror la Unión Soviética desde 1923, o sea desde hacía más de 20 años. El Estado cubano pudo cooptar los movimientos sociales o asfixiarlos porque contó con consenso, muy activo durante décadas en una isla donde las viejas clases dominantes y los sectores que ellas influían se fueron al extranjero. Pero esa cooptación y esa asfixia burocratizan los elementos formales de poder popular –los Consejos Populares– y la participación democrática, y el aparato estatal mira con suspicacia todo intento de autoorganización incluso por objetivos que forman parte de su propia política.

El consenso que goza el sistema nacido de la revolución, sin embargo, explica que, a diferencia de lo sucedido en la URSS y en los países dependientes de ella, existan en la intelectualidad cubana espacios críticos socialistas y autogestionarios tolerados y que la delincuencia urbana no llegue a constituir mafias entrelazadas con sectores del gobierno y del partido, como la que prosperó en la URSS a partir del período de Leonid Brezhnev, sino que sea más que todo una expresión radical y perversa, preocupante pero no masiva, de la necesidad de "arreglarse" (de resolver sus problemas en la frontera de la ley) que tienen todos los cubanos debido al bloqueo y a los errores económicos del gobierno. Los movimientos sociales cooptados, como el de las mujeres, tienen vida cuando democratizan el país y responden a una lucha por una transformación positiva en las relaciones de género y en las familias. En otros casos, como en el de los sindicatos, las presiones se ejercen al margen de las direcciones, como en el caso de las protestas estudiantiles por las malas condiciones de alimentación y de alojamiento.

Como conclusión es posible afirmar que la sociedad cubana es vital y que, en la disputa sorda entre los diversos sectores de la burocracia partidaria-estatal-tecnocrática acerca de cuál vía debe seguir la isla (si la china-vietnamita o el pleno desarrollo del libre mercado, con la consiguiente apertura a Estados Unidos y a las transnacionales), hay margen para la acción de movimientos sociales de diversos tipos (culturales, ambientalistas, estudiantiles, etc.) que puedan asegurar la participación popular en la adopción de las decisiones de todo tipo y, sobre todo, en la defensa de las conquistas democráticas y el camino al socialismo.

Bibliografía

- Almeyra, Guillermo 2010 "Cuba, un documento peligroso I" en *La Jornada* (México) N° 9431, 14 de noviembre.
- Almeyra, Guillermo 2010a "Cuba, un documento peligroso II" en *La Jornada* (México) N° 9438, 21 de noviembre.
- Almeyra, Guillermo 2010b "Cuba, un documento peligroso III" en *La Jornada* (México) N° 9445, 28 de noviembre.
- Almeyra, Guillermo 2010c "Cuba, dos opciones falsas y una rechazada" en *La Jornada* (México) N° 9459, 12 de diciembre.
- Almeyra, Guillermo 2011 "Cuba, ¿profundizar el socialismo?" en *La Jornada* (México) N° 9618, 22 de mayo.
- Gilly, Adolfo 1964 "Cuba: coexistencia o revolución" en *Monthly Review* (Buenos Aires) N° 15.
- Moscato, Antonio 1996 *Breve storia di Cuba* (Roma: Datanews).
- Oficina Nacional de Estadísticas de la República de Cuba 2009 "Censo 1953" (La Habana: ONE).
- Oficina Nacional de Estadísticas de la República de Cuba 2009 "Censo 2009" (La Habana: ONE).
- Partido Comunista Cubano *s/í Lineamientos de Política Económica y Social*. VI Congreso PCC, *Granma* (La Habana).
- Scott, James C. 2007 *Los dominados y el arte de la resistencia* (México: Era).

Notas

- 1 Ver al respecto James C. Scott, *Los dominados y el arte de la resistencia*, Era, México.
- 2 Max Weber comenzó sus investigaciones analizando qué efectos tenía la migración en el cambio de actitud ante la vida y de conciencia política de los campesinos prusianos que iban a trabajar a Renania, entraban allí en contacto con la industria, los sindicatos, los socialistas; y volvían a su tierra natal resistiendo las tradicionales prepotencias de los terratenientes *junkers* que antes soportaban.
- 3 "Censo de 1953" (2009).
- 4 Estas líneas, y las siguientes en este apartado, se apoyan en Moscato (1996: 44-48) primera edición.
- 5 Fulgencio Batista era hijo de dos combatientes por la Independencia de España. Resistió a la dic-

tadura del general Gerardo Machado, derribado por los estudiantes y, en representación de un grupo de sargentos, integró una Junta (llamada Pentarquía, donde estaban también una representación estudiantil, el futuro presidente Ramón Grau y el líder revolucionario Antonio Guiterras Holmes), se hizo nombrar coronel y jefe de Estado Mayor y reprimió violentamente a los trabajadores azucareros y a la izquierda comunista (trotskista) de La Habana y de Oriente. Durante la Segunda Guerra Mundial, y en alianza con Washington, fue desde 1940 hasta 1944 presidente constitucional elegido por la alianza Socialista-Democrática con el Partido Socialista Popular (comunista), que tuvo ministros en su gabinete. En 1952 dio un nuevo golpe y gobernó mediante

la corrupción y la represión hasta 1959, cuando el triunfo de la revolución cubana le obligó a exiliarse, llevándose lo que pudo del Tesoro nacional.

6 Presidente del Congreso estudiantil de 1923 que llevó a Cuba la influencia del movimiento de la Reforma Universitaria de Córdoba en 1918 y, sobre todo, el latinoamericanismo y la idea de unidad obrero-estudiantil, y uno de los fundadores de la Federación Estudiantil Universitaria (FEU).

7 Por Antonio Guiteras Holmes, revolucionario radical que también intentó tomar el Moncada y organizar la lucha armada contra Batista. Fidel Castro y Ernesto Che Guevara lo reconocieron como su precursor. Fue ministro de Grau San Martín y se opuso fuertemente al stalinismo del Partido Comunista Cubano, que lo combatió entre 1933 y 1935 acusándolo de ser “fascista”. En la Internacional Comunista se vivían los años del sectarismo agudo con las acusaciones de “socialfascistas” a las tendencias de izquierda que no seguían la línea de Moscú, y en particular a los trotskistas, que colaboraban en Cuba con Guiteras.

8 Lo cual lo llevó a tratar de negociar con el dictador Machado el fin de la huelga general obrero-estudiantil contra la dictadura, a participar después con el dictador Batista en un gobierno proimperialista y a colaborar, posteriormente, con el corrupto gobierno de Grau, así como a oponerse al intento de toma del Moncada por el M26 de julio y, después, a boicotear la huelga general de 1958 –que fracasó– en apoyo a los rebeldes de Sierra Maestra.

9 Político radical del Partido Auténtico que, desde 1945 hasta su suicidio en plena audición radiofónica en 1951, combatió la corrupción del régimen.

10 En la lucha armada habían participado desde el comienzo muchos miembros del PSP, pero a título individual.

11 Nikita Jruschov declaró que antes de 1959 no sabían qué pasaba en Cuba ni quién era Fidel Castro, y que los comunistas cubanos le habían informado al Kremlin que se trataba de “aventureros pequeño burgueses” (esa fue la línea del PSP desde el asalto al Moncada hasta fines de 1958).

12 Eisenhower le había quitado a Cuba, en 1960, un mercado de 700 mil toneladas de azúcar, y la Unión Soviética, por medio de Mikoyan, le compró 425 mil, pero a un precio superior al del mercado mundial.

13 El Che Guevara consideró, sin embargo, que “eran antipáticos” para la población porque se inmiscuían demasiado en la vida de los ciudadanos y hacía igual crítica a los servicios secretos, a los que recordaba lo que había sucedido en Hungría en 1956. Su discurso figura en *Quetzal* (Roma) N° 17, noviembre-diciembre, 1987 (citado en: Moscato, 1996).

14 Según datos de la Oficina Nacional de Estadísticas para 2009, desde la revolución los cubanos ganaron casi 20 años de expectativa de vida (en 1959 llegaba a 59,5 años; en 2009, a 77,97, o sea 76,1 para los hombres y 79,2 para las mujeres). La Habana, sobre 5,5 millones de habitantes, tenía en 1953 casi 1,8 millones (un tercio del total); ahora, sobre poco más de 11 millones, tiene 2,2 millones, es decir, un quinto. El 75% de la población habita en ciudades. Los habitantes mayores de 60 años representan un 16,3% y los menores de 14 el 18,2. El crecimiento natural llega al 3,9% anual, pero la migración asciende a 3,3%. El saldo, es decir, el crecimiento poblacional total, es mínimo: 0,6%. La población envejece.

15 Ver, al respecto, Almeyra (2010, 2010a, b, c; 2011) y Partido Comunista Cubano (s/f).

16 Eusebio Mujal Barniol, nacido en Catalunya, primeramente izquierdista revolucionario y miembro del Partido Comunista, fue convertido por los gobiernos de Grau San Martín y de Batista, cuando ambos rompieron con los comunistas, en el burócrata máximo de la Confederación de Trabajadores Cubana. Se apoyó en la corrupción y los métodos *gangsteriles* y se convirtió en millonario.

17 Ver Gilly (1964).

18 Como la Cofradía de la Negritud, diversos grupos ambientalistas o promotores del arte y el Observatorio Crítico.

Mito, aquelarre, carnaval

El grotesco americano¹

ARMANDO BARTRA

Director del suplemento mensual "La Jornada del Campo" del diario mexicano *La Jornada*; profesor del Posgrado en Desarrollo Rural de la Universidad Autónoma Metropolitana, unidad Xochimilco; director del Instituto de Estudios para el Desarrollo Rural Maya.

Resumen

Retomando los conceptos de *aquelarre*, *mito*, *carnaval* y apelando a una mirada *herética*, antiolemne, sobre lo social, Armando Bartra analiza los movimientos sociales contemporáneos apuntando a las conexiones entre mítines, marchas, "acampadas" y aquellas formas de lo grotesco estudiadas por Carlo Ginsburg, Mircea Eliade y Mijail Bajtín. Lo *grotesco* como *pathos* de lo americano le permite al autor explorar las posibilidades del *desorden*, del rompimiento de la cotidianidad y de la opresión mediante la coreografía de un trance utópico, posibilidades que en las subversiones indígenas del continente se verifican en la persistencia del simbolismo mítico que potencia sus luchas. Bartra espeja lo grotesco como tentativa de captar la especificidad americana con dos conceptos ricos en posibilidades y contrastes: la sociedad abigarrada de René Zavaleta y el *ethos* barroco de Bolívar Echeverría. Rastreado la huella de lo grotesco en las manifestaciones del abigarramiento y del carácter barroco de nuestras sociedades, el autor encuentra la convergencia en la ambivalencia primigenia del mestizaje. Así, pues, aquelarre, mito, carnaval, actualizan la utopía y resignifican

Abstract

Armando Bartra retrieves such concepts as *uproar*, *myth* and *carnival* and, from a *heretical* and anti-solemn point of view on social manifestations, analyses contemporary social movements focusing on the connection among rallies, demonstrations, "acampadas" (mass camping in public places as a sign of protest) and the different forms of grotesque studied by Carlo Ginsburg, Mircea Eliade and Mikhail Bakhtin. Seeing *grotesque* as *pathos* in the Americas allows the writer to explore the possibilities of *disorder*, everyday life disruption and oppression through a choreography based on a utopic outburst. These possibilities are verified in the subversions of the indigenous peoples of the Americas through the persistence in a mythical symbolism that reinforces their struggle. Bartra mirrors grotesque manifestations trying to apprehend the specifics of the Americas through two concepts full of possibilities and contrasts: that of a variegated society, as proposed by René Zavaleta, and that of the baroque *ethos* nature of our societies presented by Bolívar Echeverría. By following the trail of the grotesque in the manifestations of variegation and baroque *ethos* in our

la revolución como un espacio simbólico que trastoca la realidad más profundamente que un “simple” cambio en los modos de producir.

societies, the writer finds convergence in the primordial ambivalence of multiracial ancestry. In this manner, uproar, myth, and carnival revive the utopia and redefine revolution so that it signifies a symbolic space, one which modifies reality beyond a “simple” change in the ways of producing.

Palabras clave

Utopía, revolución, *pathos*, colonialidad.

Keywords

Utopia, revolution, *pathos*, colonialism.

Cómo citar este artículo

Bartra, Armando 2011 “Mito, aquelarre, carnaval. El grotesco americano” en *OSAL* (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

El fin de nuestra época, el colapso de la civilización, el descalabro múltiple que he llamado la Gran Crisis reanima ancestrales sentimientos colectivos. Antiguas vivencias apocalípticas que creímos superadas pero en el cruce de milenios se cuelan de nuevo en las pesadillas compartidas de la humanidad: rumores subterráneos y luces en el cielo anuncian el fin de un ciclo y la llegada del Fuego Nuevo, rompe el silencio la trompeta de Israfel, el juicio inapelable de la Parusía nos espera a la vuelta de la esquina.

El inesperado fin de los tiempos –de *nuestros* tiempos que nos vendieron como eternos– dramatiza lo efímero de la modernidad. Y en la encrucijada miramos al pasado en busca de claves explicativas, en busca de inexistentes seguridades, en busca de inspiración.

En esta tesitura, me he propuesto ayudar a la comprensión de las rebeldías, insurgencias y revoluciones con que los pueblos asumen los magnos retos del milenio, desempolvando conceptos referidos a prácticas ancestrales como el mito, el aquelarre y el carnaval.

Un mitin, una marcha, la ocupación colectiva de espacios públicos con fines contestatarios –lo que ahora llaman “acampar”– no son aquelarres ni carnavales ni ritos que actualicen mitos: no hay ahí brujas ni machos cabríos ni comportamientos previamente codificados, además de que se celebran cuando hace falta y no forzosamente en cuaresma.

Sin embargo, entre unos y otros encontramos conexiones históricas y analogías morfológicas que justifican tratar de descifrarlos empleando conceptos semejantes. No me parece impertinente, entonces, recurrir a Carlo Ginsburg, a Mircea Eliade o a Mijail Bajtin para arrojar luz sobre las acciones multitudinarias del presente.

En especial quiero destacar el efecto desacralizador y profanatorio de lo grotesco como inversión del orden “natural”, como violencia simbólica, como provocación burlesca capaz de revertir el fatalismo y neutralizar el miedo. Quizá lo

barroco es un *ethos*, pero lo grotesco más que un *habitus* es un *pathos*, más que un orden una praxis, más que una adaptación abigarrada a la modernidad un rompimiento con ella. Más que un orden lo grotesco es un desorden.

El hábito grotesco impregnaba las fiestas griegas a Dionisio, las bacanales y saturnales romanas, las Parodias hilarantes que interrumpían el solemne recitado de las Rapsodias homéricas, el aquelarre y el carnaval de la Edad Media.

Hoy, en cambio, de lo que se trata es de carnavalizar la política. El reto es sacar al carnaval de la cuaresma y de su acotamiento como espectáculo, empleando sus poderosos recursos en subvertir el orden opresivo.

Aquelarre

Si descartamos la idea de revolución como parto que alumbró lo que ya estaba presente en el viejo orden y sólo pedía que se le liberara de sus ataduras, habrá que admitir que las revoluciones verdaderas son lentas y demandan prolongados y ambiciosos programas de transformación a ejecutarse mediante ardua ingeniería social.

En medio de tan prosaica revolución, dónde carajos quedó la poesía; dónde fue a parar la inspiración utópica entendida como vivencia liberadora y no como ruta crítica y plano constructivo de la nueva sociedad.

La utopía que aquí convoco no es Arcadia siempre pospuesta que se aleja con el horizonte, sino epifanía: experiencia colectiva que salta fuera del torrente causal y por momentos se apropia simbólicamente del cosmos, resignificación efímera de una realidad de suyo hostil y sin sentido, experiencia extática que prefigura otro mundo –posible no como maqueta científicamente diseñada sino como vivencia compartida, no como escenografía sino como coreografía.

En los primeros meses del 2011, Tahrir, ahora conocida como Plaza de la Libertad, en Egipto; la Plaza de las Palomas, en Marruecos; la Puerta del Sol, en Madrid, y la Plaza de Cataluña, en Barcelona, entre muchas otras, se volvieron espacios en verdad públicos, territorios liberados, fraternos, deliberativos, solidarios, festivos; ámbitos física y espiritualmente desfajados. Escenario de fiestas revolucionarias que no en todos los casos han cambiado las estructuras del país que las cobijó, pero sin duda marcaron para siempre a sus participantes, que después del aquelarre libertario serán mejores personas y tendrán algo que contar, lo que no es poca cosa.

La necesidad transcultural de trances extáticos que desquicien el orden imperante para dramatizar ritualmente la periódica irrupción del caos primigenio seguida de una nueva y provisional refundación cósmica, hace pensar que el mundo no es habitable sin alguna clase de experiencia trascendente que restaure simbólicamente la armonía y el sentido de las cosas. Pareciera que la reproducción de órdenes sociales desgarrados como los que hasta ahora hemos conocido requiere por fuerza de experiencias utópicas que restituyan los valores ausentes, así sea de modo fugaz y virtual.

Y también en el marco de luchas libertarias que en primera instancia persiguen objetivos tangibles, creo descubrir la necesidad del éxtasis utópico colectivo como prefiguración pasajera pero caladora de un mundo otro, de un modo distinto de

vivir que quizá nos espera en el futuro, pero que en todo caso se hace presente mientras dura la magia. Y es que si no fueran tocados de vez en cuando por el ángel de la utopía viviente, los movimientos sociales no serían más que las chatas, grises y tediosas convergencias circunstanciales de individuos movidos por el cálculo de costos y beneficios, que predica cierta sociología anglosajona.

El trance utópico colectivo no es “la revolución” en lo que ésta tiene de ardua y morosa subversión material, pero sin experiencias extáticas las grandes obras públicas de ingeniería social revolucionaria no podrían romper la inercia que nos ata a lo real como horizonte de lo posible. Las experiencias utópicas son discontinuidades en el campo de un orden causal que encadena el futuro al pasado. Saltos cuánticos por los que cambiamos de lugar social sin recorrer el espacio intermedio. *Aleph* multitudinarios por los que el cosmos se condensa en una plaza, en una calle...

Hombre del infausto medio siglo XX, judío, comunista revolucionario, practicante del más intransigente pensamiento crítico, “políticamente incorrecto” aun en su momento y entre sus pares, defraudado por la socialdemocracia y acosado hasta la muerte por el nacionalsocialismo, Walter Benjamin es el espejo trizado de una generación que pese a todo se resiste a tirar la toalla, se niega a perder la esperanza. Como Gramsci en la cárcel, el alemán exiliado y a salto de mata profesa un “optimismo de la voluntad” difícil de preservar cuando sabes que la “locomotora de la historia” no marcha a tu favor sino que trata de arrollarte. Esperanzado respecto de los posibles saldos libertarios de ciertos avances de la ciencia, pero descreído del presunto efecto progresista que por sí mismo tendría el desarrollo de las “fuerzas productivas”, Benjamin se desmarca radicalmente del prometeísmo al tiempo que mantiene inquebrantable su fe en la posibilidad de redención².

Mesianismo *sui generis*, éste, pues el reino de Dios –o la sociedad sin clases–, no son culminación sino irrupción trascendente. Tesis que Benjamin formula a su modo como una suerte de apotegma contrahegeliano: “El Mesías interrumpe la historia; el Mesías no aparece al final del desarrollo” (Echeverría, 2005: 97).

El mito revolucionario

“Los mitos son relatos ficticios que responden a la verdad”, escribió Aristóteles, y Federico Nietzsche proclamaba “el necesario renacimiento del pensamiento mítico como premisa necesaria de la vida y la ciencia”.

Pero por mucho tiempo el racionalismo propio de una sociedad “desencantada” como la del gran dinero –pensamiento prosaico al que pronto se suma el racionalismo anticapitalista del “socialismo científico”– desplazó por irracionalistas a la magia, la intuición y el mito. Sin embargo, estas dimensiones están ahí y se hacen cada vez más presentes y visibles en los movimientos revolucionarios del nuevo milenio.

La palanca simbólica de las luchas emancipatorias fue reivindicada desde hace rato por pensadores como Federico Nietzsche y Henri Bergson y reaparece en el escenario de las ideas políticas con Benedetto Croce y Georges Sorel, entre otros.

El mito está presente en todas las rebeliones indígenas, pero en las del temprano siglo XXI convergen mito y utopía. En ellas las imágenes e intuiciones que

mueven a luchar se articulan con un modelo más o menos racional de sociedad libre y justa.

“El mito está presente en todas las rebeliones indígenas, pero en las del temprano siglo XXI convergen mito y utopía. En ellas las imágenes e intuiciones que mueven a luchar se articulan con un modelo más o menos racional de sociedad libre y justa”

En el “Nuevo mundo” desgarrado por contradicciones étnico-clasistas de origen colonial y en sociedades que René Zavaleta (Zavaleta, 1983) llamó abigarradas, la edificación del sujeto revolucionario pasa por la reconstitución política de la identidad indígena contrapuesta al criollismo opresor. Y esto supone el despliegue de movimientos complejos y heterogéneos, acciones que Luis Tapia ha llamado “sociales”, por cuanto no ponen en acción a clases o gremios sino a estructuras sociales enteras (Tapia, 2002).

En nuestro continente la revolución demanda también un profundo rearme simbólico porque, a diferencia de la clase, la indianidad no puede afirmarse sin recuperar su pasado profundo. No el ayer históricamente verificable ni tampoco un pasado inventado, sino un pasado mítico: imágenes, sentimientos e intuiciones que convocan al “reino milenario”; representaciones que remiten a la vez a lo que fue y a lo que será, que son puente entre la nostalgia y la utopía.

Tiempo de carnaval: estrategias grotescas desde la colonialidad

Tersites seguía alborotando sin freno –nos cuenta Homero en la *Ilíada*. Cuantas palabras groseras conocía le parecían aceptables para atacar a los reyes con tal de provocar hilaridad [...] Le había tocado el turno al divino Agamenón, al que insultaba dando estridentes gritos; [...] – ¡Pues bien, Atrida! ¿De qué te quejas o qué necesitas todavía? Tus tiendas están repletas de bronce y de mujeres, selecto botín que nosotros los aqueos escogemos para ti, el primero, cuando tomamos las ciudades [...] ¿Necesitas acaso más oro? ¿Acaso anhelas una joven cautiva? (Homero, 1968: 39-40).

¿Pero, quién es este Tersites que en su cara puede decirle tamañas verdades a Agamenón, Rey de Micenas y de Argos, y jefe de la expedición griega contra Troya, sin morir por ello en la maroma? No es ciertamente un hombre como los otros, pues en tal caso ya hubiera sido atravesado por una espada. Tersites es un contrahecho, un esperpento, un *freak* aqueo que por su condición grotesca tiene derecho a burlarse de las jerarquías, tiene derecho a reírse del poder.

El Tersites de la antigüedad clásica es el equivalente de un comparsa del carnaval, de un bufón de la corte, de un cómico carpero. Así lo describe Homero: “Era el hombre más feo que llegó a Troya; bizco y cojo de un pie, con los hombros encorvados y contraídos hacia el pecho, y la cabeza puntiaguda, cubierta de rala pelambre” (Homero, 1968: 39).

En todas las sociedades el Tersites, el extraño, el fenómeno, el *freak* ha sido objeto de atracción a la vez que de repulsa. Y en este sentimiento dual se funda la eficacia revulsiva e iconoclasta del carnaval: la normalidad en el espejo.

En nuestro continente las carnestolendas son mucho más que un rito de la cuaresma, son emblema y paradigma de la revolución descolonizadora, una revolución abigarrada, barroca, grotesca.

Abigarrado, barroco, multisocietal, híbrido, mestizo son términos que califican al orden social Americano. Rebeldía en cambio se refiere no al orden sino al desorden, al subversivo comportamiento de sus actores. Los primeros remiten a un *ethos*, el segundo a un *pathos*. Y el *pathos* rebelde en un continente abigarrado es por fuerza un *pathos* grotesco: praxis material y simbólica que entrevera componentes disímbolos, culturalmente heterogéneos y en apariencia incompatibles.

Habría que explorar la grotescidad, es decir, la capacidad de desquiciar todas las jerarquías y de unir lo que por naturaleza se excluye, que han tenido y tienen los alzamientos indígenas de nuestro continente. Insurrecciones milenaristas sincréticas donde la restauración de la mitológica edad dorada se entrevera con simbolismos religiosos cristianos, recuperación de instituciones políticas coloniales, manejo de conflictos entre potencias imperialistas y —desde fines del XIX— fórmulas y símbolos provenientes del imaginario anarquista y socialista.

Si entendemos por grotesco no sólo una estrategia plebeya de resistencia sino también un tipo de sociedad entreverada, paradójica, incompleta, se impone esclarecer la relación entre este concepto interpretativo y los de “formación abigarrada”, de René Zavaleta, y “*ethos* barroco”, de Bolívar Echeverría. Y lo primero, me parece, es destacar el aire de familia: los tres remiten a un mestizaje básico, a una hibridez consustancial, entre otros órdenes, al de la colonialidad, que siendo herida abierta no es lastre o falencia sino pivote contestatario y asidero altermundista.

Pero hay diferencias. En Zavaleta, quien desarrolló la idea en sus obras de madurez escritas entre 1983 y 1988 como *Lo nacional popular en Bolivia*, abigarrado califica al concepto de “formación económico-social” entendida como articulación de modos de producción. Luis Tapia lo traduce como “ambigüedad morfológica [...] Densa coexistencia de dos o más tipos de sociedad que se han sobrepuesto y penetrado, generalmente como resultado de relaciones coloniales” (Tapia, 2002: 58).

Y si bien en el desarrollo de su pensamiento, la categoría va adquiriendo complejidad conforme pasa de enfatizar la subsunción de lo diverso en el modo económico dominante a subrayar la diversidad misma como intersubjetividad contestataria, me parece que la lectura de las sociedades como combinatorias, propia del estructuralismo, sigue siendo una limitante, no porque haya inhibido el incisivo empleo que Zavaleta hace del concepto, sino porque debilita su coherencia teórica.

Para Echeverría “*ethos* barroco” más que formación económica o paradigma cultural es uno de los cuatro “mundos de la vida” en los que se actualiza la modernidad (clásico, romántico y neoclásico son los otros tres), modo peculiar de rescatar el “valor de uso” en un mundo presidido por los valores de cambio que encuentra su lugar y su tiempo, no exclusivos pero sí privilegiados, en la “España americana de los siglos XVII y XVIII” (Echeverría, 2000: 47), donde la “debilidad”

del capitalismo y la imposibilidad de clonar a Europa en el “nuevo continente” generan “una peculiar estrategia de comportamiento [consistente] en no someterse ni tampoco rebelarse o, a la inversa, en someterse y rebelarse al mismo tiempo” (Echeverría, 2000: 181), adaptación barroca que se prolonga por centurias y reaparece como una de las características de la posmodernidad. En el espléndido libro que es *La modernidad de lo barroco* lo que se documenta es la capacidad de esta estrategia de “disimulo”, para “hacer vivible lo invivible” (Echeverría, 2000: 162) mediante la estetización de la vida y no tanto su capacidad de subvertirla simbólica y realmente, sea a través del ritual festivo contestatario o de la mitologización milenarista de la insurrección, cuestiones que por la forma en que su propio autor lo delimita, quedarían fuera del concepto y corresponderían más a las que aquí he llamado carnavalización de la política popular o estrategia grotesca. Como lo define Echeverría, el *ethos* barroco supone la aceptación –así sea reticente– de lo ineluctable de la modernidad.

Sin embargo, el hecho es que en el siglo XVIII, en pleno auge del estilo pictórico “mestizo” con que los “indígenas urbanizados” de las antiguas audiencias de Charcas y Cuzco “imitaban” a su modo la civilización europea para “salvar al mundo americano de la barbarie”, según dice Echeverría, otro discípulo de los jesuitas, Juan Santos Atahualpa, trataba de salvar su mundo de una manera muy distinta: encabezando una insurrección indígena que por trece años tuvo en vilo a gran parte de los Andes. Rebelión sin duda abigarrada a la que bien podríamos llamar barroca o, mejor, grotesca. Y es que tras la otra cara del mestizaje cohabitante que incorpora lo premoderno a la modernidad para entibiársela y hacerla soportable, es un mestizaje insurrecto que afirma lo premoderno –lo incaico– *contra* la modernidad, aun si sus movimientos asimilan y resignifican elementos de la propia modernidad repudiada.

Dice Wolfgang Kayser: “Lo grotesco es el mundo vuelto extraño [...] Lo grotesco es un juego con lo absurdo [...] Un intento por invocar y someter los aspectos demoníacos del mundo”³. Pero es Bajtin, en su estudio sobre Rabelais y su contexto, quien más ha calado en el concepto:

La forma de lo grotesco carnavalesco [...] ilumina la osadía inventiva, permite asociar elementos heterogéneos, aproximar lo que está lejano, ayuda a liberarse de ideas convencionales sobre el mundo y de elementos banales y habituales, permite mirar con nuevos ojos el universo, comprender hasta qué punto lo existente es relativo y, en consecuencia, permite comprender la posibilidad de un orden distinto del mundo (Bajtin, 1995: 37).

Lo grotesco es subversivo y utópico. Más que un estilo un ánimo y una intención. No hay clásicos en lo grotesco ni tampoco existe un canon. Pero a falta de unanimidad estilística sus practicantes comparten un cierto aire de familia: un leve estrabismo, una imperceptible cojera, una ocasional dislalia, un gusto por las malas palabras y los chistes sucios, una predilección –como la de Luis Buñuel– por comerse precisamente la cabeza del cabrito.

En la defensa de su tesis doctoral, que más tarde convertiría en el libro *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de Françoise Rabelais*, Bajtin es claro al señalar el carácter político y revolucionario de las estrategias carnavalescas:

La risa fue uno de los más poderosos medios de lucha. El pueblo luchaba no sólo con la risa, sino también con las armas: con garrotes, con los puños [...] Este pueblo no es exclusivamente sonriente, sino que es de igual modo un pueblo que puede organizar revueltas. Y ambos aspectos están íntimamente relacionados. Porque aquí se trata de la risa de la plaza, de la calle, de esa risa popular que nada tiene de divertido. Es más bien una risa excepcional, de otro orden, una risa destructiva donde la muerte está siempre presente (Bajtín, 1995: 84).

Emblema del grotesco Americano es el mexicano fray Servando Teresa de Mier, fraile Dominicano nacido en 1765, quién le dio un giro carnavalesco a la argumentación independentista. Desmedida, excéntrica, dislocada es la vida de fray Servando, y claramente grotesca la estrategia que adopta para impulsar la independencia americana. En 1794, en el púlpito de la Basílica dedicada a la Virgen de Guadalupe, frente al Ayuntamiento en pleno y en presencia de la Real Audiencia, el Virrey Branciforte y el obispo Núñez de Haro, el joven fray Servando cuestiona las bases del presunto descubrimiento, la conquista, la evangelización y la colonia al sostener que el culto guadalupano es en realidad precolombino y que lo instauró el mismísimo Santo Tomás, quien era conocido en Mesoamérica como Quetzalcóatl y en cuya capa –que no en el ayate de Juan Diego– está pintada la sagrada imagen. Postura que él mismo llama “extraña e inaudita” pero que era cualquier cosa menos ingenua, pues si los pueblos americanos eran cristianos tan antiguos como los europeos todo el andamiaje colonial se venía abajo. El sermón le costó al destierro a España y un primer encierro del que se fugó iniciando una carrera de escapista que lo llevó a entrar y salir de siete cárceles. En el viejo continente peleó contra los franceses en el batallón de voluntarios de Valencia, y en 1816 convenció a Francisco Xavier Mina de emprender una expedición libertaria a México a resultas de la cual el español muere a manos de los realistas y fray Servando es encarcelado una vez más. Consumada la independencia, es diputado en el Congreso Constituyente y firma el Acta Constitutiva de la Federación. Muerto en 1827 y enterrado con honores en el templo de Santo Domingo, su cadáver fue exhumado en 1861 y su momia exhibida en los portales de la Diputación como si fuera el de una víctima de la Inquisición. En tal calidad la compró un italiano, y ahí se pierde la pista de quien propusiera un insólito mito emancipador y una imagen grotesca y subversiva difícil de superar: la fusión de Santo Tomás y Quetzalcóatl (Teresa de Mier, 2009: 39-125).

“La migración producía ‘hombres grotescos’, porque ‘el mismo proyecto de Hacer la América era grotesco’ –sostiene Viñas. Para Argentina la ‘historia (de la migración) es la magna figura de lo grotesco’. Estrategia grotesca de resistencia en el nivel del lenguaje, es el lunfardo”

* * *

En la América de fray Servando y sus semejantes la revolución será grotesca o no será por que venimos de un rasposo entrevero de culturas que arranca con la

Conquista. ¿Pero, qué hay con las regiones del subcontinente donde la presencia de pueblos originarios era más tenue y los que había fueron, en gran medida, aniquilados? ¿Grotesco aplica también para países como Argentina, por ejemplo?

Porque he leído a Roberto Arlt, sostengo que sí. Y ratifico mi intuición gracias a las reflexiones de David Viñas, no un sociólogo, ni un etnólogo ni un historiador sino un novelista. En un breve ensayo titulado *Grotesco, inmigración y fracaso*, el autor de *Los hombres de a caballo* disecciona el grotesco social que percibe en la variopinta, ilusa y fracasada inmigración de fines del siglo XIX. Y lo analiza no directamente sino en el espejo del grotesco literario encarnado en el teatro popular de Armando Discépolo, un autor que con el tiempo radicaliza su filo y cuya dramaturgia va del sainete costumbrista a la grotescidad.

En sus obras de madurez, sostiene Viñas, “la alteridad, más que infracción llega a convertirse en escándalo [...]. Denuncia sorda de la unidad social [...], lo grotesco literario de Discépolo dice lo que el proceso migratorio no formula por ser un sufrimiento sin voz”. Porque, concluye, “lo grotesco es la única posibilidad de sobrevivir situaciones invivibles” (Viñas, 1973: 14-16).

En 1869 había en la población Argentina un 13% de extranjeros, pero en un cuarto de siglo la proporción casi se triplica y para 1895 los nacidos en otros países ya son el 34%. De los habitantes de Buenos Aires –puerto, puerta y caldero de la migración– más de la mitad descendieron de los barcos: 250 mil variopintos trasladados que viven hacinados en conventillos insalubres y malolientes. Habían llegado dispuestos a “Hacer la América”, ilusión que para la enorme mayoría deviene frentazo.

La migración producía “hombres grotescos”, porque “el mismo proyecto de ‘Hacer la América’ era grotesco” –sostiene Viñas. Para Argentina la “historia (de la migración) es la magna figura de lo grotesco”.

Estrategia grotesca de resistencia en el nivel del lenguaje, es el lunfardo. “Craquelado, corrido y telegráfico por prescindencia total de la norma; el lunfardo no sólo es lenguaje secreto y el idioma de los rincones, sino el síntoma de la rebelión contra la inercia de los adaptados [...] Es el lenguaje que se habla para no hacerse entender” (Viñas, 1973: 76).

La modernidad nacida de la migración es grotesca y las formas de resistencia que genera: tempranas huelgas de tipógrafos (1877) y más tarde huelgas ferroviarias (1896), tienen la huella de este trasvase de imaginarios. Grotescidad que se radicaliza cuando los nuevos rebeldes de reciente origen europeo recuperan las insurgencias telúricas argentinas de mediados del siglo XIX, encabezadas por líderes raigales como Ángel Vicente Peñaloza, conocido como Chacho, y protagonizadas por indios laguneros de Guanacache, despojados por los españoles; por artesanos a los que arruinó la competencia de los textiles ingleses; por ganaderos y pastores empobrecidos; por mineros expulsados por el cierre de sus fuentes de trabajo.

Refugiada en el interior, entre 1840 y 1864 la vieja sociedad de origen colonial da sus últimas luchas contra la modernidad que viene de Europa a través de Buenos Aires. Pero, paradójicamente, los migrantes que trajo al puerto esa misma modernidad y que destruida la ilusión inicial se descubren las nuevas víctimas del progreso, retoman la estafeta de los viejos resistentes.

Escribe Enrique Dickmann en *Ideas e ideales*, libro de 1912: "El alcohol, la cruz y la espada han matado la indómita energía del indio para continuar la lucha de razas. Pero en su lugar ha surgido la lucha de clases. No es ya el indio quien se alza contra el blanco, sino el proletariado quien se alza contra el capitalista. La correría y el malón dejan su lugar a la huelga y la protesta"⁴. La revista *Martín Fierro*, publicada entre 1904 y 1905, rescata el vínculo entre las montoneras y la migración, y así, en singular amalgama grotesca, la figura mitificada del gaucho rebelde se funde con la del obrero anarquista.

A partir de una vivencia que comparten, la amarga frustración del mundo inmigrante, David Viñas reivindica el nexo espiritual que engarza a Antonio Discépolo con Roberto Arlt, afinidad que extiende a Leopoldo Marechal, en cuya obra ve la "culminación y clausura, hacia 1948, del 'grotesco criollo' vigente entre el veinte y el treinta" (Viñas, 1973: 47)⁵.

En novelas como *El juguete rabioso*, *Los siete locos* y *Los lanzallamas* Arlt trata de evadir la humillación en el trabajo a través de prácticas excéntricas como la magia, el juego y el robo protagonizadas por personajes estafalarios: locos, gorilas, lanzallamas, fantasmas, morfinómanos... Por su parte, Leopoldo Marechal se place en conectar a los rufianes con los filósofos, al lunfardo con los clásicos, al compadrito Santos Vega con Homero. En *El banquete de Severo Arcángelo*, describe una escena grotesca como pocas: "En la repisa de una chimenea sin encender, campeaba un busto de Homero, [y] a la izquierda de Homero, un mate con su bombilla de plata y una yerbera del más puro estilo criollo. Y sonreí [...] al advertir tan armoniosa conjunción de folclore y clasicismo, era como si Homero y Santos Vega se diesen ahí un abrazo histórico" (Marechal, 1965: 263).

* * *

Y por encarnar ante todo en el carnaval, lo grotesco no es puramente presencial sino participante, lúdica arremetida del pueblo llano contra el poder y los poderosos mediante la apropiación paródica de los usos, instituciones, símbolos y valores del orden dominante. Subversión jocosa cuyo recurso más afilado es la mundanización de lo elevado, la trivialización de lo solemne, la carnalización del espíritu. Y en el centro la risa: la risa plebeya, la infrecuente pero poderosa cargada social. No la sonrisita defensiva que acompaña a la ironía o el sarcasmo sino la risa alegre, expansiva, vital de quienes han aprendido a no reír en presencia de la autoridad y sus personeros, pero que en el carnaval, como en las marchas de orgullo gay, en las manifestaciones de protesta y en los mítines contestatarios no sólo increpan y se burlan del poder, también lo injurian, se ríen en su cara.

En la efímera permisividad del carnaval y sus equivalentes los plebeyos se transforman en nobles, los pobres en ricos, los feos en guapos, los tontos en listos, los hombres en mujeres. Y en un continente colonizado como el nuestro los carnavales son la oportunidad de que los indios se vuelvan españoles, pero también romanos antiguos, judíos, franceses, ingleses, moros, negros, orientales...

Es verdad que en muchos casos las fiestas de carnestolendas se comercializaron perdiendo parte de su filo subversivo, pero en compensación durante las últimas décadas se ha venido *carnavalizando* la protesta social.

La gran convocatoria que a fines del pasado siglo tuvo el Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN), que en 1994 se alzó en el estado mexicano de Chiapas, se explica en parte por la filiación carnavalesca de sus pasamontañas y por la índole plausiblemente grotesca de sus iniciativas políticas.

El mismo aire de carnaval tienen las provocadoras marchas *gay*, y las representaciones, *happenings* y mojigangas usuales en las movilizaciones altermundistas iniciadas con las protestas de Seattle, en Estados Unidos, que pronto fueron replicadas en todo el planeta. Y qué decir de las plazas tomadas por la “revolución de los jazmines” y de las acampadas callejeras de la *Spanish Revolution*.

El calificativo de grotesco no llama la atención sobre la condición abigarrada o barroca del orden social que padecemos, sino sobre su carácter torcido, disforme, contrahecho, monstruoso. Perversión ambivalente, pues al tiempo que envilece, exterioriza. El cuerpo grotesco, sea este biológico o social, dramatiza un desgarramiento constitutivo. Al evidenciar el desequilibrio, la disformidad, la asimetría; la hibridez remite a la inevitable corrupción de toda legalidad, a la transgresión como condición de posibilidad de la regla y, en última instancia, remite a la muerte como celebración de la vida.

Arpías, centauros, unicornios, cíclopes, sirenas..., los países y regiones de nuestro continente son cuerpos híbridos, disformes; órdenes zurdos, disléxicos, daltónicos a la vez que neuróticos, esquizofrénicos, maniaco depresivos...; extravagancias sociales; sueños de la razón occidental; quimeras. Mezclas monstruosas que demandan de nosotros, sus hijos, estrategias grotescas. Hagamos de Nuestra América un edén subvertido donde los débiles sean fuertes; los locos, cuerdos; los tontos, sabios; los feos, bellos; los pequeños, grandes; los viejos, jóvenes, y los hombres, mujeres. Hagamos del mundo un carnaval.

Nosotros los otros, los salvajes, tenemos la misión de mandar al carajo la dicotomía civilización/barbarie. Nos tocó la tarea de jubilar la confrontación excluyente entre ciudad y campo, cultura y naturaleza, hombre y bestia, vigilia y sueño, masculino y femenino, vida y muerte. No suprimir la tensión vivificante, sí la polaridad alienada.

Bibliografía

- Bajtín, Mijail 1995 *La cultura popular en la Edad media y en el Renacimiento. El contexto de François Rabelais* (Madrid: Alianza).
- Coleman, A. D. 2005 “Lo grotesco en fotografía” en *Luna Córnea* (México: CONACULTA) N° 30.
- Echeverría, Bolívar (comp.) 2005 *La mirada del ángel. Sobre el concepto de la Historia de Walter Benjamin* (México: Era).
- Echeverría, Bolívar 2000 *La modernidad de lo barroco* (México: Era).
- Homero 1968 *La Ilíada* (México: Anáhuac).
- Marechal, Leopoldo 1965 *El banquete de Severo Arcángelo* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Tapia, Luis 2002 *La condición multisocietal. Multiculturalidad, pluralismo y modernidad* (La Paz: Muela del Diablo).
- Teresa de Mier, Servando 2009 *Memorias* (México: Universidad Veracruzana).

Viñas, David 1971 *Rebeliones populares argentinas. De los Montoneros a los Anarquistas* (Buenos Aires: Carlos Pérez Editor) Tomo 1.

Viñas, David 1973 *Grotesco, inmigración y fracaso* (Buenos Aires: Ediciones Corregidor).

Viñas, David 1974 *Literatura argentina y realidad política. De Sarmiento a Cortázar* (Buenos Aires: Siglo XX).

Zavaleta, René 1983 *Bolivia hoy* (México: Siglo XXI).

Notas

1 Discurso pronunciado en la recepción del Doctorado *Honoris Causa* en la Universidad Nacional de Córdoba (UNC), Argentina, el 23 de junio del 2011.

2 Sobre los apuntes de Benjamin en torno a la Historia, ver Echeverría (2005).

3 Citado en Coleman (2005: 145).

4 Citado en Viñas (1971: 175).

5 Ver también, Viñas (1974: 103).

Aportes del pensamiento crítico latinoamericano

**Crítica, heterodoxia y esperanza
en el marxismo de José Aricó**

Horacio Crespo

**Elementos para la constitución de una teoría
marxista de la reproducción. Dialécticas
de las formas y ciencia de la política**

José Aricó

Crítica, heterodoxia y esperanza en el marxismo de José Aricó

HORACIO CRESPO

Doctor en Estudios latinoamericanos por la UNAM. Profesor en la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, México, en la Universidad Nacional Autónoma de México y en la Universidad Nacional de San Martín, Argentina.

Resumen

En este extenso y profundo artículo Horacio Crespo reconstruye la trayectoria de uno de los más importantes representantes del marxismo crítico latinoamericano, José *Pancho* Aricó. Intelectual que fue universal sin dejar nunca de ser cordobés, Aricó encarna la figura del militante comprometido con la claridad y potencia de las ideas como condición indispensable para la transformación revolucionaria. Incómodo desde joven con los dogmatismos cuya aceptación suponía la militancia en el comunismo “oficial”, Aricó desplegará su ingente capacidad de trabajo como animador cultural de la izquierda a partir de una labor polifacética como traductor, editor, escritor y docente –aunque la mayor parte de su obra se desarrolla por fuera o en los márgenes de la institucionalidad intelectual. El papel de Aricó en la reconstrucción del marxismo y del pensamiento socialista desde una lectura y una reelaboración críticas de la obra de Marx y de algunos marxistas fundamentales –de manera destacada Gramsci y, a través de él, Mariátegui– harán de él un factor clave para comprender la génesis e inquietudes de

Abstract

In this extensive and profound article, Horacio Crespo reconstructs the history of José “Pancho” Aricó, one of the most important exponents of Latin American critical Marxism. Despite his universality as an intellectual, Aricó remained a true *cordobés* (native of the Argentine province of Córdoba). He embodies the profile of the militant that is committed to clear and powerful ideas as an essential condition for revolutionary transformation. In his youth he was uneasy about dogmatism whose acceptance presupposed militant adherence to “official” Communism, so he directed his remarkable capacity for work to activities that turned him into a cultural propagator of the left. As such, he was a translator, editor, writer, and teacher, although most of his work was on the boundaries of or outside intellectual institutions. Aricó's role in the reconstruction of Marxism and socialist thinking through an approach focused on critical reading and re-elaborating on the works by Marx and some other fundamental Marxists –particularly Gramsci and, through him, Mariátegui– turned him into a key factor

la “nueva izquierda”, es decir, de aquella que ante las derrotas y repliegues de las fuerzas populares a lo largo del siglo emprendió una introspección crítica mas no una renuncia a sus ideales y objetivos.

to understand the genesis and concerns of the “new left”, which after the defeat and retreat of popular forces throughout the last century has devoted to critical introspection without abandoning ideals and objectives.

Palabras clave

Marxismo crítico, estalinismo, comunismo, revolución, democracia.

Keywords

Critical Marxism, Stalinism, Communism, revolution, democracy.

Cómo citar este artículo

Crespo, Horacio 2011 “Crítica, heterodoxia y esperanza en el marxismo de José Aricó” en OSAL (Buenos Aires: CLACSO) Año XII, N° 30, noviembre.

“Creo que en el hombre siempre hay una proyección utópica, constructiva. El hombre es un ser en libertad. Hay una cosa que no puede ser controlada en el hombre y es el sueño, la fantasía. En el terreno del sueño y de la fantasía el hombre puede ser todo. Puede ser Dios, príncipe o cualquier cosa. Esto no puede ser controlado. Sobre este mundo de la fantasía y del sueño se construye un mundo proyectual donde se concibe que la sociedad puede ser distinta, que la felicidad puede ser conseguida, que la satisfacción plena de las necesidades de los hombres puede ser lograda. Este es el fondo irreductible de la libertad humana. A Éste no lo puede controlar ninguna ideología de mercado, ni ninguna ideología sustitutiva de ésta que pretenda hacerle aceptar a los hombres, como naturales, las relaciones existentes”.

José Aricó, 8 de agosto de 1980.

José Aricó es uno de los protagonistas intelectuales latinoamericanos más originales del complejo período abierto con los inicios de la crítica al estalinismo a partir del discurso de Jruschov en el XX Congreso del Partido Comunista de la Unión Soviética en 1956, que finalizó con el colapso del llamado “campo socialista” entre 1989 y 1991. Momento crepuscular del marxismo, en el sentido de marcar el final de un amplio proceso histórico cuyo inicio podemos situar en las revoluciones europeas de 1848 (fecha, no casual, de la aparición del *Manifiesto Comunista*); su consumación, con la “caída del muro”, sólo autoriza el vagabundeo espectral de Marx en la conciencia contemporánea (Derrida, 1996). Si hoy el trabajo de Marx puede producir significación, ésta tan sólo puede ser develada a partir de construcciones teórico-políticas que, como las de Aricó, se edificaron sobre una aguda percepción de la crisis que sacudía al marxismo maduro, y de la constatación del agotamiento

de muchos territorios de su campo de reflexión que hasta hace sólo tres décadas concitaban los desvelos teóricos y prácticos de los militantes de la transformación social. Esa es la importancia del trabajo de Aricó, su real mérito y la resonancia vital que transmite en el tiempo nublado que seguimos recorriendo a pesar de las promesas de la globalización de signo imperial, en realidad seguramente a causa de ellas mismas y sus perversos efectos: la puesta en escena anticipada de algunos esenciales problemas actuales y una clave de lectura de Marx que permite recuperarlo como un clásico de la transformación social y la política revolucionaria. La reflexión sobre la teoría de las crisis que recorre el inédito y recobrado texto de 1977 *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo*, editado en estos días por El Colegio de México (del que en este número reproducimos la lección novena), descubre su actualidad al compás de los asaltos cotidianos de la renovada crisis del capitalismo global, cada vez más aguda, en curso desde 2007.

La historia del marxismo y sus vicisitudes, de sus desdoblamientos y multiplicidades, lleva a plantearnos siempre el problema de la relación entre marxismo y tiempo histórico, marxismo y realidad, teoría y movimientos sociales de transformación. Si, además, partimos de la certidumbre de que la teoría no es un dato adquirido para siempre, sino que se reformula constantemente frente a realidades cambiantes, los elementos de perennidad y de cambio se muestran de validez relativa, en permanente cuestionamiento y lo que puede sobrevivir frente a lo coyuntural y episódico se impone siempre como un interrogante obsesivo, como un círculo del cual no podemos escapar. Este es, por lo demás, el problema que siempre se nos plantea frente a los clásicos: “¿Por qué hay que volver a ellos –se pregunta Aricó– si pertenecieron a una época y dieron cuenta de una época que pasó hace ya muchos años y, en algunos casos, como el de Aristóteles, hace muchos siglos?” (Aricó, 1999: 24). Parafraseando al historiador del marxismo y definitivo editor de Gramsci, Valentino Gerratana –que citaba, a su vez, a Italo Calvino–: “Un clásico es un libro que no ha terminado de decir aquello que tenía que decir” (Gerratana, 1997: XI), es decir, un autor que es un intérprete de su tiempo, tornado actual en un nuevo tiempo que no fue el suyo para otras generaciones que no vivieron su experiencia, pero para quienes sus ideas siguen suscitando cuestiones, problemas y motivos para la acción. Marx es, para Aricó, un clásico; Gramsci, ¿es de igual forma un clásico? La respuesta no es ociosa, porque en ella se contiene un doble diagnóstico implícito: acerca del autor mismo, y acerca de las condiciones de la época que lo va a leer, de la actualidad. El trabajo de Aricó trata en buena medida precisamente de eso: de la actualidad de Gramsci, que de inmediato suscita la cuestión de la actualidad de Marx. Para él, Marx y Gramsci son inseparables, y configuran, a partir de la compleja hermenéutica que practicó sobre sus obras, la proyección más general del sentido político e intelectual de su trabajo: la perspectiva del futuro como posibilidad proyectual de liberación humana (Aricó, 1999: 235).

La obra de Aricó

Aricó fue uno de los intelectuales de la “nueva izquierda” de las décadas de los sesenta y setenta, y un acreditado y decisivo representante de la cultura crítica marxista en América Latina. También, a partir del retorno del exilio en México en

1984, participó de manera decisiva en la creación del Club de Cultura Socialista en Buenos Aires y se convirtió en uno de los animadores de la democratización de la izquierda argentina y de la creación de una cultura política en la que la posibilidad del socialismo apareciera indisolublemente entrelazada con el avance democrático de la sociedad y, a la vez, dialécticamente ligada a la consolidación de la recuperación democrática de la Argentina.

Hay un trazo concluyente en la conformación de la obra de Aricó y de su sentido más profundo, que se relaciona con la respuesta activa que ensayó a la crisis del marxismo: su lectura de Marx, una rigurosa refutación de la sistematización reduccionista de la teoría del autor de *El capital*, construida contra la positivización de su pensamiento. Es la suya una respuesta heteróclita y fragmentaria, esencialmente crítica, dado que la naturaleza misma del objeto problemático no admitía otra forma. El punto real de reconstitución posible del conjunto del trabajo intelectual del fundador de *Pasado y Presente* es su horizonte político, sus preocupaciones dominantes: ¿cómo es posible cambiar la sociedad? ¿Cuáles son las condiciones de posibilidad de superación del capitalismo? ¿Cómo se constituyen los sujetos del proceso social? ¿Cuál es el posible papel de los intelectuales en la sociedad y en su transformación? El discurso de Aricó se erige precisamente en la articulación de lo político y en la búsqueda de su especificidad dentro del marxismo, y así se construyó desde la ruptura con el Partido Comunista en 1963, como consecuencia de la publicación de la ahora célebre revista *Pasado y Presente*.

La producción escrita de Aricó es extensa; agrupada –empresa imprescindible y todavía demorada– ocuparía varios volúmenes. Es, también, una producción dispersa, y éste es un primer obstáculo para su visibilidad. Va desde libros orgánicos –*Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (1978), *Marx y América Latina* (1980), *La cola del diablo* (1986), *La hipótesis de Justo* (póstumo, 1998) y *Nueve lecciones sobre economía y política en el marxismo* (póstumo, 2011)– a recopilaciones de textos prologadas y anotadas, múltiples prólogos con firma y sin ella, “advertencias” del editor, artículos académicos, artículos en revistas políticas, variedad de notas eruditas en los libros editados por él, traducciones. Y el apreciable conjunto de inéditos de gran importancia, del que *Nueve lecciones...* es una muestra fundamental, y de los que surgirá seguramente un importante texto acerca de los procesos de constitución del socialismo en América Latina. El reconocimiento cabal de la obra escrita de Aricó pasa por su necesaria recopilación¹.

Pero esta dispersión asume también otra faceta, más inquietante y mucho más significativa, desde la teoría. Dispersión en cuanto al objeto, la aparente falta de unidad de temas, una cierta especialización de los problemas tratados y una erudición filológica en su forma y método (con la excepción de *Nueve lecciones...*, que seguramente ayudará a cambiar esta equivocada percepción). Desde un punto de vista poco alerta podría percibirse el reconocimiento de un hueco, casi la dimensión de un escándalo teórico, o el acta de una demanda incumplida. A mi modo de ver, la insatisfacción que provoca en algunos espíritus su obra reside en el reclamo y la urgencia de sistematización: Aricó debería haber respondido de *determinada* manera a los desafíos de la crisis del marxismo, es decir, trabajando una respuesta sistemática, orgánica, positiva. Un tipo de

respuesta análoga al intento de Althusser y sus seguidores, por ejemplo, de restauración de la vigencia del marxismo como ciencia, como sistema estructurado de inteligibilidad de la sociedad y de lo real. Y en la demanda insatisfecha se inscribirían, precisamente, los supuestos límites de su pensamiento, o la posible inanidad final de su empresa intelectual.

La tentativa nuestra en relación a la obra de Aricó se basa en un planteamiento diferente, una posibilidad de abordar de otra manera esta compleja cuestión. En realidad, en Aricó hay una respuesta activa a la crisis del marxismo, pero ella está dada del único modo congruente con el conjunto de su pensamiento, de su concepción de la significación y sentido del trabajo de Marx, y de su hermenéutica de la tradición del marxismo: desde la *crítica*, ubicándose fuera de la sistematicidad y ejerciendo la deconstrucción de las incrustaciones y adendas del positivismo en su interpretación. Es una respuesta que hubo de componer relevando la realidad heterodoxa y fragmentaria de la obra marxiana, poniendo el acento sobre ella, porque la naturaleza misma del objeto problemático no admitía otra forma. La originalidad de la obra de Aricó, precisamente, se encuentra en esta aparente dispersión, en la fragmentariedad, en la dificultad de visibilidad de esa respuesta, sólo posible de recomponerse como unidad a partir de reconocerse en la irremediable heterogeneidad de su formulación. El punto de reconstitución es un horizonte que se difumina en la obra positivamente escrita, salvo en contadas ocasiones, y en éstas, con dificultades de reconocimiento. Ese punto de reconstitución es el horizonte político. El discurso de Aricó se erige precisamente en la articulación de lo político, a veces trabajosamente reconocible porque es *lo político* de un momento de crisis, tamizado a través de las grandes transformaciones sufridas por el concepto mismo, metamorfosis que indagó acuciosamente a lo largo de más de dos décadas.

El conjunto de reportajes de muy distinto carácter que se realizaron con Aricó en un lapso de más de quince años, que reunimos y publicamos en 1999 bajo el título de *Entrevistas, 1974-1991*; adquieren importancia singular porque es el material en el que mejor podemos constatar ese horizonte unitario desde el cual podemos dar plena inteligibilidad a su pensamiento. Más que en ningún otro lugar de su obra, es en esas entrevistas –en su mayoría– donde nos encontramos con sus preocupaciones dominantes, aquellas que pueden constituirse en la articulación de todo su trabajo, acerca del cambio social y sus posibilidades de realización, las condiciones necesarias para la superación del capitalismo, la constitución de los sujetos en la dinámica social, el posible papel de los intelectuales en la sociedad y en su transformación; las interrogaciones en torno a qué es el marxismo y qué vigencia puede tener Marx. Las distintas respuestas que fue enhebrando son un inigualable hilo conductor de las complejas elaboraciones de su concepción respecto de estos problemas esenciales: llevan su marca, son polémicas, incitantes, provocadoras del pensamiento crítico. Esta indagación desde lo político transformador, desde el socialismo, se mostraba en plenitud en el Aricó oral, en la maestría inigualable de su discurso como conferencista, como profesor, como ponente o polemista. Un discurso que se va desplegando en las múltiples determinaciones del concepto, en una espiral cada vez más amplia en las posibilidades emergentes de ese despliegue, en un avance entrelazado de motivos y argumentos que

resultaba absolutamente cautivador. Aricó poseía el don de la palabra hablada, la disfrutaba intensamente, se dejaba arrebatar por ella, contagiaba a sus oyentes del entusiasmo por el pensar, por el fluir incesante de ideas tejidas con rigor y expuestas con una impecable lógica de demostración. La inteligencia de Aricó, esa soberbia y deslumbradora inteligencia que lo animaba, se mostraba en toda su apasionada fuerza en la conversación, en el diálogo, en la exposición, en la polémica. Amputada de su expresión corporal, de sus inflexiones, de sus acentos, guiños, complicidades gestuales con los oyentes, emerge sin embargo en esas entrevistas, aún mucho más que de su escritura. Diría, inclusive, hasta de su escritura más lograda, aquella que se asemeja al fervoroso arranque y despliegue de la retórica discursiva del hablante.

Dijimos que Aricó ha sido un concluyente representante de la cultura crítica marxista de los años sesenta y setenta, y de su profunda renovación democrática en los ochenta. La forma principal del compromiso de Aricó con el marxismo fue pensarlo en profundidad, heterodoxamente, con ideas claras respecto de los enormes problemas, pero también de las grandes potencialidades que esta apertura posterior a la esclerosis estalinista –crisis dirían otros, en un concepto resistido por él– entrañaba para el movimiento social. A partir de la réplica a la sistematización reduccionista y positivizada de Marx, a través de la lectura contextual ensayada sobre su obra, edificó una tradición marxista que se identifica esencialmente con Gramsci y con Mariátegui, pero en la que se incluyen el joven Lukács, Korsch, Rosa Luxemburg, Bujarin, Grossmann, Bernstein, el “austromarxismo”, entre muchos otros, en una conjunción nada ortodoxa que también comprende una peculiar lectura y apropiación de tramos de la obra de Engels, Lenin, inclusive de Stalin, Trotsky y Mao. Esta respuesta *endógena* a la crisis se articula, para Aricó, con la necesaria confrontación del marxismo con las grandes corrientes de la cultura de Occidente en el siglo XX: la fenomenología, el psicoanálisis, el existencialismo, el estructural funcionalismo, el pensamiento de avanzada de las ciencias físico-naturales. Confrontación dialógica en la que el marxismo arriesga incluso su identidad, pero imprescindible para su propia supervivencia o superación creativa. Un pensamiento de líneas y perspectivas de desarrollo teóricas y prácticas que aúnan fuerza de proyección con una gran complejidad de elaboración y sutileza en los planteamientos.

Y, sin embargo, estos alcances de su obra todavía están en parte sólo intuidos, velados en su plena aprehensión por varias circunstancias sobre las que querríamos reflexionar, en la esperanza de contribuir en lo posible a despejarlas. Así, en principio, la forma misma adoptada por lo que podemos delimitar como su obra, se constituye como problema. Construida sobre vías excéntricas a los usuales códigos de legitimación o consagración, trabajada durante muchos años desde fuera o en los mismos márgenes de las instituciones universitarias y precariamente asentada en intersticios disciplinarios, lo que configura una todavía mayor zona de riesgo, sus contornos de definición de género también plantean dificultades: ¿ensayo, monografía, tesis políticas, notas de erudición filológica?; en su peculiar articulación no fácilmente visible ¿qué expresión configuran? Las huellas exteriormente reconocibles de la base crítica, militante, de la marca político-ideológica de su trabajo, se potencian en las señas insinuadas del autodidactismo y se derivan

en sospechas y suspicacias de la academia: ¿Desde qué lugar habla José Aricó? ¿A dilucidar qué peculiar cuestión se dirige su discurso?

“Aricó poseía el don de la palabra hablada, la disfrutaba intensamente, se dejaba arrebatarse por ella, contagiaba a sus oyentes del entusiasmo por el pensar, por el fluir incesante de ideas tejidas con rigor y expuestas con una impecable lógica de demostración”

Para avanzar, debemos allanar una primera y múltiple dificultad: la de su registro taxonómico. Como punto de partida, Aricó debe ser reconocido como uno de los fundamentales editores de Marx en lengua castellana, labor que permitió el acceso a segmentos decisivos del trabajo marxiano: básicamente, la aparición de los *Elementos fundamentales para la crítica de la economía política (Grundrisse)* 1857-1858; la del capítulo VI inédito de *El capital* y, luego, una nueva versión del conjunto de esa obra fundamental; de la *Contribución a la crítica de la economía política*; de la *Miseria de la filosofía*; recopilaciones novedosas y provocativas acerca del modo de producción asiático; sobre el colonialismo; América Latina, Irlanda, Rusia; entre otras. Después de Aricó, el Marx en castellano es sustancialmente distinto y las consecuencias hermenéuticas y políticas de este trabajo son decididamente enormes.

Un segundo aspecto de este monumental afán de edición lo constituye la publicación del casi centenar de Cuadernos de Pasado y Presente y de la Biblioteca del Pensamiento Socialista, empresas en las que plasmó su peculiar visión de la tradición marxista y socialista, construyendo un montaje a la manera de su admirado *Libro de los Pasajes* de Benjamin, en el que los breves prólogos y el prodigioso andamiaje erudito de la selección y ordenamiento de los textos publicados y de las notas editoriales constituyen un metatexto fundamental de entradas y correspondencias múltiples, que articula y construye sentido a todo el conjunto. Una propuesta de lectura plural y abierta, para una tradición que se había edificado sobre una escolástica cerrada y ortodoxa. Las consecuencias teóricas, y aun directamente políticas, fueron inmediatas y múltiples. Luego, las ramificaciones de este oficio de editor, en tanto animador de colecciones y editor de títulos, tanto en la Universidad de Puebla como en otras colecciones de Siglo XXI o en Folios Ediciones, algunos registrados como de su factura, otros de inspiración ya decididamente amical y anónima. De Weber a Schmitt, un arco desafiante precisamente en orden a la confrontación del marxismo con las alternativas del pensamiento occidental, tal como lo planteamos más arriba.

La segunda faceta de la gran empresa intelectual de Aricó tiene que ver con otro sesgo de su labor de editor: la de animador, director, inspirador de revistas político-culturales. Tres realizaciones significativas fueron resultado de este aspecto de su labor: *Pasado y Presente*, en sus dos momentos (Córdoba 1963-65 y Buenos Aires 1971-73); *Controversia*, en México (1981-1983) y *La ciudad futura* en Buenos Aires, nuevamente, a partir de 1985. La primera, ahora ya convertida en

una referencia cuasi mítica del pensamiento crítico argentino y latinoamericano, situada en el punto de arranque de la construcción de la “nueva izquierda” radicalizada, pero también en el inicio de la apasionada búsqueda del “otro” Marx, en la sintética fórmula de Oscar del Barco, del “Marx desconocido” del que habla Martín Nicolaus en su reflexión sobre los *Grundrisse*, de ese Marx “que no era un vendedor de verdades prefabricadas sino un creador de instrumentos”, y de la tradición que puede edificarse a partir de él, labor a la que dedicó quizás sus mayores esfuerzos. Es el momento en el que Aricó construye su identidad intelectual, comienza a ser él mismo.

Ligado fuertemente a este campo, aparece la pasión del bibliófilo, del coleccionista, otra cercanía benjaminiana en el trabajo y la sensibilidad de Aricó. En ocasión de inaugurarse la biblioteca que lleva su nombre en el claustro histórico de la Universidad Nacional de Córdoba, y que alberga una parte sustantiva de sus libros, dijo Héctor Schmucler:

Quando los que hemos sido testigos de la vida y la muerte de Pancho nos hayamos confundido en el recuerdo, quedará la biblioteca, es decir, Pancho [...] En la biblioteca de Pancho hay, para mí, una intimidad sólo comparable con las largas charlas entre amigos, rodeados de libros reales o imaginarios, confundido con ilusiones y desesperanzas, con sonrisas cómplices y dolores profundos. En la existencia de Pancho, en la nuestra, se mezclaron los libros y la vida [...] en manos de Pancho cada libro era una pieza única que armonizaba con otras, también únicas, para construir una delicada orfebrería. A Pancho pertenecía ese orden irrepetible. Él estaba en ese orden que le permitía desmontar algunas partes para esculpir nuevas formas: los múltiples recorridos que podía imaginar en las estanterías. No muy distintas de las construcciones, sorprendentemente perfectas, que aparecían en su pensamiento (Schmucler, 1995: 5-8).

Una trayectoria. 1931-1991

La biografía política e intelectual de Aricó coincide temporalmente de manera precisa con el proceso que señalamos al inicio de este trabajo, desde el juicio al estalinismo hasta el desplome del socialismo soviético; periodo de fulgurante renacimiento del pensamiento marxista crítico, de relampagueantes promesas de advenimientos revolucionarios, de vastas luchas dolorosas y terribles a escala mundial que epilogarían, a pesar de todo, en la noche política y teórica más decepcionante, en el desasosiego e intemperie de la postmodernidad y las implacables realidades de la globalización. Pero, también, estos años resultarían en algunas concreciones democráticas, caminos insinuados, leves esperanzas, que no están reñidas con el punto de llegada del pensamiento de Aricó. En este balance inestable, entre el pesimismo de la conciencia y el optimismo de la voluntad, como gustaba decir, seguramente hubiera inclinado el platillo por lo último, por el principio esperanza que tanto vincula su pensamiento al de uno de los grandes viejos del marxismo: Ernst Bloch.

***Bildungroman*: entre la obediencia y la crítica**

Nacido el 27 de julio de 1931 en Villa María, una pequeña ciudad de la “pampa gringa” cordobesa, hijo de modestos trabajadores de orígenes inmigratorios, José María Aricó se destacó precozmente, según testimonio de condiscípulos, fami-

liares y el suyo propio, por una singular afición a los libros, a la letra impresa, al saber, que sería –si resumimos cuentas– una pasión cardinal en su vida. De esa temprana afición se originaría también el nombre que lo acompañaría toda la vida, *Pancho*². Pronto, en 1945 –el año de su ingreso a la escuela secundaria– se adentró en su otra vocación constituyente e irrenunciable: la política. Delegado de su curso, participó en la lucha contra la dictadura militar instalada en el país desde junio de 1943, y se enfrentó tempranamente con la irreductible opacidad de los hechos sociales: los ferroviarios de su ciudad, los obreros organizados en el naciente peronismo, atacaron y disolvieron con violencia un acto estudiantil en el que participaba, que reclamaba democracia y justicia social, los mismos valores que deberían encarnarse en los agresores. En sus palabras:

Esta fue la primera impresión fuerte de mi encuentro con la política. Aquel hecho lo recuerdo como un hecho simbólico, como algo que atravesó toda mi vida. [...] Palpé una experiencia de distanciamiento entre aquello que la teoría me llevaba a considerar como elemento de un mismo proyecto y la realidad. Se me convertía en un hecho trágico (Aricó, 1999: 68, 77-78).

Desajuste entre realidad y creencia que sería uno de los disparadores más intensos de su posterior acción innovadora en la teoría y la práctica de la izquierda argentina, y en su fecunda reflexión acerca de la naturaleza y la dinámica de lo social y lo político. Como a toda su generación y la siguiente, la perturbación que significó la anomalía histórica del peronismo, y la falta de argumentos explicativos convincentes tanto por parte del liberalismo como de un comunismo inmovilizado por el dogmatismo, confundido por el *browderismo*³ y atravesado también de prejuicios y presupuestos liberales; sería decisiva en la vertebración de indagaciones y teorías, apuestas y proyectos, conjeturas y pasiones, tal como se expresarían a partir de la experiencia de la revista *Contorno* en torno al derrocamiento de Perón en 1955, y la apuesta y subsecuente fracaso del desarrollismo frondicista en 1958. Precisamente, en el número 7/8 de *Contorno*, dedicado al peronismo, se rompió con la ausencia de reflexión política que había caracterizado a los números anteriores de la revista, y se propuso una posición que anuncia el futuro inmediato: la superación de la antinomia peronismo/antiperonismo (Viñas *et al.*, 1981). En el siguiente y último número, el 9/10, dedicado al frondicismo, se expresa la desilusión temprana que este proceso político produjera en varios de sus integrantes, que habían adherido a él. Apertura al peronismo y disponibilidad para una radicalización política parece ser el estado de espíritu en que el grupo de *Contorno* terminaba la década del cincuenta. Los interrogantes y perplejidades que el fenómeno peronista suscitó en Aricó, en paralelo con los de sus compañeros de generación en dicha revista y en otros centros de elaboración intelectual, fueron uno de los elementos decisivos en los planteamientos iniciales de la búsqueda heterodoxa que signó toda la originalidad de su pensamiento y acción y, con distintas actitudes, variantes y derivaciones esa preocupación duró toda su vida.

Aricó se afilió al Partido Comunista en 1947. La decisión juvenil, trascendente en cuanto marcó todo su desarrollo posterior, fue sostenida en la ávida curiosidad intelectual que lo alimentaba y definía, y entrañaba la intuición de un proyecto cuya consecución se desplegaría a lo largo de toda su existencia. Se integra al movimiento estudiantil orientado por la Reforma Universitaria en sus luchas contra el

gobierno peronista, siendo encarcelado varias veces en este período. Ingresó a la Facultad de Derecho de la Universidad de Córdoba, pero abandona los estudios formales y profesionaliza su militancia, ocupando la secretaría de organización de la Federación Juvenil Comunista de Córdoba. En el partido permanecería hasta 1963, fecha de su expulsión junto con sus camaradas del grupo de *Pasado y Presente*. Los primeros pasos autónomos del joven militante están señalados por el inicial contacto con la obra de Gramsci en 1949, el comienzo de una relación intelectual decisiva y permanente. El atractivo primero del dirigente comunista italiano sobre el joven cordobés se fundó en una fuerte marca identificatoria, en el reconocimiento de una singularidad compartida: la pretensión de libertad intelectual aunada al rigor de la militancia política. En su formación autodidacta como intelectual marxista juegan un papel decisivo sus lecturas del marxismo italiano, especialmente las de Antonio Gramsci. A fines de la década del cincuenta se relaciona con Héctor P. Agosti, entonces secretario de cultura del Partido Comunista y director de *Cuadernos de Cultura*, iniciando sus escritos en sus páginas. Agosti lo integra, además, en el equipo de traducción y anotación de las obras de Gramsci que se llevan a cabo a través de la Editorial Lautaro. En este marco, Aricó traduce *Literatura y vida nacional* (1961), y traduce y prologa las *Notas sobre Maquiavelo, sobre política y sobre el Estado moderno* (1962).

“Una parte sustancial de la posterior reflexión de Aricó acerca de las características de las organizaciones revolucionarias... tiene que ver con una crítica a las condiciones en las que se desarrolló su militancia concreta en el Partido Comunista Argentino...”

En el opaco Partido Comunista Argentino de finales del estalinismo y, aún más, en un gris destacamento provinciano de esa organización, anidaban los gérmenes de una disidencia que iba a crecer con fuerza a partir de las coyunturas nacionales e internacionales de fines de los años cincuenta y comienzos de los sesenta. Sin embargo, hay que ponerse en guardia respecto a una versión que vincule de manera lineal, demasiado en flecha, al juvenil militante comunista con lo que sería el marxista independiente y crítico de la década del sesenta. Aricó mismo confiesa una determinada “esquizofrenia” de su militancia de esos años tempranos, un acatamiento de los dictados de la dirección, un cumplimiento con la disciplina férrea del partido, y a la vez los desacuerdos en sordina, las lecturas heréticas, entre las que el propio Gramsci podía llegar a ser incluido, si no abiertamente, al menos como un “raro”, un heterodoxo. Y por supuesto, una herejía que comprendía a sus lectores.

Pero también esos años cincuenta –además del troquelado inicial de un saber con notas de disidencia, o al menos de diferencia respecto del rígido perfil del comunista ortodoxo, en buena medida alejado de las preocupaciones “teóricas” e impregnado muchas veces de un obrerismo con rasgos de antiintelectualismo– son para el joven muchacho de Villa María los de la configuración de una persona-

lidad signada por la experiencia punzante de esa militancia comunista específica marcada por compromisos y cárcel frecuente, enhebrada en la dura oposición al peronismo, en el ostracismo respecto de la corriente política fundamental en la clase obrera, pero también inscripta en cierta experiencia de gueto, de marginación, que en el caso de Aricó se acentuó inclusive más por las características de su temprano trabajo en una empresa que lo alejaba de otras experiencias de jóvenes universitarios de la época. Las reflexiones de Pancho al respecto son muy ricas, no solamente en relación a su peripecia biográfica, sino en términos de esbozos de una fenomenología de la militancia de izquierda, de la cotidianeidad; de mucha importancia para poder comprender con mayores alcances el fenómeno de la construcción de una alternativa política radical, y las dificultades y problemas que aparejaba para la vida de sus actores inmediatos.

Un universo que acogía en su seno al que cumplía rigurosamente con las reglas de juego de un verticalismo sin fisuras, de una aceptación acrítica del dogma establecido por los Padres Fundadores, de la hermenéutica mayor de los grandes intérpretes y a su glosa más inmediata y concreta por parte de la dirección, de una práctica abnegada pero a la vez sin imaginación, encorsetada en la obediencia a la línea partidaria en cuya elaboración el militante tenía de hecho una nula participación. Una parte sustancial de la posterior reflexión de Aricó acerca de las características de las organizaciones revolucionarias, de la necesidad de establecer una fluida alimentación recíproca entre ellas y las masas, tiene que ver con una crítica a las condiciones en las que se desarrolló su militancia concreta en el Partido Comunista Argentino entre 1947 y 1963, los años del estalinismo senil y del deshielo que posibilitó el despliegue de esa mirada crítica, recogida en algunas de las entrevistas en la faz más personal, y con una perspectiva teórica política en los volúmenes de la colección de Cuadernos de Pasado y Presente dedicados al tema de la organización política revolucionaria y en las reflexiones acerca de la concepción del partido “de nuevo tipo” en José Carlos Mariátegui⁴. El revolucionario peruano pensaba –de acuerdo con la síntesis elaborada por Aricó, en la que refleja muy bien sus propias opiniones respecto de la organización revolucionaria– que el partido de los obreros y campesinos debía ser el resultado y no el supuesto de las luchas de las masas, que los puntos de condensación y de organización de la experiencia histórica de estas masas constituyen la trama a partir de la cual, y como un producto propio de la voluntad colectiva en formación, emerge un nuevo organismo político, una nueva institución de clase donde se sintetiza toda esa experiencia histórica de luchas y se despliega en un programa concreto la irresistible tendencia de las masas a convertirse en el soporte de un nuevo proyecto de sociedad. El partido político revolucionario debía crecer, no como un todo completo, sino en sus elementos constitutivos, en el interior de la envoltura protectora que le daba el movimiento de masas en desarrollo. Y este partido en ciernes necesitaba esa protección no sólo, ni tanto, por las difíciles condiciones políticas en que se desarrollaba la lucha de clases, sino fundamentalmente para evitar el peligro siempre presente de su maduración precoz, de su tendencia a encontrar en sí mismo las razones de su propia existencia (Aricó, 1980a: LIII). Qué distancia con las realidades orgánicas del PCA al que, con todo acierto, llama con sarcasmo “un partido endogámico”, y del

que define el principio orgánico, imitado por muchas otras organizaciones de la izquierda no comunista, como la creencia en que “la verdad es patrimonio del partido” (Aricó, 1999: 74).

Soltando amarras. La experiencia de *Pasado y Presente*⁵

Respondiendo a una interrogante de Carlos Altamirano, Aricó fue muy claro: la conciencia de una disidencia, de una divergencia respecto a la línea general del Partido Comunista Argentino, solamente aparece a partir de la Revolución Cubana –que en sus inicios y hasta bastante después fue vista con una muy marcada desconfianza por la dirección codovillista del PCA–, y casi inmediatamente después, con el conflicto chino-soviético. Antes, lo que había era sólo malestar, diferencias respecto a políticas puntuales. Inclusive, la muerte de Stalin y los inicios de la desestalinización con el xx Congreso no significaron un cambio profundo en las larvadas actitudes críticas. La revolución húngara de 1956 no fue vivida como una “contrarrevolución” que debía ser suprimida, pero tampoco fue registrada en su cabal importancia como recusación completa del totalitarismo del “socialismo real”. Aricó se preguntó todavía muchos años después el por qué de esta actitud. Recién el xxii Congreso del PCUS, que profundizó significativamente lo iniciado cinco años antes en el xx Congreso, significó un sacudimiento, pero no todavía la ruptura con el Partido Comunista, que no discutió el problema del estalinismo, más bien lo soslayó. De los acontecimientos a nivel internacional relacionados con las realidades de la construcción del socialismo, la verdadera conmoción respecto a las características del estalinismo y su herencia en el bloque socialista, y el carácter de la Unión Soviética, fue muy tardía: la invasión a Checoslovaquia en 1968 (Aricó, 1999: 84-85).

Una combinación de factores, con mayor o menor resonancia inmediata, fue articulando el renovado escenario sobre el que se edificaron la “nueva izquierda” y la ruptura de los años sesenta. La caída de Perón en 1955 y el nuevo curso abierto en la política argentina, la desestalinización planteada en el xx Congreso del PCUS y profundizada en el xxii, entre 1956 y 1961; la presencia cada vez más radicalizada y dominante de la Revolución Cubana desde 1959, acentuada a partir del triunfo en Bahía de los Cochinos en 1961 y la declaración de las convicciones marxistas-leninistas de su dirigencia y del carácter socialista de la misma; el conflicto chino-soviético que latía con sordina desde 1958 y se planteó abiertamente en 1963, las posiciones de Palmiro Togliatti, el dirigente histórico del comunismo italiano en pro del policentrismo comunista y la corriente de renovación teórica elaborada por los intelectuales del Partido Comunista Italiano; la actualización del proceso revolucionario en toda América Latina y en la Argentina misma; fueron fermento crítico y coyuntura en la que se fueron fraguando sus novedosas posiciones tanto en la teoría como en la política.

Como dijimos, en torno a 1959 Aricó conoció a Héctor P. Agosti, un dirigente comunista de vasta trayectoria y prestigiosa figura intelectual, y lo visitó con frecuencia cuando viajaba a Buenos Aires. Se relacionó también con algunos de los intelectuales comunistas cercanos a Agosti, de la revista *Cuadernos de Cultura* que él dirigía y en donde se había propiciado una tímida renovación teórica en el

pensamiento del comunismo argentino en la que la reflexión acerca de Gramsci no era ajena, en particular con Juan Carlos Portantiero. En 1963 inició con un grupo de intelectuales de Córdoba, Buenos Aires y Rosario –Oscar del Barco, Héctor Schmucler, Samuel Kieczkovsky, Aníbal Arcondo, Carlos Sempat Assadourian, entre otros– una experiencia de gran influencia en la configuración de lo que se llamaría “nueva izquierda” que tendría tanta gravitación en esos años: la fundación de la revista *Pasado y Presente*, que apareció en Córdoba entre 1963 y 1965, y en un segundo momento en Buenos Aires, entre 1971 y 1973.

Hay que marcar un conjunto de elementos políticos para la comprensión del ambiente en el que se inició la empresa, especialmente relacionados con el contexto argentino, y dentro de las novedosas condiciones de cambio del movimiento comunista internacional que ya señalamos. En primer lugar, un creciente cuestionamiento por parte de gran número de militantes de izquierda, comunistas y no comunistas, respecto de las capacidades y posibilidades del Partido Comunista Argentino de diseñar y conducir un proceso revolucionario en el país. En segundo término, después del rotundo fracaso de la experiencia desarrollista de Frondizi, entre mayo de 1958 y marzo de 1962, un fuerte descreimiento en que las fuerzas burguesas democráticas tuvieran capacidad para generar y dirigir un proceso de modernización capitalista. El tercer aspecto a subrayar es la verificación incontestable de la identidad peronista de la gran masa de la clase obrera, y la persistencia y presencia creciente del peronismo como fuerza hegemónica de un proceso nacional-popular de fuertes contenidos transformadores políticos y culturales.

El editorial del primer número de la revista, titulado también “Pasado y Presente”, fue redactado y firmado por Aricó, y ocasionó de inmediato un duro cuestionamiento por parte de Rodolfo Ghioldi, dirigente histórico del comunismo argentino, y un proceso de censura y acusaciones que culminó con la expulsión de todo el grupo de participantes afiliados al partido (Aricó, 1963: 1-17). Comienza con una cita de Gramsci que sirve de epígrafe, y que coloca desde la primera línea de la revista la clave en la que se desarrollará esencialmente su argumentación y su destino. Las palabras de Gramsci resaltan la necesidad de dar un contenido político a los desarrollos críticos de la teoría. Aricó se sitúa en un terreno en el que el marxismo es “historicismo absoluto” y la política “historia en acto”. O sea, con esa definición del marxismo, el autor se asume estrictamente gramsciano, enfrentado a la orientación soviética anclada en los postulados dogmáticos del materialismo dialéctico. En un primer apartado, el planteo inicial es el sentimiento de pertenencia a una “nueva generación” con clara conciencia de asistir al desarrollo de una crisis nacional. Esta nueva generación de intelectuales se caracteriza por su voluntad de pensar por cuenta propia, por su realismo despojado de retórica, y se reconoce en una situación peculiar, en la que las clases dominantes han perdido su capacidad de atracción, mientras el proletariado “y su conciencia organizada” –es decir, el partido comunista– no han desarrollado aún plenamente una hegemonía que pudiera traducirse en un ejercicio adecuado de dirección intelectual y moral. El punto es esencial, porque en esta dinámica de viejos y jóvenes el autor enmarca el proceso del partido que se define a sí mismo como vanguardia de la clase obrera y protagonista esencial de la revolución

socialista: el partido debe “comprender cómo se desarrolla y cambia la realidad, no permanecer nunca atado a viejos esquemas, a viejos lenguajes y posiciones. Comprender que la historia es cambio, transformación, renovación y que es siempre preciso estar dentro de ella”.

El argumento principal es la disponibilidad de una nueva generación de intelectuales revolucionarios, disponibilidad que el Partido Comunista Argentino no podrá recoger y dirigir si permanece atado a viejos esquemas políticos y teóricos. El segundo argumento es que la clase obrera todavía continúa envuelta en “residuos corporativos, prejuicios, incrustaciones de ideología provenientes de otras clases”, léase el peronismo, que le impiden hacerse cargo de su tarea histórica. La superación de esta situación es tarea esencial del marxismo militante. Pero para ello es necesario que el Partido Comunista se despegue, se *aggiorne*, cambie sus envejecidos hábitos y esquemas. La acción de la naciente revista se inscribe, según el editorialista, en el intento de dar forma y expresión a estas inquietudes de los intelectuales de la nueva generación y propender a un cambio en el partido que permita sumarlos a la tarea de transformación del proletariado argentino en la clase dirigente de la revolución, en un momento “caracterizado por una pronunciada tendencia a la ruptura revolucionaria”. Aparece aquí la temática de la actualidad de la revolución hacia el socialismo, que se convertirá en dominante del accionar de la “nueva izquierda” en los próximos años, que el Partido Comunista Argentino –profundamente impregnado del evolucionismo estalinista en su caracterización de la revolución “por etapas” y la necesidad de la maduración de las llamadas “condiciones objetivas”, o sea el desarrollo del capitalismo que posibilitara a su vez el logro del socialismo– había desestimado. El factor subjetivo –los actores, el partido, la acción revolucionaria– ocupa un lugar central y emparenta la argumentación de Aricó, con este solo golpe, con todo el marxismo crítico y revolucionario que eclosionó a partir de la Revolución de Octubre⁶.

En el segundo apartado del editorial, Aricó ensaya una reflexión crítica sobre el pasado, basada explícitamente en Marx. “¿Cuál debe ser nuestra actitud hacia el pasado? [...] Es evidente que para una revista que no desea permanecer en el marco de la especulación pura, la actitud con que encare el análisis del pasado debe ser no sólo teórica sino fundamentalmente política en el más amplio sentido de la palabra”. Plantea la necesidad de la construcción de un nuevo bloque histórico de fuerzas con la condición imprescindible de la presencia hegemónica del proletariado, estrategia de cuño y lenguaje explícitamente gramsciano. Una tarea fundamental para lograrlo es la indagación acerca de las causas que obstaculizaron la plena implantación del marxismo en la clase obrera, las trabas que mediaron para que su inserción fuese débil y tardía, partiendo del criterio de que estas dificultades también provenían no sólo de inadecuaciones, errores, incomprendidos o incapacidades, sino de la compleja relación dialéctica existente entre la vanguardia política de la clase obrera –que debería ser el Partido Comunista– y la propia clase.

Aquí asoma ya el despunte de las ideas acerca de la organización política del proletariado que se apartan de la versión canónica marxista-leninista sobre la cuestión. Un balance poco halagüeño para el Partido Comunista, balance que pese a

todas las incitaciones la dirección del partido no estaba dispuesta a efectuar, y que también a pesar de todas las justificaciones teóricas y de todas las declaraciones en pro de las bondades políticas del proceso propuesto por los jóvenes rebeldes, iba a ser rechazado y condenado como herejía, y sancionada como traición su sola enunciación. Seguidamente, Aricó destaca la importancia de las revistas en la formación de los intelectuales y su relación orgánica con los procesos históricos del país. Subraya la experiencia de *Contorno*. En cuanto a la propia *Pasado y Presente* señala como propósito y programa:

Una revista que sea la expresión de un grupo orgánico y hasta cierto punto homogéneo de intelectuales conscientes del papel que deben jugar en el plano de la ideología y responsables del profundo sentido político en que hay que proyectar todo su trabajo de equipo. Que tienda a facilitar, tornándolo más claro y consciente, el proceso de ‘enclasmamiento’ de la intelectualidad pequeñoburguesa en los marcos de la clase portadora de futuro. Pero que a la vez, por no estar enrolada en organismo político alguno y por contar entre sus redactores hombres provenientes de diversas concepciones políticas, se convierta ella misma en un efectivo centro unitario de confrontación y elaboración ideológica de todas aquellas fuerzas que se plantean hoy la necesidad impostergable de una renovación total de la sociedad argentina. Y esta función espera cumplir *Pasado y Presente* (Aricó, 1963: 11).

“El partido debe ‘comprender cómo se desarrolla y cambia la realidad, no permanecer nunca atado a viejos esquemas, a viejos lenguajes y posiciones. Comprender que la historia es cambio, transformación, renovación y que es siempre preciso estar dentro de ella’ ”

Plantea el tema del Partido al criticar la deficiente unidad dialéctica entre base y dirección, que hace que ésta solamente considere “el muestreo sociológico que cotidianamente realizan sus militantes en el trabajo de fábricas, escuelas y talleres”, sólo como “ejemplos de una totalidad definida de antemano”. Y define: “Más que un prematuro ‘envejecimiento’ del marxismo hoy convendría hablar, con mucha mayor precisión, de una verdadera crisis del pensamiento dogmático” (Aricó, 1963: 12). El gran desafío de la izquierda es comprender la complejidad del pasaje de una sociedad tradicional a una moderna que se estaba produciendo en Argentina y en Córdoba, en particular. En este punto hay que subrayar toda la fuerte carga interpretativa que Aricó plantea respecto del mundo de la gran empresa fabril, de la condición del obrero industrial y del decisivo papel liberador que pueden alcanzar las “comisiones internas” de las fábricas, apuntando decididamente a elaboraciones posteriores de tono “consejalista”, en la línea del “sovietismo” de 1905 y 1917, el Gramsci de *L'ordine nuovo*, Karl Korsch, Pannekoek, y también a las visiones revolucionarias de la acción obrera en las empresas metalmeccánicas en Córdoba a partir de 1969, con el anticipo de las acciones en las fábricas Fiat en 1965⁷. El editorial de presentación termina remarcando la necesidad política de definir “una nueva cultura”, que debe impulsar a estudiar esta realidad sometida a las tensiones

del cambio. Esta operación debe efectuarse con el apoyo de las ciencias sociales y humanas, abriendo el diálogo del marxismo, y las páginas de la revista, a los protagonistas de otras concepciones del mundo, con un sentido “crítico y constructivo”. Ese es el camino para lograr que el marxismo devenga fuerza hegemónica “colocándose en el centro dialéctico del movimiento actual de ideas y universalizándose”.

La voluntad de constituir un grupo ideológico y cultural que sacudiera con nuevos elementos de discusión el inmovilismo del PCA fue fundamental en el origen de la revista. Sin embargo, la expulsión que sobrevino de inmediato, no sólo de los miembros de la revista sino de un grupo considerable de la militancia universitaria comunista de Córdoba, creó “un estado de disponibilidad de fuerzas”, según la expresión que utiliza Aricó (Aricó, 1999: 97). Es el momento en que se comienzan a vertebrar las primeras organizaciones castristas en el país y en América Latina, y la demanda de acción orgánica se va a cubrir con la participación en la experiencia guerrillera de Salta, con el Comandante Segundo. Esa participación es definida por Aricó, en términos de las oscilaciones del grupo respecto de su definición original y también respecto a qué hacer frente a la nueva situación planteada con la forzosa salida de las filas del Partido Comunista: “éramos más una hoja arrastrada por la tormenta que un centro ideológico formulador de política [...]. Creo que en la historia de *Pasado y Presente* ese fue un momento de apartamiento de cierta idea de constitución de un grupo político cultural, que luego vuelve a reconstituirse en los números posteriores” (Aricó, 1999: 99). En este momento de la revista están fuertemente privilegiados el voluntarismo político, signo de toda la época, y una deriva respecto del centro de modernidad y acción obrera en la gran empresa que presidió la constitución del grupo y el lanzamiento de la publicación, y fue el marco general inicial de las críticas al partido comunista –la incompreensión de las nuevas realidades del país–, hacia un tercermundismo en consonancia con el guevarismo y la acción guerrillera. Esto se hace presente también con la publicación del largo ensayo de Régis Debray acerca de la estrategia del “castrismo” en América Latina (Debray, 1964). La incomodidad de Aricó con este escenario es evidente, tanto con su autocrítica implícita al señalar su distancia del editorial del número 4 titulado “Examen de conciencia”, un texto “casi [...] por encargo” en el que se fundamentaba la adhesión a la experiencia guerrillera de Salta, como en su explícita aseveración en el balance efectuado muchos años después: “Destruída la guerrilla y hecha la experiencia crítica de la guerrilla algunos siguieron luego en los coletazos de un movimiento, de un movimiento castrista que va a tener cierto nexo y que después va a persistir en la guerrilla de Bolivia. Vale decir, algunos siguieron permaneciendo, pero yo me desdije de todas esas experiencias. Estaba fuera de esa experiencia” (Aricó, 1999: 103).

En el último número de la revista, aparecido en 1965, se retoma “la inspiración más originaria” como dice Altamirano, o sea la discusión de la condición obrera, las luchas obreras en la fábrica, el antagonismo entre capital y trabajo, se reconsidera la modernidad argentina como el dato a subrayar y Córdoba en la centralidad de este fenómeno. Comienza a dibujarse en realidad, a partir de las luchas de Fiat de 1965, el proceso que va a desembocar unos años más

tarde –1969– en el Cordobazo. Y, como afirma Aricó, de regreso de la experiencia de la guerrilla foquista, “retomábamos la necesidad de que hubiera un campo intelectual plegado, próximo a ese movimiento y acompañando ese movimiento” (Aricó, 1999: 102).

Desde el editorial del primer número se planteó la importancia política decisiva que tenían para la construcción de una nueva hegemonía del proletariado las relaciones del marxismo con la cultura moderna.

Nosotros defendíamos en la revista una posición absolutamente contraria a la sostenida por el PCA. La relación entre marxismo y cultura moderna no era para nosotros algo ya definido y establecido, inmutable; el marxismo no constituía un cuerpo de verdades desde el cual se debía analizar y metabolizar la cultura moderna; entre marxismo y cultura moderna debía existir un sistema de vasos comunicantes (Aricó, 1999: 21).

Este planteamiento de Aricó permite practicar una lectura de *Pasado y Presente* más allá de la clave politicista estrecha. Si la revista puede situarse también como resultado del complejo movimiento cultural de la Córdoba de los años sesenta, en la antinomia de larga duración entre tradición y modernidad que anima a todo el proceso de la ciudad mediterránea, podemos postular una circularidad de retroalimentación entre las rupturas de la tradición ejercidas en el nivel de la sociedad, en el de la cultura y en el de la política, sin recortar un espacio privilegiado en el que la operación innovadora pudiera plantear una hegemonía inductora sobre el resto de las prácticas. Esta interpretación ha sido sugerida por Oscar del Barco, quien asigna tanta significación a la renovación del marxismo y de la práctica política de la izquierda, como a la incorporación y circulación en el campo cultural de la obra, entre otros, de Georges Bataille, Antonin Artaud, Sade, Mallarmé, Roland Barthes, Derrida, también resultado de la actividad intelectual de integrantes del círculo de *Pasado y Presente* (Crespo, 1999).

La revista fue prolongada en la serie de volúmenes teórico-políticos de Cuadernos de Pasado y Presente, que llegó casi a los cien títulos, publicados en Córdoba hasta 1971, luego en Buenos Aires hasta 1976 y finalmente en México hasta su conclusión en 1983, asociada también a la Biblioteca del Pensamiento Socialista. Los Cuadernos de Pasado y Presente han sido apreciados como “la marca más indeleble del trabajo cultural de difusión de la literatura marxista crítica”, labor realizada principalmente por Aricó, pero en la que en buena medida se reconoció a todo el grupo reunido en torno al proyecto político e intelectual corporizado inicialmente en la revista (Burgos, 2005: 155)⁸. Para evaluar la dimensión de la empresa debemos señalar que hubo más de un millón de ejemplares en movimiento. En esta excepcional empresa editorial, Aricó plasmó su peculiar visión de la tradición marxista y socialista, construyendo un montaje en el que los breves prólogos y el prodigioso andamiaje erudito revelado en la selección y el ordenamiento de los textos y en las notas editoriales constituyen un metatexto fundamental de entradas y correspondencias múltiples, que articula y construye el sentido del conjunto, al que reconoció más tarde como edificado “a la manera” de su admirado *Libro de los Pasajes*, de Benjamin, leído ciertamente mucho después de haber concebido las colecciones Cuadernos y Biblioteca del Pensamiento Socialista. El emprendimiento

significó una propuesta de lectura plural y abierta para una tradición que se había erigido sobre una escolástica cerrada y ortodoxa. Las consecuencias teóricas y aun directamente políticas fueron inmediatas y múltiples. Asimismo, habría que agregar las ramificaciones del oficio de editor de Aricó, en tanto animador de colecciones y seleccionador de títulos, tanto en la Universidad de Puebla como en otras colecciones de Siglo XXI y en Folios Ediciones. Algunos títulos se atribuyen explícitamente a su factura, otros corresponden a una inspiración amical y anónima. De Weber a Schmitt, se trata de un arco desafiante precisamente en la línea de confrontación del marxismo con las alternativas del pensamiento occidental desde finales del siglo XIX, que había sido uno de los puntos más importantes del programa de trabajo planteado desde 1963.

“El emprendimiento [de Pasado y Presente] significó una propuesta de lectura plural y abierta para una tradición que se había erigido sobre una escolástica cerrada y ortodoxa. Las consecuencias teóricas y aun directamente políticas fueron inmediatas y múltiples”

Expulsado del Partido Comunista como respuesta a la aparición de la revista, Aricó se convirtió en uno de los actores más influyentes –desde el punto de vista de la fundamentación de las elaboraciones teóricas e ideológicas del que podríamos llamar “marxismo crítico”– del proceso de radicalización de la lucha política argentina entre 1969 y 1976. La aparición de un segundo período de la revista *Pasado y Presente*, editada ya en Buenos Aires entre 1971 y 1973, está caracterizada por fuertes discusiones, por marcadas discrepancias respecto a visiones de la realidad política en marcha, encuadradas por una muy apreciable radicalización de las luchas obreras y populares, y por el surgimiento del fenómeno de la guerrilla. En palabras de Aricó, estaban en juego dos matrices distintas para el diseño de una política: “una especie de nacionalismo radical”, expresado especialmente por Portantiero, y otra que “quería hacer el discurso no desde las masas populares, sino desde la condición obrera”, y en opinión de Altamirano, compartida por nuestro autor, están jugando en las dos etapas de *Pasado y Presente*. Pero es en la radicalización de un amplio sector del peronismo, en particular de la juventud, donde en realidad se plantea el verdadero campo de acción política y se dibujan las opciones a tomar.

Exilio en México

Sobrevenida la derrota del movimiento obrero y popular en el bienio 1974-1976, y la instauración de la dictadura en Argentina en marzo de ese último año, Aricó marchó al exilio en México, país que acogió a la mayoría de los miembros del grupo que se había nucleado en torno a *Pasado y Presente*, y en el que se desarrolló una activa organización política y de solidaridad. Con una labor

importante en la editorial Siglo XXI, a la que sumó frecuentes ocupaciones en instituciones universitarias animando cursos y seminarios, prosiguió su trabajo en torno a la indagación de la teoría del cambio social y de sus articulaciones con la práctica política, ampliada ahora por investigaciones relacionadas con la configuración y el desarrollo de un pensamiento socialista original en América Latina, particularmente en torno a la figura de José Carlos Mariátegui, que continuaban preocupaciones ya esbozadas en Córdoba y Buenos Aires. La otra vertiente de sus reflexiones, la elaboración de una crítica definitiva de la prolongada tradición autoritaria del socialismo –en particular del leninismo, aspecto en el que se registró una polémica contribución de Oscar del Barco (Barco, 1980)– y a una revalorización del valor estratégico de la democracia para el cumplimiento de los objetivos y para la dinámica misma del movimiento de transformación social, ha tenido una ingente importancia en tanto fue un aporte sustantivo al gran proceso de renovación en esa dirección que a partir de 1978 fue el movimiento principal de la intelectualidad latinoamericana vinculada al socialismo. Esto fue el inicio del proceso de regeneración democrática que sigue siendo, con vaivenes, altibajos y problemas crecientes, el núcleo del proceso político de la región desde la década del ochenta.

Juan Carlos Portantiero compartió muy cercanamente los años de exilio con Aricó. Sintetiza así el significado de este período:

En 1976, cuando recruce el tiempo del terror en Argentina, José Aricó viaja, como tantos otros, a México, camino de un exilio que durará seis años. [...] El espacio cultural mexicano de la segunda mitad de los setenta, tan estimulante para el debate de ideas, fue hogar para un exilio compartido con intelectuales llegados desde distintas tierras del continente, asoladas por las dictaduras. En ese ámbito, Aricó prosiguió con su labor editorial, acompañando al legendario don Arnaldo Orfila Reynal en aquella empresa emblemática para la polémica de izquierda como fue en esos años la Editorial Siglo XXI, donde pudo mantener la continuidad de los ‘Cuadernos’ de Pasado y Presente y de la Biblioteca del Pensamiento Socialista, a la que le agregó títulos fundamentales. En la vida y en la obra de Aricó, México significó además un punto de viraje, un corte importantísimo en la definición de su trayectoria intelectual. Así como maduró su propia visión del socialismo, se perfiló también su vocación de historiador de las ideas, y, sin perder sus obsesiones generosas de organizador y defensor de la cultura, pudo dar cauce, en el acicateador ambiente mexicano, a una tarea de investigador para la cual, fuera de las aulas convencionales de la universidad, se había preparado desde hacía mucho tiempo (Portantiero, 1999: 7-8).

La valorización por parte de Aricó de los planteamientos de Bernstein en el gran debate de la socialdemocracia alemana de la década del noventa del siglo XIX, y también de la figura de Juan B. Justo en el socialismo latinoamericano, pertenecen esencialmente y a pesar de algunas elaboraciones previas en Buenos Aires, a este momento de revisión de concepciones y a este virar de su pensamiento. La publicación de *Nueve lecciones...*, cuyo origen fue un curso de posgrado en El Colegio de México en 1977, confirmó plenamente nuestra hipótesis planteada en el año 2000 de que la lectura de la polémica en torno al revisionismo bernsteiniano y al “derrumbe” del capitalismo es importante para comprender la perspectiva política y el trabajo teórico de José Aricó. Podríamos, entonces, caracterizar a Aricó –al menos el Aricó “maduro” de los años ochenta–, como un pensador que asume algunas de las premisas “revisionistas” más importantes en el desarrollo de la que

a la postre sería crisis terminal de todo un período histórico del marxismo. Es más, es esta asunción la estrategia elegida para poder sortear esa crisis, para poder encontrar un nuevo sentido al propio marxismo⁹.

Una segunda cuestión radica en la ubicación temporal de esta evolución. El caso testigo para este pasaje es el de la evaluación de la obra y el pensamiento de Juan B. Justo. En el artículo acerca del desarrollo del marxismo latinoamericano en el *Diccionario de Política* de Bobbio (Aricó, 1982: 975-992), Aricó no coloca a Justo entre las construcciones originales del pensamiento socialista latinoamericano: la originalidad comenzaba en Mariátegui. Hay todo un párrafo dedicado a la esterilidad del socialismo latinoamericano en la época de la socialdemocracia de la II Internacional en el mencionado artículo. Esto contrasta en cierta medida con *La hipótesis de Justo*, al menos en su versión final y la evaluación más tardía de los años ochenta. Lo ocurrido es la inauguración del camino hacia la democracia como horizonte estratégico de la izquierda, camino del que Aricó fue uno de los tempranos diseñadores. La idea es que la asimilación de Bernstein, junto a la consideración de otros pensadores socialdemócratas y austromarxistas, tiene una cabal importancia en este momento del pensamiento de Aricó, reemplazando la preeminencia que alcanzaron en los años sesenta y durante los tempranos setenta las ideas de los marxistas “críticos” de las décadas del veinte y del treinta, en particular el “joven” Lukács y Karl Korsch, además de Rosa Luxemburg. También debemos señalar la concepción general que construyó acerca de la historia del marxismo, también ella pensada como instrumento de elaboración política, y en su misma construcción como cuestionadora de una visión metafísica y dogmática. A la vez, con una densidad metodológica respecto de la “historia intelectual” y sus relaciones con los otros niveles de la acción de los hombres, que va más allá de la consideración específica del marxismo. Es toda una definición de un programa de trabajo en neta clave gramsciana:

Así como la historia de la iglesia no es idéntica a la historia del cristianismo ni la contiene *in toto*, la historia del marxismo desborda las vicisitudes de la vulgata y de sus ‘desviaciones’. Además de una historia esotérica como institución y como dogma, como hecho de ideas y de figuras intelectuales, es innegable que hay otra historia suya discontinua y descentrada, plena de morfologías ocultas, de sendas perdidas y temporalidades diversas; una historia esotérica y pluralista en la que se expresa la multiplicidad de tentativas, de proyectos y de resultados de la lucha de las clases subalternas. Negada como reconstrucción ideal, cronológica y rectilínea de una ortodoxia –que no deja de ser tal por el hecho de instituirse a partir de ciertas corrientes o centros teóricos o políticos de coagulación– la historia del marxismo reclama ser construida en su extrema diversidad nacional. Deja por tanto de ser una historia única, aunque con admitidas fracturas, para transformarse en una historia de la ‘pluralidad’ de los marxismos. Y sólo de esta manera podrá ser posible reconstruir cómo y en qué medida el trabajo teórico de Marx y de los que siguieron tales o cuales de sus ideas o en él se inspiraron, pudo haber influido –para utilizar una expresión que reconozco ambigua e imprecisa– en un determinado país y en un preciso momento histórico; hasta dónde fue recuperado por las fuerzas y movimientos sociales en sus luchas y en la configuración de sus ideologías, programas y culturas; qué papel desempeñó en la constitución del socialismo como una corriente ideal y política. [...] La historia del marxismo ‘cabal’ y no ‘sacra’ debe ser hecha con la historia del movimiento obrero, el socialismo y las luchas sociales inspiradas por él (Aricó, 1982a: 206-207).

En ese artículo en el que despliega una visión general del desarrollo del marxismo en América Latina, aparece planteado el problema del “menosprecio” o “soslaya-

miento” de Marx respecto de nuestro subcontinente, y las grandes consecuencias que esto produjo en el desarrollo del marxismo en la región. Ingresas así el meollo de la problemática de su libro *Marx y América Latina*, en el que se estudia básicamente el famoso artículo de Marx acerca de Bolívar, aunque las soluciones propuestas por Aricó serán marcadamente originales y distintas de lo que planteaba previamente. Aricó piensa que Marx, forzado por el fuerte perfil antihegeliano de su consideración acerca del Estado moderno, se sintió obligado a negar teóricamente todo admisible papel autónomo del Estado político, toda capacidad de fundación o producción de la sociedad civil, y toda posibilidad de influencia en la constitución de la nación. La idea es la de un continente atrasado, cuya única posibilidad de acceder a la modernidad era la acelerada aproximación e identificación con Europa. A pesar de las modificaciones del pensamiento de Marx en la década de 1870, sobre América Latina no hubo ulteriores elaboraciones, y quedó sujeta a ese fuerte paradigma en la tradición marxista. De allí, el eurocentrismo predominante en la inicial inserción del marxismo en América Latina. El marxismo, inicialmente, fue planteado en el naciente movimiento obrero como la determinación de fronteras precisas respecto de la democracia burguesa y el anarquismo en tanto se fundaba en la conformación de un partido político autónomo que sostuviese el punto de vista y los intereses de la clase obrera. Tres puntos eran fundamentales en esta constitución: 1) Autonomía ideológica, política y organizativa del movimiento obrero y perfil autónomo del partido socialista; 2) Necesidad de participación activa en la lucha cotidiana de los trabajadores por la ampliación de la democracia y defensa de sus reivindicaciones de clase; 3) La crisis revolucionaria del sistema capitalista es el resultado de una necesidad histórica inmanente del propio capitalismo.

A los núcleos dirigentes del socialismo latinoamericano les faltó la capacidad de adaptar estas premisas a las condiciones nacionales específicas. Concibieron al movimiento obrero como una prolongación del movimiento radical-democrático y como el encargado de resolver las tareas históricas que la burguesía no había querido o podido llevar a cabo, o sea, básicamente construir el genuino capitalismo latinoamericano. Una afirmación aparece como singularmente rotunda: el marxismo en América Latina “fue, salvo muy escasas excepciones, una réplica empobrecida de esa ideología del desarrollo y de la modernización canonizada como marxista por la II Internacional y su organización hegemónica, la socialdemocracia alemana”, lo que implica además un juicio severo para la política y la teoría de ambas organizaciones europeas (Aricó, 1982: 975). Aricó, en esta consideración, sigue pisando terreno no “revisionista”. Entre esas escasas excepciones, Aricó cuenta a Juan B. Justo, a través de cuya acción intelectual y política se crearon un movimiento social de definido carácter socialista y un cuerpo de ideas para alcanzar el objetivo de una sociedad democrática y socialista en las condiciones de la Argentina: “El marxismo deja de ser así una mitología de redención social para convertirse en un instrumento a partir de cuya reinterpretación pueda ser pensada y transformada una realidad inédita” (Aricó, 1982: 979). Aparece dibujada lo que nuestro autor llama la hipótesis estratégica de Justo:

La unidad entre desarrollo económico y proceso de democratización era para él [Juan B. Justo] un objetivo alcanzable mediante el desplazamiento del antagonismo del sector moderno hacia

aquel campo de conflictualidad instalado en la vieja sociedad, para lo cual el socialismo debía tensionar al máximo su proyecto de democratización de la vida política y de las instituciones o, para decirlo de otro modo, de integración de las masas populares en el Estado. Así la lucha por la democratización radical de la sociedad aparece como el núcleo estratégico esencial, el polo central de agregación de un nuevo bloque social del que la clase obrera es su fuerza decisiva. La modernización del conflicto implicaba, por tanto, una reconstitución de la clase política, de la que el partido socialista era de hecho el motor impulsor (Aricó, 1982: 980).

Pero ¿cuál era el límite de esta concepción? La exageración de la modernización del conflicto social impidió que el socialismo argentino comprendiera a fuerzas tales como el radicalismo y el anarquismo, vinculadas en la perspectiva de Justo con el atraso, no advirtiera cómo expresaban niveles del malestar social, y por ende las combatiera para que el progreso se abriera paso. En el fondo, la apelación a la transparencia entre la esfera económica y la esfera política implicó un sociologismo que llevó al socialismo a estrellarse con la opacidad del mundo de la política efectiva. Solamente a partir de los años veinte, con el surgimiento y consolidación del comunismo, aparece con fuerza el marxismo en América Latina. El leninismo modificó radicalmente la perspectiva del socialismo, introduciendo además la distinción revolucionario/reformista. Adquirió una nueva importancia la emergencia de la cuestión colonial, ignorada o subestimada por la II Internacional, que alcanzó directa relevancia política por la función anticapitalista y antiimperialista de los movimientos de liberación nacional subrayada por Lenin en el II y III Congreso de la Internacional Comunista, destacando además el carácter activo y autónomo de estos movimientos. La contradicción se planteaba entre el apoyo a los movimientos de liberación nacional y la construcción de un partido comunista esencialmente obrero. Por otro lado, cuando la Internacional Comunista pasó a ser una agencia de la voluntad política soviética quedó clausurada la naciente perspectiva abierta por Lenin en cuanto al reconocimiento de la realidad diferenciada de cada país y una voluntad de análisis autónoma. Desde el estalinismo sólo es posible una recomposición crítica del marxismo fuera del marco de la Komintern. Esta tarea la llevan adelante los chinos con Mao a la cabeza después de 1935, los reducidos grupos de exiliados alemanes y austríacos, y en América Latina la fundacional obra de José Carlos Mariátegui (1894-1930).

La acción central del revolucionario peruano se vertebra en torno a la revista *Amauta*. Se estaba operando por primera vez, en esta experiencia peruana, la producción de un marxismo enteramente latinoamericano. Es el proceso del pasaje de Juan B. Justo –un marxismo achatado en su teoría a la mera explicación de la explotación del trabajo humano y del papel de la lucha de clases– al debate de las condiciones del desarrollo de América Latina, la posibilidad de que estos países se convirtieran en verdaderas naciones y las relaciones entre democracia radical y revolución socialista.

El leninismo coloca en el orden del día la revolución en los países atrasados, dependientes y coloniales, en tanto habla de la maduración histórico-mundial del capitalismo, y no sólo de su maduración en los países centrales. Pero la Internacional Comunista centraba sus preocupaciones en Europa, por lo cual en los hechos se recaía en el eurocentrismo de la II Internacional. Paradoja de las virtudes políticas productivas del atraso, vislumbradas por Marx en su análisis de la comuna

rural rusa. El Perú podría ser la Rusia de América Latina, desde donde se cuestiona el eurocentrismo del marxismo “científico”, relacionándose estrechamente cuestión nacional y mundo de las clases subalternas. Este es el umbral básico del cual emergen José Carlos Mariátegui y el grupo de *Amauta* (Aricó, 1982: 982-983).

“...cuando la Internacional Comunista pasó a ser una agencia de la voluntad política soviética quedó clausurada la nascente perspectiva abierta por Lenin en cuanto al reconocimiento de la realidad diferenciada de cada país y una voluntad de análisis autónoma”

Aricó plantea el umbral de la “cuestión nacional” tal como surgió en Perú después de la derrota frente a Chile, y de allí la acción original de Mariátegui. La recuperación de las corrientes vitalistas, antipositivistas, anticientistas y antieconomicistas, denunciadas ya por los comunistas de la década del veinte como expresiones decadentistas burguesas, junto con la fusión de vanguardias políticas con vanguardias estéticas, que también había sufrido un proceso de fractura en Europa, señalan de qué modo la experiencia de Mariátegui y *Amauta* se colocaba en las antípodas de la concepción política y cultural de la III Internacional.

De esta confluencia de historias de vida y de tradiciones culturales tan diversas emerge un bloque intelectual y político unificado en torno a dos ideas-fuerza, sobre las cuales se basó la posibilidad de constitución de un marxismo latinoamericano: 1] una aguda conciencia del carácter original, específico y unitario de la realidad latinoamericana; 2] la aceptación del marxismo, pero de este marxismo heterodoxo, como el universo teórico común, según el cual las sociedades latinoamericanas, como cualquier otra realidad, podían ser descritas y analizadas determinando sus posibilidades de transformación (Aricó, 1982: 985).

Esto significaba el cuestionamiento del paradigma eurocéntrico. En las discusiones del VI Congreso de la Internacional Comunista en 1928 se empezó a considerar la originalidad de la región, pero quienes más sacaron consecuencias de todo esto fueron Mariátegui y Haya de la Torre, en dirección a las elaboraciones de Marx en torno a la comuna rural rusa y la posibilidad de diseñar caminos de pasaje al socialismo distintos de los prefigurados por los análisis respecto del modelo “clásico” fundado en el necesario desarrollo del capitalismo como base de la proyección socialista. La discusión se centró en el proyecto político. Haya de la Torre desconfiaba de la capacidad de los campesinos y obreros de construirse autónomamente como sujetos políticos. Mariátegui, en cambio, pensaba en un laborioso proceso de construcción de una voluntad nacional popular. Tanto uno como otro sostuvieron que el sujeto histórico de transformación revolucionaria del Perú debía ser un bloque de fuerzas populares. Pero Haya termina articulando desde el estado los sujetos históricos a nivel de entidades corporativas, mientras que en Mariátegui existía una pronunciada veta antiestatalista que lo llevó inclusive a rechazar también la teoría de la Internacional Comunista de formar un partido “bolchevizado”.

Finalmente, Aricó considera al marxismo latinoamericano entre los años treinta y los cuarenta. Reconoce una profunda escisión entre cultura y política en este período, notoriamente influido por la estalinización general del movimiento comunista. Este momento puede ejemplificarse con la figura de Aníbal Ponce (1898-1938). Conocedor del marxismo y experto anotador de los clásicos, no se vislumbra en él, sin embargo, la disposición a utilizar el marxismo como clave interpretativa original de la realidad, tal como se verifica en Mariátegui. No estudia el Estado ni el desarrollo argentino, su marxismo queda reservado al plano de la crítica cultural. Exiliado en México desde 1936, Ponce rompió con Ingenieros y se abocó a una prometedora mutación de su pensamiento, trágicamente interrumpida por su muerte. Destaca también la figura de Vicente Lombardo Toledano, autor de una interesante aproximación a la teoría de la “democracia nacional” elaborada por los soviéticos después del XX Congreso del Partido Comunista en 1956, y básicamente a las postulaciones de Víctor Raúl Haya de la Torre en los veinte y treinta.

Retorno a Buenos Aires. Cultura y democracia

De regreso en Buenos Aires en 1984, comienza una nueva etapa signada por las contribuciones a la democratización de la izquierda argentina, efectuadas básicamente a través de sus aportaciones a la recreación de una cultura política en la que la posibilidad del socialismo apareciera entrelazada con el avance democrático de la sociedad. El Club de Cultura Socialista que llevaba su nombre (cerrado en 2008), la revista *La ciudad futura*, también *Punto de vista*, la cátedra, los cursos y conferencias, las conversaciones más informales, las entrevistas con múltiples medios de difusión, el insoslayable *tête-à-tête*, fueron los vehículos idóneos para esta nueva militancia de Aricó en Argentina, marcada por su argumentación en torno de las posibilidades sociales de la democracia, su cerrada defensa frente a las acechanzas de los sectores reaccionarios, y un alineamiento concreto con el presidente Raúl Alfonsín, al que caracterizó como la figura más representativa, innovadora y audaz de esta nueva etapa de la vida institucional y social del país. Respecto a las dos iniciativas fundamentales de este período, podemos recoger su versión, que importa más en cuanto también permite acercarnos a definir algunos de sus puntos de vista teórico-políticos sustanciales de esta última etapa. En una entrevista concedida a *Rinascita*, en 1986, contestaba respecto al Club Socialista:

En nuestra declaración de principios la definimos como una institución civil y pública para reafirmar así la voluntad de sus miembros de dar vida a un organismo que, ‘desde la sociedad’ y de manera explícita y abierta, debata los problemas del socialismo. Su finalidad principal es la de organizar una labor político-cultural de indagación de los problemas del socialismo en la sociedad moderna y de determinación de lo que podrían ser los rasgos definitorios de un proyecto socialista para la sociedad argentina. Desde distintas perspectivas y experiencias, se propone recoger, cuestionar y, al mismo tiempo, reelaborar la cultura política de la izquierda socialista, contribuyendo a formular nuevas hipótesis y nuevas maneras de encarar los grandes problemas de la sociedad [...]. Hay que encarar una reforma cultural que no sólo subvierta la visión arcaica de la sociedad y de los procesos de cambio que tiene la izquierda, sino que al mismo tiempo destruya la pretensión de encerrar en los estrechos moldes ideológicos y políticos existentes toda la potencialidad transformadora que la crisis de la sociedad argentina hace aflorar” (Aricó, 1999: 261-263).

En acuerdo con esta estrategia, *La ciudad futura* se constituye en “una revista de cultura socialista”, para contribuir a “enderezar, [...] cambiar, [...] recomponer todo el debate de izquierda”, colocarlo en el terreno democrático. Sustituir la vieja idea de tono peyorativo de la democracia “burguesa” que era general en la izquierda por la de un sistema democrático con reglas de juego claras, no antagonista del socialismo sino sustancial a su plena realización (Aricó, 1999: 269).

Aricó prosiguió su actividad teórica y política, que se prolongó prácticamente hasta su muerte, el 22 de agosto de 1991, en esos días en los que se cerró también la experiencia abierta por los bolcheviques en octubre de 1917.

Los temas de Aricó: un recorrido

Acerca de Mariátegui

Resulta muy interesante el paralelismo que Aricó traza entre Gramsci y Mariátegui, que es también muy sugerente para la interpretación de su propio pensamiento y de la genealogía que de él construye. Su interés por Mariátegui data de sus tempranas lecturas, “casi diría que veo a Mariátegui desde Gramsci” afirma, en su descubrimiento de la iconoclastia del autor peruano, su abandono del clasicismo tradicionalista en sus fuentes filosóficas, el peso que daba a la literatura y el arte, el interés por las clases subalternas, la relación entre las organizaciones políticas y las masas, todo lo que lo llevaba a ver por detrás de Mariátegui “el espectro de Gramsci” (Aricó, 1999: 125).

En la introducción a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano*, Aricó marca tres problemas que le interesa abordar especialmente: 1) Las vinculaciones ideológicas con el aprismo, negadas o criticadas por sus compañeros después de su muerte; 2) Su presunto “populismo”, criticado por la Internacional Comunista; 3) Su “sorelismo”. Aricó subsume los tres problemas en la cuestión de las relaciones entre el marxismo y la cultura contemporánea, o dicho de otra manera en la cuestión de la “autonomía” del marxismo, un tema que siempre lo preocupó, como ya vimos en relación a la temática de *Pasado y Presente*. Esto expresa la llamada crisis del movimiento socialista, definida en el plano teórico como “crisis del marxismo”, cuya razón más poderosa es caracterizada esencialmente por “la tenaz resistencia de la tradición comunista a admitir el carácter crítico, problemático y por tanto siempre irresuelto de la relación entre el marxismo y la cultura de la época, a la que dicha tradición califica genéricamente como ‘burguesa’” (Aricó, 1980).

La figura de Mariátegui le evoca, en su heterodoxia, como ya dijimos, la de Antonio Gramsci. La perspectiva de Aricó es la afirmación del marxismo como crítica. Subraya el peso decisivo que tuvo en la formación del intelectual peruano la tradición idealista italiana en su etapa de disolución provocada por la quiebra del estado liberal y el surgimiento de corrientes croceanas “de izquierda” y marxistas revolucionarias. Mariátegui leyó a Marx a través del filtro del historicismo italiano, lo que le permitió alejarse de la perspectiva positivizada, evolucionista, mecanicista, fatalista y políticamente pasiva de la II Internacional. Esto hace colocar en el centro el problema de la revolución y del partido. Mariátegui se inspira en el *ordi-*

novismo, un neo-marxismo de inspiración idealista, fuertemente influido por Croce y Gentile y más particularmente por el bergsonismo soreliano. Aricó siempre subrayó que la complejidad de los afluentes que contribuyeron a su formación es lo que permitirá a Gramsci ser una de las voces capitales de la revolución en Occidente y establecer la rica dialéctica con el leninismo, y aún con la recomposición del pensamiento de Marx. En esa misma línea de razonamiento, Mariátegui captó este esfuerzo gramsciano para llegar a Marx básicamente a través de la obra de Piero Gobetti, un “croceano” de izquierda en filosofía, teórico de la revolución liberal y militante de *L'ordine nuovo* en política. Mariátegui trabaja con la hermenéutica gobettiana, pero termina asumiendo el leninismo en la cuestión de la necesidad del partido como instrumento de acción. Pero Gobetti, de un estricto origen soreliano, influye fundamentalmente en *7 Ensayos...* y en los escritos de *Peruanicemos el Perú*. De todos modos, Aricó alerta acerca de que Mariátegui vive externamente el *ordinovismo*, y esto vuelve su experiencia más mediada y trabajosa. Desde su perspectiva, Mariátegui es más un *fundador* que un *dirigente*. Pero lo que interesa destacar aquí es que a diferencia del resto de los marxistas latinoamericanos, Mariátegui se esforzó por traducir el marxismo en términos de *peruanización* (Aricó, 1980: XIX). Pero esta original operación se hizo, sobre la base de las heterodoxias de su formación, sobre el umbral del trascendental cambio que supusieron la Revolución de Octubre, el bolchevismo y Lenin (Aricó, 1980: XX).

“Se puede hablar con propiedad de un verdadero ‘redescubrimiento de América’, de un acuciante proceso de búsqueda de la identidad nacional y continental a partir del reconocimiento, de la comprensión y de la adhesión a las luchas de las clases populares”

La dinámica del pensamiento de Mariátegui se constituyó sobre la tensión existente entre el marxismo y el aprismo. Existió un acercamiento entre la III Internacional y el aprismo hasta 1927, en el momento de la realización del Congreso Antiimperialista de Bruselas. Haya de la Torre descalifica a Mariátegui “por su falta de sentido realista, por su exceso de intelectualismo y su ausencia casi total de un sentido eficaz y eficiente de la acción”, pero luego de su muerte en 1930, se intentó incorporar a Mariátegui al panteón aprista como uno de los autores de los filones de ideas sobre las que se edificó el APRA. Luis Heysen lo calificó como “bolchevique d’annunziano”. Esta interpretación se vio favorecida por una apreciación en cierto sentido coincidente del Partido Comunista del Perú, y en especial de Eudocio Ravines, que hizo de la lucha contra el ideario de Mariátegui una herramienta esencial para afirmar su liderazgo. El “mariateguismo”: una desviación pequeñoburguesa, una suerte de aprismo de izquierda liquidacionista, en la medida en que subestimaba la importancia de la formación del partido. De esta manera, también para los comunistas fue una suerte de sólo un precursor ideológico. Se produjo un viraje en la apreciación comunista entre 1934-35, cuando se abandonó la caracterización del movimiento de Haya como “aprofascismo”, y se elaboró la carta abierta de Ravines

a Haya con la propuesta de un frente de unidad antifascista, en convergencia con la nueva línea de la Internacional Comunista de los “frentes populares”. Mariátegui fue acusado de populista en la década del treinta. Para Aricó la acusación tenía como objetivo clausurar un debate referido a la eventualidad de un desarrollo hacia el socialismo en los países no europeos, vinculado a las opiniones de Marx y sus investigaciones de la década de 1870 acerca de la comuna rural rusa, que fueron expresadas en su carta a Vera Zasulich en torno a las posibilidades de un camino al socialismo distinto para Rusia. Pero Aricó descarta que Mariátegui haya conocido a ese Marx, ni siquiera al populismo a través de las obras polémicas de Lenin, ni que haya podido inspirarse en forma directa por Gramsci, al que sin duda conoció a través de la versión de Gobetti. Cree que en realidad las experiencias decisivas fueron la Revolución china de Xinhai y la Revolución Mexicana, tamizadas a través del lente de la Reforma Universitaria:

Precedidas por las repercusiones de la revolución de octubre y por ese verdadero movimiento de reforma intelectual y moral, en sentido gramsciano, que fue la Reforma Universitaria, las experiencias transformadoras de dos países rurales de las magnitudes de China y de México provocaron una revolución tal en las mentes de la *intelligentzia* latinoamericana que iniciaron una nueva época en la historia de nuestros pueblos. Sin tener de ello una conciencia totalmente lúcida, los intelectuales latinoamericanos iniciaban varias décadas después de la experiencia populista rusa una misma “marcha hacia el pueblo” que habría de convertirlos en la élite dirigente de los movimientos nacionales-populares y revolucionarios modernos. Mariátegui y el grupo que se constituyó en torno a la revista *Amauta* representaron indudablemente el sector más lúcido de ese proceso, tanto como para librarse de la férrea envoltura de una función intelectual que por el hecho mismo de ejercerla los apartaba del pueblo, y virar sus miradas hacia ese mundo aún inmaduro, pero ya “escindido” y con perfiles propios, de las clases subalternas. Se puede hablar con propiedad de un verdadero “redescubrimiento de América”, de un acuciente proceso de búsqueda de la identidad nacional y continental a partir del reconocimiento, de la comprensión y de la adhesión a las luchas de las clases populares. Y éste era un hecho totalmente nuevo, por lo menos en la historia de los intelectuales peruanos (Aricó, 1980: LXII-LXIII).

Existía en Perú un rechazo conservador al mundo indígena, por el temor criollo a las sublevaciones sociales. La guerra con Chile significó el descubrimiento del Perú invertebrado, y con Manuel González Prada del mundo indígena, al que comienza a pensar como la base de la nación peruana, y que su liberación será fruto de sus propios esfuerzos. La innovación de Mariátegui es que puede vincular al indio con el problema agrario, superando el tema de “cuestión nacional” tal como lo planteaban los indigenistas. Entendió que la “cuestión campesina” en Perú se planteaba como “cuestión indígena”. Planteó la incapacidad de la burguesía peruana de resolver la liquidación de la feudalidad. Así, asentó la confluencia y aleación del indigenismo con el socialismo, la conformación de la alianza obrero campesina en clave peruana: este es el fundamento de la originalidad de Mariátegui, la base de su “leninismo”.

Marx y América Latina. Las raíces de un desencuentro

Carlos Franco calificó este libro de Aricó como “texto fundador” (Franco, 2010: 7)¹⁰. Opinión que compartimos, en tanto que con él se abrió –a partir de posiciones cuya radical novedad conviene subrayar desde el inicio mismo de este

comentario— un espacio de reflexión y debate en torno de un problema que, a pesar de su vieja data, no había podido desembarazarse de una red de equívocos que con mayor o menor intencionalidad oscurecían su dilucidación y, lo que es más, su real significación. En efecto, las alusiones, referencias y escritos de mayor aliento de Marx, y también de Engels, acerca de América Latina (Marx y Engels, 1980), cargadas de connotaciones negativas en su mayoría, habían sufrido una doble manipulación. Por una parte, la de aquellos que veían allí la prueba irrecusable de la ontológica ineptitud del marxismo para dar cuenta de la “originalidad” irreductible de nuestras realidades. Por otra, la vergonzante aceptación de los marxistas de una “culpa” que era exonerada por el ocultamiento de esos materiales o la descalificación, con un argumento u otro, de su “seriedad”, garantizando de esta manera la validez del sistema erigido en verdad absoluta e incontestable a pesar de estas minucias y deslices de los Padres Fundadores. Aricó da un decidido paso adelante al abordar el problema de lleno y al considerarlo el objeto de una indagación de largo alcance.

Dos niveles de reflexión diferenciados se entrelazan en el texto de Aricó, que si bien aparecen orgánicamente ligados en el tratamiento de la cuestión, resultan fácilmente discernibles. Primero, el tema de la forma de la presencia de América Latina en la obra de Marx, caracterizada fuertemente por elementos singulares cuya génesis y sentido es una línea de fuerza en la construcción del texto. Segundo, la cuestión del marxismo contemporáneo, en América Latina y el mundo, la problemática del marxismo y su crisis. La compleja vinculación de ambos planos se realiza mediante el método utilizado por Aricó para llevar adelante su propósito. Estamos frente al momento de madurez de un marxista que considera los textos de Marx desde una perspectiva crítica, que constituye para él lo esencial de la propuesta y el contenido metodológico de la obra del propio Marx, enfrentando rotundamente así a toda la línea de interpretación que hace del *corpus* teórico del autor de *El capital* un sistema cerrado, definitivo, oracular. A partir de la dilucidación practicada sobre estos textos en función de lo que llama una *lectura contextual* de Marx, un trabajo *en* Marx, muestra un camino de reflexión, una forma de análisis y una concepción global del marxismo tanto como corriente del pensamiento social, como acerca de su presencia y papel en el mundo contemporáneo, problemática esta última que pasa a constituirse en el otro eje sustantivo del libro que estamos considerando. Así, las posiciones planteadas por Aricó en este terreno conforman una de las propuestas con mayores resonancias dentro del dificultoso proceso del socialismo latinoamericano en pos de una recomposición teórica, ideológica y política. En esto reside una de las virtudes más interesantes del ensayo que nos ocupa: no es una pontificación repetitiva de la supuesta vigencia del marxismo como el sistema revelador del sentido de la historia y, a través de ese poder, como el otorgante de legitimación al movimiento social de transformación de la realidad; sino un cuestionamiento radicalmente polémico —en la medida en que pone de manifiesto la génesis y la historicidad de esta propuesta en la práctica de la II y la III Internacional— mediante la mostración en acto de un método y una concepción opuesta que supera en sus alcances el elemento concreto investigado.

¿Cuál es, aquí, el objeto de investigación inicialmente planteado, que funciona como disparador de todo el análisis? Aricó se centra en la forma en la que Amé-

rica Latina aparece en los textos de Marx –ejemplificada por las referencias a la guerra de 1847 entre México y Estados Unidos o en el panfleto desmedidamente negativo sobre la figura de Bolívar–, que para el autor no puede ser explicada en su propia positividad, que fue el camino intentado por todos los que hasta el momento se abocaron al problema. La clave de la dilucidación de esta cuestión está en la forma en que América Latina no aparece en estos textos, en la manera en que se constituyó en una “realidad soslayada”. Y el camino consiste, entonces, en contextualizar a Marx, confrontar los textos acerca de Latinoamérica con los que paralelamente iba dedicando a China, Turquía, Rusia, Irlanda, España, esos textos en los que con un despliegue teórico y metodológico extremadamente agudo daba cuenta del complejo fenómeno del *asiatismo*, de la formación de los Estados, del problema nacional. La compleja relación entre presencias y ausencias de determinados puntos de vista en el tratamiento de conflictos de algún modo semejantes no puede ser resuelta, por tanto, apelando a categorizaciones calificatorias de la obra de Marx, o de un período de ella, en un sentido general –tal como la noción de europeísmo– sino sólo mediante la lectura contextual a través de la cual un texto alumbra a otros, mutuamente se cuestionan, abren fisuras e intersticios, fomentan una radical fragmentación en un pensamiento en constante desarrollo, abierto, refractario a cualquier congelamiento, “asistemático” en su planteamiento más esencial¹¹. En resumen: si Marx en un texto es europeísta y en otro escrito coetáneo no lo es, evidentemente la explicación debe situarse en otro punto que el de esa supuesta y por cierto socorrida limitación. No se trata, entonces, y para Aricó, de la escasa importancia de la temática de América Latina en la obra de Marx –finalmente, como bien señala, los textos no son tan mínimos ni escasos–, sino del persistente prisma de prejuicio a través del cual la considera. Ausente de otros escritos contemporáneos, debe encontrar su fundamento en otra dimensión del universo mental de Marx: el de la política.

En efecto, Aricó no sólo cuestiona que el pensamiento de Marx haya quedado encerrado en presupuestos teóricos de matriz hegeliana que le impidieron enfrentarse al complejo fenómeno acarreado por la universalización del capitalismo y la necesidad de un capitalismo “industrial” frente a un capitalismo “colonial” que lo complementa y que de hecho es funcional a los requerimientos del primero, sino que de esta estrecha relación de naturaleza orgánica avanzó a planteamientos muy significativos respecto del papel del mundo colonial oprimido en el proceso de liberación social. Nada de esto está presente en los análisis dedicados a América Latina: por el contrario, vemos en esos textos los más claros prejuicios y la más radical incomprensión de un fenómeno de la importancia de las guerras de la Independencia, por ejemplo, y del tumultuoso y complejo proceso de formación de los nuevos Estados nacionales. Pero si Marx alcanzó a elaborar teóricamente la “autonomía” del campo nacional, “desde la cual, y sólo desde la cual, puede pensarse el problema de la revolución social en términos concretos o, dicho de otro modo, el problema de las posibilidades concretas de conjunción del combate por la emancipación nacional con el proceso de la lucha de clases” (Aricó, 1982a: 94), entonces superó completamente los prejuicios “eurocéntricos” tan visibles en el momento marcado por el impacto de las revoluciones de 1848. La tesis de Aricó se redondea:

[...] nuestra tesis es que no fue la “superficialidad” del periodista, ni el “desconocimiento” del historiador, ni las limitaciones del “metodólogo”, ni finalmente el desprecio del ‘eurocentrista’, las que pueden explicarnos la paradójica actitud de Marx frente a América Latina. Todas estas limitaciones pudieron emerger y desvirtuar sus reflexiones porque una previa y prejuiciosa actitud política obnubiló su mirada (Aricó, 1982a: 172).

Este prejuicio político tan acentuado en Marx motivó la resurrección en su pensamiento de la idea hegeliana de “pueblos sin historia” –en un momento de evidente superación de esa noción para otras áreas en su obra– como base de su caracterización del proceso latinoamericano, es decir, la consideración de los pueblos latinoamericanos como conglomerados humanos carentes de la madurez y, podríamos decir, de la “masa crítica” necesaria para la constitución de una nación legitimada en sus derechos de existencia. Y, paralelamente a la resurrección positiva de esta idea hegeliana, se avivó su aversión a un postulado de Hegel acerca del papel del Estado como instancia productora de la sociedad civil. En la medida en que el presupuesto era la inexistencia de la nación, Marx no podía ver de otra forma que como presencia omnímoda y no racional –también en un sentido hegeliano– del Estado sobre los esbozos de sociedad civil a los procesos en curso en América Latina a partir de la Independencia, procesos –además y sobre todo– en los que el Estado cumplía sin duda un papel decisivo en cuanto al moldeamiento de la sociedad. Marx, de acuerdo con lo expresado por Aricó, no pudo observar en ellos “la presencia de una lucha de clases definitoria de su movimiento real y por tanto fundante de su sistematización lógica-histórica” (Aricó, 1982a: 127), y a partir de esto no podía categorizar correctamente esta realidad que se le presentaba en un estado de magma. Acordada la presencia de un prejuicio político, y no de un impedimento teórico en la visión de Marx, resulta importante identificarlo. Aricó piensa que las condiciones de constitución de los Estados latinoamericanos, a las que nos hemos referido, y las primeras etapas de su desarrollo independiente, eran tan excéntricas a los postulados de Marx respecto a la relación entre el Estado y la sociedad civil –a partir de la refutación efectuada por él en sus primeros trabajos del principio hegeliano de la primacía otorgada al Estado– que lo condujeron a “excluir” de su pensamiento “una realidad que se presentaba ante sus ojos como la potenciación sin contrapartida del bonapartismo y la reacción europea” (Aricó, 1982a: 107). Aquí se encuentra localizada la raíz del prejuicio de Marx que le veló toda posibilidad de comprender un fenómeno como el de Rodríguez de Francia en Paraguay, y el caso más explícito y rotundo: la figura histórica del Libertador Bolívar, cuya identificación con el tipo de dictador bonapartista –pintado con los colores más viles– es transparente. Este análisis sistemático de las reflexiones de Marx sobre América Latina y la naturaleza del impedimento que le canceló la posibilidad de ver aquí lo que fue capaz de observar en Asia, Irlanda o España, está fundamentado en una serie de proposiciones que constituyen puntos nodales de la reflexión de Aricó sobre la obra de Marx y acerca del marxismo. Sintetizadas esquemáticamente son las siguientes:

Primero: el pensamiento de Marx no constituye un sistema a la manera de Hegel, por ejemplo, sino que está conformado por una multiplicidad de núcleos teóricos y una “sucesión” e intercalación de problemáticas, metodologías y resultados cuya evolución es rastreable a lo largo de toda su obra.

Segundo: no existen en la obra de Marx textos “científicos” privilegiados y textos “ocasionales” desechables. Aricó no trabaja con una distinción y jerarquización de los textos marxianos a la manera de Louis Althusser, aunque en cierto sentido existe en él la preocupación por inquirir en aquellos trabajos del Marx “desconocido” –cuyo ejemplo más notable serían los *Grundrisse*– que no entraron en la constitución del “sistema” canónico marxista fijado por la II y la III Internacional. Los textos “políticos” de Marx, aquellos que él dedicó al estudio de la realidad internacional a partir de la década de 1850 –hasta ahora singularmente devaluados como escritos incidentales, o surgidos *pane lucrando* de los apremios económicos de Marx, y por estas razones desligados del desarrollo de su “verdadera” concepción de la historia y la teoría– adquieren para nuestro autor una particular importancia como reveladores de fracturas, discontinuidades, nuevos rumbos y preocupaciones, todos componentes que subrayan la *asistematicidad* del pensamiento marxiano y las falacias del paradigma “sistémico” de interpretación.

Tercero: existe en el trabajo de Aricó una periodización implícita de la obra de Marx que ubica un quiebre profundo, una discontinuidad radical, entre un Marx todavía “europeísta”, un Marx convencido del sentido de progreso del que sería portador el mundo burgués –en la dirección asignada a las afirmaciones del Manifiesto Comunista, los textos en torno a la revolución de 1848, los artículos acerca de la dominación británica en la India e inclusive determinados pasajes de *El capital*– y las preocupaciones cada vez más presentes y acuciantes en su pensamiento, a partir de finales de la década de los cincuenta, en torno a los problemas generados por las consecuencias del desarrollo del capitalismo, su presencia en el mundo colonial, la emergencia de las luchas nacionales, las relaciones complejas entre “cuestión nacional” y lucha de clases. Esta discontinuidad alcanza su punto de ruptura para Aricó en los escritos acerca de la cuestión irlandesa en torno al año 1867, en los que se produciría una inversión trascendental en el nivel de la categorización de la ruptura revolucionaria y su agente histórico: el proletariado inglés no sería el liberador de Irlanda, sino que la lucha nacional de los irlandeses sería el presupuesto de la liberación social en Inglaterra. Esta evolución es subrayada por Aricó como una verdadera revolución copernicana en el pensamiento de Marx, acentuada luego, en la década de los setenta, por el estudio de los problemas concernientes a la comunidad rural rusa y sus potencialidades para ser la base de un desarrollo no capitalista, que altera todo el consagrado cuadro de evolución “necesaria” de las sociedades, asignado a Marx a partir especialmente de ciertas muy famosas afirmaciones suyas en el prólogo a la *Contribución a la crítica de la economía política* de 1859, con toda su carga de improntas positivistas¹².

Cuarto: la existencia de una radical diferencia teórica entre Marx y Engels, reflejada muy sensiblemente en el plano de la cuestión nacional, cuyas consecuencias han sido muy importantes en la medida en que el segundo habría contribuido muy sustancialmente en la tarea –que Kautsky habría culminado– de sistematizar a Marx y convertirlo en el pensamiento orgánico del movimiento obrero europeo, con cargas positivistas y eurocentristas cuyas consecuencias fueron nefastas para el desarrollo del movimiento socialista durante un largo período, y que se resienten todavía hoy.

Quinto: subrayar la discontinuidad entre el pensamiento de Marx y el sistema hegeliano, y fundamentalmente la cabal refutación de un “historicismo” genetista en la teoría de Marx, resulta una de las notas básicas de la interpretación de Aricó.

Finalmente, nuestro autor efectúa una nítida distinción entre Marx y marxismo, entre la obra abierta de un pensador “clásico” con sus múltiples posibilidades de lecturas e interpretaciones y el desarrollo del marxismo como teoría orgánica del movimiento socialista –a partir de la elaboración del paradigma en obras como *Anti-Dühring* de Engels–, desde una concepción cuyo punto de toque reside en la idea de la conexión orgánica de la teoría con la realidad social, y esto no en el sentido de la esquemática relación entre “estructura” y “superestructura” resultante de la absolutización mecanicista de una metáfora de Marx, sino en el de la ligazón orgánica, profundamente dialéctica, entre sociedad, movimiento social y desarrollo teórico, entre los problemas efectivamente planteados por una sociedad, la reflexión sobre ellos y el movimiento práctico de su resolución. Planos todos interrelacionados pero, a la vez, relativamente autónomos. Es desde aquí que Aricó insiste en la urgencia de la revisión de la historia del movimiento social y del marxismo, para encontrar las necesidades pero también las insuficiencias y las esclerosis cuya superación sea motivo de una reflexión útil para la recomposición de un socialismo latinoamericano ubicado, como él afirma, más sobre el costado libertario del pensamiento de Marx que sobre los pesados paradigmas de ideologías estatales que fueron contrabandeados como su esencia más pura. De esta manera Aricó entra de lleno en el debate, en ese momento actual, de la crisis del marxismo, admitiendo la vigencia del mismo como instrumento de análisis de la realidad contemporánea –en la medida en que la época histórica que Marx alumbró todavía no ha desplegado todas sus potencialidades, no se ha realizado plenamente–, y a partir de esa capacidad teórica destaca su vinculación orgánica con las fuerzas actuantes en forma contradictoria en nuestra sociedad. A cien años de la muerte física de Marx, su obra seguía siendo para Aricó un elemento fundamental para la interpretación de nuestro mundo y la pretensión de unidad entre marxismo y movimiento social de transformación no reposa –como muchos críticos señalan– en la voluntad subjetiva de algunos sino en las reales capacidades de esa obra de contribuir a develar y resolver los problemas esenciales de su desarrollo.

La contribución de Aricó en este sentido es reveladora de su creencia en la capacidad no agotada del marxismo –al menos de cierto marxismo– para el ejercicio crítico de la reflexión y del pensamiento libre, y estaba direccionada en el momento de la composición de *Marx y América Latina* a la posibilidad de su participación como corriente ideológica y política en el gran desafío histórico que se planteaba: la construcción de la democracia social en nuestra América. En una indagación que inicialmente se revestía de ropaje filológico, se despliega el horizonte político como la tensión que sostiene todo el pensar teórico, como el plus de sentido en la lectura de Marx.

La hipótesis de Justo

Este libro fue terminado en 1980, en una primera versión, y luego –según Portantiero– fue reescrito varias veces. El punto de partida de la reflexión es la problematicidad de la categoría “América Latina”, solamente pensable como produc-

to histórico resultado de un prolongado y no agotado proceso de constitución y deconstitución, fuera de la metafísica esencialista de cualquier determinación apriorística. Aricó ensaya un catálogo –seguramente no planteado como exhaustivo, sino más bien a título de ejemplificación cuasi didáctica– de elementos configuradores de una matriz única, compartida sobre un terreno histórico común: la colonización europea y la guerra de la Independencia, la herencia no totalmente superada de las estructuras coloniales, la inclusión masiva en el mercado mundial que fijó la dependencia económica y financiera con las economías capitalistas centrales, el excepcional papel de los intelectuales que suscitan y organizan una problemática ideológica y cultural común, las luchas populares por una efectiva independencia, que cimentaron espacios “nacionales” y “continentales” propios, a pesar de ambigüedades y diferenciaciones. Los ecos del clásico libro de Halperin Donghi son visibles en parte en la arquitectura del reconocimiento histórico, pero el acento de problematicidad es claramente de Aricó. Pero en las páginas iniciales también se marca con fuerza la dinámica tejida entre la latencia o virtualidad del latinoamericanismo y los momentos en los que emerge “con fuerte densidad histórica y con capacidad aglutinadora”: la guerra de Independencia, el proyecto bolivariano, el antiimperialismo con fuerte tono anticapitalista en los primeros años del siglo XX, el redescubrimiento de la unidad continental bajo la envoltura de la Reforma Universitaria en los años veinte, el viraje latinoamericanista como resultado fulgurante de la Revolución Cubana en los años sesenta.

“A cien años de la muerte física de Marx, su obra seguía siendo para Aricó un elemento fundamental para la interpretación de nuestro mundo...”

Aricó coloca en este trabajo la discusión de la historia del marxismo latinoamericano como una respuesta tanto a la cuestión de la identidad como a la formulación del modelo organizativo de los nacientes Estados: liberales o conservadores. El primer punto polémico es el de la caracterización de europeísta, que rechaza, o sea el señalamiento del marxismo como ajeno, exterior a la esencia de estos pueblos o países. Hay aquí un eco inmediato de la discusión con la corriente nacionalista autoritaria del peronismo, cuyo cuestionamiento del marxismo respondía a esa matriz de pensamiento. Esto vuelve a plantearse en relación al problema de la extranjería de las primeras generaciones de obreros, de origen inmigratorio, lo cual llevó agua al argumento de que el socialismo –tanto en su variante marxista como anarquista– era exógeno, y que fue el peronismo en el caso de Argentina el que *nacionalizó* a la clase obrera (Aricó, 1999c: 51-52, nota 3).

Teóricamente plantea la historia del movimiento obrero dentro de una concepción que podríamos llamar thompsoniana: “La herencia histórica del movimiento obrero, no importa cuál sea la orientación ideológica que finalmente en él predomine, es siempre la expresión compleja y contradictoria de las distintas fases de una lucha de clases que opera en el interior de un tejido histórico en el que la clase obrera se constituye como tal, crece y se autoorganiza obrera” (Aricó, 1999c: 23)¹³, y que retoma algunas ideas planteadas ya en los primeros

escritos de *Pasado y Presente* acerca de la condición obrera y la constitución de la clase obrera argentina.

Socialismo y movimiento obrero constituyeron en América Latina dos historias paralelas, que sólo en contados momentos se identificaron entre sí, y que en la mayoría de los casos estuvieron ajenas y hasta opuestas. Por eso son necesarias dos líneas de investigación: la primera, que estudie la forma teórica de la introducción y difusión del marxismo; la segunda, que haga lo propio con la forma histórica concreta en que se fueron constituyendo los proletariados “modernos” en la región. Es desde esta articulación que se podría dar respuesta a la pregunta acerca del destino del marxismo en América Latina, porque es allí donde se jugó su suerte, en cuanto “mostró una notable incapacidad analítica, de modo tal que, en vez de representar las formas teóricas del proceso de construcción política de un movimiento social transformador, fue, en realidad, o un mero reflejo del movimiento o una estéril filosofía de un modelo alternativo” (Aricó, 1999c: 23). Esta reflexión debe ser conectada con los escritos de *Pasado y Presente*, y también con las indagaciones que algunos participantes importantes del grupo hicieron en torno al tema de los orígenes del peronismo, ya que en un nivel histórico concreto la reflexión de Aricó se originó en el escándalo de la inadecuación de la realidad ideológica y política del proletariado argentino con la teoría marxista, tal como la sostenía la ortodoxia comunista. De nuevo la reflexión se anuda en el punto de fuga de la teoría, tal como lo plantea Aricó recurrentemente, pero también con agudeza Alvin Gouldner. Los hechos fuera de lugar teórico: la revolución rusa primero, y su persistencia después del fracaso de la revolución europea en los tempranos años veinte. “La revolución contra *El capital*”, en la notable sentencia del joven Gramsci.

En América Latina el principal obstáculo a la difusión del marxismo fue la inmadurez de un desarrollo capitalista propiamente industrial. El proceso histórico estructural de formación del capitalismo en América Latina produjo una forma relativamente inédita de superposición de formas capitalistas de producción sobre formas anteriores, y que éstas mismas comenzaran a producir mercancías sin ser eliminadas. Esto llevó a una yuxtaposición de trabajo asalariado con trabajo servil y a peculiaridades muy notorias en la ubicación espacial del proletariado “moderno”. Además, fue destacable el hecho de que, por razones múltiples, se asistió a un muy fuerte proceso inmigratorio de variados orígenes, esencial en la constitución de ese proletariado “moderno”. El análisis pone el acento no en la pretendida homogeneización sobre la base de la modernización a imagen y semejanza de los modelos capitalistas desarrollados ambicionada por los ideólogos, sino en el hecho de que “América Latina se transformaba velozmente en una vasta área de disgregación social que exacerbaba las tensiones, desarticulaba las relaciones sociales tradicionales y postergaba *sine die* la constitución de esas naciones burguesas que el pensamiento positivista europeo y su réplica americana concebían como un resultado ineluctable del pasaje de la sociedad militar a la sociedad industrial, o, dicho de otro modo, de una sociedad estamental controlada por caudillos a una sociedad de clases en lucha entre sí, pero regulada por el saber científico” (Aricó, 1999c: 29).

Aricó señala que Juan B. Justo defendía un modelo de desarrollo argentino fundado en una democracia rural avanzada, lo que lo distinguía netamente del obre-

rismo del marxismo alemán de la Segunda Internacional, y del bernsteinismo con el cual se lo ha querido caracterizar con ligereza, en la medida en que, a diferencia de Bernstein, Justo nunca se asumió como “marxista”, y mostró una autonomía de pensamiento notable tanto frente al kautskismo como al bernsteinismo, las dos grandes corrientes ideológicas en las que se dividió la socialdemocracia alemana, el partido referente del momento para todo el socialismo mundial al finalizar el siglo XIX (Aricó, 1999c: 88). La idea de una democracia rural cimentada en un desarrollo agrario del tipo norteamericano –fundado en la pequeña propiedad, el modelo *farmer*– constituye uno de los presupuestos de la estrategia justista de formación de un bloque urbano-rural bajo la dirección de la clase obrera, que dispute el poder al bloque dominante de capital extranjero y terratenientes *ausentistas* (Aricó, 1999c: 133, nota 9). En el balance histórico de la actuación de Justo, Aricó señala que fue uno de los grandes dirigentes de la II Internacional, injustamente soslayado en este aspecto (Aricó, 1999c: 70). Justo fue un demócrata cabal, y un consecuente continuador de la tradición liberal-democrática de Sarmiento. Se interesó en encontrar las raíces del socialismo argentino en una revalorización crítica –desde la lucha de clases– del proceso histórico de esa sociedad. Pero lo hizo desde el reduccionismo del “factor económico”, tal como entendía la “teoría científica de la historia”. El socialismo argentino aparecía para Justo como “un incontenible movimiento emergente de la modernidad de la sociedad argentina pero con fuertes raíces que lo unen a todas las tradiciones de lucha de las clases explotadas del país y del mundo” (Aricó, 1999c: 71). Así, el partido de Justo superó la “externidad” inicial del marxismo, sobre la base del planteo de una lucha denodada por la nacionalización de la clase obrera y su plena participación política, obstaculizada por el régimen y la “política criolla”, a través de las campañas permanentes por la nacionalización de los inmigrantes.

Córdoba como “ciudad de frontera”

Las visiones de Córdoba de Aricó fundan su inteligibilidad en los interrogantes que son la nervadura esencial de su proyecto y de su obra, y aunque fragmentarias y polémicas, llevan su marca, es decir, son francamente incitantes, provocadoras del pensamiento crítico: establecen una suma de posibilidades para la fundamentación de las cuestiones esenciales de una operación vasta de reinterpretación de la cultura y la historia de la ciudad mediterránea.

Como dice De Ípola, “Aricó fue construyendo una relación propia, singular, con las tradiciones culturales y [...] al mismo tiempo, fue definiendo en esa construcción una modalidad también singular de interrogar y de situarse en el presente” (De Ípola, 1992: 94). La relación cardinal, por cierto, fue la establecida con Marx y la peculiar lectura de la tradición marxista que edificó sobre su pensamiento. Pero, lateralmente, fueron creciendo en Aricó las preguntas por Córdoba. Un camino puntuado por la militancia de los años cincuenta y los sesenta, la publicación de *Pasado y Presente*, sus indagaciones en el mundo de la condición obrera, el Cordobazo y el despliegue del clasismo en los años setenta, las evocaciones del Gramsci de los consejos proletarios y de *L'ordine nuovo* en la práctica de los cuerpos de delegados y en las asambleas sindicales de las grandes plantas fabriles

de la industria metalmecánica. Luego, la derrota, y el exilio latinoamericano, la indagación reflexiva y la apertura de perspectivas, el radical giro democratizador del pensamiento de la izquierda a fines de los años setenta, que lo tuvo como un actor muy principal. El retorno a Buenos Aires, marcado entre otras “perlas” de ese insaciable buscador que fue Aricó¹⁴, por las lecturas de Benjamin, en particular del formidable e inconcluso proyecto de los *Pasajes*, el encuentro con la obra de Claudio Magris, y la fascinación que le producía el terreno de cruces e interrelaciones múltiples de las “ciudades de frontera”, de las que Trieste constituía para él una buena muestra¹⁵. Esto nos permite pensar la génesis de la sugerente idea de Córdoba como “ciudad de frontera”, concepto planteado por José Aricó en 1989, en el número de la revista *Plural* dedicado a Córdoba.

En la obra de Aricó, Córdoba es un elemento vigoroso, problemático, del que hay esbozados varios planteos con interpretaciones diversas y complejas. Uno, primero, la visión imaginaria de Córdoba como la Turín latinoamericana, estrechamente vinculada a la militancia política anterior y posterior a la expulsión del Partido Comunista en 1963, fundada en la percepción de los cambios producidos en la ciudad por la instalación del complejo industrial automotriz de avanzada tecnología y gran concentración económica en los años cincuenta y los sesenta y en la actitud potencialmente revolucionaria del clasismo obrero de las plantas de Fiat y, posteriormente, de Renault. Desde el primer número de la revista *Pasado y Presente* en 1963, Aricó reflexiona acerca del fenómeno desatado precisamente por la instalación de esas grandes fábricas en Córdoba y le asigna una real importancia en términos de la interpretación del conjunto de la realidad nacional y del desarrollo de una línea política revolucionaria. La argumentación es, precisamente, que el trazo avanzado de la estructura social argentina desde el punto de vista del análisis de la clase obrera es el gran complejo de producción, la fábrica, y que desde allí puede cumplirse con el mandato metodológico esencial de Marx: la anatomía del mono se explica por la del hombre, y no a la inversa. “Si a una realidad social la definen esencialmente sus aspectos más avanzados, aquellos que permiten comprender el traspaso de una época histórica a otra, es evidente que debíamos ubicar como centro del análisis de la sociedad argentina la expansión industrial”.

A Aricó precisamente le preocupa ese “mundo nuevo, distinto de la sociedad ‘tradicional’ de la cual emergía”, del que dice “nos interesaban fundamentalmente las modificaciones que estos cambios provocaban en el ámbito de la sociedad civil, caracterizada ahora por el surgimiento de nuevas relaciones sociales (y nuevos ‘tipos’ humanos)”. De estos nuevos tipos humanos el más importante es el obrero de la gran empresa, que es el potencial sujeto revolucionario por excelencia, y su ámbito, la fábrica, “el territorio nacional del autogobierno obrero”, como la define citando a Gramsci. El análisis de la realidad de Córdoba que se le impone en su nueva fisonomía industrial, y las consecuencias sociológicas y políticas que extrae de allí, le permiten cuestionar el arcaísmo de la línea acerca del carácter de la revolución establecida por el Partido Comunista, su ceguera acerca del proceso de transformación capitalista del país desde la década del treinta. Una política revolucionaria debe definirse atendiendo a la modernidad de las relaciones sociales existentes y no a su atraso, tal es la conclusión básica de su indagación. La acción de *Pasado y Presente* alcanzará para Aricó su pleno sentido renovador de la

izquierda si la revista alcanza su tono, “la orientación general de su problemática, el campo hacia el cual va dirigida”, precisamente del mundo obrero de la gran empresa industrial, tal como emergía de la “nueva” Córdoba (Aricó, 1963: 1-17; 1965: 48-55)¹⁶. Este es el tono que alcanzará no sólo la revista, sino un sector muy significativo de la nueva izquierda que será protagonista fundamental de la política insurgente de los siguientes quince años.

En una mirada reflexiva ejercida veinte años después, tras la experiencia de la derrota y el exilio, Aricó planteaba que la filiación cordobesa de la revista no había sido accidental. Del fenómeno ya reseñado del asentamiento y expansión de la industria metalmeccánica en grandes complejos automotrices había surgido un proletariado joven de reciente paso por la universidad tecnológica o las escuelas de formación técnica. Esto significaba la ausencia o el desvanecimiento de un límite definido entre el mundo del trabajo y el mundo técnico-intelectual, tal como se establecía en el Gran Buenos Aires. Las dos figuras típicas del obrero y del estudiante tendrían a cruzarse o al menos a mantener relaciones fluidas, que creaban eventuales contenidos políticos revulsivos. Aricó señala, también, que el propio diseño urbano de la ciudad mediterránea, con un centro político-burocrático, comercial y cultural reducido y a la vez atravesado por la red de transporte urbano radial y convergente, favorecían la formación de un entramado en el que “todo un conjunto abigarrado y complejo de estratos sociales y de instituciones” se entrecruzaba y en el que “nadie quedaba excluido”. Un elemento de su diagnóstico es subrayado: en los momentos de crisis estas características sociológico-urbanas afinarían una “comunicatividad social y política de vigor excepcional”.

Una segunda característica enfatizada por Aricó es que Córdoba fue el epicentro del conflicto social argentino de los años cincuenta y sesenta, el lugar del Cordobazo elevado a condición de modelo de la revuelta urbana, de la irrupción del sindicalismo clasista, de las relaciones fluidas entre la izquierda peronista y la socialista, de la unidad obrero estudiantil, declamada y practicada con alcances de inesperada masividad: de la radicalización de la juventud católica (Aricó, 1988: 71). Estas son las bases de la Turín latinoamericana, de la impronta gramsciana, de la confrontación efectiva con las elaboraciones de la “nueva izquierda” europea, especialmente la italiana.

La nueva reflexión de Aricó sobre Córdoba en su última década de trabajo aparece como una forma distinta de relacionarse con esa tradición cultural, tal como planteaba De Ípola. Junto con la mencionada reelaboración del cimiento intelectual y sociológico de la experiencia de *Pasado y Presente*, comienza una novedosa intelección de esa tradición a la que se siente fuertemente adscripto, a la vez que una renovación de su propia genealogía intelectual, que difiere inclusive de la efectuada casi contemporáneamente en *La cola del diablo*, donde el suelo marxista resulta unívoco y excluyente. Dice Aricó:

En realidad, si hubo una función que Córdoba desempeñó a lo largo de su historia, fue la preservación de un equilibrio puesto permanentemente en peligro por las laceraciones de un cuerpo nacional incapaz de alcanzar una síntesis perdurable. Es posible pensar que esta posición intermedia estuvo determinada por la situación de frontera en la que la evolución del país la colocó. En los confines geográficos de las áreas de modernización, la ciudad tuvo un ojo dirigido al centro, a una Europa de la que cuestionó sus pretensiones de universalidad. Pero el otro dilatava su pupila a una

periferia latinoamericana de la que en cierto modo se sentía parte. De espaldas a un espacio rural que la inmigración transformaba vertiginosamente, Córdoba la Docta formaba las élites intelectuales de un vasto territorio que la convirtió en su centro. Punto de cruce entre tantas tradiciones y realidades distintas y autónomas, Córdoba creció y se desarrolló en el tiempo americano como un centro de cultura proclive a conquistar una hegemonía propia (Aricó, 1989: 11).

La perspectiva histórica de Aricó en esta caracterización de Córdoba se expande fuertemente respecto de sus elaboraciones en las décadas de los sesenta y setenta, aunque no deja de estar cargada de ambigüedades. La función de equilibrio a la que primeramente se refiere está vinculada al desarrollo de la historia “nacional”, a la apreciación de una posible credencial de intermediación entre el Litoral y el Interior, en un sentido político-espacial, de mantenimiento de una unidad precaria nunca definitivamente garantizada, pero también en el de la orientación de un eje de orden cultural. En alguna medida se encuentra como un eco lejano de una reflexión de cuño sarmientino, desplazada en la medida en que la antinomia que se juega no es la de civilización/barbarie, sino la de modernidad/tradición, sin la esencial carga axiológica del Facundo, y en la que Córdoba no es asiento de uno de los polos de la contradicción, sino precisamente la zona de transición entre sus términos. Actualizando la temática echeverriana de las dos miradas en la práctica específica del devenir intelectual de Córdoba, Aricó también trabaja la polaridad centro [Europa]/periferia [Latinoamérica], lo que le permite producir un efecto de excentricidad para Córdoba, de peculiaridad histórico-cultural sobre la que puede articular un proyecto autonómico y edificar una idea de contrahegemonía, al menos cultural.

El cierre de Aricó es la recuperación de la idea de Córdoba como encrucijada de caminos, materiales e ideales, como punto privilegiado de fusión, en el que la larga duración supera en mucho la perspectiva primera de la historia “nacional”: es un “tiempo americano”, ¿hay también aquí un eco de Taborda, a quien Aricó estudió mucho en sus últimos años, especialmente en su postulación del comunismo federalista? Pero más allá de los desarrollos analíticos que pueden suscitar las energías intelectuales del enunciado citado, cabe subrayar un sentido más bien oracular del escrito de Aricó, una carga de matices enigmáticos, que le confieren su encanto y su provocación, y que se resume en esa idea-fuerza de Córdoba como “ciudad de frontera”. En tanto no contiene demasiada carga analítica, sino que más bien esboza una perspectiva, debemos, entonces, jugar con ella para avanzar en formulaciones, fundamentos e interpretaciones. En el texto de Aricó no se verifica el concepto turneriano de frontera, de mucha importancia en la historia cultural argentina, especialmente a partir de su aplicación, más o menos modificado, pero reconocible, en la obra de Ezequiel Martínez Estrada, en particular en *Muerte y transfiguración de Martín Fierro*.

Las fronteras son construcciones humanas, no son productos de la naturaleza sino de la cultura. Existe una relación íntima y compleja entre los conceptos de “frontera”, “nación”, “comunidad”, “Estado” e “identidad”. La frontera puede hacer referencia a un punto exacto en el mapa, a una demarcación con fuerza jurídica, lo que en muchas ocasiones también tiene alcances culturales significativos, cuando delimita la presencia de una determinada cultura nacional respecto de la vecina. En segundo lugar, la frontera puede referirse al área de transición

entre lo conocido y lo desconocido, constituirse en tanto marca del dinamismo de una determinada expansión. Su operacionalidad, en este caso, también tiene una fuerte aplicación política y económica. En tercer lugar, la frontera recobra la noción de zona de transición y de interpenetración mutua de sistemas políticos, económicos, sociales y culturales diferenciados. Es en estos dos últimos sentidos, y particularmente en el tercero, en el que la idea de Aricó de Córdoba como ciudad de frontera cobra toda su fuerza heurística.

Un punto, finalmente. La noción de ciudad “de frontera” constituye el fundamento sobre el que Aricó pensaba construir su nueva hermenéutica cultural de Córdoba. Sobre esa base trabaja una nueva genealogía de la modernidad cordobesa:

Hay tres momentos emblemáticos en la Córdoba moderna que pueden resultar de interés para abordar el modo en que se planteó históricamente la relación entre intelectuales y sociedad: el de la Reforma Universitaria, el de los años treinta en torno a la figura de Saúl Taborda, y el de los años sesenta-setenta [...] Hay un hilo rojo que recorre todas estas experiencias permitiendo establecer entre todas ellas una suerte de continuidad por encima de las distintas realidades históricas. [...] Córdoba, la Docta, la ciudad civil, tiene motivos para reconocerse en esos momentos en los que relampagueó una cultura de resistencia. Olvidados, amenazados de aniquilamiento por la fuerza de las armas, han sobrevivido y vuelven por sus fueros. Reclaman el análisis profundo y exhaustivo que los restituya al entramado de las vicisitudes históricas, sociales y culturales de una ciudad que no gratuitamente aspiró siempre a ejercer una función particular y muy propia en la sociedad nacional y en los confines de Occidente (Aricó, 1989).

Nuevamente, Aricó construye su relación singular con la tradición cultural, desde la interrogación del presente, presente que en ese momento se definía por el gran proyecto de consolidación de la democracia argentina. En otro momento, en el de la redefinición de espacios y afirmación de identidades, en la compleja época de la integración a escala regional, las preguntas acerca de la historia y cultura de Córdoba deben quizás ampliar esa genealogía e interrogar, sin más, la forma en la cual Córdoba estableció esa pregonada singularidad. Liberar lo reprimido, en la estela del pensamiento de Pancho, no sería una mala fórmula para nuevas interacciones con la problemática identidad argentina.

Bibliografía

- Aricó, José 1963 “Pasado y Presente” en *Pasado y Presente. Revista trimestral de ideología y cultura* (Córdoba) Año I, N° 1, abril-junio.
- Aricó, José 1965 “Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera” en *Pasado y Presente* (Córdoba) Año III, N° 9, abril-septiembre.
- Aricó, José 1980 (1978) “Introducción” en *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 60.
- Aricó, José (comp.) 1980a *Mariátegui y los orígenes del marxismo latinoamericano* (México: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 60.
- Aricó, José 1982 “Marxismo latinoamericano” en Bobbio, Norberto y Matteucci, Nicola (dirs.) *Diccionario de Política* (México: Siglo XXI) Vol. L-Z.
- Aricó, José 1982a *Marx y América Latina* (México: Alianza).
- Aricó, José 1988 *La cola del diablo. Itinerario de Gramsci en América Latina* (Buenos Aires: Puntosur).

- Aricó, José 1989 "Tradición y modernidad en la cultura cordobesa" en *Plural* (Buenos Aires) N° 13, marzo.
- Aricó, José 1999 *Entrevistas, 1974-1991* (Córdoba: Ediciones del Centro de Estudios Avanzados - UNC).
- Aricó, José 1999a "El partido que fundó José C. Mariátegui" en *Entrevistas, 1974-1991* (Córdoba: Ediciones del Centro de Estudios Avanzados - UNC).
- Aricó, José 1999b "No sólo cambiar la sociedad, también la vida" en *Entrevistas, 1974-1991* (Córdoba: Ediciones del Centro de Estudios Avanzados - UNC).
- Aricó, José 1999c *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina* (Buenos Aires: Sudamericana).
- Burgos, Raúl 2004 *Los gramscianos argentinos. Cultura y política en la experiencia de "Pasado y Presente"* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Crespo, Horacio 1999 "Poética, política, ruptura" en Jitrik, Noé (dir.) *Historia crítica de la literatura argentina* (Buenos Aires: Emecé) Vol. 10, La irrupción de la crítica.
- Crespo, Horacio 2001 *José Aricó* (Córdoba: Agencia Córdoba Cultura/Dirección de Letras y Promoción del Pensamiento).
- Crespo, Horacio 2009 "En torno a Cuadernos de Pasado y Presente, 1968-1983" en Hilb, Claudia (comp.) *El político y el científico. Ensayos en homenaje a Juan Carlos Portantiero* (Buenos Aires: Siglo XXI).
- Crespo, Horacio 2010 "El marxismo latinoamericano de Aricó. La búsqueda de la autonomía de lo político en la *falla* de Marx" en Aricó, José *Marx y América Latina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- de Ípola, Emilio 1992 "José Aricó. Pensar entre reflejos desplazados" en *Leviatán* (Madrid: Pablo Iglesias) N° 50, invierno.
- Debray, Régis 1964 "El castrismo: la gran marcha de América Latina" en *Pasado y Presente* (Córdoba) Año II, N° 7-8, octubre de 1964-marzo de 1965.
- del Barco, Oscar 1980 *Esbozo de una crítica a la teoría y práctica leninistas* (Puebla: Universidad Autónoma de Puebla/Biblioteca Francisco Javier Clavijero).
- del Barco, Oscar 1982 "Introducción" en Marx, Karl *Notas marginales al "Tratado de Economía Política" de Adolph Wagner* (México: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 97.
- Derrida, Jacques 1996 *Espectros de Marx. Estado de la deuda* (Madrid: Trotta).
- Franco, Carlos 2010 "Presentación" en Aricó, José *Marx y América Latina* (Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica).
- Gerratana, Valentino 1997 *Gramsci. Problemi di metodo* (Roma: Editori Riuniti).
- Gouldner, Alvin 1983 (1980, 1° edición inglesa) *Los dos marxismos* (Madrid: Alianza).
- Kolakowski, Leszek 1983 *Las principales corrientes del marxismo* (Madrid: Alianza) Tomo III, Las crisis.
- Marx, Karl y Engels, Friedrich 1980 *Materiales para la historia de América Latina*. (México: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 30. Preparación, traducción y notas de Pedro Scaron.
- Portantiero, Juan Carlos 1999 "Las desventuras del marxismo latinoamericano" en Aricó, José *La hipótesis de Justo. Escritos sobre el socialismo en América Latina* (Buenos Aires: Sudamericana).

- Ryan, James G. 1997 *Earl Browder. The Failure of American Communism* (Tuscaloosa: University of Alabama Press).
- Schmucler, Héctor 1995 "La biblioteca de Pancho" en *Estudios. Revista del Centro de Estudios Avanzados* (Córdoba: UNC) N° 5, enero-junio.
- VV. AA. 1972 *Consejos obreros y democracia socialista* (Córdoba: Cuadernos de Pasado y Presente) N° 33.
- Viñas, David et al. 1981 *Contorno* (Buenos Aires: CEAL/Biblioteca argentina fundamental) Selección y prólogo de Carlos Mangone y Jorge Warley.

Notas

- 1 En la actualidad oriento un seminario en el Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de San Martín (Buenos Aires, Argentina) dedicado al ordenamiento, notas y comentarios y puesta a punto para publicación del material inédito de Aricó.
- 2 Después de *Alí Babá y los cuarenta ladrones*, llegaron los viajeros, Ameghino y Julio Verne. Como también era extremadamente aficionado a una historieta titulada Mono Pancho, sus familiares lo empezaron a llamar Pancho. Y así perduró (Aricó, 1999: 341).
- 3 Se denomina así la corriente política desarrollada en muchos partidos comunistas de América Latina, impulsada por el secretario general del Partido Comunista de Estados Unidos durante la Segunda Guerra Mundial, Earl Browder, que planteaba que se había iniciado a partir de la alianza antifascista un período de prolongada colaboración y comunidad de intereses entre la Unión Soviética y los Estados Unidos. Cf. Ryan (1997).
- 4 Véase *Teoría marxista del partido político*, en los Cuadernos de Pasado y Presente, números 7, 12 y 38. Acerca de la concepción de partido en Mariátegui y los problemas de construcción del mismo, ver Aricó (1999b:129-131; 1999a:133-137).
- 5 Debo la expresión "soltando amarras", con la que caracterizo la experiencia de Pasado y Presente en su primera época, a Juan Carlos Torre, quien la argumentó muy lúcida y emotivamente al comentar mi presentación sobre Aricó en la reunión de homenaje en el décimo aniversario de su fallecimiento, en el Club de Cultura Socialista de Buenos Aires, realizada el 24 de agosto de 2001.
- 6 Sobre la cuestión del "marxismo crítico" en el marco del desarrollo histórico del movimiento, su génesis y sus protagonistas fundamentales ver Gouldner (1983) y Kolakowski (1983).
- 7 La línea de los "consejos obreros" fue retomada en un posterior artículo fundamental de la revista: "Algunas consideraciones preliminares sobre la condición obrera" (Aricó, 1965), seguido de "Informe preliminar sobre el conflicto Fiat", pp. 56-66, firmado colectivamente como "Pasado y Presente". El cuaderno dedicado específicamente al tema es *Consejos obreros y democracia socialista* (Varios, 1972).
- 8 Para la experiencia de Cuadernos, cf. Crespo (2009).
- 9 Tal hipótesis fue formulada en Crespo (2001: 43).
- 10 Realicé una apreciación más amplia y compleja de este libro de Aricó en Crespo (2010).
- 11 Para otra excelente presentación de esta lectura de Marx, cf. del Barco (1982).
- 12 Sobre esta "dualidad" presente en la propia obra de Marx, y no sólo en el marxismo, se puede consultar un trabajo fundamental: *Los dos marxismos* (Gouldner, 1983).
- 13 Pero básicamente la cuestión teórico-metodológica está tratada en la nota 8, pp. 53-54, acerca del concepto de "clase subalterna", cuyo origen está en Hobsbawm, y aparece tempranamente relacionada con Aricó, con la publicación de un artículo del historiador inglés en la revista *Pasado y Presente*, número 2/3. La idea inicial según Aricó, y esto debe subrayarse, se encuentra en Gramsci.
- 14 Esta imagen de Hanna Arendt acerca de Benjamin, fue trasladada preciosamente a Aricó por Emilio de Ípola en el trabajo citado anteriormente.
- 15 Debo a María Teresa Poyrazian las referencias a las apasionadas lecturas efectuadas por Aricó del Benjamin de los *Pasajes* y de Claudio Magris. En cuanto a Trieste, en la última entrevista que mantuve con Pancho, en la acogedora biblioteca de su casa de Almagro, en Buenos Aires, en agosto de 1990, se refirió a esta ciudad en relación con la complejidad y los cruces culturales que él visualizaba en Córdoba, y respecto de éstos, con entusiasmo en cuanto a la profundidad e importancia del pensamiento de Saúl Taborda, testimoniado por otra parte por la abundancia de textos de ese autor presentes en su biblioteca, ahora en la Universidad Nacional de Córdoba. La importancia de Trieste, entre otros afluentes, le pudo muy bien haber sido señalada por los trabajos de Magris. Este es un buen ejemplo de las incitaciones que provocaba cualquier conversación con Aricó, ahora sólo presentes en la lectura de sus ricos textos, a las que me refería más arriba.
- 16 Las citas provienen de estos dos trabajos, que el autor enlaza explícitamente en sus contenidos. Ya indicamos más arriba las oscilaciones que tuvo en la primera etapa de *Pasado y Presente* y en el

propio pensamiento de Aricó este centro moderno, y si se quiere, cordobés, en relación al tercermundismo como pensamiento fundante de la guerrilla

de matriz guevarista que fue el otro polo de significación directamente política de la revista en su época sesentista.

Elementos para la constitución de una teoría marxista de la reproducción

Dialécticas de las formas
y ciencia de la política

JOSÉ ARICÓ

Introducción. Acerca de *Nueve lecciones de economía y política en el marxismo*¹

Este es un libro inédito de José Aricó, elaborado en 1977 para un curso en El Colegio de México. Transcurridos casi siete lustros, *Nueve lecciones...* puede llegar a sus lectores, los de la coyuntura de efervescencia y crisis de los días actuales, publicado por El Colegio de México en una edición preparada por Horacio Crespo. El fragmento que aquí reproducimos es la parte final, la novena lección. Desde este libro se puede comenzar a esbozar respuestas consistentes respecto del “marxismo de Aricó”, nunca explicitado hasta este texto que ahora disponemos.

El asunto central de la obra es la búsqueda de un estatuto de la política en la teoría marxista, a partir de un tema acuciante para Aricó: la “autonomía de la política” respecto de cualquier determinismo estructuralista. Una indagación a través de un largo trayecto en la tradición marxista y su relación *contingente* con los socialismos diversos. Formulación de alcance epistemológico definido, que pone en juego la categoría gramsciana de *praxis* marcando límites al empirismo; y también de valor político, porque afirma el poder creativo del mundo de la experiencia política *tout azimuth* superando el lastre de los dogmatismos doctrinarios de tanto peso negativo en la historia del marxismo.

El motivo de este libro es un reclamo de interpretación de las transformaciones en curso en el sistema capitalista, la idea de crisis como oportunidad de prácticas políticas originales a partir de la intelección adecuada de esos cambios. Para eso el autor emprende la revisión de la confrontación entre determinismo y sujeto revolucionario en la historia del movimiento marxista y la lucha de clases. En el

horizonte se encuentra la relectura de lo vigente en Marx: la teoría del valor y la ley tendencial de la caída de la tasa de ganancia como límite asintótico del capitalismo, y un rechazo a las ideas neokeynesianas de la imposibilidad de la reproducción capitalista sólo por debilidad de la demanda. La tarea propuesta es inmensa, y su necesidad se encontraba expresada con fuerza en el último Lukács: el marxismo *detenido* por autismo, por inmovilismo. El libro de Aricó sale al encuentro de esta situación: es un reclamo de creatividad, de movimiento teórico y político innovador sobre la base de las anclas profundas en una herencia y una tradición.

Elementos para la constitución de una teoría marxista de la reproducción

Del análisis que se ha hecho en este recuento de los problemas teóricos que ha debatido a lo largo de su historia el movimiento socialista, puede extraerse la conclusión de que hay una visión del marxismo como un conjunto de fuerzas, independientemente de las divisiones políticas que luego las fragmentaron. Aunque esta visión no es la que subyace en el pensamiento de Marx, predomina en el marxismo desde finales de siglo y caracteriza el conjunto del movimiento que se autodefine marxista, independientemente de sus matices políticos.

El problema reside en que esta visión de ninguna manera puede ofrecer una base adecuada para fundar la relación entre la teoría y la política, ni para las funciones que debe cumplir el partido que intenta representar el movimiento en su conjunto. Para quienes consideran que la relación entre teoría y práctica es una relación especulativa, la ideología resulta ser una imagen invertida y deformada de la realidad, una "falsa conciencia" de algo que está detrás, y que no es otra cosa que esta misma realidad en proceso de devenir. Si se parte, en cambio, del criterio de que entre teoría y movimiento la relación no es lineal, entre ideología y realidad existe entonces una relación sumamente compleja. Ya dijimos que la tendencia a establecer una relación de *correspondencia* y en cierto sentido de *identidad* tiene raíces lejanas y se remonta a la versión simplificada de esta relación que predominó dentro de la Segunda Internacional constituyéndose en la tradición mayoritaria del movimiento. Kautsky es el ejemplo más elocuente de esta concepción. Como teórico del movimiento socialista, Kautsky sostiene una concepción a partir de la cual la teoría resulta ser un producto natural del movimiento social. Una vez que esta concepción penetró más o menos profundamente en el movimiento obrero, fue comprensible que o bien se intentara subsumir la teoría en el movimiento, con lo cual se opera una deformación de tipo historicista o economicista en el propio movimiento y también en el conjunto de la teoría; o que, en cambio, se subsumiera el movimiento en la teoría, a partir de lo cual se abren paso concepciones de tipo "doctrinaria": la teoría refleja *per se* el conjunto del movimiento y expresa los paradigmas políticos organizativos a los que necesariamente debe remitir el movimiento. Pero tanto la posición "economicista" como la "doctrinaria" constituyen en realidad el anverso y el reverso de una misma medalla porque consideran a la teoría como una simple expresión del movimiento obrero. Para liquidar esta concepción es preciso ir mucho más allá de una simple modificación fisiológica o de una sofisticación de la teoría; es preciso volver al conjunto de las

categorías analíticas que fundaron las posiciones de Marx o de Gramsci. En otras palabras, de lo que se trata es de volver a poner en funcionamiento las categorías del materialismo histórico tal como se expresan en el máximo nivel de abstracción de esta concepción que es *la crítica de la economía política*. ¿Por qué? Por la sencilla razón de que tornar cada vez más complejas las relaciones entre teoría y movimiento es precisamente el modo de ser del proceso histórico bajo el dominio de la producción capitalista. La relación se vuelve más compleja debido a que el sistema capitalista se estructura bajo una articulación de “formas” que dan lugar a un entrelazamiento muy particular de las fuerzas productivas con las relaciones de producción.

Con lo cual la contradicción fundamental subyacente en el sistema productivo capitalista adquiere, en cada momento histórico, una *modalidad específica* que debe ser develada.

“Esta modalidad específica que adquiere la contradicción fundamental entre capital y trabajo en el modo de producción capitalista es la que vuelve compleja la relación entre teoría y movimiento”

Es necesario comprender que cuando hablo de “articulación de formas” estoy en realidad hablando de articulación de categorías, de instituciones, de organizaciones, sobre la base de las cuales se estructura la sociedad capitalista. Esta modalidad específica que adquiere la contradicción fundamental entre capital y trabajo en el modo de producción capitalista es la que vuelve compleja la relación entre teoría y movimiento. Y esto explica que una concepción “especulativa” pueda dar cuenta cada vez menos de los procesos de cambio que se están operando en el propio sistema capitalista. A partir de esta modalidad se configura de un modo específico la lucha de clases; presenta caracteres diferenciales irreductibles al flujo continuo de los hechos puesto que, como se dijo, resulta de esta contradicción fundamental que el sistema capitalista tenga permanencia más allá de la historia o, mejor dicho: más allá de la historia inmediata. El hecho de que no puede establecerse una relación inmediata entre teoría y práctica fue reconocido por el marxismo desde sus orígenes; por eso Marx sintió la necesidad de elaborar la *Crítica de la economía política*. Este texto teórico no hubiera sido necesario si la relación entre teoría y movimiento fuese lineal. Ahora bien, esta exigencia se torna más perentoria cuando el modo de producción capitalista pasa de su etapa de libre competencia a su etapa monopolista. Con el tránsito de una etapa a otra, la falsedad de la relación especulativa se tornó clara aun para los defensores de esa visión, razón por la cual a finales del siglo pasado se suscita lo que se ha llamado el debate Bernstein, el debate en torno al socialismo que plantea la caducidad de la teoría marxista en la medida en que ella no podía dar cuenta de los nuevos hechos que se estaban operando en la estructura capitalista. En ese momento, la crisis de esta visión especulativa de la relación entre teoría y movimiento, se transforma en una crisis del marxismo. Desde entonces lo que está cuestionado es la validez de la teoría, su suerte: si estaba o no condenada a desaparecer.

A lo largo de los debates posteriores a la discusión de las tesis de Bernstein (la polémica de Lenin sobre la formación económica de Rusia, la discusión de 1920 en torno al problema de la caída de la tasa media de ganancia, la revitalización de la validez de la teoría del valor, las discusiones sobre la objetividad real de la contradicción y sobre el concepto de formación económico-social, etc.), quedó mostrado el largo y sinuoso camino de readecuación de la textura de la teoría en relación a la complejidad de la estructura actual del sistema capitalista. No es casual que la discusión gire cada vez más sobre las modalidades de vigencia y, en el plano teórico, sobre la formulación de la contradicción fundamental encerrada dentro del sistema capitalista; no es casual tampoco que la discusión gire hoy sobre el destino del capitalismo, porque detrás de esta discusión hay un intento por reestructurar, de una manera científicamente rigurosa, el conjunto de las categorías marxistas para adaptarlas a la explicación de un mundo que se ha vuelto cada vez más complejo. Existen aún discusiones sobre temas centrales de la teoría marxista (como la caracterización de la naturaleza social de las sociedades socialistas) que quieren dar cuenta de novedosas formaciones sociales imposibles de ser clasificadas típicamente como estructuras capitalistas, pero que de ninguna manera pueden ser caracterizadas como estructuras verdaderamente socialistas.

Analizaremos ahora tres aspectos de la teoría marxista para ver cómo es posible hacer una reflexión más general sobre esta tarea de reestructuración de las categorías marxistas sobre la base del modelo que se expresa en el recorte y en la personificación del Estado como ente constitutivo de la sociedad capitalista. La superación de esta separación entre sujetos y formas, entre sujeto y realidad, debe transcurrir dentro del proceso de constitución del capital, movimiento complejo que se expresa en la realidad como la universalización de la forma valor y cuya progresiva disolución presupone necesariamente procesos de expansión de los elementos contradictorios de la sociedad burguesa; nos estamos refiriendo a la hegemonía obrera en la fase de transición. Esto significa que el proceso formativo de la política que significa la constitución de la conciencia de clase sólo puede ponerse en movimiento en el interior del modo en que se presenta y actúa el dominio lógico y estructural del sistema capitalista, nunca externamente a él.

La conciencia de clase se constituye no desde el exterior del propio sistema capitalista, no como una iluminación, no como una adquisición, sino en el interior de dicho sistema, en el interior del modo de presentarse, digo yo, y de actuar del dominio lógico y estructural del sistema capitalista.

Todas estas consideraciones teóricas tienen, desde luego, implicaciones políticas directas; ya llegaremos a este tema. Pero antes es necesario tener en cuenta la idea de que la forma valor significa la universalización de la manifestación de las categorías burguesas, que los hombres conocen la realidad a través del conocimiento de esa categoría, y que, por lo tanto, la crítica de la ideología presupone no simplemente el develamiento de los rasgos de falsedad de esa categoría, porque ella no es falsa. Son las categorías las que deben dar cuenta de un funcionamiento real; pero dar cuenta de un funcionamiento real desde el ángulo de la crítica de la ideología significa reestructurar todo el campo de manifestaciones de esas ideologías, eso implica, a su vez, reestructurar todo el campo de manifestaciones del propio sistema capitalista, y esto sólo puede lograrse desde el interior de las

formas en que el modo de producción capitalista se manifiesta. Es como si hubiera una historia ideal que contiene a la historia real; pero, a su vez, dicha historia ideal no es una historia que se desarrolla en la cabeza de los hombres; es, también, una historia real, la historia que se manifiesta todos los días en la suma de nuestras actividades. La transformación de la estructura no puede ser efecto de un movimiento genérico sin connotaciones precisas, sino el producto de una acción que tiene forma determinada, es decir, que está hecha por hombres cuya práctica está organizada objetivamente antes que subjetivamente. Esta práctica está organizada dentro de la dinámica de las relaciones de producción, que son muy complejas, y cuya articulación en la reproducción social comprende hasta las mismas formaciones ideológicas: las instituciones, las culturas, los aparatos ideológicos del Estado. Por todo esto, la transformación de la estructura requiere una acción que, si bien debe ser organizada subjetivamente, en primer lugar debe ser organizada objetivamente dentro de la dinámica de las relaciones de producción capitalista, o, lo que es lo mismo, dentro de la articulación de la producción social que comprende a las mismas formaciones ideológicas.

El proceso formativo de la conciencia de clase debe partir, por tanto, desde el interior de la estructura articulada de dominio de la forma capitalista. Pero como la teoría marxista no es simplemente el trastocamiento de la dialéctica hegeliana, la constitución del terreno propio de la política no puede ser resultado de una acción de develamiento inmediato del carácter de esta categoría, porque de ese modo caeríamos en una lógica de tipo subjetivista, sobre la concepción proletaria del mundo. No basta trastocar especularmente el sistema remitiéndolo a un punto de vista proletario, o al punto de vista de los portadores reales del cambio de la sociedad capitalista, para elaborar una teoría revolucionaria. Si el modo de investigación, decía Marx, no coincide con el modo de exposición del sistema, se deriva en la idea de que en las leyes del sistema capitalista que se extraen a través del análisis del funcionamiento de este sistema no están inmediatamente presentes todos los pasajes de una teoría revolucionaria o de una ciencia de la política. En la ley de la caída tendencial de la tasa de ganancia, en la que Marx encuentra el límite del sistema capitalista, no están presentes todos los elementos para la constitución de la teoría política. Y el hecho de que no se comprendiera esta circunstancia –que no es lo mismo el método de exposición del sistema capitalista que el método de investigación– llevó a que muchos teóricos marxistas extrajeran de la ley de la caída de la tasa media de ganancia el principio de la ineluctabilidad del derrumbe, por razones económicas, del sistema capitalista.

Toda la teoría del derrumbe del sistema capitalista deducida a partir de la presencia de esta ley reconoce como vicio formal la no distinción de algo que Marx había planteado como radicalmente distinto: lo que constituye el proceso de investigación de un sistema determinado, de una ciencia determinada, de lo que es su proceso de exposición; porque este último es el proceso de funcionamiento de las categorías del sistema, pero ese proceso de constitución o de exposición de las categorías de ese sistema está inserto dentro del análisis mismo del propio sistema capitalista, mientras que los elementos de ruptura –que son los elementos de constitución de la política y de la teoría revolucionarias– son externos a la sociedad capitalista. Por eso, la crítica marxista de la economía política y la ciencia

política marxista presuponen indagaciones empíricas desarrolladas en el campo de la economía y de la sociología por las corrientes burguesas; éstas no sólo deben ser negadas ni excluidas sino que son necesarias porque lo que se trata de indagar es la *forma particular* que en cada momento determinado el proceso de desarrollo del sistema capitalista adquiere la contradicción límite, que subyace tras el sistema capitalista. De este modo, la economía política y la sociología burguesa no son falsedades, no constituyen reflejos falsos de la realidad, sino análisis científicos, si bien producto de una cientificidad burguesa. Con el límite que establece esa cientificidad burguesa, estas disciplinas analizan fenómenos reales que ocurren en la sociedad capitalista, y en la medida en que son ciencias que parten de fenómenos reales que existen en la sociedad capitalista dan cuenta de fenómenos reales. Detrás del intento de la teoría marxista por reconocer las peculiaridades morfológicas de la sociedad capitalista, todo este campo de conocimiento abierto por la ciencia burguesa es absolutamente aprovechable por la teoría marxista, claro que incluido dentro de los elementos conformados por la crítica de la economía política del sistema del presente y la crítica de la ideología.

“Lo que hay que determinar es el carácter concreto que en una sociedad concreta asume esta contradicción entre trabajo concreto y trabajo abstracto, o la que se da entre valor de uso y valor de cambio”

De aquí, entonces, que en cada nueva fase histórica de desarrollo del sistema capitalista, las peculiaridades de esta contradicción vital que está detrás del sistema capitalista deben ser objeto de una reapropiación activa, que al mismo tiempo signifique una conversión en teoría revolucionaria. La ciencia de la política debe medirse permanentemente con la especificidad de la forma de la contradicción, que cambia profundamente con el pasaje del sistema capitalista de la etapa competitiva a la etapa monopolista; eso, en la medida en que esta crítica es un modelo científico que reconoce este proceso de abstracción y de separación. La crítica de la economía política sólo puede darnos la certeza de que la remisión del trabajo abstracto al trabajo concreto –o del valor de cambio al valor de uso que Marx hace en última instancia en *El capital*, la remisión de esta forma de categoría burguesa a la que presenta en la actualidad, que en eso consiste nuestro trabajo–, está estructuralmente limitada en la sociedad capitalista y por ello el sistema capitalista es un sistema históricamente determinado, históricamente transitorio. Lo que no entendieron los marxistas es que, para que esa contradicción pueda fundar teóricamente el terreno de la política, debe estar vinculada al análisis concreto de los procesos concretos de desarrollo del sistema capitalista. No es suficiente decir que existen contradicciones entre el carácter social de las fuerzas productivas y la apropiación privada por parte de los capitalistas, no es suficiente lanzar todas estas fórmulas con las que en su método de exposición Marx sintetiza las contradicciones del sistema. Lo que hay que determinar es el carácter concreto que en una sociedad concreta asume esta contradicción entre trabajo concreto y trabajo abstracto, o la

que se da entre valor de uso y valor de cambio. Es preciso partir de este reconocimiento que nos da la convicción de que remitir un campo analítico a otro, remitir los procesos de abstracción al núcleo que les da sentido está estructuralmente limitado en el sistema capitalista; en este sentido, es preciso partir del reconocimiento de que la crítica de la economía política puede fundar científicamente la práctica revolucionaria de transformación.

Pero la ciencia política debe ir más allá de este fundamento científico: debe poder indicar las modalidades específicas que la contradicción adquiera en cada oportunidad en el seno de la morfología de las diversas fases de desarrollo del sistema capitalista, pero que, a su vez, esta morfología de una sociedad determinada no puede ser deducida del análisis de la ley de la caída de la tasa media de ganancia como una suerte de aplicación de esta ley, sino que debe ser conceptualmente elaborada, analizada y estructurada en el terreno de los conceptos, en el terreno de la teoría. Es a partir de esta conceptualización y de esta elaboración que debe ser remitida a los portadores reales, a las clases sociales en las cuales se alimenta la transformación social, teniendo en cuenta, a su vez, la identidad de estos portadores reales —en el caso de la teoría marxista, la clase obrera y las masas— que no es estática, permanente, sino que es una identidad que cambia permanentemente con el cambio de composición de las fuerzas productivas. Es así como puede constituirse la teoría de la política a partir de la elaboración conceptual de la particular morfología que adquiere esta contradicción fundamental. Este estudio implica a su vez el reconocimiento y la reconstrucción conceptual de lo que en una sociedad concreta y determinada son los portadores reales de esta transformación, que no constituyen un ente siempre idéntico a sí mismo, sino cambiante con relación a las alteraciones que se operan en la composición de la fuerza productiva, que siempre es el dato objetivo, el punto de partida de toda situación concreta, aunque en última instancia ella no sea otra cosa que la consecuencia del registro estructural de una relación dinámica entre lucha de clases y desarrollo.

Del mismo modo que la clase obrera no constituye una identidad estática, tampoco puede hipotetizarse una conciencia obrera de las estructuras permanentes, porque las formas de conciencia resultan diferenciadas, resultan disímiles según sea el particular entrelazamiento que se establezca en las distintas fases del desarrollo capitalista entre fuerzas productivas y relaciones de producción y, a su vez, subordinadamente, según sea el nexo de interdependencia entre la lucha de clases y las instituciones. La reconversión dialéctica de la crítica de la economía política en ciencia de la política no significa subsumir la segunda en la primera como si ésta estuviera ya totalmente concluida, como si el capital hubiera proporcionado ya el conjunto de elementos de la crítica de la economía política y no fuera necesario ni imprescindible desarrollarla; tampoco puede darse esta reconversión a través de un afincamiento en el análisis de la propia teoría política como si pudiera ella convertirse en una suerte de politología capaz de prescindir de estos elementos de la crítica de la economía política. La autonomía de la ciencia y de la política no suponen situarse fuera de la economía política; ambas tienen un camino metodológico, una vía de aproximación distinta. La ciencia de la política no sólo implica, sino que presupone, un constante desarrollo y enriquecimiento, en una palabra, la reclasificación desde el punto de vista interpretativo de toda la dinámica global

del sistema capitalista: la ciencia de la política es simultáneamente crítica de la política y la crítica de la política simultáneamente ciencia de la política.

Concluyendo, la puesta en movimiento de las categorías de *El capital* de Marx viene así a coincidir con la verificación de las capacidades explicativas de la forma en que la separación y contradicción fundamental del sistema capitalista se reproduce hasta los niveles más altos de desarrollo, reconociendo a su vez el carácter irreversible del elemento estructural dentro de esta contradicción, en el sentido de que sólo puede desaparecer con la liquidación total del sistema capitalista. Este carácter crítico del proyecto de recomposición teórica del marxismo parte de la escisión que se da en la sociedad capitalista entre fuerza de trabajo y trabajo, que no es empírica o parcial, sino que en su propia esencia es una escisión política, porque está íntimamente conectada a los mecanismos de reproducción del sistema. La teoría de las clases que emerge de esta escisión rebasa todo tipo de recorte sociológico porque el espacio particular de las clases asume el problema de lo político como complemento o concentración de lo económico, la política como el elemento en que la economía se manifiesta, como decía Lenin, como la concentración total de la economía. Sólo a través de la recuperación de la organicidad de relación entre crítica de la economía política y crítica de la política y por la superación vinculada a esta conexión de la concepción liberal, puede reconstruirse la teoría marxista del Estado. Es por eso que la fundación científica de la política se plantea hoy como una condición imprescindible para analizar y constituir de manera científica una teoría del proceso de transición al socialismo. Es por tanto la primacía de la política lo que tiende a privilegiarse hoy a partir de la superación del economicismo como traba fundamental para la constitución de la teoría marxista. Esta primacía de lo político no puede convertirse en una nueva filosofía política que sustituya a la filosofía economicista anterior; es preciso comprender que actualmente la politicidad es el modo de ser del proceso mismo del capitalismo captado en toda su complejidad. Si en un momento se pudo hablar del proceso de formación del capitalismo monopolista de Estado como proceso de sustitución del ciclo económico, hoy estamos asistiendo a la crisis del ciclo político, lo cual implica necesariamente un proceso de politización acelerado. Pero esta politicidad no es algo que se superponga a la economicidad o que esté separado de la economicidad, sino la forma como en las sociedades capitalistas presentes se presenta el proceso capitalista captado en toda su complejidad. A partir de este reconocimiento se plantea la urgencia de la fundación científica de la política para una estrategia de transición que rebase definitivamente no sólo la separación entre el elemento económico y el elemento político, sino también la que se da entre lo político y lo social. Asistimos hoy a una ardua discusión sobre cómo puede surgir y desarrollarse una línea capaz de englobar la unidad de producción y de reproducción en la fábrica, y las categorías de Estado, de lucha de clases y de instituciones, buscando recomponerlas en una nueva elaboración estratégica.

Esta discusión busca una nueva recomposición estratégica y plantea, al mismo tiempo, la necesidad de una concepción de la política que esté fincada en el conjunto de la dinámica del proceso social global. Sólo así el movimiento obrero y popular puede escapar al tejido de los recortes económico corporativos, base de sustentación del sistema capitalista; sólo así es posible captar la crisis capitalista,

en un momento en que dicha crisis está haciendo emerger un nuevo concepto de productividad alternativo al concepto de la sociedad capitalista y que hasta ahora estuvo sofocado por la ecuación que establece el sistema capitalista entre trabajo productivo y trabajo creador de plusvalía, considerando como trabajo productivo exclusivamente al trabajo productivo global. En la medida en que entra en crisis esta ecuación, en que se cuestiona la división capitalista del trabajo, en que se cuestiona la neutralidad de la ciencia capitalista, en que se cuestiona el conjunto del sistema capitalista, esta ecuación desaparece y el trabajo productivo ya no puede estar en relación al trabajo creador de plusvalía; tiene que estar en relación a un nuevo modelo de desarrollo que, configurando nuevos modelos de sociedad, implique un progreso para los hombres, implique la superación de la división en clases, implique la superación de la división entre política y economía, entre lo político y lo social. De este modo el nuevo concepto de *productividad* lleva en sí el germen de una visión cualitativamente distinta de la noción de desarrollo, que debe ser concebido no como el elemento de dinamización y crecimiento de las fuerzas productivas, sino como el presupuesto material indispensable para el progreso hacia una nueva civilización que debe estar fundada en *una dirección social global y consciente* de la fuerza productiva del trabajo. Aquí, en este nuevo concepto de productividad se está perfilando ya una relación entre la teoría y la práctica, un nuevo tipo de conexión que no relega ya a la teoría el rol pasivo y subalterno de registro y ratificación de los niveles alcanzados por la lucha de clases en un determinado momento, sino que recupera el contenido pleno de la teoría, crítico y científico, y por tanto emancipador, estrictamente vinculado a su capacidad de dar cuenta y de comprender de manera efectiva la situación del presente. Intentaremos simplificar todo esto, sintetizando este aspecto de crítica marxiana de la economía política y todo el replanteo de la vinculación entre economía y política.

La crítica de Marx a la economía política no puede ser concebida como una suerte de antesala metodológica en la que se desmitifican las categorías ideológicas, las falsas categorías de la economía burguesa, para pasar luego a la constitución o a la construcción positiva de una nueva ciencia económica, puesto que estas categorías ideológicas no son falsas sino abstracciones de la realidad. Tampoco puede ser concebida como un mero instrumento de análisis de la realidad capitalista tal como ella es y tal como se manifiesta en la fenomenología o en la morfología histórica concreta de este sistema, sino que la crítica de la economía política en Marx pertenece al propio contexto del objeto que está examinando —el modo de producción capitalista— y coincide con la exposición dialéctica del conjunto de las categorías del sistema capitalista. Para Marx, esta es la única forma de representación científica de las características estructurales esenciales del sistema, o sea, de un sistema caracterizado por un proceso de transformación interrumpido, por una serie de pasajes discontinuos y de rupturas internas que se expresan a través de la metamorfosis de las categorías. Todo el sistema categorial de análisis de *El capital* y los momentos de pasaje de una categoría a otra están expresando un proceso interrumpido y discontinuo en la realidad del sistema capitalista, y es a través de este proceso de transformación, caracterizado por pasajes discontinuos y rupturas internas, como se constituye el dominio de la forma valor o del pasaje de la forma de valor desde el plano de la producción al plano del nivel social global

de la sociedad capitalista. Por eso hay en Marx una relación muy estrecha e inseparable entre la crítica económica y la crítica política, entre la crítica de la economía política y la teoría de las clases sociales, y por eso no es simplemente en sus obras políticas o en sus obras históricas, sino fundamentalmente en el interior de la estructura lógica de *El capital* y de los demás textos de la crítica de la economía política de Marx, donde debe buscarse la fundación científica de lo político y la dimensión específica de la teoría de las clases sociales, es allí donde se encuentra el punto crucial, el núcleo esencial donde Marx establece la relación estrecha, la vinculación específica, entre la crítica de la economía y la crítica de la política.

Hemos dicho que al considerar la temática del fetichismo de la mercancía, fundamentalmente a través de la escuela althusseriana, que ha heredado toda una concepción anterior, se comprueba que hasta ahora el marxismo ha encerrado el problema del fetichismo de la mercancía a través de una óptica abstractamente filosófica, sociológica, epistemológica a través de la cual el fetichismo se ha interpretado como el simple ocultamiento de las relaciones reales de producción. Si el fetichismo fuera verdaderamente un problema cognoscitivo o de visibilidad de lo existente, la crítica de Marx arrojaría muy pocos elementos sobre la realidad capitalista de dominio y de poder, porque no iría más allá de un simple develamiento de lo que está detrás de las relaciones entre las cosas, no iría más allá de la simple verificación de la existencia de una alienación humana en la propia relación de explotación y de reconocimiento de una contraposición lineal entre mistificación implícita en la equivalencia del cambio y la desigualdad real que se oculta en las relaciones de producción de la propia sociedad capitalista. Nos estamos refiriendo al hecho de que, en la sociedad capitalista, el intercambio de productos aparece como la equivalencia de cambio, es decir, como el intercambio de productos en su valor, por tanto, vendidos por sujetos con iguales derechos e iguales garantías y la desigualdad real que simultáneamente permanece detrás de esta aparente equivalencia de cambio. Evidentemente tiene razón Althusser cuando dice que toda esta temática del fetichismo colocado a nivel abstractamente filosófico o gnoseológico conduce a una concepción humanista, historicista, del marxismo. Pero si el fetichismo es visto desde la perspectiva en que lo hemos estado planteando, Marx, entonces, va más allá de un plano puramente humanista o genéricamente antiformalista. Para Marx el efecto del fetichismo no es tanto un ocultamiento de las relaciones reales que se agota en sí mismo, sino un ocultamiento funcional a la reproducción del sistema capitalista, a la reproducción de capital y, por tanto, a la reproducción del conjunto de las relaciones sociales que el capital está expresando. Pero en la medida en que es funcional a la reproducción de las relaciones de producción y no sólo del trabajo muerto y de las riquezas, el formalismo del cambio, esta aparente equivalencia del cambio, pone al mismo tiempo como condición para la reproducción de las clases sociales la unificación hegemónica de la sociedad operada por la forma capital. De este modo, la temática del fetichismo nos remite necesariamente a la temática de la reproducción como el nudo central y estratégico en el análisis del entrelazamiento que se da entre el nivel epistemológico y el nivel político, que es el de la exposición marxiana. El proceso de separación del valor de cambio y valor de uso que está en la base de la formalización del trabajo, de la reducción del trabajo, del trabajo vivo convertido en capital y en

fuerza de trabajo; no sólo indica un proceso subjetivo de abstracción científica, un proceso de aislamiento de las relaciones de producción, sino la modalidad de funcionamiento bajo el cual se está realizando la recomposición del proceso social en el dominio del capital. La lectura de *El capital*, específicamente del segundo y tercer tomo, a través del análisis de la universalización de la forma valor hace emerger todo el mecanismo que regula esta recomposición bajo el dominio del capital; el dominio del capital resuelve sobre su costado contradictorio, que es del trabajo humano, la bipolaridad del antagonismo en un movimiento circular que se reproduce luego en escala cada vez más ampliada; esto es lo que se llama el proceso de reproducción del capital. De este modo, la reproducción está planteando el problema teórico del pasaje del modo de reproducción a la formación económico-social que es, como todos sabemos, el verdadero punto crucial, el punto teórico crucial de la concepción materialista de la historia. Es en el proceso de reproducción donde abandonamos el nivel del modo de producción para adentrarnos en el de la formación económico-social, que es el nivel de constitución de la política como ciencia. Entonces, sólo una teoría de la reproducción puede fundar al mismo tiempo el análisis concreto sobre las categorías de la crítica de la economía política, remontándose desde el campo abstracto del modo de producción hasta el campo concreto de las luchas políticas y sociales.

“Para Marx el efecto del fetichismo no es tanto un ocultamiento de las relaciones reales que se agota en sí mismo, sino un ocultamiento funcional a la reproducción del sistema capitalista, ...a la reproducción del conjunto de las relaciones sociales que el capital está expresando”

Desde el punto de vista del capital, desde su perspectiva, la forma de recomposición de este proceso no es lineal sino que atraviesa una serie de procesos de descomposición, desde la descomposición básica entre los factores productivos a la descomposición entre la producción y la circulación, la cual es funcional a la clausura del espacio de las clases y a la materialidad de su antagonismo, pero que a su vez conlleva la dimensión separada de lo económico, de cuyo campo la socialidad es expulsada para quedar relegada al nivel del cambio de productos, a nivel de la circulación. Es decir, este proceso de recomposición significa una línea quebrada que va desde la descomposición básica entre los factores productivos hasta la clausura del espacio de las clases y la descomposición entre producción y circulación. Descompuestos estos dos elementos, producción y circulación, el campo de lo económico queda reducido al de la producción y el campo de la socialidad queda circunscrito al de la circulación, de la distribución de los productos. Es aquí, en esta descomposición entre la producción y la circulación, entre lo económico y lo social, donde reside el elemento invariable de la forma burguesa de la política, su elemento constitutivo insuperable.

De este tipo particular de reunificación del proceso que se apoya en la separación entre lo económico y lo político, separación que no se circunscribe al

marco de la división entre producción y circulación sino que se traslada al campo de las clases sociales e incluso al de los sujetos sociales de estas clases, o sea al propio campo del movimiento obrero, resulta que a partir de esta separación real que se da en la estructura capitalista, el movimiento obrero deja convivir en su propio seno un concepto restrictivo, tecnicista, de la economía y un concepto ideológico y autonomizado de la política. De este modo, el campo de lo económico queda relegado a la competencia de determinadas instituciones obreras como el sindicato y el campo de lo político al ámbito de otras instituciones, también determinadas y concretas, como lo son los partidos políticos. Es decir, que entonces esta recomposición capitalista en escala ampliada implica que el otro polo de la contradicción que es el movimiento obrero sufra necesariamente una división y una fragmentación no sólo a nivel de concepción sino a nivel de su propia estructura, a nivel de sus propias instituciones, a nivel de sus formas de expresión. La división entre un concepto puramente ideológico y autonomizado de la política en el movimiento obrero está expresando la división que el sistema capitalista crea necesariamente en el proceso de su reproducción ampliada; y es aquí, en esta división estructural, objetiva y subjetiva, donde debe rastrearse toda la debilidad del movimiento obrero, de la tradición marxista y de su abierto menosprecio por el problema institucional, a partir del cual las instituciones aparecen como epifenómenos, como falsos reflejos, como elementos extirpables o neutros del propio proceso de producción capitalista. Además, es aquí, en esta incapacidad, donde debemos captar el carácter orgánico y morfológico, político y económico al mismo tiempo, de la crisis del sistema capitalista. Si esto es así, puede afirmarse que la crisis del marxismo de la que tantas veces se habló en el pasado y de la que vuelve a hablarse en el presente es sobre todo la crisis de una ideología política y en su interior también es la crisis de una lectura de Marx que estuvo fundamentalmente restringida al primer tomo de *El capital*, convirtiéndolo en el todo de la crítica marxista de la economía política. Por haberse limitado, precisamente, a establecer una relación lineal de continuidad absoluta entre la producción y el mercado, el marxismo tradicional ha sido incapaz de comprender la discontinuidad entre producción y circulación, entre producción y mercado; y la contradicción entre estos dos elementos, entre estas dos dimensiones de la sociedad burguesa, no es otra cosa que la forma peculiar en la que la relación capitalista se afirma y se desarrolla a escala social global. Lo que aparecía como una limitación del sistema que conllevaba su muerte, no era sino una de las formas en que el sistema se imponía como tal; lo que aparecía como una debilidad que podía llevarle a la tumba era la forma fuerte de su desarrollo. Por eso, todas las teorías del derrumbe basadas en la posibilidad de valorización del capital o en las insuficiencias de los mercados eran una forma absolutamente disfrazada y falsa de ver un proceso en el que, por el contrario, residía precisamente su fuerza, que consiste en el hecho de que la discontinuidad es la forma específica de funcionamiento del propio sistema capitalista. En este sentido, una lectura de *El capital* para la cual lo fundamental es el sistema de contradicción entre racionalización de la producción y anarquía del mercado, que es lo que se deriva de esta división entre producción y circulación, no permite avanzar más allá de la denuncia del vicio epistemológico que encierra la relación lineal

entre producción y mercado, distinción que relega la dimensión de la política a este último nivel, el nivel del mercado, como ámbito exclusivo de expresión. Concebida entonces como una suerte de regulación externa de la anarquía de la producción, el objetivo primordial de la política socialista, de la política revolucionaria debía consistir, por tanto, en superar la anarquía del mercado de la producción capitalista, pero manteniendo este proceso de producción. De ahí, entonces, que se hayan privilegiado como elemento central de la política revolucionaria los elementos de planificación, como si hubieran sido elementos contradictorios del propio sistema capitalista.

Ir más allá de esta distinción, de este vicio epistemológico, producto en gran parte de una visión del marxismo que encontraba su fundamento teórico en el primer tomo de *El capital*, significa captar la funcionalidad de esta descomposición a una real reunificación hegemónica burguesa, reunificación en la cual la autonomía de la política se basa en el confinamiento de la lucha de clases a un horizonte corporativo, cerrado, estrechado en torno a la reivindicación económica, convirtiendo a su vez el movimiento obrero en la otra cara de la supeditación reformista o subservivista. En consecuencia, la única posibilidad de superar ese dilema permanente del movimiento obrero dividido siempre en dos tendencias, una hacia la integración al sistema y la otra a colocarse fuera del sistema sin posibilidad de superarlo, la única forma de liquidar el confinamiento de la política y su autonomía al plano de la circulación y del mercado como lo plantea la economía capitalista es, entonces, comprender que todos éstos son elementos funcionales al proceso de reproducción del capital y no límites insuperables para el desarrollo del sistema. Una consideración de este tipo, que está presupuesta en el segundo y tercer tomo de *El capital* –donde Marx plantea la posibilidad del surgimiento del capitalismo colectivo, el proceso de expansión del capitalismo accionario, el proceso de racionalización del mercado a través del peso creciente del capitalismo de Estado, el proceso de surgimiento de nuevos sectores productivos, el proceso de surgimiento de nuevas capas sociales–, es lo que la tradición marxista dejó de lado, relegando la contradicción capitalista al marco simple de la contradicción entre producción y circulación de bienes. Es esta concepción la que a su vez llevó a pensar que la producción capitalista como tal estaba expresando el máximo de racionalidad en el desarrollo de las fuerzas productivas, sin comprender esta idea de Marx de que en la sociedad capitalista todo proceso de trabajo es un proceso de valorización de capital y que sólo puede ser destruida en su manifestación de valorización de capital si se destruye el tipo de trabajo que existe en cada una de las empresas productivas. Es esta idea la que la herencia marxista dejó de lado: aquella que llevaba a enriquecer la concepción del socialismo y a identificarlo con el pensamiento marxiano de *La ideología alemana* en el sentido de que el socialismo implicaba no una nueva forma de distribución de los productos, sino la liquidación del propio proceso de producción capitalista, su transformación total. Al hacerlo, la diferenciación entre lo económico y lo político, innata al propio sistema capitalista y que constituye la forma en que éste se reproduce, fue aceptada como un hecho natural por las propias fuerzas obreras, lacerando al movimiento obrero entre lo que se llama la estructura sindical y la estructura política, con todos los conflictos que esta laceración planteaba.

Es sin duda este confinamiento de lo político al campo exclusivo de acción del partido y el confinamiento de lo económico al ámbito exclusivo de acción de los sindicatos lo que constituye la limitación fundamental de la capacidad del movimiento obrero para transformar verdaderamente las relaciones de producción capitalista convirtiendo a la sociedad en una sociedad de nuevo orden. Si rastrean ustedes toda la historia del marxismo encontrarán siempre esta laceración como el elemento constitutivo de los procesos, como el núcleo que subyace a toda la discusión. Lo que hoy debe plantearse el movimiento obrero es la necesidad de encontrar una forma de réplica que saque a este movimiento del pantano en que está metido y lo convierta por lo tanto en un movimiento funcional al sistema de reproducción capitalista para actuar sobre el conjunto del sistema. Si partimos, además, de que la forma de valor es la forma de universalización del sistema capitalista, si partimos de la necesidad de actuar desde el interior de esta forma del valor –lo cual implica actuar desde el interior del conjunto de las instituciones del sistema capitalista–, toda la dimensión de la política se amplía y ella no implica entonces, simplemente, un asalto al poder y hasta tanto la espera quietista de un movimiento que no aprovecha las contradicciones del sistema; sino que plantea la necesidad de un movimiento que cuestione al sistema en el conjunto de sus instituciones. De este modo, en las condiciones presentes de supeditación del ciclo económico al ciclo político y de crisis del ciclo político como tal, una estrategia revolucionaria pasa necesariamente por el interior de las instituciones, por la larga marcha a través de las instituciones, que deben ser cuestionadas en su funcionamiento desde su propio interior. A partir de esta concepción no existen instituciones neutras, todas ellas son la manifestación de la forma de valor de la sociedad burguesa y desde cada una de ellas la sociedad capitalista puede ser cuestionada. El problema es que el cuestionamiento desde cada una de esas instituciones no implica la recomposición a nivel proletario de esta descomposición de la sociedad burguesa, o de esta aparente descomposición de la sociedad burguesa, porque estamos hablando de formas que expresan funcionamientos reales, de formas que son la manifestación del ser capitalista. Cuestionando cada una de las instituciones no cuestionamos todavía al conjunto del sistema, pero podemos afirmar que es a partir de este cuestionamiento como la fuerza socialista puede convertirse en una fuerza obrera, en una fuerza hegemónica, es decir, en una fuerza que por estar planteando una nueva sociedad, una nueva concepción de lo económico, una nueva concepción de las relaciones entre los hombres, una nueva concepción de la vida social pueda ser reconocida por las demás clases en su capacidad hegemónica, en su capacidad de dirección.

“A partir de esta concepción no existen instituciones neutras, todas ellas son la manifestación de la forma de valor de la sociedad burguesa y desde cada una de ellas la sociedad capitalista puede ser cuestionada”

Si una clase adviene a esta visión hegemónica puede entonces convertirse en la fuerza transformadora de la sociedad capitalista. Por el contrario, en la medida en que quede recortada, encerrada en los confines corporativos, en la medida en que sea incapaz de comprender que la política atraviesa el conjunto de las instituciones y que la batalla hay que darla en el interior de cada una de ellas, esa clase obrera no estará en condiciones de inaugurar otra forma de sistema, por más arduamente, por más enérgicamente, y por más violentamente que defienda sus intereses corporativos de clase. Porque, a partir de este proceso de universalización de las relaciones capitalistas, de atracción y de separación de las instituciones capitalistas, de personificación en el Estado del conjunto del sistema capitalista; hoy no se defiende la condición obrera simplemente defendiendo el salario, no se defiende hoy la condición obrera defendiendo la ocupación. Para defender el salario, para defender la ocupación, para modificar los ritmos de trabajo, para modificar las condiciones de salud dentro de cada una de las empresas, es necesario accionar sobre el conjunto de la sociedad. Es necesario accionar sobre el sistema de transporte, es necesario accionar sobre el sistema de salud, es necesario accionar sobre el sistema escolar —que es el sistema de reproducción a nivel cultural de la fuerza de trabajo. Entonces, una consideración que, como ésta, privilegia el cuestionamiento de las instituciones, que privilegia la acción cuestionadora dentro de cada una de estas instituciones y por tanto la espontaneidad de masas en el cuestionamiento de cada una de estas instituciones, no presupone la liquidación de la idea de partido ni de la necesidad de su existencia, sino que presupone y revaloriza mucho más aún la diversidad de partidos en la medida en que sólo reconstituyendo la naturaleza real de las relaciones capitalistas, es decir, introduciendo esa teoría que es la crítica de la economía política, la crítica de las ideologías, sólo conformando entonces esta capacidad teórica del marxismo que se confronte con situaciones concretas y sea capaz de analizarlas, sólo así será posible unificar en una acción anticapitalista global la lucha contra cada una de las instituciones del sistema. Entonces, la idea que estamos planteando de la reivindicación de la espontaneidad creadora de las masas en su cuestionamiento del sistema en cada una de las trincheras en que este sistema se expresa no implica, como decía, liquidar la concepción de la vanguardia, liquidar la concepción de un partido; sino asentar la necesidad de este partido no sobre la base de la creencia de que la conciencia se introduce externamente a la clase, sino en la convicción de que éste es el único organismo donde puede efectivizarse la relación entre teoría y movimiento. Esto supone a su vez no una organización que subsuma en su interior el conjunto espontáneo de las clases, sino una organización que sepa orientar en un frente anticapitalista el conjunto de las actividades de la clase. Esto significa que, entre clase y partido, entre teoría y movimiento se presupone, necesariamente, la organización autónoma de las masas en cada una de estas instancias institucionales de lucha contra el sistema, lo cual, a su vez, presupone no organizaciones corporativas que actúan en cada una de estas instituciones, sino organizaciones económico-políticas que en la lucha económica introduzcan necesariamente la política como única forma de reunificación total de este campo fragmentado producto del funcionamiento del sistema capitalista. Entonces, como decíamos al comienzo de la clase, a esta concepción ampliada de la política, a esta concepción de la política como el campo propio de la acción de

los hombres, como su campo natural, a esta concepción de la política identificada como *praxis*; se llega desde innumerables instancias, desde las más pequeñas hasta las más abarcadoras, en la medida en que a partir de la lucha contra las instituciones, de su cuestionamiento interno, se llega a ser capaz de reconstruir el conjunto del funcionamiento de la sociedad capitalista, comprendiendo al mismo tiempo que las contradicciones existentes en el interior de una institución no pueden ser deducidas del conjunto de estas relaciones, que el conjunto de las mediaciones no puede ser reducido al reflejo especular entre sistema capitalista y funcionamiento institucional, sino que esto presupone un largo y arduo trabajo de reconstrucción teórica de las mediaciones existentes entre la contradicción de una institución y el funcionamiento del capitalismo en su conjunto.

Independientemente de las tensiones que pueden existir en su interior y que construyen los filones ideológicos de constitución del marxismo, es decir, independientemente del sesgo trotskista, o del sesgo maoísta, del sesgo gramsciano o del sesgo leninista, independientemente de cada uno de estos sesgos que representan diferenciaciones internas del movimiento obrero, una concepción política como la descrita tiene necesariamente a reconstruir un movimiento de tipo anticapitalista con una visión hegemónica del proceso y con posibilidad de dar la batalla contra el sistema en el conjunto de actividades donde éste se despliega. Es esto lo que establece el límite insuperable del sistema, pues el sistema no es contradictorio con la agudeza que alcancen las tensiones en la lucha de clase. El sistema político del capitalismo norteamericano no es contradictorio con la agudeza que adquieren las confrontaciones de clase en la sociedad norteamericana donde existe un sindicalismo poderoso y sumamente enérgico en la defensa de sus derechos. Ejemplo de ello es la huelga de carbón en este momento que llega a todo tipo de cosas desde sabotaje, destrucción de máquinas, etc. El sistema capitalista no es contradictorio con esa presencia; puede dinamizarla y puede componer esa energía proletaria como forma de movilización y de dinamización del sistema capitalista. Por el contrario, el sistema capitalista sí es contradictorio con la idea de politización de la lucha en cada una de sus instituciones; es eso lo que establece su límite insuperable. Entonces, si toda esta discusión ha servido para que ustedes reconsideren la concepción de la política, para que comprendan que el socialismo implica una transformación radical del proceso de masas, una nueva concepción del hombre y de la sociedad y que ella se despliega en el plano de la política, común a todos los hombres porque todos ellos son en última instancia políticos, aunque no todos los hombres cumplen una función política en la sociedad burguesa; si se comprende que la cisura entre economía y política es una de las formas –y quizás la principal– como la sociedad burguesa se asienta y reproduce, la reconstitución de la unidad entre economía y política es el único camino para superar esta constricción objetiva y subjetiva de la sociedad burguesa. En el caso concreto de ustedes, debido al campo particular en el que deberán en el futuro desplegar sus actividades, que se caracteriza por la indefinición de los recortes de este sector de estudios sobre problemas regionales y urbanos (me refiero al hecho de que no son economistas, ni sociólogos, ni psicólogos, que son las distinciones que establece la ciencia y a través de las cuales el propio sistema capitalista se impone como sistema ideológico), a partir de este hecho particular de que ustedes, en cierto sentido como los antropólogos, deben resumir un

conjunto de conocimientos y tratar de recomponer el funcionamiento de la sociedad en su conjunto, a pesar de que, aparentemente, estos temas no tienen demasiada ligazón concreta ni son motivo de estudio de sus disciplinas, si tratan de rastrear la preocupación que está detrás advertirán que existe una relación bastante estrecha con lo que ustedes se están planteando o con lo que ustedes deberían plantearse si además de técnicos quieren ser políticos. Quiero decir que si ustedes se plantean con plena conciencia lo que están haciendo en el sentido de un cuestionamiento al sistema, necesariamente, a través de cada estudio parcializado tendrán que recomponer el todo, tendrán que comprender que lo que están estudiando no son campos neutros sino que el capitalismo se cuele a través de cada una de las categorías que utilizan, a través de cada método que aplican, a través de cada una de las palabras que están volcando, en cada informe que produzcan. Y si esto es así, es necesario, entonces, ejercitar permanentemente una percepción crítica, valerse de una teoría que sepa develar cómo el sistema se cuele a través de cada una de las categorías que están utilizando. Esto exige una distancia crítica que no puede ser simplemente una actitud moral, un deseo de ser irreducible en el sentido de no dejarse atrapar por la fuerza del sistema porque el valor de una actitud como ésta es mínimo. Simplemente, puede arrastrar al abandono de la práctica de la profesión para ir a trabajar a una fábrica proletarizándose. Pero no es de esto de lo que se trata. Si bien debe haber una actitud moral, porque sin ella no se puede cuestionar el mundo, sólo es el punto de partida. Pero lo que se necesita es una ciencia, formulaciones teóricas, categorizaciones que les permitan comprender cómo se vinculan los hechos concretos con las totalidades. A veces ustedes perciben los recortes demasiado estrechos, los campos demasiado particulares –estudiar cómo son las alcantarillas en una zona o cómo es el sistema de transporte en un barrio determinado– como lo que los lleva a perder de vista la totalidad; sienten que la totalidad se les escapa y que resultan atrapados por un sistema que aunque pretendan reconstruir como totalidad los reduce a un medio determinado en el cual la neutralidad del sistema no puede ser invalidada. Pero no es así, no existen terrenos donde la neutralidad del sistema no pueda ser invalidada. Si el sistema funciona como un todo, la totalidad se reconstruye a partir de cada uno de sus elementos. Intentar reducirla o reconstruirla de otro modo implica lograr una totalidad abstracta, una abstracción determinada, como diría una corriente marxista, es decir, una construcción conceptual que nada tiene que ver con la realidad. El secreto, lo atractivo, lo fundamental, el ejercicio intelectual fundamental para poder descubrir las mediaciones consiste en centrar el eje en lo pequeño, por ejemplo, en mostrar cómo el sistema capitalista se cuele a través de la forma en que los hombres se saludan, o a través de cómo cruzan las calles. Eso es lo difícil, sin embargo, está ahí, en cada una de las formas adverbiales, en cada una de las formas de trato, en cada una de las formas de vestir, en cada una de las formas de organizar la escuela o el transporte, en cada una de las formas de construir determinado tipo de edificio, ahí está presente el sistema capitalista. El secreto es saber descubrirlo.

Todo esto que estamos diciendo sólo puede ser una incitación para el estudio de la teoría, para comprender que la teoría no es una especie de ganzúa que nos abre todas las puertas, sino, simplemente, lo que nos da los elementos conceptuales, el conjunto de instrumentos con los que luego debemos construir un método

de abordaje de una realidad que siempre es diferente y que siempre requiere de un método particular. No se pueden construir los métodos antes de elaborar el proyecto de investigación. En el propio proceso de construcción de la investigación se va elaborando el método. Recordaremos que cuando Marx termina y expone su investigación, la redacción final aparece como una construcción conceptual, como un esquema impuesto sobre la realidad, o como una suerte de filosofía; por eso algunos se equivocaron cuando interpretaron que en su exposición de *El capital* Marx estaba explicitando la ley de la negación de la negación. No, aunque esto aparezca así no lo es por una razón muy sencilla: no porque construyamos el texto de esa manera, sino porque en la sociedad burguesa la realidad de las acciones de los hombres aparece categorizada a través de la *forma de valor* y necesariamente tenemos que construir y concatenar esas categorías. De este modo, aunque la construcción de tales categorías aparezca como la construcción de una serie de entelegías relacionadas entre sí, detrás de esa *exposición* hay una *investigación* y entonces el secreto está en desentrañar el encadenamiento de estas categorías, su entrelazamiento y no simplemente el efecto formal que nos produce la lectura de su trabajo. Entonces, lo que puede proporcionarles a ustedes el método es saber construir una investigación. Si parten además de una concepción marxista y utilizan el instrumental marxista, la construcción de una investigación que consiste en la exposición del funcionamiento de un sector determinado implicará necesariamente la crítica de ese sector determinado, y por tanto, la crítica de la sociedad capitalista. Esto es lo que Marx quería decir cuando afirmaba que analizar el sistema capitalista era criticar en el propio análisis al sistema capitalista. Es esto lo que debemos construir y es esto lo que olvidaron construir los marxistas cuando creyeron que el análisis era un análisis neutro y que la crítica debía introducirse desde el exterior del propio análisis. De este modo, si todo lo que hemos dicho les sirve a ustedes para superar la distancia entre lo pequeño y lo grande, para comprender que el sistema capitalista es un todo único que, si bien se reproduce a través de fragmentaciones que se nos aparecen como contradictorias, éstas son funcionales a él, si ustedes toman parte de estos criterios, resulta indiferente el campo que aborden, y cuanto más pequeño sea éste mayor tendrá que ser la audacia de pensamiento, mayor tendrá que ser la capacidad de análisis para descubrir en ese recorte la presencia del sistema capitalista. Si todo lo que hemos dicho les sirve para orientarse en este tipo de trabajo, para comprender que tras las relaciones entre los hombres hay que descubrir las relaciones capitalistas, porque son las únicas que las explican; el curso tendrá validez y significará una incitación, como decíamos al comienzo, a la modestia, al desprejuicio, a la distancia crítica con respecto a los textos, a la autonomía de creación, a la capacidad de reformulación, a la libertad creadora. Si parten de estos criterios efectivamente se convertirán en científicos sociales, pero más aún en críticos de la sociedad. Si, por el contrario, ustedes no conciben el trabajo de esa manera, simplemente serán hombres que desde un punto de vista moral se opondrán a la lacra del sistema pero que, en última instancia, serán fácilmente absorbibles por éste.

Notas

1 Por Horacio Crespo.

Reseñas bibliográficas

**Sísifo en Argentina.
Orden, conflicto y sujetos políticos**

Leandro Gamallo



Sísifo en Argentina

Orden, conflicto y sujetos políticos

MARÍA ANTONIA MUÑOZ
Villa María, Eduvim - México,
Plaza y Valdés, 2010

LEANDRO GAMALLO

Licenciado en Sociología por la Universidad de Buenos Aires (UBA). Maestrando en Ciencias Sociales en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede México.

Sísifo en Argentina: movimientos sociales y sistema político ante la rearticulación hegemónica

A menos de un año de su aparición en las librerías de México y Argentina no nos sorprende que, mientras escribimos estas líneas, esta valiosa obra de María Antonia Muñoz esté siendo reeditada. Con un sugerente prólogo de Ernesto Laclau, de cuya teoría de la hegemonía la autora se distancia en algunos puntos, *Sísifo en Argentina. Orden, conflicto y sujetos políticos*, editado conjuntamente por Plaza y Valdés y la Editorial Universitaria Villa María, analiza las transformaciones políticas que se produjeron en los últimos 20 años en la Argentina.

Desde un enfoque complementario a la visión institucionalista, Muñoz entiende a la política no sólo como un conjunto de procedimientos institucionalizados a través de los cuales una comunidad toma sus decisiones (un "subsistema" del todo social), sino también como el conflicto subyacente a cualquier estructura social aparentemente cerrada (o "suturada", como prefiere decir la autora), en el que se definen los actores, los objetos y las formas de acción legítimas a una comunidad política. Esta doble conceptualización de *la política* y *lo político* permite comprender el carácter contingente y, sobre todo, finito, de todo sistema de gobierno, en el que orden y conflicto conviven en tensión.

De esta manera, a partir de la figura mítica de Sísifo, Muñoz propone ver al orden político como un proceso de construcción y deconstrucción permanente. Así como el mito narraba el ascenso perpetuo de Sísifo con una pesada roca

para que ésta rodara, cayera hacia abajo y éste tuviera que volverla a subir; los órdenes políticos deben pensarse en una continua y costosa construcción que en algún momento es destruida para volverse necesariamente a reinstalar con otros supuestos.

Aquella noción de *lo político* le permite a Muñoz realizar dos grandes operaciones, constitutivas de su tesis. Por un lado, analiza a los movimientos sociales y a las organizaciones extrainstitucionales (como los piqueteros, las asambleas barriales, las fábricas recuperadas, etc.) como actores eminentemente políticos¹. Estos colectivos, argumenta la autora, no eran meros productores de demandas particulares y corporativas; sino que, a partir de sus acciones de protesta, enunciaciones y posiciones políticas, tuvieron la capacidad de socavar los supuestos sobre los que se construyó la hegemonía neoliberal durante más de 10 años en la Argentina. Por otro lado, dicho concepto permite estudiar al orden social argentino de las últimas décadas en sus "operaciones hegemónicas", es decir, en los grandes "consensos" sociales que legitimaron las dimensiones fundamentales sobre las que se desarrolló la política: el rol que el Estado debía cumplir dentro de la sociedad, las distintas relaciones entre la política y la economía y las movedizas fronteras de "la política", en sus definiciones e inclusiones/exclusiones de formas de actuar, actores y demandas.

Así, pues, esta joven investigadora argentina radicada en México recupera un análisis de los movimientos sociales argentinos en las últimas décadas (tema muy estudiado por nuestras ciencias sociales) desde una perspectiva inédita: su compleja y dinámica interrelación con el orden político.

El análisis comienza con una exhaustiva ilustración de la etapa neoliberal consagrada durante el gobierno de Carlos Menem en los años noventa para luego describir la reconstrucción hegemónica cimentada a partir del año 2002. Muñoz combina una estricta descripción macroeconómica de las distintas etapas con un examen sobre la elaboración de consensos alrededor de ciertos tópicos. Por ello, los cuadros y gráficos de tendencias económicas en el anexo del libro se complementan con excelentes análisis discursivos de los diferentes actores políticos en distintas etapas.

Precisamente, el estudio sobre el período neoliberal no se circunscribe a un derrotero de medidas económicas ni a un examen meramente simbólico de los significados dominantes. Como todo orden, el modelo neoliberal se trató de una construcción hegemónica que supuso un programa económico concreto, a la vez que delimitó, simbólicamente y objetivamente, los límites de la política y los enemigos de la comunidad, instaurando aquello que era legítimo y aquello que no lo era, aquello que podía ser tramitado en el sistema institucional y aquello que quedaba afuera.

Muñoz afirma que para entender la constitución de un orden social debemos entender el momento histórico en el que surge. Por ello, señala que el gobierno de Menem tuvo que reordenar el espacio político argentino luego de una profunda crisis marcada por saqueos en barrios humildes, la hiperinflación, el prematuro traspaso de gobierno y la latente amenaza militar (algo que Muñoz omite). En ese contexto, los esfuerzos de la administración menemista giraron en torno al logro de la "estabilidad", tanto económica, como social y política. El medio adecuado

para alcanzarla sería la ejecución de un plan económico ortodoxo, que dejara de lado las incertidumbres y contingencias del sistema político argentino.

En este nuevo mapa simbólico, la política, en tanto arena de discusión en la que se toman finalmente las decisiones, quedaba en un plano de subordinación con respecto a las recomendaciones de los asesores técnicos en economía, responsables del logro de dicha estabilidad². La solución, entonces, radicaba en respetar los planes económicos elaborados por “expertos”, quitando protagonismo y responsabilidades al Estado, el otro gran culpable de los dramas argentinos. En consecuencia, el enemigo construido por el gobierno fue la “inestabilidad”, coronada por el fantasma de la inflación, aunque también relacionada con otros acontecimientos como las protestas sociales o el exceso de Estado.

La construcción de esta hegemonía en torno a estos valores fue tan exitosa que las oposiciones registradas durante la década por los partidos políticos y las organizaciones sindicales y sociales no atacaron las bases del modelo económico (como, por ejemplo, la paridad cambiaria), sino que se originaron por cuestiones puntuales (reivindicaciones salariales, denuncias contra la corrupción o contra el modelo autoritario de Menem, etc.). Esto quedó demostrado cuando el recambio de los partidos gobernantes en 1999 no se tradujo en un cambio de modelo político-económico.

Sin embargo, en tan sólo un par de años el monolito neoliberal se resquebrajó por completo. Desde el año 2002 se produjo un giro en el discurso y las políticas gubernamentales que se llevaban a cabo desde hacía una década. A partir de un giro concreto en las políticas económicas (devaluación de la moneda, consolidación del sector exportador, relativa protección al mercado interno, mayor peso del Estado en la economía, etc.), el gobierno de Eduardo Duhalde primero y el de Néstor Kirchner después, recrearon los valores sobre los cuales se asentó la política, reinstalando en la escena pública la idea de que el Estado era la arena en la que se resolvían los conflictos sociales y el medio para alcanzar la plenitud social del pueblo. El objetivo político por excelencia pasó a ser la inclusión social y la lucha contra la pobreza, antes vistas como un efecto secundario no deseable de las políticas económicas de estabilidad. Se identificó al neoliberalismo y al capital financiero como a los enemigos de la sociedad, responsables de la situación crítica de la Argentina. En otras palabras, si en los años noventa la política era administración y aplicación de fórmulas técnicas, ahora era el medio a través del cual alcanzar la integración social. Si el Estado en los años noventa debía ser eficaz y mínimo, ahora debía reparar las desigualdades sociales generadas por el mercado.

Ahora bien, ¿Cómo se produjo esa transformación y quién condujo esa transición? ¿Cómo fue posible un quiebre tan profundo en el monolito neoliberal indestructible de los años noventa?

Para responder esta pregunta Muñoz introduce una minuciosa investigación sobre el conflicto social de fines de la década. Con base en entrevistas y fuentes secundarias, la autora examina el “ciclo de protesta” y los nuevos repertorios de acción a la luz de las transformaciones que se estaban produciendo a nivel político en el país. Para la socióloga argentina, analizar los movimientos sociales sin tener en cuenta su relación con el orden político es una tarea incompleta, puesto que las identidades políticas de los antagonistas se modifican en la dinámica de con-

flicto. De este modo, es imposible entender el cambio en el paradigma político sin tener en cuenta las acciones colectivas de los movimientos sociales, así como no se puede estudiar exhaustivamente a las organizaciones sin comprender el tipo de vínculo que éstas fueron teniendo con el Estado y la política en general.

Así, pues, los movimientos sociales argentinos (sobre todo el movimiento piquetero) no sólo fueron actores fundamentales en el proceso de derrota del consenso sobre el que se asentaba el orden político neoliberal, sino que también fueron imprescindibles en la reconstrucción de la hegemonía posneoliberal.

En primer lugar, las acciones de protestas piqueteras fueron las primeras en denunciar el carácter excluyente del modelo económico. A través de la fuerza social y mediática que le daban los cortes de circulación en rutas y avenidas urbanas, los piqueteros fueron horadando la legitimidad del modelo, abriendo una trinchera en sus supuestos. A partir de reclamos puntuales por planes sociales, comenzaron a enunciar demandas que rebasaban lo corporativo y se instalaban en un nivel político, denunciando el carácter neoliberal del Estado y pidiendo un cambio en las políticas económicas. Con este tipo de acciones, los movimientos sociales cruzaron la frontera que la hegemonía política neoliberal imponía, cuestionando las cristalizaciones que el orden había hecho en torno a la relación entre la economía y la política, el rol del Estado en la sociedad y los objetivos programáticos de la comunidad política argentina.

La profunda crisis económica del año 2001 hizo que otros sectores de la sociedad se sumaran a los reclamos (ahorristas, clase media pauperizada, etc.), generando una verdadera crisis de gobernabilidad que culminó con la salida de De la Rúa y una transición comandada por el gobierno de Eduardo Duhalde, quien comenzó a reconocer las demandas sociales como legítimas.

A partir de la administración duhaldista, el orden social deteriorado por las protestas masivas comenzó a cobrar forma de nuevo, adscribiendo nuevas definiciones y fronteras en su interior. El nuevo gobierno reconoció que la sociedad había sido dañada y adoptó el compromiso explícito de reparar ese daño. Lo que antes aparecía imposible, ahora era política de Estado. El hecho de que Duhalde sostuviera este cambio en el discurso, a pesar de ser el presidente que más atacó el salario de los trabajadores mediante una devaluación acompañada de un congelamiento salarial (algo que Muñoz no expone), es sintomático de las transformaciones que estaban operando en los consensos sobre los que se basaba la nueva política argentina. Con el tiempo, esta visión fue incluso compartida por actores que defendían concretamente políticas económicas ortodoxas, pero ahora en nombre de la justicia social y el combate contra la pobreza. Gracias a ello, los movimientos podían ahora arremeter no contra el discurso dominante, sino contra la distancia entre las declaraciones de los funcionarios y lo que sucedía efectivamente en la sociedad argentina.

En este proceso de desarticulación del orden viejo y articulación de un orden nuevo, actores extrainstitucionales (piqueteros, asambleas, fábricas recuperadas, clubes de trueque, etc.) lograron quebrar la institucionalidad dominante, desplazando los actores, las demandas y el terreno sobre el cual se hacía política. Sin embargo, en este proceso de transición y construcción de un orden distinto las organizaciones sociales no jugaron un rol institucional protagónico. En una agu-

da lectura crítica de los movimientos sociales, Muñoz señala que las demandas reconocidas como legítimas por las fuerzas políticas dominantes no pudieron articularse en un corpus de propuestas universales que los instalara como actores con capacidad de articulación hegemónica. Los piqueteros señalaron exitosamente el daño y las injusticias que producía el modelo neoliberal y actuaron para dinamitar sus consensos. Sin embargo, no lograron superar su propia fragmentación ni constituir alianzas estratégicas con otros actores para protagonizar ellos mismos una nueva etapa hegemónica en la Argentina.

Como bien describe Muñoz, dentro de las organizaciones sociales reinaron la dispersión y las múltiples lecturas sobre el Estado, la política y la sociedad civil. Para muchas organizaciones, presas de un excesivo horizontalismo, el Estado no podía ser el medio por el cual se lograba la emancipación social. Con la autonomía como bandera sagrada, éstas prefirieron “huir” del Estado y construir espacios de producción política y social alternativos en los territorios, muchas veces de manera exitosa. Otras intentaron articular una propuesta de orden con poca eficacia ya que, como dice la propia autora, “su posición corporativa terminó limitando su intención de convertirse en una solución universal para los problemas sociales”.

Los movimientos sociales argentinos no pudieron superar lo que Modonesi (2009) denominó como “paradigma de la protesta”. Así se llamó al momento en el que las organizaciones sociales latinoamericanas atravesaban su etapa “defensiva”, en tanto sus acciones tendían a ser luchas de resistencia a las políticas de desmantelamiento del Estado de bienestar (privatizaciones, ajustes, avance del mercado, etc.). En el mismo sentido, la autora señala que las acciones de los luchadores argentinos tendieron a ser puramente “negativas”, señalando el perjuicio y la injusticia, sin poder articular un discurso propio que se instalara con fuerza de proposición positiva y de articulación nacional. En muchos países de Latinoamérica como Bolivia (Muñoz esboza una comparación en su libro y en otros artículos), los movimientos sociales pasaron a la ofensiva, construyendo una alternativa institucional con propuestas universales para disputar el orden político, haciéndose cargo de los aparatos burocráticos nacionales.

En definitiva, lo que no pudieron (y muchos no quisieron) protagonizar fue la construcción de un orden político nuevo. En el peor momento de la crisis los piqueteros fueron la señal del quiebre social provocado por el neoliberalismo. La recomposición política aceptó que sus demandas eran legítimas, pero sus estrategias de orden no eran incorporadas por los partidos políticos tradicionales, quienes los veían más como un síntoma que como un actor político con capacidad de articular propuestas.

De este modo, actores tradicionales, ajenos al movimiento, ocuparon el vacío político e institucional, canalizando demandas legitimadas en la sociedad y luego incorporando de manera subordinada a una fracción importante de los movimientos. Así, pues, a pesar de ser sujetos imprescindibles en el cambio de época político argentino, las organizaciones sociales fueron convidados de piedra en el nuevo armado institucional posneoliberal, hasta el punto en que a medida que los discursos de inclusión social y el reconocimiento del déficit social aumentaban, el peso social y político de estas organizaciones iba en franco descenso, quedando fuera del nuevo cierre hegemónico.

Así, Eduardo Duhalde y, mucho más claramente, Néstor Kirchner “suturaron” el orden político abierto luego de la crisis de 2001 a través de nuevas articulaciones hegemónicas, retomando la nueva legitimidad social construida por los movimientos sociales, pero, a la vez, quitando progresivamente protagonismo político a aquellas organizaciones.

A partir de allí, el Estado recuperó su rol dirigente dentro de la sociedad argentina. En términos económicos, reorganizando y regulando las relaciones entre los agentes; en términos políticos, recuperando el valor de la participación política y del Estado como medio de realización e inclusión social.

A pesar de no ser los protagonistas del nuevo orden, los movimientos sociales influyeron decisivamente en las formas en las que éste se articuló. Las organizaciones sociales no lograron convertirse en una opción hegemónica, pero tuvieron éxito en modificar los núcleos sobre los que se articuló la política³.

En conclusión, Muñoz recupera los análisis de las protestas en Argentina de fines de los años noventa (los nuevos sujetos, los repertorios de acción colectiva y las nuevas identidades sociales) a partir de su relación con el sistema político general, instalando un modo de análisis no muy generalizado: el examen del conflicto social a la luz de sus relaciones con el orden político.

Sísifo en Argentina es, como dice Laclau en su prólogo, una obra decisiva para entender la crisis política abierta en 2001 y el orden social resultante de ella. Ante los intentos desesperados de algunas fuerzas políticas de desestructurar este nuevo orden en términos regresivos, resulta indispensable estudiar cuáles fueron sus orígenes para reflexionar y actuar sobre sus posibles devenires en términos de superación política.

Albert Camus había imaginado a un Sísifo “feliz”, bajando a buscar su roca para volverla a subir, esperando de lograr su cometido. Más interesado en la búsqueda que en los logros, Camus entendía que “el esfuerzo mismo para llegar a las cimas basta para llenar un corazón de hombre”. Ese intento perpetuo caracteriza a la construcción de órdenes políticos, aunque, a diferencia de Sísifo, la política logra por un instante su cometido, constituyendo bloques hegemónicos “suturados”. Sin embargo, la roca en la cima dura poco y rueda nuevamente hacia abajo. Por ello, Muñoz piensa en un Sísifo trágico pero optimista, que sabe que su roca va a caer, pero que aprende en cada recorrido para que en la nueva caída “el costo no lo paguen la mayoría de los argentinos”.

Nosotros permaneceremos ansiando ingenuamente que la piedra se detenga en la cima para siempre, “con la esperanza del ciego que desea ver y que sabe que la noche no tiene fin”.

Bibliografía

- Azpiazu, Daniel y Schorr, Martín 2002 *Privatizaciones, rentas de privilegio, subordinación estatal y acumulación del capital en la Argentina contemporánea* (Buenos Aires: FLACSO).
- Gaggero, Alejandro y Wainer, Andrés 2004 “Burguesía nacional. Crisis de la convertibilidad: el rol de la UIA y su estrategia para el (tipo de) cambio” en *Realidad Económica* (Buenos Aires) N° 204, 30 de junio.

Modonesi, Massimo 2009 "Reflexiones sobre el cambio de época en América Latina. Movimientos antagonistas y crisis hegemónicas" en López, Nayar y Oliver, Lucio (coords.) *América Latina y el Caribe, una región en conflicto. Intervencionismo externo, crisis de las instituciones políticas y nuevos movimientos sociales* (México: Plaza y Valdés/UNAM).

Notas

1 Muñoz critica la noción de política en Laclau. Para este autor los movimientos sociales argentinos, al no constituirse como un actor hegemónico, no serían un sujeto político. Para la investigadora argentina sí lo serían, en tanto construyeron un código de amigos/enemigos, inscribiéndose públicamente a partir de esa distinción. En el prólogo a este libro Laclau discute y relativiza esta lectura de su propia obra.

2 En este punto Muñoz omite un análisis sobre la operación discursiva que declaró la muerte de las ideologías. A tono con las propuestas conservadoras a nivel mundial, durante el gobierno de Menem la militancia, participación y doctrinas políticas fueron consideradas asuntos

anacrónicos e incluso responsables de las malas administraciones.

3 Muñoz también afirma que estos actores no fueron los únicos en minar el consenso neoliberal, ya que en ello intervinieron también otros sujetos. Podría reprochársele el hecho de no haber tenido en cuenta, en la construcción de esa nueva hegemonía, el papel de las clases dominantes y las alianzas y fracturas entre ellas. Muñoz omite, por ejemplo, la construcción de la "comunidad de negocios" entre distintas fracciones de la burguesía durante los años noventa (Azpiazu y Schorr, 2002) o la gran disputa entre "devaluadores" y "dolarizadores" que siguió a la crisis de 2001 que coronó la alianza del gobierno de Duhalde con la burguesía "devaluadora" (Gaggero y Wainer, 2004).

Lista de publicaciones recientes

Bolivia

- Antezana, Luis 2011 *Latifundio y minifundio en Bolivia* (La Paz: Plural).
- Asociación de Periodistas de Santa Cruz 2011 *Entre Periodistas: Visión y perspectiva de la libertad de expresión y prensa en Bolivia* (Santa Cruz: El País).
- Bautista, Rafael 2011 *Hacia una fundamentación del pensamiento crítico: Un diálogo con Zemelman, Dussel y Hinkelammert* (La Paz: Puna/Rincón).
- Baumgartner, Rueda et al. 2011 *Hacia una estrategia de vida sostenible. Cultura con más recursos y cambios en la India y Bolivia* (La Paz: Plural/AGRUCO/CDE).
- CEAM-B 2011 *Historias de vida, historias de abuelas, madres, amigas, vecinas... que luchan por sus derechos* (La Paz: Conexión Fondo de Emancipación).
- Chávez, Patricia; Mokrani, Dunia y Quiroz, Tania 2011 *Despatriarcalizar para descolonizar la gestión pública* (La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional) Cuadernos para el debate y la descolonización.
- Concha, José Miguel 2011 *Iniciativas chilenas para una alianza estratégica con Bolivia. 1879-1899* (La Paz: Plural).
- Cortez, Roger 2011 *Claves de la transición del Poder* (La Paz: PNUD) Cuadernos de Futuro N° 26.
- Delgado, Freddy; Ritz, Stephan y Escobar, César 2011 *El Desarrollo Endógeno Sostenible* (La Paz: Plural Ediciones/AGRUCO).
- Escobar, Filemón 2011 *"El evangelio es la encarnación de los derechos humanos": Una respuesta a los ataques del MAS. La Iglesia Católica y su lucha por la recuperación de la democracia* (La Paz: Plural).
- Farah, Ivonne y Vasapollo, Luciano (coords.) 2011 *Vivir Bien: ¿Paradigma no capitalista?* (La Paz: CIDES-UMSA/Oxfam/Sapienza-Università di Roma).
- Fundación Tierra 2011 *Memoria del II Seminario 'Bolivia Post Constituyente'* (La Paz: Skorpio).

- Fundación UNIR 2011 *Informe sobre conflictividad social en Bolivia. Enero-mayo 2011* (La Paz- UNIR).
- García, Fernando (ed.) 2011 *Mutaciones del campo político en Bolivia* (La Paz: PNUD).
- Guaygua, German; Peña, Claudia y Waldmann, Adrian 2011 *Nuevas Identidades Urbanas. Tres Miradas* (La Paz: PNUD) Cuadernos de Futuro N° 27.
- Lavaud, Jean Pierre 2011 *La dictadura minada* (La Paz: Plural).
- Lechín, Juan Claudio 2011 *Las máscaras del fascismo: Castro, Chávez, Morales* (La Paz: Plural).
- Lema, Ana María 2011 *Historias de Mujeres: mujeres, familia, Historia* (La Paz: El País/MUSEF/ Fundación del Banco Central de Bolivia).
- Mansilla, H. C. F. 2011 *Los problemas de la democracia y los avances de los populismos* (Santa Cruz: El País).
- Maxwell, Cameron y Luna, Juan Pablo (eds.) 2011 *Democracia en la región andina* (La Paz: IDEA/IEP/Plural).
- Mokrani, Dunia 2010 *Empoderamiento de las Mujeres desde la Despatriarcalización y la Descolonización* (La Paz: Solidaridad Internacional).
- Molina, Fernando y Oporto, Henry 2011 *Capitalismos en Bolivia: Los dilemas del desarrollo* (La Paz: Fundación Vicente Pasozkanki).
- Poma, Muruchi y Buhlke 2011 *Günther Qhapaq Ñan del Tawantinsuyu y socialismo: dos modelos históricos* (La Paz: Plural).
- Soruco, Ximena 2011 *Apuntes para un Estado Plurinacional* (La Paz: Vicepresidencia del Estado Plurinacional).
- Tapia, Rosario; Tapia, Lourdes y Quintana, Ernesto 2011 *Minería y conflictos socio-ambientales en Cantumarca* (La Paz: PIEB).
- Uriona, Pilar 2011 *De la presencia a la autodeterminación: Género en los procesos electorales 2009-2010* (La Paz: ONU Mujeres).
- Urioste, Miguel 2011 *Concentración y extranjerización de la tierra en Bolivia* (La Paz: Fundación Tierra).
- Vega, Oscar 2011 *Errancias. Aperturas para Vivir Bien* (La Paz: CLACSO/Muela del Diablo/Comuna).
- Villca, Simón 2011 *Educación emancipadora desde los Pueblos Originarios* (La Paz: Gráfica González).

Brasil

- Bezerra, Gregório 2011 *Memórias* (São Paulo: Boitempo).
- Bezerra, João Paulo Peres 2011 "A água como elemento estruturante na construção de territórios da soberania alimentar" em *Boletim DATALUTA* (São Paulo: UNESP) abril. Em: <http://www4.fct.unesp.br/nera/artigodomes/4artigodomes_2011.pdf>.
- Boff, Leonardo 2011 "A perda de confiança na ordem atual" em *Alainet* (Quito) julho; "O 'complexo Deus' da modernidade", julho.
- Bogo, Ademar 2011 *Organização política e Política de quadros* (São Paulo: Expressão Popular).

- Camacho, Rodrigo Simão; Cubas, Tiago e Gonçalves Elienai 2011 “Agrocombustíveis, soberania alimentar e políticas públicas: as disputas territoriais entre o agronegócio e o campesinato” em *Boletim DATALUTA* (São Paulo: UNESP) fevereiro. Em: <http://www4.fct.unesp.br/nera/artigodomes/2artigodomes_2011.pdf>.
- Capobianco, João Paulo R. 2011 “O código do atraso” em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 46, maio.
- Carvalho, Guilherme 2011 “Elementos para analisar os grandes projetos de infraestrutura na Amazônia” em *Alainet* (Quito) abril.
- Carvalho, Horacio Martins 2011 “Na sombra da imaginação. O Camponês e a superação de um destino medíocre” em *Boletim DATALUTA* (São Paulo: UNESP) janeiro. Em: <http://www4.fct.unesp.br/nera/artigodomes/1artigodomes_2011.pdf>.
- De Souza Martins, José 2011 *A Política do Brasil Lúmpen e Místico* (Granja Viana-RMSP: Ateliê Editorial); *Uma Arqueologia da Memória Social* (Granja Viana-RMSP: Ateliê Editorial).
- Direção Nacional do MST 2011 “Violência e impunidade” em *Jornal Sem Terra*, Nº 311, abril.
- Duménil, Gérard; Löwy, Michael e Renault, Emmanuel 2011 *Ler Marx* (São Paulo: UNESP).
- Eagleton, Terry 2011 *Marxismo e crítica literária* (São Paulo: UNESP).
- Editorial JBF 2011 “Massacre permanece” em *Jornal Brasil de Fato* (São Paulo: SEBF) edição 424, abril; “O prejuízo social do etanol”, edição 430, junho; “A hora da causa gay” edição 432, junho; “O real Legado das Hidrelétricas” edição 436, julho.
- Editorial JST 2011 “É preciso desmascarar o agronegócio” em *Jornal Sem Terra* (MST) Nº 309, janeiro; “MST mobiliza 19 estados e faz mais de 70 ocupações de latifúndios”, Nº 312, maio.
- Fagnani, Eduardo 2011 “Como conquistar o desenvolvimento social” em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 43, fevereiro.
- Girard, René 2011 *A crítica no subsolo* (São Paulo: Paz e Terra).
- Giraldo, Lia 2011 “Um país infestado por agrotóxicos” em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 48, julho.
- Helene, Otaviano e Horodyski-Matsushige, Lighia B. 2011 “Como vai a educação brasileira” em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 43, fevereiro.
- Jinkings, Ivana e Nobile, Rodrigo (orgs.) 2011 *István Mészáros e os desafios do tempo histórico* (São Paulo: Boitempo).
- Leher, Roberto 2011 “Crise estrutural, comodificação e função social da universidade pública” em *Temporalis* (Brasília) Ano 10, Nº 19, janeiro-junho; “Universidade, socialismo e consciência social: Florestan Fernandes na Revista Universidade e Sociedade” em *Universidade e Sociedade* (Brasília).
- Liebgott, Roberto Antonio 2011 “Sob as lonas pretas, mais uma criança Guarani Mbya morre sem ter vivido em sua terra” em *Alainet* (Quito) julho.
- Lima, Mayrá 2011 “A bancada do agronegócio: quem são eles?” em *Jornal Sem Terra* (MST) Nº 310, fevereiro-março.

- Llouz, Eva 2011 *O amor nos tempos do capitalismo* (Rio de Janeiro: Zahar).
- Malvezzi, Roberto 2011 "A cruel honestidade do Presidente do IBAMA" em *Alainet* (Quito) julho; "Dez anos do Comitê de Bacia do São Francisco", julho.
- Marx, Karl 2011 *Grundrisse: Manuscritos econômicos de 1857-1858: Esboços da crítica da economia política* (São Paulo: Boitempo); *Guerra civil na França* (São Paulo: Boitempo).
- Mészáros, István 2011 *Estrutura social e formas de consciência II* (São Paulo: Boitempo).
- Milanez, Bruno; Porto, Marcelo Firpo de Souza; Bossi, Dario; Chammas, Danilo e Kato, Karina 2011 "Chuva de poeira prateada" em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 45, abril.
- Nakano, Kazuo 2011 "A produção social da vulnerabilidade urbana" em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 45, abril.
- Nery, Sebastião 2011 "A UNE no açougue" em *Tribuna da Internet*. Em: <www.tribunadaimprensa.com.br> julho.
- Newton, Carlos 2011 "Governo protege as ONGs corruptas, reconhece que não tem o menor controle sobre elas, mas continua a lhes repassar recursos públicos" em *Tribuna da Internet*, julho.
- Nobre, Carlos Afonso 2011 "Por trás da seca na Amazônia" em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 42, janeiro.
- Oikawa, Marcelo 2011 *Porecatu - A guerrilha que os comunistas esqueceram* (São Paulo: Expressão popular).
- Overbeek, Winnie 2011 "Mato Grosso do Sul: A nova fronteira do eucalipto" em *Alainet* (Quito) agosto.
- Peron, Bruno 2011 "Agrointoxicação e vedação ocular" em *Alainet* (Quito) julho; "Pós venda da alma tupinica", julho.
- Porto-Gonçalves, Carlos Walter e Alentejano, Paulo Roberto Raposo 2011 "A Reconfiguração da Questão Agrária e a Questão das Territorialidades" em *Alainet* (Quito) abril.
- Prado, Maria Emilia (org.) 2011 *Intelectuais e Ação Política* (Rio de Janeiro: Revan).
- Revista Margem Esquerda* 2011 (São Paulo: Boitempo) Nº 16, julho.
- Rojas, Biviany e Valle, Raul Silva Telles do 2011 "O caso da usina de Belo Monte" em *Le Monde Diplomatique Brasil* (São Paulo) edição 44, março.
- Sader, Emir 2011 "Os eixos da política externa brasileira" em *Alainet* (Quito) julho.
- Scarso, Aline 2011 "O Brasileiro come veneno" em *Alainet* (Quito) agosto; "Marchas reprimidas se transformam em marchas pela liberdade" em *Jornal Brasil de Fato* (São Paulo: SEBF) junho em <<http://www.brasildefato.com.br/node/6593>>.
- Sebold, Sergio 2011 "Totalitarismo 'tupiniquim' começa mostrar sua cara" em *Alainet* (Quito) março.
- Seidl, Ernesto 2011 "(Re)pensar os movimentos sociais" em *Revista Brasileira de Ciências Sociais* (São Paulo: ANPOCS) Vol. 26, Nº 75, fevereiro.
- Senkovski, Antonio Carlos e Florencio, Jaqueline 2011 "Trabalhadores Sem Terra

- ganham direito de resposta por campanha de criminalização de 2006” em *Jornal Sem Terra* (MST) N° 312, maio.
- Tavares, Elaine 2011 “Avante professores, de pé!” em *Alainet* (Quito) julho; “Segue a greve nas Universidades Federais”, julho.
- Tavares, Joana 2011 “Distribuir terras é resolver pobreza no campo” em *Jornal Sem Terra* (MST) N° 311, abril.
- Teixeira, Gerson 2011 “Agravamento no quadro de concentração de terras no Brasil?” em *Boletim DATALUTA* (São Paulo: UNESP) julho. Em: <http://www4.fct.unesp.br/nera/artigodomes/7artigodomes_2011.pdf>.
- Traspadini, Roberta 2011 “América Latina para além dos dados” em *Alainet* (Quito) julho.
- Tsakada, Claudia Yuri Pereira de Sousa; Alampi, Evandro Filie; Catelan, Márcio José e Cadette, Mayara Gomes 2011 “Soberania energética ou alimentar: uma reflexão a respeito dos agrocombustíveis no estado de São Paulo” em *Boletim DATALUTA* (São Paulo: UNESP) março. Em: <http://www4.fct.unesp.br/nera/artigodomes/3artigodomes_2011.pdf>.
- Vaz, Antenor 2011 *Isolados no Brasil - Política de Estado: da tutela para a política de direitos, uma questão resolvida?* (Brasília: UNB/WGIA).
- Williams, Raymond 2011 *Política do modernismo* (São Paulo: Unesp).
- Zarref, Luiz 2011 “A luta contra as falsas soluções ambientais” em *Jornal Sem Terra* (MST) N° 309, janeiro.
- Zizek, Slavoj 2011 *Primeiro como tragédia, depois como farsa* (São Paulo: Boitempo).

El Salvador

- Ayala Ramírez, Carlos 2011 “La paz salvadoreña después de los acuerdos de 1992” en *Alainet* (Quito) 18 de enero; “Una visión de futuro”, 8 de febrero; “Con Monseñor Romero, renace la juventud de los pueblos”, 15 de marzo; “Valoración de la mujer”, 29 de mayo.
- CEAL 2011 “Empresa Calvo: de nuevo el atún antisindical” en *Alainet* (Quito) 25 de enero.
- Chopin, Juan Vicente 2011 “¿Qué significa la visita del presidente Obama a la tumba de Mons. Romero?” en *Alainet* (Quito) 21 de marzo.
- Flores, Rudis 2011 “El Salvador en la agenda de la política exterior de Washington” en *Alainet* (Quito) 24 de marzo; “Presidente Funes y derecha legislativa asestan duro golpe a incipiente democracia”, 6 de junio.
- Ibarra Turcios, Ángel M. 2011 “Los primeros dos años del gobierno de Mauricio Funes en materia ambiental” en *Alainet* (Quito) 13 de junio.
- Martínez, Oscar 2011 “Los días cuando llueven piedras” en *Vamos a portarnos mal* (Bogotá: Friedrich Ebert Stiftung).
- Martínez Peñate, Oscar 2011 “XIX años después del fin de la guerra: Alfredo Cristiani ¿presidente de la paz?” en *Alainet* (Quito) 17 de enero.
- Pineda, Roberto 2011 “¿A quién beneficia la visita de Obama?” en *Alainet* (Quito) 28 de enero; “¿Es posible sellar una alianza estratégica con el imperialismo?”, 6 de febrero; “Los mensajes de la marcha del 1 de mayo de

- 2011", 1 de mayo; "Derecha salvadoreña con apoyo de presidente Funes realiza peligrosa maniobra", 5 de junio.
- Quintanilla, Nelson 2011 "31 aniversario del martirio de monseñor Romero y su legado por los pobres" en *Alainet* (Quito) 24 de marzo.
- Salazar, Robinson y Flores, Rudis 2011 "El Salvador en su lucha por reconstruir la organicidad política popular (1999-2009)" en Massimo Modonesi y Julián Rebón (comps.) *Una década en movimiento. Luchas populares en América Latina en el amanecer del siglo XXI* (Buenos Aires: CLACSO/Prometeo).

Honduras

- Almendares, Juan 2011 "Alfonso Santos y la mafia que devora al pueblo" en *Alainet* (Quito) 6 de febrero; "La mirada del poeta", 6 de febrero.
- Andino Mencía, Tomás 2011 "Logros y desafíos de la lucha magisterial y antineoliberal" en *Alainet* (Quito) 4 de marzo.
- Bermúdez, Delfina 2011 "Reflexiones sobre el futuro del FNRP y la toma del poder" en *Alainet* (Quito) 24 de marzo.
- Canales, Diana 2011 "Los pobres financiarán la tasa a los 'socios empresarios' del plan de seguridad" en *Alainet* (Quito) 28 de junio.
- Casco Gutiérrez, Leonel 2011 "Planifican atentados, secuestros y asesinatos" en *Alainet* (Quito) 8 de febrero.
- Común Noticias 2011 "Gran movilización de los pueblos de la Muskitia" en *Alainet* (Quito) 28 de marzo.
- Comunicación Comunitaria 2011 "Se gesta el principio del fin del bipartidismo" en *Alainet* (Quito) 24 de junio.
- Fuentes, Bartolo 2011 "Docentes, estudiantes y madres de familia participaron en tomas de carreteras" en *Alainet* (Quito) 17 de marzo.
- Girón Castillo, Wilfredo 2011 "Consecuencias económicas del acuerdo para la reconciliación nacional y la consolidación del sistema democrático de la República de Honduras" en *Alainet* (Quito) 24 de junio.
- Itzamná, Ollantay 2011 "A 18 meses del golpe, una lección para no olvidar" en *Alainet* (Quito) 5 de enero; "Municipalizar la educación, ¿para qué?", 3 de marzo; "A dos años del nacimiento del FNRP y sus desafíos", 13 de junio.
- Landau, Saúl 2011 "¿Puede un acuerdo satisfacer a la izquierda y a la derecha?" en *Alainet* (Quito) 14 de junio.
- Márquez, Mabel 2011 "FNRP decide convertirse en un frente amplio para la toma del poder" en *Alainet* (Quito) 28 de junio.
- Meza, Dina 2011 "Si se calla el pueblo, muere la palabra" en *Vamos a portarnos mal* (Bogotá: Friedrich Ebert Stiftung).
- Montoya, Dunia 2011 "Personeros del INA llevan esquiroles armados a negociación con sindicato" en *Alainet* (Quito) 13 de junio.
- Moreno, Ismael 2011 "Déficit de ciudadanía. Una interpretación del sondeo de opinión pública UCA-ERIC" en *Envío Honduras* (Tegucigalpa) Año 8, N° 28, marzo.

- OFRANEH 2011 "Desalojo en la comunidad garífuna de Punta Gorda, Roatán" en *Alainet* (Quito) 4 de julio; "Agrocombustibles y los constantes asesinatos de campesinos en el Bajo Aguan", 6 de julio.
- Pérez Munguía, Andrés 2011 "Por la seguridad física y jurídica de todos los miembros de la comunidad universitaria" en *Alainet* (Quito) 4 de julio.
- Pineda Platero, Itsmania 2011 "La mujer hondureña y la violencia" en *Alainet* (Quito) 2 de junio.
- Red Morazánica de Información 2011 "La dictadura hondureña arremete contra medios de comunicación populares" en *Alainet* (Quito) 1 de mayo.
- Reyes, Germán H. 2011 "Incontrolable la voracidad empresarial contra los productores de café" en *Alainet* (Quito) 14 de junio; "Realizan audiencia inicial, pero ¿condenarán a los agresores de la prensa?", 17 de junio.
- Sosa, Eugenio 2011 "Opinión ciudadana, mafia y legitimidad del gobierno de Lobo" en *Envío Honduras* (Tegucigalpa) Año 8, N° 28, marzo.
- Trucchi, Giorgio 2011 "Campaña de exterminio contra organizaciones sindicales" en *Alainet* (Quito) 16 de marzo; "Bajo Aguán: Otros dos campesinos asesinados", 11 de mayo; "Quieren contrarrestar el proyecto político de la Resistencia", 26 de junio; "Protesta frente a base militar de Soto Cano reprimida por fuerzas policiales", 28 de junio; "Dos años de resistencia de un pueblo que despertó ante violencia del golpe de Estado", 30 de junio.
- Ubertalli, Jorge Luis 2011 "Las honduras de la impunidad" en *Alainet* (Quito) 17 de junio.
- Vázquez, Mariano 2011 "Zelaya vuelve entre la ilusión y las dudas de la resistencia" en *Alainet* (Quito) 28 de mayo.
- Zelaya Rosales, José M. 2011 "La vía diplomática es el camino" en *Alainet* (Quito) 12 de mayo.
- Zúniga, Salvador 2011 "Lo positivo y lo negativo de la asamblea del FNRP" en *Alainet* (Quito) 3 de enero; "La realidad del acuerdo de Cartagena", 26 de abril.

Nicaragua

- de la Torre, Verónica 2011 "Violencia, estado de derecho y políticas punitivas en América Central" en *Perfiles Latinoamericanos* (México: FLACSO) Año 19, N° 37, enero-junio.
- González Zamudio, Laura 2011 "Problemas de acción colectiva en procesos de pacificación, oportunismo e instituciones" en *Perfiles Latinoamericanos* (México: FLACSO) Año 19, N° 37, enero-junio.
- Irías, Gustavo 2011 "Reflexiones sobre la construcción de una estrategia de poder para una transformación democrática de Honduras" en *Envío Honduras* (Tegucigalpa: ERIC) Año 8, N° 28, marzo.
- Mahoney, James 2011 "Liberalismo radical, reformista y frustrado: Orígenes de los regímenes nacionales de América Central" en *América Latina Hoy* (Salamanca: III-US) Vol. 57, abril.
- Mejía, Joaquín 2011 "Golpe de Estado y responsabilidad penal internacional" en *Envío Honduras* (Tegucigalpa: ERIC) Año 8, N° 28, marzo.

- Mora Alfaro, Jorge y Rama, Claudio 2011 "Nuevos rumbos de la educación en América Latina. Bien público, autonomía e internacionalización" en *Cuadernos de Ciencias Sociales* (San José: FLACSO) N° 157.
- Orozco A., Patricia 2011 "Actores civiles y periodistas independientes en Nicaragua" en *Vamos a portarnos mal* (Bogotá: Friedrich Ebert Stiftung).
- Pacheco, Freddy 2011 "La asquerosa bota militar" en *Alainet* (Quito) 8 de marzo.
- Serra, Luis H. 2011 *La representaciones sociales y la reproducción de la pobreza en Nicaragua* (Buenos Aires: CLACSO).
- Siles, Fernanda 2011 "La marcha desde las putas" en *Alainet* (Quito) 14 de junio.
- Simpson, Sergio 2011 "Extrema pobreza de trabajadores de la caficultura" en *Alainet* (Quito) 5 de febrero; "Prisión a corruptos y campaña electoral", 25 de abril; "Mi oposición sandinista", 5 de mayo.
- Trucchi, Giorgio 2011 "La autoridad laboral ya no está al servicio del capital" en *Alainet* (Quito) 17 de enero; "Promoción, tutela y restitución del derecho al trabajo digno", 3 de febrero; "Hacia la restitución del derecho a la educación", 16 de febrero; "Regular la tercerización para garantizar el trabajo digno", 8 de marzo; "Tercerización y flexibilidad laboral: un monstruo bicéfalo", 21 de marzo.

Panamá

- Barrios López, Andrés 2011 "El derecho a la salud de los Ngobes-Buglés vs la minería a 'cielo abierto'" en *Alainet* (Quito) 13 de febrero; "La crisis del movimiento social, ante el problema de la Ley minera", 16 de febrero; "Un día glorioso para el pueblo originario Ngobe-Buglé", 3 de marzo; "Los repertorios del movimiento social continuarán...", 2 de abril.
- Beluche, Olmedo 2011 "El día que nos robaron el agua" en *Alainet* (Quito) 10 de enero.
- CELA 2011 "El costo de la actividad minera será la destrucción de ecosistemas" en *Alainet* (Quito) 26 de febrero; "Solidaridad con periodistas españoles expulsados", 4 de marzo.
- CSA-TUCA 2011 "Las maquilas modernas" en *Alainet* (Quito) 15 de abril.
- Gandásegui, h., Marco A. 2011 "El militarismo en Panamá (1990-2010)" en *Cátedra. Revista de los investigadores de humanidades* (Panamá: CI-FH-UP) N°10-11; "El bicentenario. Luchas sociales y la patria del criollo" en *Tareas* (Panamá: CELA) N° 137, enero-abril; "Book Review: The Future of Panama: Are U.S. Troops Coming Back?" en *Latin American Perspectives* (Riverside) N° 38, marzo; "Gobierno sigue violando los derechos humanos" en *Alainet* (Quito) 28 de enero; "Respeto para los pueblos ngobe y buglé", 3 de abril; "El Comando Sur y el nuevo régimen de seguridad", 9 de junio; "EEUU renovará operaciones militares desde Panamá", 16 de junio; "Otro conflicto arrecia en el Tabasará", 16 de junio; "Falta de seguridad y políticas públicas fracasadas", 23 de junio; "Equidad de género", 30 de junio.
- Guerra, Celio 2011 "Gobierno de Martinelli y el Tribunal Electoral suman aliados a su cruzada contra la comarca Ngobe Buglé" en *Alainet* (Quito) 19 de marzo.

- Huertas González, Héctor 2011 “Ñagare y mil veces Ñagare, señor Presidente” en *Alainet* (Quito) 17 de febrero.
- Josephs, Leslie 2011 “Kuna Yala, refugiados del cambio climático” en *Alainet* (Quito) 27 de enero.
- Jované, Juan A. 2011 “Panamá. Acumulación por desposesión” en *Tareas* (Panamá: CELA) N° 137, enero-abril.
- López, Atencio 2011 “A propósito de las reformas al Código minero” en *Alainet* (Quito) 16 de febrero.
- Olaciregui Q., Demetrio 2011 “Conflictividad y antagonismo” en *Alainet* (Quito) 11 de marzo.
- Pizzurno, Patricia 2011 “Zona de contacto y espacio intervenido en Panamá, 1904-1955” en *Tareas* (Panamá: CELA) N° 138, mayo-agosto.
- Yao, Julio 2011 “Necesitamos una moratoria sobre minería a cielo abierto” en *Alainet* (Quito) 4 de febrero.

Sumario

Editorial

Massimo Modonesi

Pensamiento crítico y movimientos sociales

Pensamento critico e hegemonia alternativa

Emir Sader

El pensamiento crítico en el laberinto del progresismo

Raúl Zibechi

Teoría en movimiento: más de una década de pensamiento crítico

Mónica Iglesias Vázquez

Rasgos de la movilización social en América Latina

Marcela Alejandra Parra

Entrevista

El Brasil *lulista*: una hegemonía al revés. Entrevista a Francisco "Chico" de Oliveira

Massimo Modonesi

Experiencias latinoamericanas

Estado de la democracia en Venezuela, Bolivia y Ecuador

Pablo Stefanoni

2000-2010: una década de luchas feministas. Logros y deudas pendientes con las mujeres latinoamericanas en los albores del siglo XXI

Andrea D'Atri

Resistencia social en Colombia: entre guerra y neoliberalismo

Jaime Rafael Nieto López

Contra la guerra en México: la *caravana del consuelo* y el movimiento por la paz con justicia y dignidad

Luz Estrello

La particularidad cubana. Algunas notas sobre los movimientos sociales en Cuba

Guillermo Almeyra

Mito, aquelarre, carnaval. El grotesco americano

Armando Bartra

Aportes del pensamiento crítico latinoamericano

Crítica, heterodoxia y esperanza en el marxismo de José Aricó

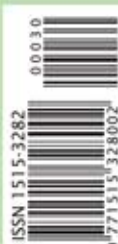
Horacio Crespo

Elementos para la constitución de una teoría marxista de la reproducción

José Aricó

Reseña bibliográfica

Lista de publicaciones recientes



Patrocinado por



Govern
de les Illes Balears

Conselleria d'Affers Socials,
Promoció i Immigració
Direcció General de Cooperació

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



CLACSO

Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Patrocinado por



Agencia Sueca de Desarrollo Internacional